

Fran Zabaleta

# Lo extraordinario



Bajo la piel de las montañas late el corazón legendario del Courel.

# **Lo extraordinario**

**Fran Zabaleta**

# **Lo extraordinario**

**Fran Zabaleta**

© Fran Zabaleta, 2019

*Lo extraordinario*

Primera edición: diciembre de 2019

[franzabaleta.com](http://franzabaleta.com)

Ilustración de portada

Pexels en Pixabay

Maquetación en papel

Pío García, 2020

Edición para Kindle

Valentina Truneanu, 2020

Editorial

**Los libros del salvaje**

Rúa Troncoso 4, 2º

36206 Vigo

ISBN: 978-84-949646-5-7

La editorial Los Libros del Salvaje defiende que el *copyright* estimula la creatividad, permite a los autores vivir dignamente de su esfuerzo y su trabajo, defiende la diversidad y es herramienta fundamental para que la cultura viva y se expanda. Por ello, te agradecemos que hayas comprado una edición autorizada de este libro y que respetes la leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso del autor y/o la editorial. Al hacerlo, respaldas a los creadores y permites que Los Libros de Salvaje siga publicando libros. Si deseas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirígete a CEDRO, e Centro Español de Derechos Reprográficos: [cedro.org](http://cedro.org).

© Fran Zabaleta, 2019

*Lo extraordinario*

Primera edición: diciembre de 2019

[franzabaleta.com](http://franzabaleta.com)

Ilustración de portada

Pexels en Pixabay

Maquetación en papel

Pío García, 2020

Edición para Kindle

Valentina Truneanu, 2020

Editorial

**Los libros del salvaje**

Rúa Troncoso 4, 2º

36206 Vigo

ISBN: 978-84-949646-5-7

La editorial Los Libros del Salvaje defiende que el *copyright* estimula la creatividad, permite a los autores vivir dignamente de su esfuerzo y su trabajo, defiende la diversidad y es herramienta fundamental para que la cultura viva y se expanda. Por ello, te agradecemos que hayas comprado una edición autorizada de este libro y que respetes las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso del autor y/o la editorial. Al hacerlo, respaldas a los creadores y permites que Los Libros del Salvaje siga publicando libros. Si deseas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirígete a CEDRO, el Centro Español de Derechos Reprográficos: [cedro.org](http://cedro.org).

*Esta es para Miguel, que me abrió los ojos a lo extraordinario*

*Esta es para Miguel, que me abrió los ojos a lo extraordinario.*

# Índice

## **ANTES DE EMPEZAR**

### **PRIMERA PARTE. UN DESCENSO AL MAELSTRÖM**

- [1 La Isla de la Desesperación](#)
- [2 El País de las Maravillas](#)
- [3 El Fondeadero del capitán Kidd](#)
- [4 Un lugar de la Mancha](#)
- [5 La Tierra de Maple White](#)
- [6 Erewhon](#)
- [7 Libertalia](#)
- [8 El Desierto de los Tártaros](#)
- [9 Las Moradas Frías](#)
- [10 La Isla de los Estados](#)
- [11 Nottingham](#)
- [12 Mompracem](#)
- [13 El Lago Azul](#)
- [14 El Islote de la Esfinge](#)
- [15 Nueva Suiza](#)
- [16 El País de Nunca Jamás](#)
- [17 La Isla de If](#)
- [18 Ngranek](#)

### **SEGUNDA PARTE. LA LLAMADA DE LO SALVAJE**

- [19 El Bosque de Sherwood](#)
- [20 La Fraga de Cecebre](#)
- [21 La Abadía](#)
- [22 El Sudán](#)
- [23 La Montaña de Cristal](#)
- [24 El Klondike](#)
- [25 La Isla de Jackson](#)
- [26 El Cerro de Aslan](#)
- [27 Tortuga](#)
- [28 Cipango](#)
- [29 El Salvaje Oeste](#)
- [30 El Fuerte de Zinderneuf](#)
- [31 La Bounty](#)
- [32 El Pequod](#)
- [33 El Peñón de Bass](#)

[34 El Buque Fantasma](#)

[35 Fangorn](#)

[36 La Abadía de Hollywood](#)

[37 El río Congo](#)

[38 Kukuanalandia](#)

[39 O Courel](#)

**[UNAS CUANTAS ACLARACIONES QUIZÁ INNECESARIAS](#)**

**[AGRADECIMIENTOS](#)**

**[SOBRE MÍ](#)**

**[ANTES DE QUE TE VAYAS](#)**

- [34 El Buque Fantasma](#)
- [35 Fangorn](#)
- [36 La Abadía de Hollywood](#)
- [37 El río Congo](#)
- [38 KukuanaLandia](#)
- [39 O Courel](#)

## **UNAS CUANTAS ACLARACIONES QUIZÁ INNECESARIAS**

### **AGRADECIMIENTOS**

### **SOBRE MÍ**

### **ANTES DE QUE TE VAYAS**

## Antes de empezar

La novela que estás a punto de leer transcurre en gran medida en las montañas del Courel, en Galicia, un paraíso de excepcional riqueza vegetal, animal y paisajística y una comarca de gran interés histórico, antropológico y cultural. En el texto aparecen con cierta frecuencia términos en gallego: expresiones coloquiales, creencias (seres míticos, objetos mágicos, etc.). La mayor parte están en cursiva. Sin embargo, he dejado en letra redonda aquellos que hacen referencia a razas o especies de seres mágicos, como los mouros o los ananos, porque la RAE considera que las razas (animales o de otro tipo) se pueden escribir en redonda aunque los nombres no sean castellanos. Para no recargar la novela con notas al pie, siempre incómodas, he optado por explicar el significado de los términos gallegos, de una u otra forma, en el propio texto, con el deseo de que de esta forma la experiencia de lectura resulte más fluida. Espero que así sea.

Es probable que te llamen la atención los extraños nombres de los capítulos. Y con razón porque distan mucho de ser casuales. Son, con tu permiso, un pequeño juego literario, uno de esos divertimentos con los que de vez en cuando nos entretenemos los escritores.

Cada título hace referencia a la localización en la que se desarrolla una novela clásica de aventuras: un país, una isla, una comarca, un edificio... Algunas son sobradamente conocidas como ese lugar de la Mancha que imaginas o el País de Nunca Jamás; otras son más difíciles de identificar. No es en absoluto necesario hacerlo para seguir la novela: solo pretenden reflejar el peculiar universo literario del protagonista, todos esos libros que devoró durante los años de su primera juventud.

Sin embargo, si eres de los que no son capaces de resistirse a un acertijo, te daré una pista: en cada capítulo he incluido una o varias frases, insertadas de forma más o menos natural en la narración, que hacen referencia al libro relacionado con cada localización. Si descifras todas obtendrás una relación de novelas de aventuras y/o fantasía que, te lo aseguro, te permitirá disfrutar de cientos de horas de magnífica lectura. ¿Te animas a intentarlo?

Para dar mayor verosimilitud a la historia, me he preocupado por situar la acción en localidades (aldeas, valles, montañas, bosques...) que son reales, que existen en el Courel empezando por la famosa Devesa da Rogueira, el principal escenario de la novela, cuando no su protagonista. Algún amigo me ha sugerido incorporar un mapa. Sin embargo, he decidido no hacerlo por dos motivos: en primer lugar, no me parece necesario para seguir el curso de la acción; en segundo, porque ya existe, y es muchísimo mejor que cualquier otro que pudiera incorporar aquí. Basta buscar —en Google Maps o en otro mapa digital— el Courel o el nombre de cualquier localidad mencionada en el libro para obtener una magnífica perspectiva de la zona. Te recomiendo hacerlo, seleccionando la vista de satélite y la perspectiva en 3D: podrás seguir con todo detalle los recorridos de los protagonistas. Aunque, por supuesto, no es necesario hacerlo para disfrutar plenamente de la historia.

Termino con una aclaración necesaria. Lo que estás a punto de leer es ficción. Tanto la trama como los personajes son inventados y no tienen relación alguna con hechos reales.

Como dije un poco más arriba, las localidades mencionadas existen, tanto los pueblos como los montes, valles, bosques, ríos, senderos e, incluso, algunos establecimientos público mencionados (aunque las personas que en la novela trabajan en ellos son inventadas).

También son ciertas, en el sentido de que existen, las suposiciones en las que se basa la trama histórica del Courel y, por supuesto, son completamente reales las creencias que se mencionan. Al menos, hasta donde pueden ser reales las creencias. Tanto unas como otras, tanto las suposiciones como las creencias, pueden ser rastreadas sin dificultad en internet.

Pero ahí acaba toda coincidencia con la realidad. El resto es fruto exclusivo de mi imaginación, y así quiero dejarlo asentado antes de que comiences la lectura. Entenderás por qué cuando llegues al final.

¡Disfruta de la lectura!

n  
n.  
n  
e  
o  
s  
i.  
l  
e  
  
l,  
s  
  
e  
i,  
e  
l  
u  
  
n  
a  
i,  
n  
  
n  
,  
u  
o  
a  
a  
e  
i.  
r  
o  
  
a

Como dije un poco más arriba, las localidades mencionadas existen, tanto los pueblos como los montes, valles, bosques, ríos, senderos e, incluso, algunos establecimientos públicos mencionados (aunque las personas que en la novela trabajan en ellos son inventadas).

También son ciertas, en el sentido de que existen, las suposiciones en las que se basa la trama histórica del Courel y, por supuesto, son completamente reales las creencias que se mencionan. Al menos, hasta donde pueden ser reales las creencias. Tanto unas como otras, tanto las suposiciones como las creencias, pueden ser rastreadas sin dificultad en internet.

Pero ahí acaba toda coincidencia con la realidad. El resto es fruto exclusivo de mi imaginación, y así quiero dejarlo asentado antes de que comiences la lectura. Entenderás por qué cuando llegues al final.

¡Disfruta de la lectura!

«Era una obsesión casi mística, la pasión de los aventureros que penetran los misterios del mundo, que ven lugares nunca vistos, que hacen cosas que nunca se han hecho. Era un anhelo que nunca podía satisfacer del todo, porque cuando alcanzaba un horizonte sentía que otro lo llamaba, y hacia allí partía».

*El infiel*, David W. Ball

«El verdadero viaje de descubrimiento no consiste en ver nuevos paisajes, sino en tener nuevos ojos».

Marcel Proust

«Cuando salgamos del enfrascamiento de nuestro propio ego y escapemos como ardillas de la jaula que es nuestra personalidad para volver nuevamente al bosque, temblaremos de frío y de miedo. Entonces nos pasarán cosas que harán que no sepamos quiénes somos. La vida, fresca y reveladora, se nos adentrará».

D. H. Lawrence

«Era una obsesión casi mística, la pasión de los aventureros que penetran los misterios del mundo, que ven lugares nunca vistos, que hacen cosas que nunca se han hecho. Era un anhelo que nunca podía satisfacer del todo, porque cuando alcanzaba un horizonte sentía que otro lo llamaba, y hacia allí partía».

*El infiel*, David W. Ball

«El verdadero viaje de descubrimiento no consiste en ver nuevos paisajes, sino en tener nuevos ojos».

Marcel Proust

«Cuando salgamos del enfrascamiento de nuestro propio ego y escapemos como ardillas de la jaula que es nuestra personalidad para volver nuevamente al bosque, temblaremos de frío y de miedo. Entonces nos pasarán cosas que harán que no sepamos quiénes somos. La vida, fresca y reveladora, se nos adentrará».

D. H. Lawrence

## PRIMERA PARTE

# UN DESCENSO AL MAELSTRÖM



«Ninguna mente humana sería capaz de imaginar tanta desolación. A derecha e izquierda, hasta donde alcanzaba la vista, se elevaban, como murallas del mundo, una hilera de acantilados horriblemente negros y escarpados, cuyo lúgubre aspecto intensificaban las olas que, con sus enfurecidas crestas blancas, embestían contra ellos, aullando y rugiendo incesantemente».

Edgar Allan Poe

## PRIMERA PARTE

# UN DESCENSO AL MAELSTRÖM



«Ninguna mente humana sería capaz de imaginar tanta desolación. A derecha e izquierda, hasta donde alcanzaba la vista, se elevaban, como murallas del mundo, una hilera de acantilados horriblemente negros y escarpados, cuyo lúgubre aspecto intensificaban las olas que, con sus enfurecidas crestas blancas, embestían contra ellos, aullando y rugiendo incesantemente».

Edgar Allan Poe

## La Isla de la Desesperación

Llevaba horas conduciendo como un autómata. Ni sabía hacia dónde se dirigía ni le importaba una mierda. Lo único que quería era largarse. Escapar. Desaparecer. Una parte de su cerebro interpretaba las señales de tráfico y mantenía el control del coche mientras su cabeza volaba muy lejos de la carretera. En alguna parte había leído que los seres humanos son los únicos animales que viven más tiempo en el pasado o en el futuro que en el presente. Se le escapó una carcajada amarga. Pues vaya suerte la suya: el pasado le quemaba como un infierno y no le quedaba futuro. Al menos, ninguno que quisiera vivir.

Al entrar en una localidad llamada Pedrafita do Cebreiro, nada más cruzar la frontera entre Castilla y León y Galicia, vio un letrero indicador marrón que advertía de la proximidad de una desviación a la izquierda: «O Courel».

El nombre le despertó una añoranza de bosques y montañas. Frunció el ceño con extrañeza. Nunca había estado allí, de eso estaba seguro. Sin embargo, algo en aquella palabra, Courel, le trajo a la memoria un tiempo muy antiguo. Un tiempo en el que todavía tenía mil futuros posibles: un deseo feroz de vivirlos.

Notó un dolor intenso en el pecho. Apretó los dientes y tomó la desviación. Qué más daba un lugar que otro.

Condujo sin apenas fijarse en la carretera. Tenía una imagen incrustada entre las sienes: el gesto altanero de la jueza cuando se dirigió a él para comunicarle la sentencia. El desprecio inconsciente en sus labios. En sus ojos, protegidos por aquellas gafas con montura de oro. En su aire de señora bien que jamás ha tenido que ensuciarse las manos. En el aleteo de sus fosas nasales, que se abrieron un instante y se cerraron como si les hubiera alcanzado un olor nauseabundo. Aunque lo peor fue la indiferencia con la que pronunció las palabras que le rompieron la vida.

Media hora después leyó otro letrero, «Seoane do Courel», y unos cientos de metros más adelante vio las mesas al sol de la terraza de un bar en el lado izquierdo de la carretera. Frenó bruscamente y aparcó en el arcén derecho. Tenía el estómago vacío y la cabeza repleta de chirridos. Sobre todo los chirridos, una estridencia de metal contra metal que le erizaba el vello de los brazos. A duras penas conseguía no gritar hasta quedarse sin voz.

Salió del coche. Mientras estiraba los músculos entumecidos, se fijó en lo que había tras las casas del lado opuesto de la carretera.

Se le abrió la boca. Cruzó la calzada y comenzó a descender por un ramal que se abría un poco antes del bar en busca de un espacio desde el que contemplar el panorama sin el obstáculo de las edificaciones.

Lo encontró veinte metros más abajo. Se detuvo, todavía boquiabierto. El pueblo colgaba de una ladera tan empinada que las casas parecían garras clavadas en la tierra, luchando por no deslizarse al precipicio.

Pero lo que le había llamado la atención no eran las casas. Más allá se extendía un paisaje de bosques, un horizonte de verdes entre los que comenzaban a brotar los ocres, amarillos y rojos de otoño. Un angosto valle cubierto por una densa vegetación.

Algo se le removió por dentro. Respiró profundamente, llenándose los pulmones hasta que le presionaron las costillas. Se sintió como un náufrago arribando a la playa de una isla tropical desierta. Se le humedecieron los ojos.



a

o

y

s

a

i

e

e

a

l

e

e

y

n

l

1

o

u

s

r

e

s

o

s

o

e

s

o

e

o

s

n

o

e

o

e

o

e

o

e

o

e

o

e

o

e

o

e

o

—De menú tenemos entrantes y merluza a la primavera —le informó la camarera, una chica de veintipocos años con unos expresivos ojos azules que le contemplaban con simpatía, aunque no se le ocurría ninguna maldita razón por la que alguien pudiera hacer tal cosa.

—¿Entrantes? —le salió un graznido confuso que terminó en un carraspeo. Llevaba demasiado tiempo sin abrir la boca.

—Embutido, ya sabes. Jamón, chorizo y eso, ¿sabes? —le sonrió.

—Solo la merluza —decidió. Se preguntó por qué diablos tendrían merluza en el menú de un bar de pueblo perdido entre montañas, a ciento cincuenta o doscientos kilómetros del puerto más cercano. Pero no quería más embutidos. Llevaba dos semanas comiendo bocadillos. Las mismas que durmiendo en el coche y sin lavarse más que someramente en los lavabos de los bares.

Siguió a la muchacha con la mirada mientras se dirigía a la cocina. Era algo regordeta, pero sus años aquello la hacía incluso más deseable. Sonrió con amargura, notando cómo la bilis le caía gota a gota en el estómago. Se preguntó cómo sería acostarse con ella. La imaginación le había salvado la vida más de una vez.

También se la había jodido. Mucho.

Deseó sentirla. A ella, a cualquiera. Abrazarla. Apretar aquellas caderas contra las suyas; refugiarse entre sus pechos. Sintió la familiar tensión en los genitales; la sangre que se le aceleraba, anticipándose al deseo.

Echó un vistazo furtivo a derecha e izquierda para cerciorarse de lo que ya sabía: estaba solo en el bar. La televisión, una gigantesca pantalla plana, llenaba el silencio con la gravedad impostada de la presentadora del telediario.

Arrancarle un grito, eso estaría bien. «Un grito de puro terror», se rio él solo mientras sentía el sabor ácido del resentimiento en la garganta. Sin darse cuenta de lo que hacía, aferró el cuchillo del servicio y comenzó a golpear la mesa con el pomo. Joder, sí, cómo le gustaría arrancarle ese grito a la zorra de Lilith. O a la jueza de plástico que lo había condenado.

No debería pensar esas cosas. No llevaban a ningún lado, pero desde el juicio no podía evitarlo. Por ellas había perdido su trabajo. Su casa. A su hijo, Marcos, que le odiaba como solo puede odiar un adolescente.

Agitó la cabeza con furia, tratando de expulsar aquellos pensamientos que le estaban royendo el cerebro.

—¡Arg! —se le escapó.

Tras la puerta de la cocina asomó el rostro cordial de la camarera.

—¿Me llamabas?

Iba a responder que no, pero le alcanzó el olor del guiso de pescado y su boca se puso a salivar. Estaba hambriento.

e —Huele muy bien —dijo, y se sintió imbécil. Se rebulló en la silla. Qué torpe era. No sabía tratar con la gente. Y menos con las mujeres guapas.

En el rostro de la chica apareció una ancha sonrisa.

e —Gracias. Estoy un poco nerviosa, ¿sabes? Es la primera vez que la preparo. Espero que te guste.

El televisor seguía desgranando noticias de un mundo que se le antojaba más lejano que el planeta Saturno. Un poco después, la camarera le llevó un plato humeante, se lo puso delante y se quedó de pie frente a él, observándole con interés. Imaginó que estaba fijándose en su pelo castaño, que ya raleaba en la coronilla, en la barba entrecana y descuidada, en los ojos de un gris verdoso que, lo sabía de sobra, siempre parecía desvaído. Se sintió incómodo.

e —Vienes por la *devesa*, ¿verdad? Mucha gente viene ahora, en otoño, ¿sabes?, dicen que es cuando está más bonita, aunque yo la verdad es que ya ni me fijo. Viviendo aquí y todo eso...

o Sabes, sabes. ¿Es que no podía abrir la boca sin repetir aquel maldito «sabes» cada tres palabras? La rabia le subió por la laringe, amenazando con cerrarle la glotis. Volvió a coger el cuchillo y apretó con fuerza el mango con el puño. Le palpitaban las sienas. Los nudillos se le pusieron blancos.

s —Disculpa, tienes hambre, qué tonta —continuó ella con gesto compungido, malinterpretando su expresión—. Perdona, ya te dejo comer, es que por aquí no viene mucha gente, ¿sabes? A menos no por la semana, lo que son los fines de semana son otra cosa, esto se llena, todos quieren ver la *devesa*. Bueno, se llena en otoño, que después... Hala, ya me estoy enrollando otra vez. Te dejo comer, espero que te guste. Llámame si necesitas algo —comenzó a alejarse con su estúpida sonrisa en la cara.

—¿*Devesa*? ¿Qué es eso?

La muchacha se detuvo y se volvió hacia él sorprendida.

y —¿No sabes...? —se interrumpió y en su expresión volvió a brotar la sonrisa—. Claro, pero eso te hablaba en castellano. Siempre le hablo en castellano a la gente que no conozco, ¿sabes? Porque muchos de los que vienen no son de aquí. De aquí de Galicia, quiero decir, no de pueblo... Son de fuera y no entienden el gallego. Tú no eres gallego, ¿verdad? Por eso no sabes qué es la *devesa*. Aunque si vienes a verla deberías saberlo, digo yo...

—¿Es lo que se ve desde ahí fuera? —la interrumpió. Estaba deseando llevarse a la boca el guiso de merluza, cuyo vapor le llenaba las fosas nasales, pero todavía tenía los ojos llenos de verde.

e La risa de la muchacha resonó tan fresca como el agua de un arroyo de montaña. Notó que se le subía el rubor a la cara y volvió a sentirse estúpido.

a —¿Qué va! Eso es el valle del Lor. La *Devesa da Rogueira* está detrás, es una especie de bosque, desde aquí no se ve porque la oculta el monte Cido, ¿sabes? Bueno, algo se ve, pero hay que saber mirar —se le iluminaron los ojos como si hubiera dicho algo muy divertido—. Si quieres visitarla tienes que ir hasta lo que es la aldea de Moreda, aunque ya te aviso de que la subida es dura, hay muchos que lo intentan y se dan la vuelta. Por el cansancio, pero también porque les entra el susto, ¿sabes? Es muy espesa, en plan de que no se ve el sol, y bueno, dicen que está llena de... Ya sabes, de mouros, ananos, ánimas y esas cosas, bichos mágicos y así... —dudó y se rio un poco, con timidez repentina. Se encogió de hombros, alzó los ojos y negó con la cabeza, como si no pudiera comprender que algunos fueran tan necios y quisiera dejar claro que no se encontraba entre ellos.

El olor del guiso le estaba haciendo salivar. Gruñó algo ininteligible en respuesta y se

aconcentró en el plato. La chica todavía se quedó un instante observándolo.

—Lláname cuando termines —dijo al cabo, y desapareció en el interior de la cocina.

Engulló la merluza en cuatro bocados. Estaba pasada y la salsa tenía un sabor a requemado pero le pareció deliciosa. Cuando terminó dio un trago largo de la botella de cerveza. Notó el líquido bajando por su garganta, llevándose los últimos restos de comida. Percibió el ligero mareo producido por el alcohol. Respiró hondo, tratando de concentrarse. La Devesa da Rogueira le había dicho. En Moreda. En «lo que es» Moreda. ¿Qué mierda le estaba pasando al mundo, que ya nadie sabía hablar?

s —¿Me cobras? —alzó la voz.

—¿No quieres postre? —apareció al instante, como si estuviera pegada a la puerta—. Tengo tartas de manzana, de la abuela y helados.

Se tomó una tarta de manzana. Estaba fría y acartonada, como si la hubieran tenido una semana en la nevera. Pagó la cuenta y se dirigió a la salida.

l —¿Cómo te llamas? —le preguntó la chica cuando estaba a punto de salir. Ladeó la cabeza como disculpándose—. Si vas a estar unos días por aquí nos volveremos a ver, ¿sabes? Aquí todos nos volvemos a ver. Yo me llamo Sira, por cierto.

o Sus ojos azules le contemplaban, sonrientes y confiados como solo pueden mirar unos ojos que todavía no han visto nada.

n —Laro.

e —¡Laro! Es bonito, ¿sabes? En plan de, bueno, extraño, pero bonito. Entonces, ¿vas a ir a la *adevesa*, Laro?

Estaba en el quicio de la puerta, con medio cuerpo fuera, mirando hacia el interior. Por eso no se percató de que alguien se acercaba.

—¿Me vas a dejar pasar o echaste raíces en el medio?

r Se volvió hacia la voz. Una muchacha delgada, con una corta melena negra y un rostro burlesco. Una princesita morena le observaba con altanería, los brazos en jarras. Le vino a la cabeza la estampa de la jueza. Si tenía una hija, sería como aquella. La asociación le despertó una instantánea antipatía, pero el gesto de la joven era tan imperioso y transmitía tal seguridad en sí misma que se sintió intimidado y dio un paso atrás antes de que se le ocurriera una respuesta cortante.

e La comisura de los labios de la muchacha se curvó en una mueca de desdén mientras entraba. Olvidándose al instante de él, se dirigió a la camarera.

e —Qué tal, tía. Joder, esto está muerto.

—Hola, Claudia.

e Laro salió del bar y se alejó hacia el coche. Todavía oyó decir a la recién llegada:

y —Hay gente mazo hortera, tía. ¿Has visto el cacharro de ahí fuera? ¡Un Fiat Punto naranja, tía naranja! ¿Te lo puedes creer? Y después nos miran como si esto fuera un puto zoológico con el acierto de que son de ciudad...

n

n

.

n

e

e

concentró en el plato. La chica todavía se quedó un instante observándolo.

—Llámame cuando termines —dijo al cabo, y desapareció en el interior de la cocina.

Engulló la merluza en cuatro bocados. Estaba pasada y la salsa tenía un sabor a requemado, pero le pareció deliciosa. Cuando terminó dio un trago largo de la botella de cerveza. Notó el líquido bajando por su garganta, llevándose los últimos restos de comida. Percibió el ligero mareo producido por el alcohol. Respiró hondo, tratando de concentrarse. La Devesa da Rogueira, había dicho. En Moreda. En «lo que es» Moreda. ¿Qué mierda le estaba pasando al mundo, que ya nadie sabía hablar?

—¿Me cobras? —alzó la voz.

—¿No quieres postre? —apareció al instante, como si estuviera pegada a la puerta—. Tengo tarta de manzana, de la abuela y helados.

Se tomó una tarta de manzana. Estaba fría y acartonada, como si la hubieran tenido una semana en la nevera. Pagó la cuenta y se dirigió a la salida.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la chica cuando estaba a punto de salir. Ladeó la cabeza, como disculpándose—. Si vas a estar unos días por aquí nos volveremos a ver, ¿sabes? Aquí todos nos volvemos a ver. Yo me llamo Sira, por cierto.

Sus ojos azules le contemplaban, sonrientes y confiados como solo pueden mirar unos ojos que todavía no han visto nada.

—Laro.

—¡Laro! Es bonito, ¿sabes? En plan de, bueno, extraño, pero bonito. Entonces, ¿vas a ir a la *devesa*, Laro?

Estaba en el quicio de la puerta, con medio cuerpo fuera, mirando hacia el interior. Por eso no se percató de que alguien se acercaba.

—¿Me vas a dejar pasar o echaste raíces en el medio?

Se volvió hacia la voz. Una muchacha delgada, con una corta melena negra y un rostro burlón de princesita morena le observaba con altanería, los brazos en jarras. Le vino a la cabeza la estampa de la jueza. Si tenía una hija, sería como aquella. La asociación le despertó una instantánea antipatía, pero el gesto de la joven era tan imperioso y transmitía tal seguridad en sí misma que se sintió intimidado y dio un paso atrás antes de que se le ocurriera una respuesta cortante.

La comisura de los labios de la muchacha se curvó en una mueca de desdén mientras entraba. Olvidándose al instante de él, se dirigió a la camarera.

—Qué tal, tía. Joder, esto está muerto.

—Hola, Claudia.

Laro salió del bar y se alejó hacia el coche. Todavía oyó decir a la recién llegada:

—Hay gente mazo horterera, tía. ¿Has visto el cacharro de ahí fuera? ¡Un Fiat Punto naranja, tía, naranja! ¿Te lo puedes creer? Y después nos miran como si esto fuera un puto zoológico con el cuento de que son de ciudad...

## El País de las Maravillas

A unos dos kilómetros de Seoane do Courel en dirección a Folgoso, la capital municipal, Lara llegó a una desviación a la izquierda. En un cartel azul leyó: «Ruta Devesa da Rogueira». Muy cerca, una señal de dirección indicaba que esa era la carretera que llevaba a Moreda. Se metió por el ramal y avanzó por el fondo de un valle estrecho, encajonado entre laderas de pendiente pronunciada. Todo cuanto podía ver desde el coche era la vegetación, la ribera de un regato y, de cuando en cuando, un prado de verdes tan vivos que dañaban la vista. Hacía tantos años que no salía de Madrid que le costaba creer que existieran lugares así.

El asfalto se encontraba en mal estado y había momentos en que las copas de los árboles que flanqueaban el camino creaban túneles de penumbra y humedad. Unos kilómetros después de desvío, al frenar para entrar en una curva pronunciada, las llantas del Fiat Punto perdieron agarre. El coche derrapó unos metros, hasta detenerse en medio de la calzada.

Se quedó inmóvil, las manos fuertemente agarradas al volante, las mandíbulas apretadas. Un sudor frío le empapó la espalda. Notó en la garganta los latidos desbocados del corazón. La presión en las sienes, las sombras que cercaban su visión como si hubiera entrado en un túnel; solo acertara a distinguir claridad en el fondo.

Igual que aquella noche. Aturdido, comprendió que ya no estaba en la carretera, sino muy lejos de allí.

Con Lilith. Percibió de nuevo el sabor de la sangre en la boca y se obligó a respirar profundamente, dos, tres veces, hasta que los latidos de su corazón fueron regularizándose.

Salió del vehículo y avanzó unos pasos con las piernas temblorosas. La carretera estaba alfombrada de hojas húmedas, pero la culpa del derrape la tenía el desgaste de las llantas. Apoyó las manos en el techo del coche e inclinó la cabeza hasta sentir el contacto frío del metal. «Joder joder». Su frente comenzó a dar golpes contra él. Estaba harto. Harto de la vida de mierda que llevaba. Harto de no tener un euro para comer, cuánto menos para cambiar las ruedas o el mismo coche.

No podía más. Se obligó a inspirar profundamente otra vez. Cerró los ojos y se frotó la sien.

Volvió a sentarse al volante, encendió el motor y siguió adelante despacio, procurando evitar las acumulaciones de hojas aunque era una tarea imposible. No había avanzado medio kilómetro cuando se topó en una curva con una casa de una planta con tejado a dos aguas y un cartel en la pared en el que se leía «Aula de naturaleza de Moreda do Courel». Aparcó al lado y salió del coche. Unos cuantos paneles escritos en gallego indicaban que allí comenzaba la ruta que ascendía a la Devesa da Rogueira e informaban sobre la vegetación y la fauna del bosque, pero ni entendió bien el gallego ni tenía humor para tratar de descifrarlo.

El aula estaba cerrada. No se veía un alma. La luz del sol otoñal se filtraba a través de las hojas de los robles y los castaños. El suelo estaba alfombrado con los erizos abiertos de las castañas. El aire le llevó aromas desconocidos.

Justo al lado de la casa comenzaba un sendero que se internaba en el bosque. Según vio en un dibujo en un panel, la *devesa* cubría la ladera del pico Formigueiros, el más alto de la sierra. Se adhería como una mullida piel vegetal al anfiteatro que formaba la vertiente norte de la montaña de fuerte pendiente y hendida por barrancos y arroyos.

Se respiraba una atmósfera de sosiego. Se dijo que Sira tenía razón: aquel era un lugar mágico, un país en el que no parecían regir las reglas del mundo normal.

Echó un vistazo a la hora. Eran las tres y diez. Estaban en octubre y oscurecía muy pronto sobre las siete y media o así. En uno de los carteles se estimaba en cinco horas el tiempo necesario para recorrer el sendero, pero la distancia no era mayor de diez kilómetros. Aquello le pareció absurdo: ¿cómo se iban a tardar cinco horas en recorrer diez kilómetros, aunque fueran en pendiente?

Estaba tratando de decidir si se animaba a emprender el ascenso cuando el sonido del móvil le hizo dar un respingo. No era solo que el tono de llamada resultase fuera de lugar: su teléfono sonaba muy raras veces. Y cuando lo hacía solían ser malas noticias. Nervioso, rebuscó en los bolsillos de la cazadora hasta dar con él.

Marcos. Leyó el nombre de su hijo en la pantalla y su corazón comenzó a galopar. Hacía siglos que Marcos ni se dignaba a dirigirle la palabra cuando estaba delante, cuánto menos llamarlo. Deslizó el indicador de respuesta hacia la derecha con una punzada de esperanza.

—¿Marcos?

—¡Hijo de puta! ¡Eres un hijo de puta! ¿Cómo has podido hacernos algo así? —La voz le llegó lejana, distorsionada por la mala cobertura y la estática, pero el rencor que destilaba lo paralizó. Se quedó callado, respirando superficialmente, con la pantalla del móvil pegada con fuerza a su oreja, como si así pudiera acercarse más a él.

—Hijo...

—¡Ni hijo ni hostias! Tú ya no eres mi padre, ¿es que no te enteras? ¡No lo eres! ¿No has oído a la jueza?

Guardó silencio, acobardado por la inquina de Marcos, ajeno al murmullo de la brisa en las copas de los árboles, al rumor del agua o a la belleza de la tarde.

Clavó la mirada en el suelo.

—No fue mi culpa, Marcos —le salió un tono lastimero que a él mismo le produjo aversión. Carraspeó para aclararse la voz y prosiguió con algo más de entereza—. Me echaron del trabajo por culpa de tu madre... —Nada más decirlo comprendió que acababa de meter la pata. Su hijo no aceptaba la menor crítica contra su madre.

—No te das cuenta, joder, no te das cuenta de nada. ¡Nunca es culpa tuya, te pasas la vida rechazándole la culpa a mamá, pero lo cierto es que eres tú, siempre has sido tú, cobarde! ¿O es que ya no te acuerdas de lo que hiciste esa noche? ¡Yo estaba allí, lo vi todo! Y encima nos haces estar apurada. ¿Qué vamos a hacer ahora, me lo quieres decir? ¡Mamá gana una mierda! ¿De qué vamos a vivir si no le pasas la pensión?

«Lo que hiciste esa noche». Dio una patada al tronco de un árbol, furioso consigo mismo.

Trató de serenarse. Pensó en decirle que lo quería. Que lo echaba de menos, que le perdonase que... Se le escapó un gemido entrecortado que murió tan abruptamente como había nacido. «¿De qué vamos a vivir?». Eso era lo único que le preocupaba. Eso y descargar en él toda la rabia y la frustración de sus quince años. ¿Y él? ¿De qué iba a vivir él, si ni siquiera tenía un lugar para dormir o una ducha para lavarse?

Apartó el móvil de la oreja y lo apretó con fuerza inconsciente con el puño. Notó la tensión en

los globos oculares, la sangre que le palpitaba en las sienas.

Respiró hondo. Su hijo. Era tan dulce de bebé, siempre sonriendo, con aquella mirada tierna y aquel hoyuelo en la mejilla que hacían que se lo comiesen a besos.

Marcos tenía razón: era un cobarde. Siempre lo había sido. Por eso había permitido lo que había permitido. Por eso había tragado lo que había tragado durante tantos años. Por eso la juez le había metido una barra de hierro oxidado por el culo mientras se hacía la manicura.

—¿Estás ahí? ¿Sigues ahí, cabrón?

Observó la pantalla del móvil. Su hijo esperaba su respuesta respirando agitadamente.

Colgó.



De la espesura llegaban sonidos de pequeños animales que se deslizaban furtivos a su paso. Las hojas de los árboles amarilleaban el suelo y llenaban el aire de crujidos.

Jadeaba con fuerza por la dureza de la subida y el sudor le empapaba la camiseta. Se había quitado la cazadora e iba cargando con ella. De vez en cuando se le enredaba en alguna rama o le arrastraba un trecho por el suelo, hasta que se percataba y volvía a colocarla bien. El bosque rezumaba humedad bajo el dosel de las copas de los árboles. Gruesos troncos de castaños se hundían en la tierra, sólidos como los pilares de una catedral románica.

Durante largo rato, Laro ascendió por el sendero sin apenas fijarse en lo que le rodeaba. Las palabras de su hijo le hacían daño. Su cabeza hervía. Lilith en el suelo, con la tibia de la pierna derecha sobresaliendo blanquecina de la carne en medio de un charco de sangre; sus gritos interminables, tan agudos que parecían inhumanos; el espanto y la aversión de Marcos; la repulsa en la cara de los policías.

Se detuvo, resollando acalorado. Cerró los ojos mientras trataba de regularizar su respiración. Le alcanzó el rumor del agua que corría en algún lugar cercano. Abrió los ojos y dio unos pasos más, buscando el origen del sonido.

Tras un recodo descubrió una pequeña cascada. La luz del sol se filtraba entre las copas de los árboles y arrancaba destellos del agua. Era un remanso de paz escondido en lo más profundo de la espesura. Tuvo la sensación de haber entrado, sin darse cuenta, en el territorio de la maravilla.

Se dejó caer sobre una piedra, todavía con el pecho agitado por la caminata. Las libélulas zumbaban de un lado a otro. Las mariposas perseguían el sol con movimientos erráticos. Contempló el salto de agua, la luz que escintilaba.

Se sintió muy cansado. Notó el peso del abatimiento en los huesos. La angustia se le agarró a la garganta. Era una vieja enemiga que nunca le abandonaba.

¿Qué había hecho con su vida?

La desolación le traspasó, tan vacía como el espacio sideral. De pequeño, cuando menos se le esperaba, le asaltaba la percepción de la más absoluta nada, del vacío cósmico. Nunca había sabido qué provocaba aquellas sensaciones. Aparecían de repente y lo dejaban exhausto. Estaba tan tranquilo, merendando, leyendo, viendo la tele, cuando algo apretaba una tecla y en su mente se abría un universo en el que no había vida, ni objetos, ni sonidos, ni aire, ni siquiera negro o blanco. Le rodeaba el vacío más absoluto que pudiera imaginar. La angustia le atenazaba la garganta. Era una experiencia pavorosa que se iba tan rápido como venía y le dejaba sin fuerza durante varios días. Al crecer habían ido desapareciendo esos momentos, pero había descubierto otras formas de vacío.

Comenzó a llorar. Ajeno a la brisa fría que se levantaba a medida que la luz iba declinando y las lágrimas se convirtieron en sollozos, cada vez más fuertes, que se mezclaron con hipidos y gemidos.

e  
a



Pasó largo rato allí, casi inconsciente, sobre la roca cada vez más fría, hasta que el chasquido de una rama al partirse le sacó de su sopor.

Alzó la cabeza. Se frotó las cuencas de los ojos y examinó por primera vez con atención su entorno.

El bosque rodeaba la cascada. El aire estaba cargado de aromas. Localizó matas de tomillo y menta mezcladas con otras hierbas que no conocía. Se le ocurrió que en algún momento durante la ascensión había atravesado la puerta de un mundo fantástico.

Le asaltó una oleada de recuerdos de lecturas que creía olvidadas. Se acordó de la fascinación que le despertaban de pequeño aquellas historias, capaces de arrancarle del mundo anodino en el que vivía. Se había pasado la vida huyendo de sí mismo.

Respiró más tranquilo, notando cómo se deshacían los nudos de su pecho. Percibió un movimiento con el rabillo del ojo más allá del arroyo. Se fijó en un roble con la corteza oculta bajo una capa de musgo, invadido por plantas parásitas que colgaban de sus ramas como lianas. Debía de tener cientos de años.

Entonces lo vio. Fue algo tan asombroso que dudó de lo que tenía delante. Desde el pie del tronco, medio ocultos tras las hojas de un arbusto, le contemplaban dos ojos oscuros. Ahogó el agrito que le vino a los labios. Un pequeño ser de pelo negro como la pez y mirada inquisitiva como un duendecillo salido de los cuentos.

Sin apartar la mirada, se puso en pie muy despacio, temeroso de asustarlo. Dio unos pasos hacia el regato mientras, estupefacto, trataba de identificar la criatura. Solo distinguía las pupilas oscuras entre las hojas de los matorrales y la vaga silueta de su forma. Al poner el pie en una roca para atravesar el cauce, esta se movió y le hizo trastabillar. Cuando recuperó el equilibrio y buscó a la criatura, ya no la encontró. Examinó el lugar, confundido, diciéndose que se estaba volviendo loco, empezando a pensar que había sido un engaño de su imaginación. Los duendes no existían. Se sintió ridículo.

El pjar de los pájaros y el rumor del agua llenaban el ambiente. Se encogió de hombros, casi riéndose de sí mismo. «Un duende, lo que me faltaba». Meneó la cabeza. Menudo imbécil, un aduende. Sin embargo, se encontraba mejor. Observó el cielo a través de las hojas de los árboles. No le quedaba mucho tiempo de luz y había descendido la temperatura.

Decidió regresar al coche. Volvió a cruzar el arroyo y se puso en marcha. Ahora la pendiente ojugaba a su favor y avanzó con facilidad. Un poco más adelante el sendero atravesaba un claro desde el que vio una perspectiva de la empinada ladera. La densa vegetación reptaba sobre ella ascendiendo hacia la cumbre. Se dejó abrazar por aquel sosiego intemporal.

Le llegó el sonido lejano de una gaita, arrastrado por la brisa, entrecortado. Asombrado buscó su origen, pero no consiguió averiguar de dónde procedía. Era un sonido atávico, una melodía que parecía brotar de las mismas piedras, de la espesura, que flotaba y se mecía como un suspiro de sedas en el atardecer. No conocía la pieza, pero parecía tan natural en aquel entorno que era como si el mismo bosque se hubiera puesto a cantar.

, Se apoyó contra una roca y contempló una vez más la fronda ante él. Duendes y gaitas. ¿Qu  
yera aquel lugar? Pero ahí estaba la melodía, elevándose sobre el bosque, mitigando su dolor.

o

u

y

a

n

n

n

a

i.

l

l

,

s

s

a

ó

o

l.

i

n

i.

e

o

,

,

a

n

o

Se apoyó contra una roca y contempló una vez más la fronda ante él. Duendes y gaitas. ¿Qué era aquel lugar? Pero ahí estaba la melodía, elevándose sobre el bosque, mitigando su dolor.

## El Fondeadero del capitán Kidd

En las afueras del pueblo de Campelo, Sito Aguiar contemplaba el panorama con los brazos en jarras y afán posesivo. Estaba amaneciendo y el valle se desperezaba entre piores y nieblas. Tenía heladas las mejillas, las orejas y la coronilla. Inconscientemente, se pasó la mano por la cabeza como si así pudiera proteger el escaso pelo que le quedaba. Cuarenta años y se estaba quedando calvo. Al menos, el que le quedaba todavía seguía siendo negro, sin demasiadas canas.

Hacía frío esa mañana, por sus muertos que lo hacía. Y eso que apenas estaban en los primeros días del otoño. Sabía de sobra que en invierno sería mucho peor.

Tantos años viviendo lejos de las montañas le habían ablandado. «Pues ya puedes ir curtiéndote de nuevo, por la cuenta que te trae», murmuró para sí con una mueca indulgente. Porque había vuelto, y esta vez para quedarse. Al menos hasta que consiguiera lo que había ido a buscar. Y no lo conseguiría de un día para otro, lo sabía muy bien.

Volvió la cabeza y contempló la casa de la familia. Era una gran estructura de tres alturas, con los muros y el tejado de pizarra, cercada por edificaciones menores como una gallina rodeada por sus polluelos: cobertizos, pocilgas, cuadras, corrales y chamizos para guardar las herramientas, e habitual conjunto caótico de las viviendas gallegas. Durante años aquel desorden le había parecido natural, pero ahora tenía los ojos acostumbrados a otras arquitecturas y se daba cuenta de que el efecto no era el mejor.

Sonrió para sí con cierto desdén. «No era el mejor». Joder, era un puñetero caos, eso que los listillos de ciudad llamaban «el feísmo gallego». Pero a esos listillos quería verlos viviendo en las montañas, rodeados de animales y faenando en el campo de sol a sol, a ver cómo se la arreglaban. Podía no tener muy buen aspecto, pero la casa era funcional y comfortable por dentro que era lo importante. Había sido la vivienda familiar durante tantas generaciones que nadie lo recordaba. Era como un organismo vivo, que iba creciendo y adaptándose a medida que lo hacían las necesidades de sus moradores.

Se le torció el gesto cuando un pensamiento incómodo atravesó su cabeza. Por lo que él sabía los Aguiar llevaban allí desde el mismísimo principio de los tiempos, pero las brujas Cova seguían llamándoles «*os de fóra*», los de fuera. Lo decían con una mueca de desagrado, como si apestaran a estiércol. «*Os de fóra*», había que joderse.

De forma automática, aunque sabía de sobra que no podía verlo desde allí, su mirada buscó el pueblo de Carbedo, donde vivían las Covas, en la falda del monte A Labradiña. El recuerdo de Xoana le golpeó con fuerza inesperada. «Qué memo eres. Qué maldito memo». Pese a los años transcurridos no había conseguido olvidarla. Aunque tratara de negárselo a sí mismo, Xoana era una de las razones por las que había regresado. Una muy dolorosa.

—Tío, ¿qué haces ahí? —Le sobresaltó la voz de su sobrina.

—Joder, Claudia, qué susto me has dado.

La muchacha se le acercó con una mueca de burla en los labios.

—Pues estamos bien si todo un sargento de la Guardia Civil se asusta por un simple hola.

Sito sonrió. Acababa de ascender a sargento y toda la familia andaba pavoneándose por su promoción como si le hubieran nombrado general. Qué cojones, y hacían bien. Con el ascenso había conseguido que le pusieran al mando del puesto de Seoane do Courel, así que allí mandaba como si fuera general. Que era lo que había estado persiguiendo durante años para poder dedicarse a lo que le interesaba sin que le tocaran las pelotas.

Era el comandante del puesto y nadie le tosía. Lo había conseguido. Acababa de llegar, solo llevaba unos días allí, ni siquiera se había instalado todavía en la vivienda de la casa cuartelera. Pero estaba en su pueblo y con cuatro hombres bajo su mando.

Una mueca de triunfo le desfiguró la cara. «Que se atrevan ahora las Covas. Que se atrevan, ¡verán quién manda aquí!».

Observó discretamente a su sobrina, que se había detenido a su lado y contemplaba también el valle. ¿Cuándo se había convertido en aquella espléndida mujer? Cuando él se marchó de la montaña era una chiquilla de huesos de alambre, pero ahora no había hombre que no se volviera para mirarla. Tenía veintidós años, el cuerpo elástico y un descaro capaz de volver loco al más pintado. Se sintió vagamente avergonzado por pensar esas cosas de su sobrina. Era hija de su hermano menor, Cecilio, que la había tenido con diecisiete años.

Pero Claudia no se parecía a su padre, apocado y sumiso, ni a su madre, una mujer de la aldea de Moreda tan interesante como una vaca lechera. Se parecía a su abuelo, Suso o Vello, el padrino de Sito y de Cecilio. Tenía el mismo carácter endiablado, que no había dios que le llevara la contraria. Estaba habituada a salirse con la suya. A Sito le gustaba su sobrina. Sí, le gustaba mucho.

—¿Oíste la gaita? —preguntó Claudia. Cuando Sito le devolvió un gesto de extrañeza prosiguió—. Ayer por la tarde dos tipos subieron a la cima del Formigueiros y uno se puso a tocar la gaita mientras el otro lo grababa.

—¿La oíste tú?

—Qué va, yo estaba en Seoane. Pero subieron el vídeo a internet y lo vi en Youtube.

—¿Quiénes eran?

Claudia se encogió de hombros.

—Yo qué sé. Dos tipos de la costa, ya sabes, colgaos de los que tienen un orgasmo cada vez que ven un castaño como si hubieran llegado al paraíso. Me gustaría ver qué cara pondrían si tuvieran que pasar aquí el puto invierno.

Sito se rio. Su sobrina no tenía pelos en la lengua.

—Teniendo en cuenta que esos colgaos son los que te dan de comer...

La muchacha hizo una mueca. Sus padres habían aprovechado una subvención europea para rehabilitar una casa de la familia materna en el pueblo de Moreda, justo enfrente de la *devesa*, para convertirla en un alojamiento rural. Tanto Claudia como su hermano pequeño, Román, de diecinueve años, trabajaban allí. Al menos por el momento, porque Román estaba pensando en seguir los pasos de su tío y hacerse guardiacivil.

Claudia se encogió de hombros.

—Bueno, la verdad es que sonaba de puta madre, lo de la gaita. Manda *carallo*, qué idea ponerse a tocar en la misma cumbre...

—¿Hay mucho trabajo estos días?

—Al completo los fines de semana, por la semana no se ve un alma.

—Como siempre, entonces.

El otoño era la temporada alta en el Courel. Los turistas acudían en manada para extasiarse

ucon los colores de los bosques, hacer senderismo y atiborrarse de jabalí con castañas. Sobre todo gallegos, gente de las ciudades, aunque también de Madrid y otros lugares. En los últimos años se habían rehabilitado muchas viviendas para convertirlas en casas de turismo o restaurantes. Llevaba una década rumoreándose que iban a declarar la sierra parque natural y muchos estaban convencidos de que cuando eso sucediera se iba a producir una avalancha de visitantes, así que los más espabilados iban tomando posiciones. Sito tenía dudas de que la declaración llegase algún día o que, si lo hacía, que supusiese una avalancha, pero de todas formas el número de visitantes no paraba de crecer. Al menos los fines de semana del otoño, porque el resto del año y durante la semana las cifras caían en picado. Aquello estaba muy bien para un fin de semana y para el verano, que era cuando los vecinos emigrados a Barcelona regresaban para abrir sus casas y pasar unos días contando lo bien que les iba, pero vivir allí todo el año era otra cosa. La vida en la montaña no era fácil.

a —Bueno, siempre hay algún raro —seguía diciendo su sobrina—. Ayer llegó uno en un Fiat Punto naranja con una pinta de arrastrao que ni te cuento. Me cago en los putos jipis, qué asco me dan.

Sito frunció el ceño.

a —¿Y a ti qué te ha dado?

e —¡No los soporto, joder! ¡No aguanto a los *flower power* de los cojones, tanto pacifismo y tanta hostia, que no se enteran de nada!

a —¿Qué hizo ese?

—¿Eh? ¿Qué hizo quién?

, —El del Fiat Punto...

r —¡Ah! Yo qué sé, supongo que se habrá largado.

—¡Tío Sito, Claudia! ¡Mamá dice que entréis a desayunar de una vez! —Román, el hermano de Claudia, apareció en la puerta del primer piso de la casa, a la que habían adosado una escaleras exteriores de ladrillo que parecían lo que eran: un pegote. Pero eran útiles porque evitaban meterse en la casa de los demás sin necesidad. En el bajo vivía su padre, Suso o Vello viudo desde hacía una decena de años, y en el piso su hermano con su mujer y los hijos. A Sito como seguía soltero, le habían dejado el ático, que estaba todavía a medio acondicionar. La madre de Claudia se encargaba de la cocina y de las faenas caseras. Todos comían siempre en su casa, y Sito no tenía ninguna intención de comer de lata pudiendo disfrutar de las habilidades de su cuñada. La mujer no valía para nada más, pero había que reconocerle que tenía mano para los fogones.

a Comenzaron a acercarse a paso vivo. Sito se había quedado frío y tenía ganas de calentarse e yestómago con un café antes de ponerse en marcha. Era tarde ya, pero qué cojones, ahora era el jefe y podía hacer lo que se le antojara. Sonrió para sí, satisfecho.

n —Tío —le gritó Román desde el descansillo de la escalera—, ¿de dónde has sacado la máquina esa?

—¿Qué máquina? —preguntó Sito con gesto súbitamente serio. De sobra sabía a qué se refería, su sobrino.

—La del cobertizo. ¡Tienes que dejarme probarla, tío!

—¿Tú estás tonto o qué? Es de un decomiso y solo la tengo aquí temporalmente. Así que está avisado, tanto tú como tu hermana. ¡Ni se os ocurra ponerle la mano encima! ¿Está claro? ¡Ni un puto dedo encima! —gritó.

e —Vale, vale, que solo era una pregunta...

o Pero Claudia no tragaba tan fácilmente. Lejos de sentirse intimidada, le dedicó una mirada escocarrona.

i. —Pues sí que estamos bien. Por si no nos llegara con el abuelo y su obsesión del *carallo* ahora resulta que tú estás igual o peor.

e —Tú qué sabrás, joder, tú qué sabrás si solo eres una cría. Venga, anda, tira pa dentro.. e—exclamó, con una media sonrisa que pretendía quitarle hierro a su brusquedad, empujando a su sobrina al interior.

o Antes de entrar él mismo en la vivienda sus ojos huyeron en dirección a la Devesa de Rogueira. Percibía con claridad su presencia, con el pico Formigueiros coronándola. Siempre percibía su presencia. «O Vixía», el Vigía, así lo llamaban. El corazón del bosque latía inmutable contemplando con indiferencia las idas y venidas de los hombres, que debían de parecerle polilla: afanadas en minúsculos sinsentidos.

it Un estremecimiento súbito le sacudió la columna vertebral desde el cuello hasta la rabadilla.

e Algo había cambiado. Advirtió la presencia antigua, el aliento del bosque. Abrió los ojos, que había cerrado inconscientemente, y se quedó mirando en la dirección de la *devesa*, asombrado por la intensidad de la sensación.

El Vigía estaba despierto. Alerta.

y Dudó un segundo todavía antes de entrar. Apretó los dientes. Decidió que le daba igual, nada lo detendría, ni siquiera el Vigía.

Le vino a la cabeza una frase de uno de los pocos libros que había terminado en su vida, que se le había quedado grabada cuando la leyó de crío. «Si un camarada, o sea, uno que sabe cómo me las gasto, pone la zancadilla al viejo John, tiene los días contados en este mundo».

Llevaba toda la vida esperando por aquel momento. Nada iba a detenerlo. Iba a ser él, Sito Aguiar, quien culminara la búsqueda en la que su familia llevaba generaciones embarcada.

s

e

,

,

e

y

u

s

l

e

a

a

s

n

Pero Claudia no tragaba tan fácilmente. Lejos de sentirse intimidada, le dedicó una mirada socarrona.

—Pues sí que estamos bien. Por si no nos llegara con el abuelo y su obsesión del *carallo*, ahora resulta que tú estás igual o peor.

—Tú qué sabrás, joder, tú qué sabrás si solo eres una cría. Venga, anda, tira pa dentro... —exclamó, con una media sonrisa que pretendía quitarle hierro a su brusquedad, empujando a su sobrina al interior.

Antes de entrar él mismo en la vivienda sus ojos huyeron en dirección a la Devesa da Rogueira. Percibía con claridad su presencia, con el pico Formigueiros coronándola. Siempre percibía su presencia. «O Vixía», el Vigía, así lo llamaban. El corazón del bosque latía inmutable, contemplando con indiferencia las idas y venidas de los hombres, que debían de parecerle polillas afanadas en minúsculos sinsentidos.

Un estremecimiento súbito le sacudió la columna vertebral desde el cuello hasta la rabadilla.

Algo había cambiado. Advirtió la presencia antigua, el aliento del bosque. Abrió los ojos, que había cerrado inconscientemente, y se quedó mirando en la dirección de la *devesa*, asombrado por la intensidad de la sensación.

El Vigía estaba despierto. Alerta.

Dudó un segundo todavía antes de entrar. Apretó los dientes. Decidió que le daba igual, nada lo detendría, ni siquiera el Vigía.

Le vino a la cabeza una frase de uno de los pocos libros que había terminado en su vida, que se le había quedado grabada cuando la leyó de crío. «Si un camarada, o sea, uno que sabe cómo me las gasto, pone la zancadilla al viejo John, tiene los días contados en este mundo».

Llevaba toda la vida esperando por aquel momento. Nada iba a detenerlo. Iba a ser él, Sito Aguiar, quien culminara la búsqueda en la que su familia llevaba generaciones embarcada.

## Un lugar de la Mancha

El día en que vio por primera vez a Lilith, Laro acababa de cumplir veintisiete años y ya se consideraba de vuelta de todo, como si al despertarse una mañana hubiera descubierto que sus sueños se habían evaporado y ante él no se extendiera otra cosa que el vacío de una vida anodina y sin pretensiones, una de esas vidas que tanto había despreciado. Y en cierta forma así era: había renunciado a sus metas en alguna vuelta del camino y no tenía ni idea de qué hacer a continuación por lo que se limitaba a vegetar, asistiendo con cierta perplejidad al espectáculo de su propia intrascendencia, sin acabar de creerse del todo que se le hubiera torcido la vida.

Durante los años del instituto y los de la universidad se había acostumbrado a ser el centro de atención. Era bien parecido, de cuerpo atlético, sonrisa cordial, pelambrera castaña y ojos de un color gris verdoso que conseguían que las mujeres sintieran una turbación imprecisa en el vientro al conocerlo. Tenía la palabra fácil y la cabeza repleta de sueños, consecuencia directa de haber devorado cientos de libros. Era un lector incansable que engullía las obras de Stevenson, London, Conrad, Salgari, Kipling y muchos otros, deslumbrado por el coraje de los que osaban romper los corsés de las convenciones y se lanzaban a explorar otros mares, tierras o mundos.

Había heredado el gusto por los viajes, al menos por los literarios, de su padre, que atesoraba una biblioteca de varios miles de volúmenes. Especial cariño le tenía a una colección que Editorial Labor había publicado en tapa dura allá por la década de 1950 y que su padre conservaba como un tesoro. Eran libros de viajeros que contaban en primera persona sus experiencias entre los gauchos, los esquimales o los papúes, sus exploraciones por Indochina, e Amazonas, el Himalaya o el Ártico, historias de naufragos y montañeros, de selvas vírgenes, desiertos de arena o de hielo que atrapaban su imaginación y le mantenían en vilo toda la noche leyendo bajo las sábanas que le servían de tienda de campaña y alumbrándose con una linterna para que su hermano pequeño, con el que compartía habitación, no se despertara.

Desde aquel refugio atravesaba el Atlántico con Lindberg, se enfrentaba a los hielos australes con Amundsen, penetraba en el corazón del Imperio Azteca con Hernán Cortés y se imaginaba una vida repleta de gestas y aventuras. Vivía en varios mundos al mismo tiempo, desbordado por su fantasía, convencido de que cuanto le rodeaba era demasiado banal y sintiéndose identificado con aquel otro caballero cuya cabeza también estaba llena de cuanto leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles.

Soñaba con lo extraordinario y se imaginaba viviendo al límite, siempre de aquí para allá superando retos imposibles. La vida, pensaba, era para los que se atrevían a desafiar las convenciones.

Un día, cuando tenía quince o dieciséis años, un compañero de clase llevó una guitarra al instituto. Fue una revelación. Nunca se había interesado por los instrumentos musicales y ni siquiera seguía con atención a este o aquel cantante, como hacían los chicos de su edad; si le hubieran preguntado, no habría sabido decir qué tipo de música le gustaba ni nombrar más de do

o tres grupos, y eso porque le sonaban de oírseles mencionar a sus amigos más que por verdadero interés. Cuando de pequeño iba de viaje en coche con su familia, su madre solía ponerse a cantar y él disfrutaba acompañándole. Esa era toda su experiencia musical. Sin embargo, al ver el éxito de su compañero, que se convirtió en el centro de atención de chicas y chicos durante el recreo descubrió de pronto su verdadera vocación y decidió aprender a tocar la guitarra.

No se le daba nada mal. Tenía buen oído, unos dedos ágiles y una voz desgarrada y melancólica que se ganaba a sus oyentes. Se dijo que, si no podía ser explorador, algo que se le antojaba cada vez más difícil en un mundo completamente explorado, sería cantautor. Llevaría una vida bohemia y sin ataduras, viajaría de ciudad en ciudad para ofrecer sus composiciones a la gente. De repente, sus fantasías se llenaron de grandes estadios y multitudes entregadas, de muchachas enamoradas y discos de platino.

Cuando terminó el instituto se matriculó en la facultad de Historia de la Complutense de Madrid, más que nada para evitar que sus padres le pusieran mala cara. La historia le gustaba pero para entonces ya volcaba todo su interés en la música. Comenzó a componer sus propios temas y durante unos años se dedicó a recorrer los tugurios de Madrid, guitarra en mano desgarrando su repertorio de nostalgias y amores rotos. Se hizo muy popular entre sus compañeros de facultad, que acudían en masa a escucharlo cantar. Disfrutaba sabiéndose el centro de atención, pero, sobre todo, disfrutaba viviendo al margen de lo establecido. Todos estaban convencidos de que Laro estaba destinado a convertirse en una estrella de la música. Y ciertamente, tuvo algunos éxitos, temas de estribillos pegadizos que de vez en cuando sorprendían tarareando a desconocidos en el barrio o en el metro. Cuando eso pasaba se le llenaba el pecho de burbujas y se convencía de que estaba en el buen camino.

Pero el éxito tardaba en llegar. Siempre parecía justo al alcance de las yemas de los dedos solo un poco más allá, un poco más lejos nada más. Los años pasaban, sus amigos iban terminando los estudios e integrándose en esa vida que siempre había despreciado: comenzaban a trabajar en un despacho de abogados, un banco o una fábrica, se casaban, tenían un crío y de repente todo eran responsabilidades, facturas y jornadas laborales interminables. Laro los observaba con incredulidad, incapaz de aceptar que los que habían sido sus compañeros de viaje se encerrarán voluntariamente en unas existencias tan anodinas. Tenía la sensación de que la vida era una autopista repleta de coches que pasaban a toda velocidad y él un espectador solitario detenido en el arcén.

Pero le daba igual, pues por entonces llevaba dos años viviendo con una chica de la que estaba profundamente enamorado.

n

e

y



La conoció en el metro, un día de primavera. Laro había decidido que tenía que curtirse y que la mejor forma de hacerlo era cantar en la calle. En realidad necesitaba las pocas monedas que conseguía, pues sus padres se mostraban cada vez más reacios a mantenerle debido al escaso interés con que afrontaba sus estudios, pero descubrió que le gustaba la sensación de anonimato. Tocar una de sus canciones de amor en medio de la multitud apresurada e indiferente le parecía un acto tan intrépido como generoso; intrépido porque sus canciones, pensaba, eran un clamor de autenticidad y emoción en un mundo prostituido; generoso porque cantar a la pasión mientras la gente se dirigía a la oficina era ofrecerles una ventana desde la que contemplar la verdadera vida

pesa que se les escapaba mientras estaban tan ajetreados, era darles la oportunidad de redimirse y revivir sus sueños antes de que fuera demasiado tarde.

o La chica apareció una mañana, con su carpeta de estudiante universitaria bajo el brazo, sus chubasquero de colores y sus ojos inmensos, en la estación de metro en la que solía cantar. Laro estaba tocando el que consideraba su mejor tema, una canción que hablaba de un amor que trascendía el tiempo y la distancia entre una joven y un marinero, cuando se fijó en que alguien se detenía frente a él y provocaba al hacerlo un pequeño tapón en la riada de viajeros.

a Levantó la mirada. Era una muchacha de más o menos su edad, y en sus ojos percibió una mezcla de nostalgia y anhelo que le robó la respiración y consiguió que se le escapara una nota. Algo avergonzado, se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa cómplice. Ella dejó escapar una risa clara, que a Laro se le antojó deliciosa, y continuó su camino.

e Al día siguiente, más o menos a la misma hora, la muchacha volvió a pasar. Esta vez se detuvo un poco más. Se buscaron con las miradas y se sonrieron, reconociéndose, con algo parecido a una tímida esperanza. Cuando reemprendió su camino, los ojos de Laro no se apartaron de ella, devorando su cuerpo atlético hasta que se subió a su tren.

s Pensó que nunca había conocido a una mujer tan hermosa. Esa noche, tras pasarse la tarde pensando en ella, en su forma de andar, en el brillo de sus ojos, en la forma deliciosa en que la melena castaña le caía sobre la cara y en lo maravillosamente bien que le quedaba el pantalón de vaquero, comprendió que estaba enamorado. Lo desconocía todo de ella, ni siquiera había escuchado su voz, pero sentía en las tripas que lo que retumbaba en su pecho era auténtico: estaba enamorado.

Desde ese día aguardaba con ansiedad la hora en que pasaba. En cuanto la veía acercarse, interrumpía lo que estuviera cantando y comenzaba la canción de la muchacha y el marinero. Ella se detenía siempre y escuchaba con atención hasta que la terminaba, como si supiese que estaba dedicada y no quisiera mostrarse descortés. Nunca le echaba una moneda ni se quedaba más tiempo. Llegaba, escuchaba la canción, se devoraban con los ojos, se sonreían y ella reemprendía su camino.

n Laro pasaba el resto del día ansioso. Las horas sin verla le parecían una agotadora travesía por el desierto más yermo de la Tierra y, al mismo tiempo, se sentía absurda y completamente infeliz. Por primera vez en su vida se dio cuenta de lo lejos que estaban sus letras de reflejar el verdadero amor y lo inaprensible, lo reactivo que este era a dejarse atrapar entre palabras. Pero le quedaba igual. Sus canciones, alimentadas por el breve encuentro de cada día, se hicieron más luminosas y esperanzadoras, y sus acordes más alegres y vivos.

Un día, ella no apareció. Laro la esperó mucho tiempo, cada vez más ansioso, tratando de concentrarse en las canciones hasta que fue incapaz de recordar el verso que venía a continuación. Se quedó con la guitarra colgando sin fuerza de su mano en medio de la riada de pasajeros mirando hacia el lugar por el que tendría que aparecer.

e Aguardó por ella durante horas. Se dijo que no pasaba nada, que volvería a verla. Se dijo que le habría surgido cualquier imprevisto, quién sabe, una cita con el dentista o un recado de última hora. Se dijo que quizá estuviera enferma, una fiebre primaveral, leve por supuesto, o que se había quedado dormida. Durante todo el día imaginó razones por las que no había aparecido y que no le impedirían aparecer a la mañana siguiente. No se atrevía a imaginar otro día sin verla.

a Se dio cuenta, con un asomo de desesperación, de que ni siquiera sabía cómo se llamaba. ¿Cómo iba a localizarla? La necesitaba tanto como respirar, necesitaba su sonrisa, el hoyuelo que

yse le formaba en la mejilla derecha cuando sonreía, aquellos ojos inmensos que le parecían los más dulces y profundos del mundo.

u Al día siguiente, Laro llegó al andén mucho antes de lo acostumbrado, con la mente embotada por una noche en blanco y la adrenalina corriendo por sus venas. Los minutos se le hicieron horas eCantó sin concentrarse mientras no dejaba de pensar en todas las desgracias que podrían haberle esucedido. En un momento determinado, hartado, llegó a la conclusión de que aquello no tenía sentido, que no había ninguna persona en el mundo por la que mereciera la pena pasar por aque ainfierno y que lo mejor sería largarse y olvidarse de ella.

i. No se movió. Siguió cantando con la mirada fija en el pasillo por el que tenía que aparecer rCuando por fin la vio estaba tan convencido de que no vendría que tardó un rato en reconocerla Se le escapó un suspiro de puro alivio. Ella se dio cuenta y sonrió.

o Ni siquiera se percató de que había dejado de cantar. Durante un minuto eterno se devoraron acon los ojos, ambos inmóviles, él con la guitarra en la mano, ella con la carpeta y el chubasquer de colores, mientras la gente pasaba a su lado y en más de un rostro afloraba una sonrisita de envidiosa complicidad.

e —¿A qué esperas, chaval? ¿Estás tonto o qué? —le espetó un anciano, que los observaba con aun brillo húmedo en las pupilas.

n No fue él quien dio el primer paso. Al escuchar al abuelo, la muchacha pareció salir de su aembeleso. Dio tres pasos hasta Laro. Tres, fueron tres, Laro lo recordaría siempre. Tres pasos y adespúes se puso de puntillas, pues él le sacaba una cabeza. Apoyó una mano en su pecho para no perder el equilibrio y le dio un beso en los labios.

o, Reaccionó por fin. Sin apartar la mirada, apoyó la guitarra contra la pared. Cayó al suelo con aun estruendo de acordes rotos, pero él ni se dio cuenta. Puso las manos en su cintura, que le apareció la cosa más leve y cálida que había tocado nunca, y la atrajo hacia sí. Notó el contacto de ssus pechos contra la camisa y le alcanzó el ligero olor a almendras dulces de su pelo y el aliento afresco de su boca. Sus manos le apartaron el pelo de la cara con suavidad, como si tras aquella cortina de seda se escondieran todos los secretos del universo y la menor brusquedad pudiera aocultarlos para siempre. Acercó los labios a los suyos. Se fundieron en un beso demorado.

e

l



e

s Esther, se llamaba Esther y, durante cinco años ambos fueron tan felices como solo pueden serlo los inconscientes y los soñadores. Al empezar a estudiar en la universidad, Laro se había e trasladado a un ático, heredado de sus abuelos paternos, con la excusa de que se hallaba a mitad de camino de la facultad. Era un piso pequeño, destartado, gélido en invierno y asfíxiante en l, verano, pero era suyo y les ofrecía independencia. Ambos eran jóvenes y estaban enamorados, de forma que cuando pocos meses después ella se instaló en el ático, este se convirtió en su paraíso particular.

a El verano desnudó sus pieles y llenó el espacio de risas, juegos y complicidades. Apenas a salían, pero ni siquiera se daban cuenta. Dormían juntos, comían juntos, se duchaban juntos y se perdían en exploraciones sin fin, y Laro se decía que quería seguir explorando aquel cuerpo toda su vida. Hablaban sin parar, con una ingenuidad desnuda y una inconsciencia que les dejaba exhaustos y felices. Hacían el amor suavemente, con impaciencia, con saña, como si lucharan cuerpo a cuerpo, follaban con el deseo en la piel y en las uñas de los dedos y bebían los jugos ajenos con sed de náufragos. Permanecían entre las sábanas revueltas en completa quietud, sin

shablar, admirando la longitud del cuello, la suave pelusilla casi invisible de la curva de la espalda, la gracilidad de los pezones y las gotitas de sudor que brotaban de la piel. Laro hablaba de mundos ignotos, lecturas antiguas o recientes y sueños imposibles, e imaginaba universos para obtener la recompensa de un fulgor repentino en la mirada de Esther. Tocaba la guitarra día y noche y le cantaba todas sus canciones y ella se reía y le decía que había llegado a pensar que asolo tenía una, aquella del marinero que siempre tocaba en el metro.

1 Laro reía y escribía. Su cabeza rebosaba, repleta de versos y melodías. Nunca había sentido algo similar, esa urgencia. Había salido con algunas chicas, pero habían sido solo escauceos torpes intontonas que no habían cuajado.

2 Tenía veinte años y, aunque jamás se lo dijo, la primera vez que se acostaron era tan virgen como ella. Siempre había creído en el amor de una forma absoluta, como se cree en lo que se puede ver y tocar. Lo conocía a través de los libros, así que no podía dudar de su existencia, y de alguna forma estaba convencido de que su vida hasta ese momento no había sido sino un paciente aguardar a que la mujer que le complementaba se cruzara con él. Si se paraba a pensarlo, la idea le parecía tan ñoña como absurda. Era muy consciente de que el universo no es más que un cúmulo de sucesos aleatorios y que no había ninguna ley física que convirtiera aquel encuentro en inevitable. Por el contrario, le bastaba abrir los ojos para darse cuenta de que lo habitual era lo contrario: amores que no funcionaban o que ni siquiera lo eran, relaciones frustrantes, torpes y lujurias que desembocaban en niños no deseados, en vidas no deseadas. Precisamente por eso percibía como una verdad profunda la existencia del amor y se sabía afortunado por ser uno de los elegidos. Lo había conocido y era tan intenso como siempre había imaginado. Se sentía agradecido a la vida que le había regalado esa oportunidad y secretamente orgulloso de vivir un amor tan profundo como extraordinario. Porque eso era lo que ambos tenían: un amor profundo y extraordinario. Cada vez que lo pensaba, Laro sonreía de oreja a oreja, rotundamente feliz.

3 Esther era una mujer alegre, repleta de energía y con la cabeza bien amueblada. Estudiaba Derecho, algo que fastidiaba un poco a Laro porque le parecía que no casaba con su imagen de cantautor bohemio ni, mucho menos, con la de personaje extraordinario. Hubiera preferido que estudiase Bellas Artes o Arte Dramático, o quizá Filosofía, porque nunca había oído hablar de un cantautor enamorado de una abogada y la idea le chirriaba un poco; además, Esther se tomaba en serio su carrera y, tras los primeros meses de pasión, se pasaba muchas horas al día estudiando primero en el ático y después en la biblioteca de la facultad, pues cuando se quedaba en casa: <sup>1</sup>Laro, aburrido, no paraba de hablarle y no conseguía concentrarse.

<sup>2</sup> Él apenas pisaba la facultad. Si alguien le preguntaba decía que estudiaba Historia, pero en realidad hacía años que ni se matriculaba. En total había pasado tres años en la universidad: <sup>1</sup> había aprobado cuatro o cinco asignaturas, y más porque le gustaba leer que por estudiar de verdad. Poseía una amplia cultura general debido a que era un lector voraz, pero carecía de la <sup>2</sup> menor disciplina y era incapaz de organizarse.

No lo necesitaba, o eso se decía. Lo suyo era la música, y todo cantautor que se precias <sup>3</sup> necesitaba experiencias propias, no lecturas ni estudios, así que mientras Esther seguía hincand <sup>2</sup> los codos y aprobando curso tras curso él componía y cantaba en el metro para sobrevivir, con <sup>1</sup> esporádicas actuaciones en bares de la ciudad. Ni siquiera se dio cuenta de que estas eran cada <sup>2</sup> vez más espaciadas entre sí, que cada vez le costaba más esfuerzo encontrar un local. No fue <sup>1</sup> consciente de lo que sucedía porque nunca se había interesado de verdad por la música, al menos <sup>3</sup> la que no componía o interpretaba, pero los gustos estaban cambiando y los cantautores, que <sup>1</sup>

adurante unos años habían concitado el interés de la gente, comenzaban a pasar de moda e abeneficio de las bandas.

a Cinco años después de comenzar su relación, esta se acabó. En realidad llevaba mese yacabándose, pero cuando por fin terminó a Laro le dio la impresión de que le empujaban a un lag ede aguas heladas completamente desnudo y sin previo aviso.

No se lo esperaba. Ciertamente que durante los últimos meses habían empezado a discutir, Esther l reprochaba que siguiera en las nubes con sus canciones, que no terminara los estudios, que n ,tratara de encauzar su vida, y Laro le replicaba que su vida eran ella y la música y que él no l pedía que cambiara de profesión y buscara algo más interesante que el Derecho. Las voces iba nsubiendo de tono y se convertían en reproches. De repente, el ático parecía pequeño y miserable emal amueblado, sucio, y ella le gritaba que era un crío con la cabeza repleta de fantasías, y Laro ese sentía pequeño y desdichado, pero también furioso. Cogía su guitarra y se iba a la calle, : eualquier lugar donde tocar una canción y sentir que todo continuaba igual.

a Un día, meses después de que Esther acabara su carrera, Laro estaba tratando de compone una canción que se le resistía cuando ella le planteó un ultimátum: o se ponía a estudiar o buscab: nun trabajo; si en el plazo de tres meses no hacía una cosa ni la otra, se marcharía. Laro la escuch: ocon incredulidad, asintió con un leve encogimiento de hombros y siguió tratando de componer l: scanción sin reparar en la mirada que le dedicó ella, una mezcla de pesadumbre, dolor : odeterminación.

s Tres meses después, un Laro anonadado contemplaba el vacío dejado en el ático por las ropa y las pertenencias de Esther. Aun así conservó la esperanza, convencido de que tarde o temprano ella se daría cuenta de que su historia no podía acabar como las demás, que el suyo era un amo yextraordinario y que, como todos los amores extraordinarios, era tan real como eterno.

Hasta aquella tarde de noviembre, anticipo del invierno más duro de su vida, cuando se cruz: acon un conocido de ambos por la calle. Había salido a dar una vuelta porque le pesaba demasiad: ella soledad del ático, repleto de ausencias. Charlaron de esto y de aquello, dejando que l: econversación fluyera sin destino, hasta que el otro dijo algo sobre una boda.

n —¿Qué has dicho?

n —Esther, tu ex. Se ha casado este fin de semana. ¿No lo sabías?

, Laro no respondió. No podía pensar. No podía hablar. Ni siquiera alcanzaba a comprender e asignificado de las palabras.

No habían pasado seis meses desde que se dejaran.

n Dos años después, Laro trabajaba como camarero por horas en un bar de copas de un barrio yde la periferia de Madrid, un local mugriento que regentaba un antiguo compañero de instituto, qu: elo utilizaba como tapadera para sus trapicheos de camello de medio pelo. Había dejado de canta y de componer. Se limitaba a dejarse llevar, sin sueños, ambiciones ni propósitos. Había conocido el paraíso y el infierno. ¿Cómo se sobrevive a una historia de amor extraordinario? Llevaba do: años huyendo de sí mismo. Había vivido y estaba de vuelta de la vida, así que ya nada tenía: osentido, como si viviera un tiempo prestado y no supiera qué hacer con él.

n Fue entonces cuando conoció a Lilith. Y cuando comenzó a comprender que el verdader: ainfierno estaba todavía por descubrir.

e

s

e

n

s

o

e

o

e

n

,

o

a

r

a

ó

a

y

s

o

r

ó

o

a

l

o

e

r

o

s

a

o

## La Tierra de Maple White

Abrió los ojos. Sin moverse, trató de identificar lo que lo había despertado. El asiento de conductor estaba reclinado y desde su posición solo alcanzaba a ver el techo del coche y la parte superior de las ventanas.

El silencio. Le había despertado el silencio, rebosante de sonidos que ya no recordaba. Lo trinos de los pájaros, una melodía confusa que parecía compuesta por un pianista borracho. No era más como el griterío de un patio de colegio, con todos los niños chillando excitados, tratando de hacerse oír por encima de la algarabía. De fondo, el rumor del agua fluyendo por algún cercano cauce, el susurro de la brisa entre las hojas de los árboles. Y, sin embargo, paradójicamente, todo era silencio.

Liberó la mano izquierda de la manta con la que se cubría y abrió un poco la ventanilla. El nivel del ruido aumentó. Se incorporó y contempló el bosque. Apartó la manta con dificultad entumecido por la inmovilidad nocturna, y salió del coche. El frío del amanecer le obligó a frotarse los brazos y a dar pequeños saltos para entrar en calor. La caseta del Aula de Naturaleza seguía desierta. En toda la noche no había pasado ni un solo coche por la carretera. Aquello era el fin del mundo.

Un retortijón en el estómago le recordó que no había comido nada desde la merluza del día anterior. Tenía que ponerse en marcha, acercarse al pueblo y buscar un supermercado abierto, si había fijado en que había un par de tiendas de alimentación, comprar algo para llevarse a la boca. Le quedaba muy poco dinero. Tenía que tomar algunas decisiones, pero le costaba tanto concentrarse que la simple idea le descorazonaba.

Se acercó al tronco de un castaño y orinó contra él. El cielo parecía despejado, pero la luz del sol todavía tardaría en alcanzar el lugar en el que se encontraba, encajado entre laderas cubierta por la vegetación.

Sentía la presencia del bosque. Había una quietud en la atmósfera que amortiguaba el estruendo de su cabeza. Cerró los ojos y respiró profundamente. La noche había sido como toda en las últimas semanas, un duermevela de agujas y reproches, pero en ese momento casi podía ver cómo sus fantasmas huían, ahuyentados por la paz del amanecer. Contempló el grueso tronco de castaño y se dijo que podía tener doscientos o trescientos años. O quinientos, qué sabía él. La idea de pasar tanto tiempo en un lugar como aquel le pareció balsámica. Cuando brotó, la carretera ni siquiera existiría, o quizá fuera un sendero olvidado entre montañas.

Recordó la gaita que había escuchado la tarde anterior, tan sutil e irreal como una melodía de cuento. Eso le hizo pensar en su amor por Esther. Habían pasado tantos años de aquello que ya solo le quedaban jirones de recuerdos. Hacía tiempo que se le habían acabado los reproches, tanto los que le hacía a ella como los que se dirigía a sí mismo. Era lo único que tenía que agradecerle a Lilith: que le hubiera reconciliado con su vida anterior.

Buscó la *devesa*. Se abrió ante él como un paraíso ignorado, un mundo perdido e inaccesible habitado por bestias antediluvianas y seres en los albores de la humanidad. Sintió su presencia.

como un reclamo. Las hojas que se mecían al son de la brisa, la belleza de los verdes profundos los ocres y amarillos. Recordó la sensación que había tenido en la cascada. El fluir de la lágrimas, como un río que se llevaba la suciedad de su interior. La impresión de que le vigilaba un duendecillo del bosque.

Sonrió, avergonzado de su ingenuidad, y sonreír le hizo bien. Hacía demasiado tiempo que no tenía motivos para sonreír.

No fue un pensamiento consciente, ni mucho menos una decisión, pero de alguna forma lo supo. Lo sintió en las entrañas. En la rabia que se enfriaba. Solo un grado. Pero un grado ya era mucho.

No iba a seguir huyendo.

Buscaría una casa abandonada en cualquier lugar apartado. Se le daba bien trabajar con las manos, así que podría arreglárselas. Acondicionaría un lugar y viviría rodeado de bosques y montañas. ¿Quién le iba a encontrar allí? Ni aunque lo hubiera buscado durante años habría encontrado un rincón mejor para desaparecer. Que le dieran a Lilith, a la jueza, al mundo. Que lo dejaran en paz.

La idea de crearse una nueva vida, una vida a secas, cuando ya había renunciado a todo, lo acarició el pecho. No tenía nada que perder porque ya lo había perdido todo. No esperaba nada del futuro. Había ardido en el infierno y había sobrevivido. Lo único que quería era que le dejaran en paz.

No, no iba a seguir huyendo.

Había llegado.

a

e

l

o

l

s

l

s

r

l

a

i

e

a

o

e

e

a

como un reclamo. Las hojas que se mecían al son de la brisa, la belleza de los verdes profundos, los ocres y amarillos. Recordó la sensación que había tenido en la cascada. El fluir de las lágrimas, como un río que se llevaba la suciedad de su interior. La impresión de que le vigilaba un duendecillo del bosque.

Sonrió, avergonzado de su ingenuidad, y sonreír le hizo bien. Hacía demasiado tiempo que no tenía motivos para sonreír.

No fue un pensamiento consciente, ni mucho menos una decisión, pero de alguna forma lo supo. Lo sintió en las entrañas. En la rabia que se enfriaba. Solo un grado. Pero un grado ya era mucho.

No iba a seguir huyendo.

Buscaría una casa abandonada en cualquier lugar apartado. Se le daba bien trabajar con las manos, así que podría arreglárselas. Acondicionaría un lugar y viviría rodeado de bosques y montañas. ¿Quién le iba a encontrar allí? Ni aunque lo hubiera buscado durante años habría encontrado un rincón mejor para desaparecer. Que le dieran a Lilith, a la jueza, al mundo. Que le dejaran en paz.

La idea de crearse una nueva vida, una vida a secas, cuando ya había renunciado a todo, le acarició el pecho. No tenía nada que perder porque ya lo había perdido todo. No esperaba nada del futuro. Había ardido en el infierno y había sobrevivido. Lo único que quería era que le dejaran en paz.

No, no iba a seguir huyendo.

Había llegado.

## Erewhon

Llevaba unos días inquieta. Tenía unos setenta años, el pelo blanco y el cuerpo fibroso, duro y resistente como el tronco de un nogal. El rostro, con pocas carnes y muchas arrugas, estaba dominado por unos ojos grandes, de un verde intenso, tan llenos de vida que no parecían encajar en una anciana. Eran esos ojos los que le daban un aire dulce que hacía pensar en las abuelas de los cuentos. Aquel día, Aureana Covas vestía ropas oscuras con un mandilón también oscuro por encima, de forma que solo el blanco de su pelo destacaba en la penumbra del bosque.

Examinó el suelo, cubierto por los erizos de las castañas. Una sensación de apremio bullía en su interior como el caldo un instante antes de hervir.

Algo estaba a punto de cambiar. Lo percibía en el olor del aire, en el rumor de la brisa entre las hojas, en las sutiles alteraciones de las vidas minúsculas. Pero todavía no sabía de qué se trataba y ese desconocimiento la desazonaba profundamente. Se avecinaba un cambio, y esta vez iba a ser importante, de eso estaba segura. Lo que se preguntaba era hacia dónde las conduciría. El día anterior, al dejar unas tijeras sobre la mesa, habían quedado abiertas en forma de cruz, un aviso clarísimo de desgracias. Sin embargo, esa misma noche había soñado con agua clara, un buen augurio. La aparente contradicción de las señales la confundía. La esperanza se agitaba en su vientre. ¿Y si esta vez fuera cierto? ¿Y si por fin consiguieran recuperarlo?

Meneó la cabeza, absorta. Todo era posible, pero en su carácter no estaba dejar que las cosas simplemente sucediesen. Ella era una Covas, y las Covas no dejaban que las cosas pasasen. Era mujeres luchadoras, recias como las montañas en las que vivían, hechas a los duros inviernos, a frío y la nieve, a la escasez y el aislamiento. Las Covas no asistían a los acontecimientos: los provocaban. De ahí la desazón que le roía por dentro. Porque, por primera vez en su vida, no sabía qué hacer.

—Ya comienzan a caer las raigonas, *mai*, pero hay muchas con el agujero del coco.

Su hija mayor le acercó una castaña que acababa de recoger. A sus cuarenta años, Xoana era fuerte y confiable como la misma tierra. Hermosa, como todas las Covas, con los ojos de un verde vivo y el pelo castaño muy claro, igual que Aureana, aunque esta ya lo tuviera todo blanco. Por duro que resultara el trabajo, no se quejaba. Lo hacía y punto, como debía ser. Era una buena hija obediente. Ciertamente no tenía mucha iniciativa, pero Aureana sabía demasiado bien hacia dónde llevaba la iniciativa. Apartó con un fruncimiento de ceño el recuerdo de su hija menor y examinó la castaña que le mostraba Xoana.

Las raigonas eran las segundas en caer del árbol, las mejores para comer y las que más fácilmente se pelaban. Eran las preferidas para ahumar y convertir en castañas pilongas. Las Covas, a diferencia de la mayor parte de las gentes de la montaña, todavía recogían y preparaban las castañas siguiendo el método tradicional, mucho más laborioso pero que permitía obtener un producto de mayor calidad que después comercializaban como *delicatessen*.

El proceso era complejo, pero a Aureana ni se le ocurría tratar de simplificarlo mecanizándolo. Recogían solo las recién caídas para que no perdieran peso ni se estropeasen, la

sacaban del erizo y seleccionaban las más grandes y lustrosas. Después las llevaban al *sequeiro* una construcción de piedra de dos plantas utilizada para secar las castañas. Las extendían en el piso superior, cuyo suelo estaba formado por tablas estrechas y largas que dejaban entre sí hueco de al menos un centímetro, y en el piso inferior prendían un fuego manso, de forma que el humo iba secándolas lentamente. Tardaban entre una y dos semanas en estar listas para meterlas en saco y golpearlas contra el tocón de un castaño. Con los golpes, la cáscara se despegaba de la carne y quedaban listas para limpiarlas con el *bandoxo*, una criba de madera que separaba las castañas secas de la *puxa*, la piel.

a De cada tres castañas que entraban verdes en el *sequeiro* solo se obtenía una seca, y eso traía un duro esfuerzo, pero merecía la pena. Esa era la razón por la que sus castañas eran las mejores de toda la montaña. Sabía de sobra que más de uno iba por ahí ladrándole a la luna, que si las Covas eran meigas, que si siempre lo habían sido, que si echaban el *meigallo* sobre las cosechas de los demás y tejían conjuros sobre la propia... Si doblaran la cerviz, como hacían ellas, gastarían menos saliva y se ahorrarían muchos disgustos. Los que más las criticaban solían ser los primeros en plantarse ante su puerta en busca de un remedio o un conjuro cuando se ponían enfermos.

e Descubrió el agujero que hacía el coco, el gusano de las castañas, y frunció el ceño. Aquellas cosas obligaba a trabajar el doble para evitar que se les colaran muchas en los cestos. El problema era que solo estaban Xoana y ella misma, pocas manos para tanto trabajo, y Aureana ya no era ninguna cría. «Si al menos estuviera Alda...». El pensamiento cruzó su mente, incómodo como un espinazo bajo las uñas. Su hija menor, Alda, llevaba varios años viviendo en Barcelona. Con suerte ella veían en verano, cuando se acercaba a pasar unos días, y algún que otro año en Navidad, pero ahí se acababa todo. Alda no quería saber nada de ellas.

s —No pasa nada —dijo, ahogando el dolor del recuerdo y tirando el fruto a un lado—  
n Castañas sobran. Coge las buenas y listo.

l —Se nos van a quedar la mayoría en el suelo —insistió Xoana.

s —¿Y qué quieres que le haga? Es lo que hay.

o Siguieron trabajando en silencio. Un manto de nubes plomizas cubría el cielo y pesaba sobre las montañas. De vez en cuando una ráfaga de viento frío se metía bajo las copas de los castaños y agitaba el *souto*. Tras su paso se oía el golpeteo de los erizos al caer. Llevaban las cabezas protegidas por viejos sombreros de paja, pero aun así debían tener cuidado. Las espigas de los erizos eran muy agudas.

r Un rato después, Aureana se incorporó y, al hacerlo, notó que crujían sus huesos. Sus ojos se aposaron en la loma estrecha y alargada que tenía delante. Se hallaban en las afueras del lugar de Carbedo, donde vivían, una aldea de media docena de casas encaramada en la falda del monte de Labradiña. Enfrente, muy cerca, tras la profunda hondonada creada por el *carrozo* de Muiñelo como llamaban en el Courel a los regatos de montaña, se alzaba el monte Cido, que les ocultaba la vista de la Devesa da Rogueira. Era su paisaje cotidiano, tan familiar que conocía cada uno de sus pliegues. Aquella era la tierra de su familia desde que el tiempo era tiempo. Sus huesos eran raíces que se hundían en aquel suelo agreste. Allí habían vivido siempre las Covas, su madre, su abuela y su bisabuela antes que ellas, y así generación tras generación hasta que el recuerdo se fundía con la leyenda.

o Pero el Cido era mucho más que eso, como Aureana sabía muy bien.

s Volvió a notar la sensación de apremio. Un nubarrón más oscuro que los demás cubrió el monte Cido e hizo disminuir la luz ambiental, como si este hubiera escuchado sus pensamientos.

pretendiera ocultarse. Oyó un ruido de pasos menudos y supo, antes de volverse, quién se acercaba. La sonrisa le llenó la cara y dulcificó sus rasgos.

—*Pola Serpe Voadora!* ¿Qué haces aquí, rapaz? ¿Ya has vuelto a escaparte del colegio? —oyó decir a Xoana cuando el hijo de esta apareció por el sendero.

Bran era un chiquillo de piel morena y enjuto como una caña fresca, con unos ojos castaños oscuros, el pelo negro y una expresión de pilluelo que no conseguía disimular ni queriendo. Aureana le fascinaba su nieto. Las Covas solo parían hijas, siempre había sido así, pero por alguna razón que se le escapaba Xoana había tenido un varón, el primogénito además, y aunque eso no dejaba de preocuparla se derretía por dentro cada vez que lo veía. El chiquillo era un alma salvaje. Su padre había fallecido al despeñarse por unas rocas poco después de su nacimiento. Bran no tenía hermanas. Había crecido a su aire, sin normas ni guías, como un zorrillo despreocupado en un territorio sin lobos ni milanos. Tenía un espíritu ardiente y una gran fortaleza de corazón y se mostraba siempre animoso.

—No escapé, no —negó el muchacho, acercándose a su madre y dándole un beso de reconciliación en la mejilla. Se volvió hacia su abuela y le guiñó un ojo con una mueca traviesa—

Lo que pasa es que el maestro estaba con gripe, así que nos dejaron salir antes. Vine corriendo para ayudar con las castañas.

—¿Que estaba con gripe? ¿Qué cuento es ese?

Bran se encogió de hombros y puso cara de inocente.

—Yo qué sé, eso es lo que dijo, no tendría ganas de aguantarnos hoy, *mai*, que este maestro es un poco holgazán —sonrió para camelársela—. Además, por un día no pasa nada, sobre todo con las castañas a medio recoger. —Y, sin darles opción de réplica, se puso a abrir erizos con las botas.

La madre dirigió una mirada de desesperación a Aureana, que se encogió de hombros.

—No pasa nada, *muller*.

Xoana meneó la cabeza.

—Menudo listo estás hecho. Le voy a preguntar al maestro si es verdad lo de la gripe, vetepreparándote como no lo sea.

Trabajaron en silencio hasta que Bran, tras llenar un capacho, lo vació en el carro del tractor.

—¿A que no sabéis a quién he visto en Seoane? —preguntó.

—¿Has estado en Seoane? —se encrespó su madre. El colegio se hallaba en la zona que llamaban de las Ferrerías, en las afueras del pueblo. Desde allí no hacía falta pasar por Seoane para ir a Carbedo, al menos si se iba a pie—. ¿No has venido directamente?

El chiquillo se percató de que acababa de descubrirse y se apresuró a seguir hablando.

—A Sito Aguiar. El guardiacivil, ¿sabéis quién digo? Estaba en medio de la calle, hablando con el padre Bertomeu...

Aquello cortó de raíz las protestas de su madre. Xoana abrió la boca, como si fuera a decir algo, pero la volvió a cerrar tras echar una mirada furtiva a la abuela. Un ligero rubor le coloreó las mejillas.

Aureana se enderezó. No se le había escapado la reacción de su hija, pero no le dirigió ni una mirada.

—Así que ha vuelto —murmuró, hablando casi para sí misma. Se preguntó si no sería aquello que estaba a punto de cambiar. Volvió a notar la sensación de opresión en las sienas.

—Ahora es sargento —continuó Bran, muy satisfecho de ser el portador de tan grandes novedades—, es el nuevo comandante del puesto de la Guardia Civil.

e Así pues, venía para quedarse. No eran buenas noticias. Un Aguiar al frente del puesto de la Guardia Civil podía hacerles la vida imposible. Si algo deseaban los Aguiar por encima de todo era hacerles la vida imposible a las Covas, y Sito era muy capaz de convertir la enfermedad en delito y el crimen en enfermedad.

o Aureana no se movió. Permaneció impertérrita, observando al chiquillo y, de refilón, a Xoana. Se fijó en su nerviosismo casi imperceptible y en el cuidado que ponía en no mirarla. Podía leer en ella como en un libro abierto, y ese libro hablaba de añoranza. Hacía muchos años, antes de que se casara y tuviera a Bran, Xoana había estado enamorada de Sito. Ambos eran más cercanos que los hermanos de la misma edad. Aureana todavía recordaba la furia que la había invadido cuando Sito se comprometió. Las dos familias llevaban enfrentadas desde el principio de los tiempos. Que su primogénita tonteara con el primogénito de los Aguiar era una traición tan impensable que durante varios días no pudo abrir la boca ni para comer.

Afortunadamente, aquella historia no había ido a más.

e —¿Dónde lo viste? —preguntó.

. —Eso es lo mejor. Estaba delante de la casa cuartel... —Bran hizo una pausa, consciente de que estaba a punto de soltar una bomba y disfrutando de la atención que le dedicaban— discutiendo con el cura.

—¿Con el padre Bertomeu? —se extrañó su madre.

El chiquillo asintió, muy serio. Después, como quien no quiere la cosa, añadió:

s —Sé de lo que estaban hablando. —Aureana no apartaba la mirada de su nieto. El pilluelo era listo como un ajo. Disfrutaba teniéndolas en vilo—. Les oí muy bien, estaban tan enfadados que no se fijaron en mí.

—¿De qué discutían? —le apremió Xoana.

Por primera vez desde que había comenzado su relato, Bran miró a su abuela. Ella no era como su madre. Se guardaba las cosas en la cabeza y le daba vueltas hasta que conseguía hacerla encajar. A Bran le gustaba su abuela porque era sabia como una lechuza. Aunque a veces también le hacía sentirse incómodo, cuando parecía que se le metía dentro y le leía los pensamientos.

Al comprobar que estaba atenta, prosiguió:

—De Suso o Vello. El cura estaba muy enfadado, decía que había visto al Suso con el libro y que las cosas no podían seguir así, que todo eso no eran más que supersticiones.

e —¿El libro? —le interrumpió Xoana.

e Bran aguardaba por la interrupción de su madre. Sabía perfectamente que su abuela no necesitaba que le aclarara nada más.

—El *Ciprianillo*. —Su madre se llevó una mano a la boca, pero el chiquillo no le prestó atención y siguió con su relato—. Sito se rebotó y le soltó una buena al cura, le dijo que él era ahora la autoridad aquí y que nadie iba a prohibirle nada a su padre, que si quería enredar con el *Ciprianillo*, enredaba y punto. Comenzaron a discutir sin darse cuenta de que la gente les escuchaba, y al final el cura amenazó con excomulgar al Suso...

—¿Excomulgarlo?

a Bran asintió, muy serio, y miró a su madre.

—Dijo que la doctrina de la Iglesia era muy clara en eso, que cualquiera que estuviera en posesión de ese libro tenía que ser excomulgado.

—¿Dijo algo más? —intervino Aureana.

s Bran pensó un poco.

—Siguieron discutiendo un rato, pero nada más.

a La abuela los observó con el semblante serio.

o —No es mala cosa que el curita la tome con los Susos, así no tendrá tiempo para darnos la plata. —Los Aguiar también eran conocidos en la montaña como «Os Susos», al igual que las Covas eran llamadas «As Louras» por el color castaño claro de sus cabellos. Se volvió hacia su hija—. Aunque no me gusta nada que O Vello ande con el libro, eso quiere decir que está renredando de nuevo en lo que no debe. Y más vale que nos andemos con ojo con Sito, ese no nos dejará pasar una a poco que pueda. —Xoana, tras una leve vacilación, asintió. Aureana cambió de tono—. Venga, a lo nuestro, que bastante trabajo tenemos y somos dos pelagatos. Basta de echáchara, a trabajar.

u Xoana ya se agachaba cuando Bran volvió a interrumpirlas.

e —Hay otra cosa, *avoa*. ¿Recuerdas el hombre del que te hablé, el que vi en la Rogueira el otro día? —Su rostro de pilluelo estaba serio, pero Aureana se dio cuenta de que escondía su nerviosismo y se preguntó qué le preocuparía—. Pues no se marchó.

—¿Y a nosotras qué nos importa eso? —interrumpió su madre.

e —Sí que nos importa porque está en Liñariños. Se metió en la casa vieja.

, —¿Cómo que se metió en la casa vieja? ¿Qué quieres decir?

—Pues eso. Que lleva tres días durmiendo allí.

Xoana buscó a su madre con los ojos, preocupada.

—¡Lo que nos faltaba, un okupa de esos! Pues va listo si cree que puede meterse en nuestra casa y quedarse tan ancho. —Al ver que su madre no la frenaba, se decidió—. Ea, ahora mismo me acerco y lo pongo de patitas en la calle, estas cosas mejor atajarlas cuanto antes, que después es peor.

—¡Espera, *mai*, espera! —le rogó Bran, inquieto. No sabía lo que le pasaba con aquel hombre. Desde que se lo había encontrado en la *devesa* no se lo quitaba de la cabeza.

s Aureana contempló a su nieto. Una sombra le cruzó el rostro, como el vislumbre de un fantasma, y un escalofrío le recorrió la espalda. Comprendió que la sombra era un *agoiro*, una visión. Un presagio. «Cambios —pensó, una vez más—, se avecinan cambios». Tendría que tirar las piedras para leer con más claridad lo que estaba por pasar.

y —¿Qué es lo que pasa, Bran? —preguntó con voz tranquila mientras se preguntaba si su nieto también presentía los cambios. Eso querría decir que también él era *vedoiro*, como ella misma y como Xoana. Las Covas eran sabias, así llamaban a las mujeres que entendían de plantas y remedios para curar las enfermedades, ya fueran naturales o provocadas por los espíritus; y también *vedoiras*, videntes, adivinatoras, capaces de ver lo escondido y lo invisible y presentir el futuro. La idea de que su nieto llevara en su sangre la marca de las Covas pese a ser varón le desconcertó, pero también le calentó el pecho.

l El chiquillo desvió la mirada para no encontrarse con la de su abuela y se rebulló sobre sus pies.

—¿Qué importa esa vieja casa? Lleva años abandonada. —Bran creyó entrever un destello de comprensión en los ojos de Aureana, tan fugaz que dudó de si no se habría equivocado. Pero no se equivocaba. Era su abuela, y si algo sabía Bran es que cuando él iba, ella ya estaba de regreso y calentándose los pies con el fuego de la *lareira*.

—¿Qué quieres decir, Bran? —preguntó su madre.

El chiquillo volvió a mirar a su abuela. Tosió para aclararse la garganta.

—Tú sabes a qué me refiero, ¿verdad, *avoa*?

Aureana se volvió hacia el monte Cido. Las nubes grises envolvían la loma en sombras. Pensó

en las tijeras en cruz y en el agua clara del sueño. Se quitó los guantes, los echó en el cesto de la  
acastañas y miró a su hija y a su nieto.

s —Ya veremos, *filliño*, ya veremos.

u

á

s

e

e

o

u

a

o

s

l

n

a

r

o

y

y

y

l

a

s

e

,

e

ó

en las tijeras en cruz y en el agua clara del sueño. Se quitó los guantes, los echó en el cesto de las castañas y miró a su hija y a su nieto.

—Ya veremos, *filliño*, ya veremos.

## Libertalia

Había quietud en el aire. Laro se hallaba en el interior de una estructura destartada que no sabía si llamar casa. Tenía muros de piedra, una planta baja y un altillo con un espacio que en tiempos debió de servir de habitación para toda la familia. El tejado de pizarra se encontraba en tan mal estado que, en cuanto lloviera unos días seguidos, el interior se convertiría en un cenagal. Olía a tierra, podredumbre y abandono y estaba llena de pequeños animales y crujidos. No había luz ni agua corriente, pero en el exterior, a unos pocos metros, un agua helada manaba de un fuente.

Era un paraíso. Se sentía como un dominico que hubiera colgado los hábitos para fundar su propia Utopía. ¿Por qué no? La casa no tenía más que dos o tres muebles, una alacena cubierta por telarañas, una mesa coja, dos sillas y un catre con un colchón delgado que rezumaba humedad pero abrió las ventanas, sacó los trastos inútiles y encendió un fuego en el hogar de piedra de la planta baja. El calor de las llamas secó el interior, el aire ventiló la estancia y con una escoba hecha de hierbas limpió lo más gordo. Esa mañana había abierto los ojos con un rayo de sol en los ojos y el olor a moho del colchón en las fosas nasales, pero no le importó. Era mucho mejor que dormir en el coche. Muchísimo mejor que el infierno de su vida anterior. La dureza del suelo de ático. El frío y la tensión que le hacían encogerse sobre sí mismo con la mente y el corazón embotados.

Debería llamar a Marcos. La idea le rondaba con insistencia. La mayor parte del tiempo sus pensamientos eran erráticos como las huellas de un conejo borracho sobre la nieve, pero esa idea volvía una y otra vez. Lo echaba de menos.

Le había colgado el teléfono. Agitó la cabeza con fuerza y se dio cuenta de que se le nublaban la mirada. Se esforzó por apartar el dolor. Dio una patada a la pared y aulló cuando las uñas golpearon una piedra saliente. Vio otra vez la sangre de Lilith. Sus gritos taladrándole el cerebro tan insoportables como agujas en los ojos. La duda. Siempre la duda.

Se obligó a prestar atención al cazo sobre el fuego. El agua del arroz comenzaba a hervir. No había cocina, así que usaba su hornillo de campamento. Al menos podía comer caliente y el mal estado de la construcción le daba la oportunidad de preocuparse por cosas prácticas y mantenerse ocupado. ¿Cuánto tiempo hacía que no disfrutaba con el trabajo manual? La casa se hallaba en un aldea abandonada. Eran cuatro o cinco viviendas rodeadas por campos y el bosque. Dos se conservaban más o menos en buen estado, con las contras de madera de las ventanas cerradas y con hierbas crecidas delante de las puertas, señal de que hacía mucho que nadie entraba en ellas aunque al menos una debía de tener instalación eléctrica en buen uso a juzgar por los cables que llegaban hasta su fachada. Las otras estaban destrozadas, con los tejados en mal estado, algunos cristales rotos y las puertas abiertas. Una aldea fantasma en medio de ninguna parte.

Echó un vistazo a través de la ventana. Estaba menguando la luz y apenas distinguió otra cosa que sombras. Sombras y silencio, un silencio como ya no recordaba, si es que alguna vez lo había conocido. Se le metía dentro.

Llevaba días sin hablar con nadie. La última persona fue la mujer que atendía el pequeño supermercado de Seoane, se acercó para comprar algo de comida, un poco de arroz, aceite, unas latas, un poco de pasta, cuatro cosas nada más. Casi no le quedaba dinero. Debería preocuparle pero le daba igual. Era incapaz de pensar más allá del día siguiente.

Desde el día del supermercado no había vuelto a ver un alma. Lo prefería, mejor pasar desapercibido. En Seoane había una casa cuartel de la Guardia Civil. Uno de los guardias se le había quedado mirando cuando pasó por delante con la desconfianza de todos los guardias civiles por los extraños. Laro se estremeció de puro temor, pero afortunadamente iba en coche y consiguió no mirarle. Siguió adelante y solo cuando dobló una curva respiró de nuevo.

No quería volver al pueblo. Durante días había vagado como un espíritu de un lado para otro durmiendo en el coche, recorriendo la comarca, tratando de hacerse una idea de cómo era la zona y buscando un refugio. Había pequeñas aldeas aquí y allá, puñados de casas perdidas entre bosques y arroyos. Muchas viviendas estaban abandonadas, algunas cerradas a cal y canto y otras abiertas, con las tripas al aire, como huesos de animales prehistóricos. Veía gente sentada en apoyos de piedra en el exterior de las casas, charlando al sol del otoño y dejando que pasara el tiempo, la vida, como si no hubiera más mundo que aquel. Espiaba a las mujeres cuando salían a las huertas a por una coliflor o unas zanahorias. Las veía desde la linde del bosque mientras se agachaban sobre la tierra.

Lilith siempre estaba en el filo de la memoria. De noche, en el coche, bajo las mantas, la soledad le clavaba las uñas en la garganta y le entraban ganas de llorar. Pero de día era diferente. La inmensidad de aquellas montañas lo dejaba sin aliento. Los bosques cubrían las márgenes de los ríos y arroyos y ascendían por las laderas, interrumpidos aquí y allá por prados de hierba de un verde intenso. Hongos, helechos, abedules, robles, castaños, avellanos, alisos, fresnos, hayas y acebos... La variedad de la vida vegetal era inagotable. Al filo de las cumbres desaparecían los bosques y se extendían el brezo y la retama.

Al final se había decidido por esa casa destartada. La aldea no estaba lejos de Seoane, pero allí unos pocos kilómetros eran un mundo. Por el día arreglaba cosas en la casa o se iba a recorrer la zona a pie. Merodeaba por los huertos y robaba unas cebollas aquí, unas zanahorias o unos pimientos allá. Poca cosa de cada vez, no quería llamar la atención.

Pero la había llamado. Dos días antes, al salir de la vivienda a primera hora de la mañana, se había encontrado delante de la puerta una bolsa de plástico. Distraído, casi la pisó. Dentro había una docena de huevos. Se quedó contemplando aquel tesoro con la boca abierta. ¿Se le habría caído a alguien que pasara por allí? No, no había ninguno roto, con la caída habría reventado alguno. Estuvo un buen rato mirando a diestra y siniestra, tratando de descubrir a un posible acechador. Sin éxito. Todo el día se sintió espiado. Se daba la vuelta de repente para tratar de sorprender a su vigilante, hasta que terminó por sentirse ridículo.

Esa mañana había vuelto a encontrar una bolsa fuera, esta vez con unos chorizos. Dos de ellos, bien gordos y picantes, aguardaban en ese momento a que terminara de preparar el arroz para freírlos con los huevos.

Meneó la cabeza, dejándose llevar por sus pensamientos. ¿Quién sería? ¿Por qué le dejaba comida?

No había vuelto a la Devesa da Rogueira, pero la falda de la montaña donde se hallaba la aldea también estaba cubierta de árboles. Había otras dos aldeas un poco más abajo, rodeadas por unos pocos campos de labor. Había visto gente en ellas, así que procuraba evitarlas. El día anterior se había acercado hasta una torre de la que apenas quedaban cuatro piedras que se

levantaba un poco más arriba, sobre un promontorio cercano. En un panel leyó que se trataba de un escudo de Carbedo y que databa de la Edad Media, pero no prestó atención. Qué más le daba. Le vino a la cabeza que hubo un tiempo en que le apasionaba la historia y leía cuanto libro caía en sus manos, pero el recuerdo le provocó una mueca de amargura.

r El arroz ya estaba hecho. Apagó el fuego y sacó una sartén pequeña. Vertió en ella un poco de aceite y frió los chorizos. El olor le hizo salivar y le provocó un retortijón de hambre en el estómago. Cuando estuvieron dorados, los sacó y en el mismo aceite echó los huevos. No pudo esperar y clavó el tenedor en uno de los chorizos. La grasa goteó sobre el plato. Se lo llevó a la boca y le dio un mordisco. Los jugos le llenaron las papilas gustativas de puro deleite.

, Comió en silencio, con el plato sobre la mesa apolillada. Como no tenía pan, lamió con la lengua los últimos jugos del huevo y el chorizo. Se apoyó en el respaldo de la silla. Los fantasmas esgueñaban ahí, rondándole.

s Se sintió abatido. Joder, cómo dolía la puta vida. Se llevó los puños a los ojos y se los frotó para detener la humedad. Qué imbécil era.

l Percibió algo, un cambio sutil en el aire que le hizo volver al presente. Apartó los puños. Su mirada vagó por la penumbra del exterior, más allá de la ventana. Tardó un rato en darse cuenta de lo que veía, y cuando lo hizo soltó un grito y dio un salto hacia atrás que le hizo tropezar con la silla. Hubo un ruido de maderas rotas y su cabeza chocó contra la pared posterior.

a No podía ser. A través de la ventana había divisado un rostro enjuto y unos ojos oscuros que brillaban en la oscuridad. Los mismos ojos que había visto en la cascada de la *devesa* el día de su llegada.

e El duende.

, Un niño entró corriendo en la casa. Se le acercó y le tendió la mano con gesto preocupado.

s —*Non teñas medo*—dijo—. *Non pasa nada, non teñas medo...*

Tras él aparecieron dos mujeres, una más o menos de su edad y otra anciana, ambas vestidas con ropas pardas. Echaron un vistazo al interior y terminaron fijando sus miradas en él.

r —*Quen es ti? Que fas aquí?*—preguntó la más joven.

s Laro se la quedó mirando desde el suelo, todavía aturdido por el golpe y la impresión. No hablaba gallego y la mujer, además, tenía un acento cerrado que dificultaba la comprensión aunque no le resultó difícil imaginar lo que preguntaba.

a No respondió. Volvió a fijarse en el chiquillo.

n —No eres un duende—dijo con una expresión de desconcierto.

o Este puso una sonrisa pícaro.

e —*Vai ti a saber.*—Al fijarse en la expresión de extrañeza, cambió al castellano—. No eres de aquí.

—No.

, —Pero lo pareces.

a Aquello le intrigó.

—¿Por qué?

n El niño se encogió de hombros.

—Hola. Soy Aureana—intervino la mujer mayor, dando un paso adelante y dejando un plato encima de la mesa—. Te hemos traído un bizcocho. Está muy bueno, a mi hija Xoana le sale muy bien el bizcocho. ¿Cómo te llamas?

a Todavía aturdido, respondió mecánicamente.

e —Laro. —La mujer recibió su nombre con un leve alzamiento de las cejas, como si lo

Isorprendiera su respuesta.

e —Esta casa es nuestra. No está abandonada —intervino la que se llamaba Xoana. Tenía los ojos más verdes que había visto nunca y una figura sólida que le resultó muy atractiva.

Apretó los dientes. Estaba sentado en el suelo, en la postura en que había quedado al caerse eridículo e indefenso como un niño pequeño regañado por sus mayores. Se puso colorado. Lo único lque quería era que le dejaran en paz, solo eso. ¿Tan difícil resultaba, joder? Lentamente ocontrolando cada movimiento, seguido por tres pares de ojos, se levantó.

a Era más alto que las dos mujeres. Ya no parecía un chiquillo regañado. Iba a responder qu aquello no era una casa, que era una pocilga y que no la usaban para nada, pero la mayor aAureana, se le adelantó.

s —Buena falta le hacía una limpieza —hizo un ademán que abarcó la estancia—. ¿Ere: mañoso?

ó —Me gusta trabajar con las manos.

La mujer asintió. El chiquillo no apartaba sus ojos de ella. La más joven fruncía el ceño.

u —¿Buscas trabajo? —Aquello le descuadró. No solo a él, también la hija se volvió hacia l: anciana con perplejidad. El chiquillo sonrió de oreja a oreja. Laro se preguntó qué estaba pasando aallí.

—Depende —respondió, cauto.

e —Pues sí que parece gallego —murmuró Xoana con una mueca de sorna.

u —Necesitamos que nos echen una mano con las castañas. No podemos pagarte mucho, pero algo de dinero habrá y te daremos de comer. Y podrás quedarte en la casa, si no te importa vivi en una aldea abandonada. Los que vivían aquí emigraron a Barcelona —explicó Aureana.

—Prefiero vivir solo.

La mujer asintió y a Laro le pareció que aquella anciana era capaz de leer sus más escondido: pensamientos.

—¿Entonces?

Echó un vistazo a la estancia destartalada. Al niño, que le observaba con la punta de la lengua entre los labios. A Xoana, todavía perpleja. A la anciana. Su expresión era amable, como una de esas abuelas de los cuentos. Aunque no tan regordeta. Ni tan dulce, en realidad. Y con una mirada mucho más intensa. Las dos mujeres tenían la misma mirada, los mismos ojos verdes y brillantes las pieles claras y el pelo castaño claro. Saltaba a la vista que eran madre e hija.

Lo único que quería era que le dejaran en paz.

Pero iba a necesitar la comida. Podía convertir aquella casa en un lugar mucho má: reconfortable. Despertarse cada mañana contemplando el bosque, eso estaba bien. Lejos de todo.

Lejos de Lilit. Lejos de su hijo. Que le odiaba.

Y al que echaba de menos cada segundo.

Asintió.

o  
y

e

sorprendiera su respuesta.

—Esta casa es nuestra. No está abandonada —intervino la que se llamaba Xoana. Tenía los ojos más verdes que había visto nunca y una figura sólida que le resultó muy atractiva.

Apretó los dientes. Estaba sentado en el suelo, en la postura en que había quedado al caerse, ridículo e indefenso como un niño pequeño regañado por sus mayores. Se puso colorado. Lo único que quería era que le dejaran en paz, solo eso. ¿Tan difícil resultaba, joder? Lentamente, controlando cada movimiento, seguido por tres pares de ojos, se levantó.

Era más alto que las dos mujeres. Ya no parecía un chiquillo regañado. Iba a responder que aquello no era una casa, que era una pocilga y que no la usaban para nada, pero la mayor, Aureana, se le adelantó.

—Buena falta le hacía una limpieza —hizo un ademán que abarcó la estancia—. ¿Eres mañoso?

—Me gusta trabajar con las manos.

La mujer asintió. El chiquillo no apartaba sus ojos de ella. La más joven fruncía el ceño.

—¿Buscas trabajo? —Aquello le descuadró. No solo a él, también la hija se volvió hacia la anciana con perplejidad. El chiquillo sonrió de oreja a oreja. Laro se preguntó qué estaba pasando allí.

—Depende —respondió, cauto.

—Pues sí que parece gallego —murmuró Xoana con una mueca de sorna.

—Necesitamos que nos echen una mano con las castañas. No podemos pagarte mucho, pero algo de dinero habrá y te daremos de comer. Y podrás quedarte en la casa, si no te importa vivir en una aldea abandonada. Los que vivían aquí emigraron a Barcelona —explicó Aureana.

—Prefiero vivir solo.

La mujer asintió y a Laro le pareció que aquella anciana era capaz de leer sus más escondidos pensamientos.

—¿Entonces?

Echó un vistazo a la estancia destartalada. Al niño, que le observaba con la punta de la lengua entre los labios. A Xoana, todavía perpleja. A la anciana. Su expresión era amable, como una de esas abuelas de los cuentos. Aunque no tan regordeta. Ni tan dulce, en realidad. Y con una mirada mucho más intensa. Las dos mujeres tenían la misma mirada, los mismos ojos verdes y brillantes, las pieles claras y el pelo castaño claro. Saltaba a la vista que eran madre e hija.

Lo único que quería era que le dejaran en paz.

Pero iba a necesitar la comida. Podía convertir aquella casa en un lugar mucho más confortable. Despertarse cada mañana contemplando el bosque, eso estaba bien. Lejos de todo.

Lejos de Lilith. Lejos de su hijo. Que le odiaba.

Y al que echaba de menos cada segundo.

Asintió.

## El Desierto de los Tártaros

La primera vez que vio a Lilith, Laro estaba detrás de la barra de *La mordida*, el antro en el que trabajaba desde hacía quince meses. Quince meses de limpiar retretes apestosos, aguantar : yonquis, borrachos y un surtido de tipos tan perdidos y desorientados como él mismo. Llegaba : media tarde, abría la puerta y las ventanas del fondo del local y se pasaba dos horas recogiendo la mierda del día anterior, desde colillas, pese a que no se podía fumar en el interior, a jeringuillas compresas o preservativos usados, barriendo, fregando, reponiendo las neveras y preparándolo todo para una nueva jornada de alcohol, drogas, tedio y olvido. Por la semana cerraban pronto sobre las doce, y las noches eran más o menos llevaderas, con solo diez o veinte clientes, los fijos, los más solitarios y desesperados; los fines de semana, desde el jueves hasta el sábado, el horario se ampliaba hasta las tres o cuatro de la madrugada y *La mordida* se convertía en un agujero negro que atrapaba a cuanto colgado pasara cerca.

Sin embargo, Laro no estaba desesperado. Había llegado a un pacto de no agresión por el cual no se hacía preguntas ni reproches y se limitaba a vegetar y la vida, en contrapartida, le dejaba a margen, de la misma forma en que un tren deja atrás un apeadero cualquiera.

El pacto no había sido fácil ni gratuito. Los primeros meses tras la traición de Esther había creído volverse loco de dolor. Estaba tan seguro de que vivía un amor de cuento y de que ambos estaban predestinados que su marcha le dejó anonadado. Pasaba horas hundido en el sofá, con la mirada perdida y el ático en silencio, mientras la luz de la tarde menguaba y la sala iba sumiéndose en la oscuridad, sintiéndose la persona más desdichada del mundo. No podía dejar de imaginar a Esther con el otro, su marido, un abogado como ella. Imaginaba cómo sería su piso qué estarían haciendo, los veía follando y las lágrimas le brotaban incontenibles hasta que los hipidos llenaban el silencio o el agotamiento de las noches en vela le sumía en un estado de letargo.

No podía creerse que aquello estuviera pasando. Se le ocurrían cien razones para justificar el comportamiento de Esther. Estaba seguro de que tarde o temprano comprendería su error : volvería con él, por eso la llamaba por teléfono una y otra vez, perdiéndose en conversaciones ansiosas y entrecortadas hasta que ella le rogó, llorando, que dejara de hacerlo. Entonces empezó a frecuentar los lugares por los que sabía que podía encontrarla, el barrio de sus padres, el despacho donde trabajaba, los bares que ambos habían frecuentado. Una o dos veces se acercó : ella, pero dejó de hacerlo cuando descubrió el rechazo en su rostro, el mismo gesto que ponía Laro lo había visto más de una vez con regocijo, cuando se le acercaba un tío pesado con ganas de ligar. Ver aquella expresión dirigida a él le hizo comprender que Esther se había alejado para siempre y que ya nunca la recuperaría.

No dejó de seguirla, pero nunca volvió a abordarla. Se limitaba a espiarla por la calle, : través de las ventanas de los bares, a distancia, y cada risa era una puñalada. Cada vez que se le formaba el hoyuelo en la mejilla o le brillaban los ojos al dar un beso a su marido era un tormento que le dejaba hecho un guiñapo.

Hasta aquella noche. Había estado espiando a Esther y a su marido mientras paseaban por una zona comercial. Él les seguía de cerca, pero daría lo mismo que hubiera estado a un palmo de distancia: solo se prestaban atención a sí mismos. Caminaban muy juntos, devorándose con los ojos, deteniéndose cada poco para besarse con una ternura y una delicadeza que levantaba suspiros de los viandantes. Irradiaban un amor tan intenso que iluminaban la calle a su paso. Laro se preguntaba de dónde salía aquella intensidad.

Lo entendió cuando vio la mano de él posarse sobre la barriga de Esther y la mirada de complicidad que se cruzaron. Ella estaba embarazada.

Fue una noche interminable. Horas de vacío, incapaz de pensar en otra cosa que en aquella mano sobre el vientre. En algún momento se le filtró la idea de terminar de una vez por todas con su vida. Ya nada tenía sentido. Esther lo había olvidado definitivamente. Nunca volverían a estar juntos. ¿Para qué seguir adelante?

Se levantó con extrema dificultad y avanzó, tambaleándose como un muñeco roto, hasta el cuarto de baño. Abrió el armario del botiquín y comenzó a vaciar las cajas de medicamentos que encontró, sin siquiera fijarse en su contenido, hasta que reunió un montón que llenaba un vaso de agua. Fue ingiriéndolas de dos en dos, de tres en tres, a puñados, en un arrebatado de decisión. Cuando concluyó, volvió al sofá y se tumbó a esperar el final.

Nunca supo a ciencia cierta qué sucedió. Su hermano pequeño, con el que mantenía una relación distante, había hablado con él por teléfono unos días antes y se había dado cuenta de lo mal que estaba. Se hizo el propósito de pasar a verlo y sacarlo de casa para tratar de animarlo pero un día por otro fue postergando el momento.

Hasta esa mañana. Era domingo. Su hermano pensó que le vendría bien algo de ejercicio y se acordó de que a Laro siempre le había gustado andar en bicicleta. Iba a llamarlo, pero sabía que así lo hacía le diría que no, así que puso las mallas, montó en la bici y se fue a su casa. Estuvo un buen rato llamando a la puerta, pero nadie le contestó. Al ver que no le abrían, buscó la llave de ático en la mochila. Tenía una copia que le había dado Laro por si perdía la suya. La había llevado consigo por pura fortuna, pensando que iba a tener que despertarlo para convencerlo.

Laro yacía en el suelo en medio del pasillo, retorcido sobre sí mismo, en medio de un charco de vómito y aparentemente inconsciente. Un vistazo a las cajas y los botes de pastillas tirados por todas partes le bastó a su hermano para comprender lo sucedido.

Ese fue el punto de no retorno.

Unos meses después, Laro consiguió el trabajo de camarero en *La mordida* y firmó el pacto de no agresión con la vida. Ni preguntas ni reproches, ni sentimientos ni planes. Solo leer durante horas, devorar libros que le hablaban de mundos muy lejanos. No le atrapaban como cuando era niño, la fascinación por la aventura había quedado atrás. Pero le entretenían. Era lo único que le permitía pasar el tiempo sin volverse loco. Leer, leer y vegetar.

Durante más de un año el acuerdo funcionó. Laro trabajaba en el bar de copas, donde se limitaba a servir lo que le pedían y a mantener alguna que otra conversación intrascendente. El resto del tiempo lo pasaba en el ático. Le habría gustado mucho dejarlo para vivir en otro lugar que no le recordara cada día la existencia de Esther, que seguía presente en las arrugas del sofá entre las sábanas gastadas, en la pequeña margarita pintada con un bic azul en la pared de la entrada, en el calcetín desaparejado que no se animaba a tirar a la basura. Le habría gustado, pero no podía permitírselo, bastante afortunado era por disponer de una vivienda propia en Madrid. Alguna vez pensó en alquilar el ático y buscarse otro alojamiento con lo que obtuviera, pero se le antojaba un esfuerzo tan inmenso que iba postergándolo de un mes para otro. Cuando terminaba si

ajornada laboral, se metía en su cubículo y allí se quedaba, dejando que pasaran las horas, los días y la misma vida, escondido en su Fortaleza Bastiani, rodeado por el desierto, tratando de olvidarse de que todavía respiraba y zambulléndose en un libro tras otro. Leía sin parar, como un naufrago, como si también él fuera uno de los yonquis que pasaban por *La mordida*. Leía fantasía, ciencia ficción, novela negra y libros de historia que le permitían viajar muy lejos mientras el zumbido del tráfico lo arrullaba.

Aun así, había días en que el tiempo se ralentizaba y se volvía viscoso. Aquellos días lo dejaban hundido. Para tratar de espantarlos se habituó a seguir unos horarios muy estrictos: siempre se levantaba a la misma hora, desayunaba lo mismo, iba al mismo supermercado, realizaba las mismas rutinas una y otra vez porque de esa forma anestesiaba su mente y evitaba que le rasaltase un recuerdo inesperado, la risa de Esther, la tersura de la piel de su cadera desnuda.

Hasta que conoció a Lilith.

Lo primero que le llamó la atención fue su fragilidad. Tenía por entonces veintidós años, pero todavía conservaba ese aire desvalido que se apodera de algunas mujeres en el tránsito entre la pubertad y la adolescencia, una inconsistencia de los miembros, una delicadeza de la arquitectura de los huesos que vestía sus movimientos de indolencia. Era hermosa sin estridencias, de pecho grandes para lo menudo de su cuerpo, talle delgado, piernas largas y media melena negra que enmarcaba un rostro dominado por unos ojos grandes que irradiaban anhelos inconfesables, un deseo de vivir, una impotencia, una endebles que hizo que Laro se estremeciera.

Durante días, no consiguió apartar la mirada de ella. No sabía por qué, pero había algo en su aire de desamparo y en la finura de sus miembros que atrapaba su atención. El escaso que hacer en el bar tampoco ayudaba. Ella venía algunas tardes, normalmente entre semana, siempre en compañía de su pareja, un chico alto, moreno, de rostro franco y cordial. Se sentaban juntos en uno de los sillones del fondo y se tomaban una o dos cervezas. No hablaban mucho, como si estuvieran tan acostumbrados el uno al otro que ya no tuvieran nada que decirse. Laro había deseado que se llevaran mal o que el chico no tuviera siempre una expresión tan afable, pero parecían una pareja normal, bien avenida. De cuando en cuando se besaban, también sin estridencias, como dos viejos amantes.

Hasta que ella se dio cuenta de que Laro la observaba.

Fue una tarde en que el local estaba medio vacío. Lilith vestía una minifalda y un top que dejaba al aire la cintura. Laro no podía apartar la mirada de sus piernas, de la cintura delgada, de los pechos. En algún momento se le ocurrió que era una vestimenta hortera y que Esther nunca se la pondría, pero por alguna razón eso hizo que le atrajera todavía más. Attendía a la barra, servía una cerveza o una copa, ponía el lavaplatos y los ojos se le escapaban al rincón donde estaba sentada con su novio. Ella se dio cuenta y comenzó a espiarlo de reojo, como queriendo cerciorarse de que no se equivocaba. Sus miradas se cruzaron. En la de Lilith brotó una insolencia disfrazada de timidez, una media sonrisa tan sensual que le provocó una erección instantánea.

Desde ese momento comenzaron a devorarse con los ojos, a veces con disimulo, a veces con descarado, simulando que nada sucedía. Laro se dejaba llevar. Cuando salía del local, la chica desaparecía de su mente como si nunca la hubiera conocido, pero cada tarde, cuando subía la llave metálica, se acordaba de ella y deseaba volver a verla.

Un jueves, dos semanas después, Lilith apareció sola.

l.  
e  
u

s  
e  
n  
,  
l

o  
e  
a  
e

o  
a  
a  
s  
e  
a

u  
n  
n  
n  
i  
a  
o  
n

e  
e  
e  
a  
a  
o  
a

n  
a  
a

## Las Moradas Frías

Bran se detuvo y miró hacia atrás. Una guedeja castaña le tapó la visión del ojo derecho, pero se la apartó con un movimiento inconsciente de la mano. En aquel lugar, la senda seguía un trazado sinuoso para salvar el fuerte desnivel que iba desde el *carrozo* de Muiñelo hasta la cresta de monte Cido.

Tenía la piel sudorosa por el esfuerzo, pero no jadeaba. Su cuerpo menudo y fibroso estaba acostumbrado a la montaña. Siempre que podía, y más de una vez que no, se escapaba al bosque. En la escuela se veía obligado a pasar horas atendiendo al profesor y tratando de descifrar e galimatías de sus explicaciones. Lo intentaba. Su madre estaba convencida de que no, pero ella no tenía ni idea de lo que le costaba quedarse quieto. Sí que lo intentaba, pero se sentía como un azor en una jaula.

Le encantaban los azores. Eran formidables cazadores. Podían permanecer horas al acecho posados en una rama, casi invisibles gracias al color de su plumaje, hasta que localizaban un ardilla, un arrendajo, un cuervo o una urraca. Entonces se lanzaban sobre su víctima como un flecha y la apresaban antes de que esta se diera cuenta de lo que sucedía. Bran había observado a azor muchas veces. Permanecía tan inmóvil como él y ni siquiera era consciente de la contradicción: se pasaba horas muy quieto acechando a una rapaz, viendo cómo una nutria escarbaba con sus patas en el fondo del río para buscar ranas, espiondo a los jabatos cuando salían por primera vez de sus madrigueras y observando cómo los ciervos volantes macho peleaban entre sí con sus fuertes mandíbulas para aparearse con una hembra, pero cada vez que entraba en la escuela no conseguía quedarse quieto. En el colegio se sentía la más miserable de las criaturas.

El bosque era su territorio natural. Con poco más de dos años, si su madre le quitaba el ojo de encima un minuto corría con sus piernas gordezuelas hasta perderse entre los árboles que rodeaban la casa. No mostraba temor hacia los animales, así fueran escarabajos, culebras, perros, gatos o vacas cincuenta veces más grandes que él. Se pasaba horas observando las hormigas o permanecía toda la tarde con los pies metidos en el agua del río, disfrutando de los pececillos que le picoteaban los pies y de las libélulas que se le posaban en los brazos. Si alguien mataba una araña o un ciempiés se agarraba un berrinche y si atrapaban un grillo, como hacían muchos niños no paraba hasta que conseguía que lo liberaran. Alguna vez *andara aos niños*, había buscado nidos de pájaros con los compañeros de clase, pero había dejado de hacerlo porque cuando encontraban uno lo destrozaban y robaban los huevos o las crías para practicar con el tirachinas. No conseguía entender cómo podía gustarles algo así. Él buscaba los nidos por el placer de descubrirlos, por ver cómo iban creciendo las nidadas y porque le encantaba observar a las crías de mirlos, jilgueros, cotovías o azores. Sus compañeros preferían pasarse la tarde jugando con el móvil o con la Play, pero a Bran todo aquello no le llamaba la atención.

«Es como el Busgoso, igualito que el Busgosiño», decía su madre, meneando la cabeza. El Busgoso era el espíritu guardián del bosque, compasivo con los viajeros que perdían su camino

pero feroz defensor de los animales.

En ausencia del padre, su madre se veía incapaz de controlarle y lo dejaba a su aire, de forma que Bran crecía libre y salvaje, criado por los mismos animales que estudiaba con tanta atención. Cuando se le acumulaba la frustración, Xoana le soltaba una regañina sin esperanza, más porque creía que era su deber que por confiar en su efectividad. Su abuela lo observaba con una mezcla de cariño y perplejidad. Desde el principio se convirtió en su cómplice y Bran le correspondió con su devoción. Cuando no estaba en el colegio o en el bosque, estaba con Aureana. Le encantaban sus historias de seres mágicos y sus cuentos, pero también lo mucho que sabía de hierbas, plantas y remedios, de cómo curar el *colleitizo*, que era una erupción en la piel causada por el aire maligno que desprendían animales como el sapo o la comadreja, o la caída de la paletilla, un hueso de la espalda que, cuando se descolocaba, provocaba falta de apetito, fiebre, dolores y cansancio. Las Covas tenían fama de meigas y de sabias, siempre la habían tenido, y Aureana era la más poderosa de todas. Sabía ver el porvenir y la vida de los que estaban lejos. Gentes de toda la montaña acudían a ella cuando necesitaban un remedio, ya fuera para el catarro o contra el mal de ojo. Muchas veces, primero acudían al centro de salud de Seoane y después, con la receta en la mano, se acercaban hasta Carbedo para preguntarle a Aureana si debían seguir o no las indicaciones del doctor. Cuando estaba con su abuela, el chiquillo no paraba de hacerle preguntas, con una curiosidad que habría sorprendido profundamente a sus profesores.

En ese momento, Bran vio aparecer a Laro tras un recodo. Levantó la mano derecha y le hizo un gesto de burla. El madrileño resoplaba como un jabalí furioso, pero no se quejaba. A veces le daba un poco de miedo. Tenía la cabeza llena de tormentas y la mayor parte del tiempo parecía estar en otra parte, pero como Bran nunca había vivido con ningún hombre en casa no sabía si esas cosas eran normales o no. Lo que le asombraba de verdad era que no supiera nada de árboles, ni de animales, ni de las cosas de la montaña, ni siquiera había escuchado las historias que todo oían desde la cuna. Bran disfrutaba hablando con él, enseñándole el cubil de un lobo o el nido de un cernícalo.

—Mira, ahí está Esperante —explicó, feliz en su papel de guía, cuando Laro le alcanzó. En la falda del monte A Labradiña, de donde venían, se localizaban tres aldeas, muy cerca unas de otras, Liñariños, Carbedo y Esperante, pero desde donde se encontraban solo se veía esta última, la situada más cerca del fondo del valle. Después señaló un poco más arriba—. Y allí está, Liñariños, donde vives tú, pero no se ve desde aquí.

Laro siguió con la mirada la dirección que le indicaba, todavía jadeando. Casi nunca hablaba pero lo hacía de forma breve, como si no tuviera mucho que decir o no le gustara malgastar palabras. Durante el día recogía castañas en el *souto*. Llenaba los cestos en silencio, metido en su mundo. Bran lo veía al salir del colegio y los fines de semana. Cuando podía se acercaba hasta Liñariños y lo espiaba sin que él se diera cuenta. Desde que lo había visto llorar en la cascada le despertaba una curiosidad irrefrenable. No sabía expresarlo en palabras, era como si Laro viviera a medio camino entre este mundo y otro, como si no acabase de estar aquí realmente y ni siquiera fuera consciente de lo que le pasaba. Bran se preguntaba si no sería mucho más de lo que parecía, como esos nubeiros que traen tormentas y que cuando bajan de las nubes adoptan la figura de un hombre normal, a veces incluso con traje y chaqueta, y hablan en perfecto castellano, y por eso lo espiaba para ver si se descubría cuando estaba solo.

A Laro no le gustaba que lo rondara. Le ponía mala cara y se enfadaba. Unos días después de empezar a trabajar con su madre y su abuela, un sábado por la mañana, Bran se había acercado hasta Liñariños para ver qué hacía. Vio que salía de la casa, que ahora tenía luz eléctrica porque

había hecho un puente desde la casa vecina, y se metía en el bosque. Lo siguió por pura curiosidad. Durante media hora fue tras él, que caminaba abstraído, deteniéndose de vez en cuando, sin dirigirse a ningún lugar en concreto, con un rictus crispado en la cara como si sus pensamientos le causaran dolor de muelas. Eso hizo que Bran se relajara y pisara una rama, que se quebró con un chasquido seco. Laro lo descubrió. Le gritó que le dejara en paz, que no tenía ningún derecho a seguirlo, aunque al chiquillo le pareció que en realidad no se dirigía a él, sino a esos propios fantasmas.

Desde ese día, Bran se acercaba hasta Liñariños y se plantaba ante la puerta de Laro. Ya no se escondía porque sabía que a él no le gustaba. A menudo le recibía con un gruñido y le decía que se fuera, y el chiquillo apretaba los dientes por la frustración y hacía lo que le pedían. Pero otra vez, no daba señales de verlo y Bran interpretaba eso como una señal de que podía quedarse.

Como ese día. Era domingo y tocaba descanso. Además, la recolección de castañas ya estaba terminando. Todavía quedaban muchas en el suelo, pero la humedad y las lluvias comenzaban a pudrir las.

—¿Seguimos? —preguntó Bran cuando vio que Laro recuperaba el resuello.

Este se limitó a reemprender el ascenso sin responder. Bran le alcanzó y se puso a caminar a su lado, parloteando sin cesar.



Laro escuchaba al chiquillo solo a medias, pendiente del camino, notando que le faltaba el aire. Hasta unas semanas atrás ni siquiera era consciente de lo poco en forma que estaba.

Sin embargo, se encontraba bien. Como si alguien le hubiera inyectado una dosis de algún potente analgésico. Era una sensación tan inusual que, si no le prestaba mucha atención, incluso podía pasar por algo parecido a la satisfacción. No sentir. Dejarse llevar e incluso, por qué no abrir los ojos por la mañana y tener ganas de levantarse. Hasta las pesadillas iban remitiendo. No habían desaparecido, todavía se despertaba envuelto en sudor, con una sensación de angustia en el pecho y un grito rompiéndole los huesos, pero de alguna forma iban desdibujándose. La angustia que durante tanto tiempo le había atenazado perdía fuerza hasta convertirse en un simple malestar.

Echó un vistazo de reojo a Bran. Era un incordio de crío. Siempre estaba enredando. Le agotaba, le desconcertaba. ¿Por qué no le dejaba en paz? Su hijo Marcos había sido así, curioso y rebosante de vitalidad, hacía tantos años. Antes de perderlo. De pequeño se llevaban muy bien. Hablaban sin parar. Era Laro el que lo levantaba y le preparaba el desayuno, el que lo llevaba al colegio y hacía los deberes con él, y también el que lo acompañaba a andar en bici o a jugar un partido de fútbol en el campo del barrio. Durante años había sido testigo de su curiosidad y de la forma en que se iba abriendo al mundo. Marcos le había hecho comprender que no había amor que pudiera superar al que se sentía por un hijo. En medio del infierno de su vida, se había aferrado a él como si fuera una tabla en un mar encrespado. Una parte de su cerebro le decía que no era justo para Marcos, pero no podía evitarlo. Durante años había sobrevivido gracias a su hijo.

Hasta que Lilith se lo robó. Fue entonces cuando ya no pudo soportarlo más. Cuando todo estalló.

Y ahora aquel maldito crío no lo dejaba en paz. Hurgaba en su herida para recordarle lo que había perdido.

Estaba otra vez jadeando. Habían dejado atrás una zona despejada y vuelto a internarse en la arboleda, muy cerca ya de la parte alta de la loma del Cido. Avanzaban a través de un bosque de

arobles con algún castaño desperdigado y un sotobosque de helechos. La hojarasca otoñal crujía  
nbajo sus pies. Se llenó los pulmones con el olor acre de la humedad y la materia orgánica en  
sdescomposición. Sus ojos, habituados al gris, no se acostumbraban a los espacios abiertos.

e En la cima, el sendero que seguían, y que un poco más adelante comenzaba a descender por la  
avertiente opuesta hacia la aldea de Moreda, se cruzaba con otro que recorría la cresta. Bran se  
adesvió y comenzó a seguir este último.

—¿Adónde vamos?

e Los ojos castaños del chiquillo destellaron en la penumbra del sotobosque y, una vez más, :  
eLaro le hicieron pensar en un duende. No sabía por qué sus ojos castaños le hacían pensar en  
sduendes. Aunque no solo eran los ojos: era todo él, su cuerpo menudo y su expresión traviesa y, a  
mismo tiempo, con una sabiduría antigua y casi animal.

a —Ya verás —respondió.

a La senda avanzaba a través de una espesa frondosidad, pero de vez en cuando la vegetación se  
abría por los lados y ofrecía vistas de los valles que flanqueaban el monte Cido. Un poco más  
adelante, Bran se detuvo y le urgió para que se diera prisa.

a —Mira.

La panorámica le dejó sin aliento. Justo frente a ellos, la Devesa da Rogueira se mostraba en  
su máximo esplendor otoñal. Una paleta de verdes, castaños, amarillos, ocres y rojos llenó sus  
ojos y le despertó un anhelo intenso de fundirse con el bosque. La belleza siempre le despertaba  
un afán de posesión, como si poseer algo le permitiera abarcarlo mejor. Distinguió el Alto de  
lCouto a la izquierda, el pico Formigueiros frente a él y el saliente del Polín a la derecha. Ya se  
iba aprendiendo los nombres y reconociendo los hitos de aquella tierra. Esa era la primera  
nposesión, la de los nombres.

o La *devesa* se agarraba a un circo de abruptas pendientes atravesadas por las torrenteras de los  
barroyos que nacían cerca de la cumbre. La vegetación lo cubría todo como una manta de algodón  
oHabía estado en su interior, pero era la primera vez que la contemplaba entera. Desde aquella  
l perspectiva, teniéndola justo enfrente, tuvo la impresión de que se hallaba ante un organismo vivo  
a que estaba alerta y los observaba con atención.

—O Vixía —murmuró Bran con un hilo de voz. También él contemplaba la *devesa*  
e embelesado.

y Laro dio un respingo, sorprendido por unas palabras que parecían salir de sus propios  
l pensamientos.

l —¿Qué has dicho?

n —El Vigía —repitió Bran en castellano, sin volverse—. Así se llama.

a —¿Se llama el qué?

e —Qué va a ser. «O Vixía». Aunque también le llaman «O Xigante».

a Laro volvió a fijarse en la *devesa*. Un estremecimiento recorrió su columna vertebral. Supo  
o que era verdad: el bosque latía con un aliento de siglos. Respiraba. Sentía.

El Vigía.

o —¿Es esto lo que querías enseñarme? —consiguió balbucir tras un largo instante.

—Y algo más.

e —¿Qué?

—Aún tienes que ver lo que vigila.

a —¿Lo que...?

e El chiquillo alzó las manos en un gesto de exasperación:

a —¡Lo que vigila! ¿Por qué le van a llamar El Vigía si no?

n Continuaron por el mismo sendero de la cumbre. Un poco después, en una zona de espesura, llamaron la atención unas grandes protuberancias en el sotobosque, como bultos bajo una alfombra vegetal.

e Y así era. Una densa capa de musgo, zarzas y enredaderas ocultaba grandes bloques de granito tallado. Algunos estaban separados del resto, como tabas arrojadas por un niño gigante, y otros parecían formar parte de antiguos muros derruidos. Tuvo la impresión de penetrar en las ruinas de una ciudad arrancada del universo de los mitos. La luz del sol otoñal se filtraba bajo las copas de los robles y bañaba la atmósfera de irrealidad, como si se tratara de un mundo al margen del tiempo.

Dejándose llevar por un impulso, se acercó a uno de los bloques de granito y posó las manos sobre él. Cuando sus palmas tocaron el musgo le invadió un dolor lejano, casi melancólico, el recuerdo de una vieja herida que se ha convertido en compañera. La congoja le inundó el pecho. Se le escapó un jadeo.

Se volvió hacia Bran. El chiquillo le observaba con una expresión de concentración que chocaba con sus rasgos infantiles. Un poco avergonzado, Laro apartó la mirada.

n —¿Esto es lo que vigila? ¿Un antiguo castro? —Nunca había estado en un castro, pero todavía recordaba lo suficiente de sus años de carrera y de sus lecturas como para reconocerlo. Aquellos muros solo podían ser un castro o una zona de enterramientos megalíticos, en cuyo caso aquellas construcciones serían todavía más antiguas—. ¿Por qué iba a vigilar un simple...?

e —¡No! —le cortó Bran.

a Sorprendido por la violencia de la respuesta, se acercó al chiquillo.

—¿Qué te pasa? ¿No es un castro?

s Bran tenía las mejillas encendidas.

i. —¡No sabes nada! ¡Nunca sabes nada!

a De repente era su hijo otra vez. El desprecio, los gritos, las risas cómplices de su madre. El desdén clavado en el vientre. «¡Nunca sabes nada!». «¡No vales para nada!». Apretó los dientes. Sus puños se cerraron con fuerza. Su respiración se hizo superficial y se aceleró. Se le nubló la visión periférica, como si acabara de entrar en un túnel. En el centro, Bran respiraba muy agitado. Su pequeño pecho ascendía y descendía con celeridad, y también él tenía los pequeños puños apretados.

Se forzó a respirar lentamente. Una vez. Otra.

—No me hubieras traído aquí —masculló, muy tenso.

Bran le mantuvo la mirada, pero algo se suavizó en su expresión.

—¡Es la *mourindade*! —Laro se quedó observándolo con perplejidad—. ¿No sabes quiénes son los mouros?

o Sí que lo sabía, pero las palabras del niño le descolocaron.

—Mira, Bran...

—¡La abuela dijo que lo sabías!

Laro meneó la cabeza. ¿Qué pintaba allí Aureana? ¿Qué mierda les pasaba, por qué no les dejaban en paz? Había aceptado trabajar para ellas para poder vivir en la casa y había cumplido su parte. ¿Qué más querían de él? Le trataban bien, eran las personas que mejor le habían tratado en años, y eso que no sabían nada de él. Pero tampoco le hacían preguntas, algo que le agradecía. Le permitían vivir en su casa, le llevaban la comida y no se quejaban si hacía algo mal cuando la ayudaba con las castañas. Eran pacientes y ni siquiera les importaba que no hablara mucho.

Todo eso lo obligaba a mantenerse a la defensiva. ¿Qué querían de él en realidad? No podía creerse que fuera desinteresado. Alguna vez, al levantar la cabeza en medio de la jornada, durante una pausa en la recolección, sorprendía la mirada pensativa de Aureana fija en él o un vistazo furtivo de Xoana. Era guapa, la Xoana. Como la propia Aureana, que debía de haber sido una belleza de joven. Sus miradas le turbaban porque le recordaban que seguía teniendo deseos. Incluso había llegado a soñar con la posibilidad de... Joder, joder. No aprendía. ¡No! Nunca más. Tenía que ser realista. Las dos se preguntaban quién era y qué hacía allí. Les agradecía que no le hicieran en voz alta. No quería tener que mentirles.

Se dio cuenta de que llevaba un rato callado. Bran lo observaba con atención. Hizo un esfuerzo por recordar.

—Tu abuela me ha contado esa historia.



Se había interesado por los mouros tras escucharlas hablar de ellos dos o tres veces durante el trabajo. Por su tono y sus comentarios pensó que se trataba de unos parientes, unos primos o algo así. Le resultó chocante el nombre, pues no había visto ningún moro por la zona, y les preguntó si esos mouros de los que hablaban eran musulmanes.

«¿Musulmanes? —Aureana le dedicó una mirada penetrante, como si quisiera comprobar si se estaba burlando de ellas—. No, los mouros son... los que vivían aquí antes».

«¿Aquí? ¿En esta casa? —preguntó Laro, sin acabar de entender».

«No, no. Aquí —hizo un gesto amplio que abarcaba el valle, el Cido, las montañas—. En esta tierra. ¿Nunca has oído hablar de los mouros?»

Laro negó. Aureana dudó, contempló el valle, terminó por decidirse. «Ven», le dijo.

Se sentaron en el tronco caído de un castaño. La anciana carraspeó. Volvió a mirarlo, y Laro se sintió incómodo bajo la intensidad de su escrutinio.

En medio del bosque, entre los claros y oscuros del *souto*, Aureana le contó quiénes eran los mouros. Su voz tenía algo de antiguo y de sabio, y a medida que avanzaba el relato se fue tiñendo de aprensión y de dolor. Subyugado, Laro se sumergió en la historia de aquellos peculiares seres en la tragedia de sus destinos.

Aureana explicó que la *mourindade* era una nación encantada y que los mouros eran seres mágicos, muy sabios y poderosos, que vivían en ciudades de oro, utilizaban arados, tijeras cubiertos, herramientas e incluso juguetes de oro y se rodeaban de lujos, que nunca enfermaban ni sufrían dolor y que podían vivir miles de años. Los mouros, dijo, eran esbeltos y hermosos, con cabellos rubios y castaños, ojos claros y rostros que irradiaban luz. Eran amables y generosos y vivían en paz. Tenían tantas cualidades que, inevitablemente, terminaron por despertar primero la curiosidad y después la envidia. Algunos ambicionaron su gracia y su gentileza y otros desearon su oro y sus riquezas, pero nadie podía hacerles sombra ni amenazar su seguridad, así que los mouros vivían ajenos al resto del mundo, disfrutando de una edad dorada de felicidad.

«Un mal día, un pueblo lejano y poderoso tuvo noticias de su existencia. Eran unas gentes soberbias que ambicionaban poseer todas las riquezas y el conocimiento del mundo y que no podían dejar pasar la oportunidad de apoderarse de la *mourindade*. Los atacaron. Al principio resistieron, pues además de sabios eran bravos y valientes, pero sus enemigos eran tan numerosos como las olas del mar. Morían muchos, pero siempre llegaban otros, y otros más detrás, oleada de enemigos que fueron arrebatándoles sus territorios y arrinconándolos en las montañas.

a »Durante algún tiempo, los mouros consiguieron mantenerse en pie e incluso lanzaron ataques de réplica desde sus refugios en las montañas. Pero el enemigo era tenaz y estaba decidido a apoderarse de su riqueza y su sabiduría. Tras años de guerra, la *mourindade* quedó reducida a un solo pueblo. Los últimos mouros se refugiaron en la última de sus ciudades, que se alzaba en un acantilado de difícil acceso. Los enemigos no se atrevieron a atacarles directamente, pues sabían que perderían muchas vidas y que probablemente no conseguirían conquistarlos, así que decidieron emplear otra táctica. Montaron sus campamentos en las faldas de la montaña y excavaron un fosó de kilómetros de extensión que los rodeó completamente.

n »El cerco fue largo, terrible. Los alimentos escaseaban y las gentes morían. El orgulloso pueblo de los mouros solo era una sombra de sí mismo. Sabían que había llegado su fin, y saberlo teñía de amargura sus días. Habían sido sabios, poderosos, hermosos y saludables y lo habían perdido todo. Se habían dejado arrebatar cuanto tenían. Decidieron que no se dejarían arrebatar lo único que les quedaba, lo más valioso: sus propias vidas.

»Lo prepararon todo. En la montaña sobre la que se encaramaba la ciudad crecían numerosos tejos. De sus hojas extrajeron un veneno que provocaba la muerte por parada cardíaca. Cuando todo estuvo a punto, los supervivientes se reunieron en una noche de luna llena. Comenzaron a entonar un cántico tan viejo como su mismo pueblo, un llanto por la *mourindade* que rompió la noche y anegó, como una ola incontenible, los campamentos de sus enemigos al pie de la montaña. Nadie pudo escuchar aquel cántico sin sentir que el pecho se le llenaba de un dolor y una añoranza tan intensos como la misma muerte. Muchos enemigos lloraron aquella noche sin siquiera saber por qué.

a »Terminó el canto. El silencio se apoderó del mundo. Nadie hablaba. Hasta los más entumecidos soldados presentían que algo trascendental estaba a punto de suceder.

»Un grito atravesó la noche. Otro se le unió, y luego otro, y pronto la montaña entera fue un alarido. En la cima, los padres cortaban las gargantas de sus hijos, las madres las de sus hijas, y después unos y otras ingerían el veneno del tejo, que les provocaba convulsiones y fuertes dolores antes de morir. Se suicidaron. Fue una ofrenda a sus dioses. Los últimos mouros murieron libres. Guerreros, mujeres, ancianos, niños... Cuando sus enemigos llegaron, al día siguiente, solo encontraron sus cadáveres».

«Pero no todos desaparecieron —prosiguió Aureana con la voz convertida en un susurro— Algunos se ocultaron bajo tierra para convertirse en testigos de un mundo desaparecido. Se adaptaron a morar en las profundidades, ocultándose a la vista de sus enemigos. Por eso ahora los mouros viven bajo los castillos y los túmulos, que abren con llaves invisibles. Se convirtieron en un pueblo mágico».

y Guardaron silencio. Su relato había sido tan vívido que Laro se sentía trastornado. En aquel momento, Aureana distaba mucho de parecer una anciana, como si sus palabras le hubieran transmitido una sabiduría de siglos. Sus ojos refulgían, verdes y vivos entre los claroscuros de sus *souto* de castaños.

s  
o



o Se obligó a salir de su estupor. Se había dejado sugestionar por el relato de una anciana y por la penumbra del bosque. La leyenda no le resultaba desconocida, se parecía a muchas otras historias de pueblos acosados por enemigos implacables. Le vino a la cabeza el nombre de Masada y se esforzó por recordar. Sí, era una historia similar, un pueblo asediado por los

sromanos, ¿no habían sido los judíos?, que se refugiaban en lo alto de una montaña y terminaban asuicidándose. Incluso había una película, juraría que la había visto...

n Meneó la cabeza al recordar aquel momento. Se fijó en Bran, que le observaba con los ojos abiertos. Le asaltó una sospecha.

e —Dime una cosa. —Un ave rapaz gritó en el cielo—. Fue Aureana, ¿verdad? Ella te pidió que me trajeras aquí. El chiquillo entreabrió los labios. Su mirada huyó de él—. ¿Por qué?

o Se encogió de hombros y, de nuevo, era solo un chiquillo.

—No me lo dijo. Supongo que quería ver si te gustaba esto.

o —¿Que si me gustaba? ¿Para qué? ¿Qué le importa a ella si me gusta o no? —preguntó Laro

o No se le alcanzaba el interés que pudiera tener la anciana en que él conociera aquella leyenda en aquel lugar.

o —Le importa —respondió Bran—. A la abuela le importan cosas que nosotros no entendemos

—¿Nosotros?

s —Los demás. La abuela es muy sabia.

o Laro guardó silencio. Sus ojos recorrieron el entorno, las ruinas casi perdidas, la cresta empinada en la que se encontraban.

a —Fue aquí, ¿verdad? Lo de los mouros fue aquí.

l. —Sí.

a Debía de reconocer que era una fábula impresionante y que encajaba muy bien en aquel lugar. Casi podía imaginarse a esos mouros tan hermosos como elfos viviendo en medio del bosque. Por un momento creyó estar en una de las historias fantásticas que devoraba de joven, en un mundo poblado por héroes, guerreros y criaturas asombrosas.

—No se fueron. Los mouros no se fueron. —Bran lo buscó con la mirada, ansioso por explicarse—. ¿Sabes que este monte está lleno de cuevas y pasadizos? Ahora ellos viven en el Reino Invisible, justo debajo de nuestros pies. Un día volverán, pero mientras solo se dejan ver de vez en cuando. Y solo a quienes ellos quieren. A veces aparecen aquí, y a veces en el castillo de Carbedo, hay un túnel que sube hasta aquí. Por eso la abuela quería que vinieras, para que tú los conocieras. Nosotros somos los guardianes de los mouros.

Pronunció aquellas palabras con un orgullo tan natural y tan rebosante de certeza que Laro no supo qué decir. Terminó por sonreír. Los guardianes de los mouros. La declaración de Bran le resultaba enternecedora. Y dolorosa, también. El chiquillo tenía la cabeza llena de pájaros, pero al menos no eran como los pájaros de su hijo. Marcos solo sabía de videojuegos y rencores.

n Pensó en Aureana. No sabía qué interés podía tener en todo aquello, pero tampoco le importaba demasiado. Esas gentes de la montaña vivían aisladas desde hacía siglos. Tenían sus propios mitos, sus manías y sus costumbres. Puede incluso que aquello fuera una especie de rito de iniciación, el paso previo a aceptarlo como uno más.

l Aceptarlo como uno más. La idea le acarició las tripas, tentadora.

r

s

e

s

romanos, ¿no habían sido los judíos?, que se refugiaban en lo alto de una montaña y terminaban suicidándose. Incluso había una película, juraría que la había visto...

Meneó la cabeza al recordar aquel momento. Se fijó en Bran, que le observaba con los ojos muy abiertos. Le asaltó una sospecha.

—Dime una cosa. —Un ave rapaz gritó en el cielo—. Fue Aureana, ¿verdad? Ella te pidió que me trajeras aquí. El chiquillo entreabrió los labios. Su mirada huyó de él—. ¿Por qué?

Se encogió de hombros y, de nuevo, era solo un chiquillo.

—No me lo dijo. Supongo que quería ver si te gustaba esto.

—¿Que si me gustaba? ¿Para qué? ¿Qué le importa a ella si me gusta o no? —preguntó Laro. No se le alcanzaba el interés que pudiera tener la anciana en que él conociera aquella leyenda o aquel lugar.

—Le importa —respondió Bran—. A la abuela le importan cosas que nosotros no entendemos.

—¿Nosotros?

—Los demás. La abuela es muy sabia.

Laro guardó silencio. Sus ojos recorrieron el entorno, las ruinas casi perdidas, la cresta empinada en la que se encontraban.

—Fue aquí, ¿verdad? Lo de los mouros fue aquí.

—Sí.

Debía de reconocer que era una fábula impresionante y que encajaba muy bien en aquel lugar. Casi podía imaginarse a esos mouros tan hermosos como elfos viviendo en medio del bosque. Por un momento creyó estar en una de las historias fantásticas que devoraba de joven, en un mundo poblado por héroes, guerreros y criaturas asombrosas.

—No se fueron. Los mouros no se fueron. —Bran lo buscó con la mirada, ansioso por explicarse—. ¿Sabes que este monte está lleno de cuevas y pasadizos? Ahora ellos viven en el Reino Invisible, justo debajo de nuestros pies. Un día volverán, pero mientras solo se dejan ver de vez en cuando. Y solo a quienes ellos quieren. A veces aparecen aquí, y a veces en el castillo de Carbedo, hay un túnel que sube hasta aquí. Por eso la abuela quería que vinieras, para que te conocieran. Nosotros somos los guardianes de los mouros.

Pronunció aquellas palabras con un orgullo tan natural y tan rebosante de certeza que Laro no supo qué decir. Terminó por sonreír. Los guardianes de los mouros. La declaración de Bran le resultaba enternecedora. Y dolorosa, también. El chiquillo tenía la cabeza llena de pájaros, pero al menos no eran como los pájaros de su hijo. Marcos solo sabía de videojuegos y rencores.

Pensó en Aureana. No sabía qué interés podía tener en todo aquello, pero tampoco le importaba demasiado. Esas gentes de la montaña vivían aisladas desde hacía siglos. Tenían sus propios mitos, sus manías y sus costumbres. Puede incluso que aquello fuera una especie de rito de iniciación, el paso previo a aceptarlo como uno más.

Aceptarlo como uno más. La idea le acarició las tripas, tentadora.

## La Isla de los Estados

El local estaba casi vacío cuando apareció. Laro estaba sacando los vasos del friegaplatos. Percibió una variación en la luz ambiental en el instante en que el cuerpo de la muchacha tapó el sol que entraba oblicuo por la puerta, pero no hizo caso. Solo cuando la sombra persistió levantó la cabeza.

Lilith se hallaba en el quicio, indecisa. Sus miradas se cruzaron en la distancia. Ella se volvió hacia el exterior y echó un vistazo nervioso, como si aguardara por alguien o quisiera asegurarse de que nadie la veía entrar. Se dirigió a la barra, hacia Laro, y se sentó en un taburete con naturalidad, como si todos los días hiciera lo mismo.

—Vienes sola —dijo Laro, y al instante se sintió estúpido. Aunque tampoco le importaba demasiado. Lilith le despertaba algo que llevaba demasiado tiempo dormido en sus tripas, una añoranza de caricias que lo hacía pensar en Esther. Y no quería pensar en Esther porque todavía dolía, así que tampoco prestaba demasiada atención a Lilith. Lo atraía, lo seducían sus miembros delgados y la elegancia inconsciente de sus movimientos, lo entretenía el juego de miradas que se traían entre ambos, pero era solo eso. Un juego que le ayudaba a pasar las horas de tedio en el bar. El resto del tiempo ni la recordaba: en cuanto llegaba a su casa, se perdía en sus libros. Volvía a leer casi con desesperación, entregándose en los mundos imaginarios a las emociones que rehuía en el real.

—Sí —dijo ella.

—¿Qué quieres?

En su cara apareció un gesto de extrañeza.

—Yo...

—Me refiero a qué quieres tomar.

Ella rio. Fue una risa nerviosa y breve como un suspiro.

—Una cerveza.

Ese día no hubo mucho más. Laro le sirvió la cerveza y se dijeron alguna que otra cosa, pero ambos estaban incómodos, como si el paso que ella acababa de dar alterara los acuerdos tácitos de su relación y ninguno de los dos supiera cómo actuar a continuación. Laro refugió su inseguridad entre trapos y vasos y se mantuvo fingidamente ocupado. Lilith no sabía cómo sentarse. Cuando él se aproximaba le decía cualquier cosa y conseguía una réplica fugaz, un comentario o una sonrisa. Terminó la cerveza rápido y se marchó.

Volvió al día siguiente. También sola. Y al siguiente. Y al otro. Se sentaba en el taburete de la barra y charlaba cada vez con mayor confianza. Se contaban episodios de sus vidas sin profundizar demasiado, como si hablaran de meros conocidos. Laro comenzó a esperar su llegada y a acordarse de ella cuando estaba fuera. No era lo mismo que cuando aguardaba a que apareciera Esther en la estación de metro. Aquello había sido un terremoto.

No, no era lo mismo. Esther y él se reconocían como iguales. Disfrutaban manteniendo largas conversaciones. Discutían con viveza, alimentándose de los argumentos del otro. Con Lilith la

cosas eran muy diferentes. Despertaba en él un afán de protección y también un deseo oscuro de someterla. Eso lo tenía muy confundido. Lilith nunca le replicaba como Esther. Se limitaba a escucharlo con la mirada fija y los labios entreabiertos, como si lo que decía le pareciera lo más interesante del mundo. Laro se sentía admirado y descubrió que eso le gustaba.

Por Esther había experimentado un amor incondicional que nacía del convencimiento de que ambos se complementaban. Lo que le sucedía con Lilith era muy diferente. No tardó en darse cuenta de que tenía una formación muy básica, ni siquiera había terminado la educación primaria, ni sentido jamás la menor curiosidad por nada fuera de su pequeño mundo cotidiano, y sus comentarios, las pocas veces que los hacía, eran de una vulgaridad tan absoluta que al principio lo dejaban descolocado, sin saber a qué se refería cuando mencionaba a esta o aquella famosa, este o aquel programa de telebasura. Sin embargo, esa constatación, lejos de apartarlo de ella, lo despojaba de exigencias y le proporcionaba las herramientas para seducirla.

Porque quería seducirla. Lo comprendió unas semanas después de aquel primer día en que acudió sola al bar. Disfrutaba de su compañía, de su forma de escucharlo, volcada hacia adelante como si temiera perderse una sílaba. Después de años de vacío y de pasarse la vida persiguiendo sueños en las páginas de los libros, volvió a fijarse en el mundo exterior. Lilith no era una amenaza porque era consciente de que nunca podría enamorarse de ella como lo había hecho de Esther, pero de todas formas se masturbaba pensando en sus huesos esbeltos y en sus pechos grandes y anhelaba sentir el contacto de su piel. Añoraba el contacto humano con una intensidad feroz. Y Lilith estaba allí, bebiéndose cada una de sus palabras, acudiendo día tras día a *Lilith: mordida* y asintiendo con devoción cuando él le hablaba de sus sueños de dar la vuelta al mundo como Jack Kerouac. Se estaba volviendo cínico, pero disfrutaba de esa sensación.

Nunca hablaban de su novio. Laro sabía que todavía seguía con él porque de vez en cuando aparecían los dos juntos. Se sentaban en las butacas del fondo y Lilith lo saludaba con la distante cortesía con que se saluda a un camarero cualquiera. Laro se admiraba de su sangre fría y siempre preguntaba si él sería capaz de actuar con tanto disimulo. Seguía fastidiándolo que el novio fuera tan buen tipo, que siempre se mostrara cordial y que permaneciera completamente ajeno a lo que estaba sucediendo. Eso lo hacía sentirse mal, aunque los remordimientos solo le duraban hasta que al día siguiente Lilith aparecía sola por la puerta del bar y se comportaba como si no hubiera estado allí el día anterior. Laro llegó a admirar su capacidad para fingir.

Ni se imaginaba hasta qué punto Lilith era una consumada actriz. Ni hasta qué punto eso iba a romperle la vida en pedazos.

Un día, cuando llevaban casi un mes viéndose de aquella manera a medias casual, a medias concertada, la muchacha llegó muy inquieta. Se sentó en el mismo taburete de siempre y pidió su cerveza casi sin mirar para Laro. Cuando este le preguntó si le pasaba algo, se encogió de hombros. Alguien llamó al camarero y Laro tuvo que atenderle. Era una tarde de bastante trabajo y durante un buen rato no pudo prestarle más atención que alguna que otra mirada preocupada... que terminaba perdiéndose por su anatomía. Lilith se había puesto unas mallas que resaltaban los largos músculos de sus pantorrillas y un top que dejaba al descubierto el ombligo. Ofrecía un aspecto tan frágil como atractivo. Destilaba sensualidad. Laro notó que se le enroscaba el deseo en el vientre. Quería follársela allí mismo, pero también consolarla, con ese instinto que hace que queramos proteger a quien percibimos más débil que nosotros.

Cuando tuvo un minuto se acercó a su extremo de la barra. Estaba nerviosa, no paraba de moverse sobre el taburete. Ya se había bebido casi toda la cerveza, pese a que solían durarlo mucho.

e —¿Estás bien? —volvió a preguntarle.

a Esta vez sí lo miró. Unas lágrimas gruesas caían sobre su top, frenadas por los pechos. Negs con un gesto, demasiado compungida para responder.

—¿Qué te pasa?

e Ella dudó, como si le costara hablar.

e —¿A qué hora cierras? —le preguntó con la voz tomada por la emoción. Laro se lo dijo : aLilith asintió—. Espérame. ¿Puedes esperarme? Tengo algo que contarte.

s Se levantó y salió del local. Ni siquiera aguardó por la respuesta de Laro.

o Durante el resto de la tarde, este apenas pudo concentrarse en lo que hacía. No paraba de preguntarse qué podría haber sucedido y qué querría Lilith de él. En realidad, estaba bastante inseguro de las respuestas a esas preguntas. Imaginaba que había dejado a su novio por su causa : que ahora venía corriendo a su lado para decírselo, para contarle que ya estaba libre y que no podía vivir sin él.

e Aquello lo intranquilizó. Hasta el momento había tratado de seducirla casi por puro juego convencido de que no habría consecuencias. No dejaría a su novio por él. Pero si lo había dejado a las cosas cambiaban.

e Se sintió amenazado. Seguía apeteciéndole follársela, pero comenzar una relación era algo muy distinto. Durante las últimas semanas había fantaseado con la posibilidad de enredarla para que le pusiera los cuernos al novio. No tendría consecuencias, solo sería un desahogo. Pero, si era cierto que lo había dejado, y que lo había hecho por él...

o Cuando llegó la hora del cierre todavía no había tomado una decisión. Mejor dicho, la había tomado, una y también la opuesta, diez, veinte veces. Había decidido alejarla para evitarse líos o había decidido liarse con ella y dejarse llevar. Había decidido que era una locura y que lo deseaba de verdad. Se sentía mal consigo mismo por querer follársela y nada más y se repetía que no podía hacerlo, no quería hacerle daño, no se lo merecía.

a La esperó, cada vez más impaciente, con la verja entreabierta, sentado en el mismo taburete que solía utilizar ella, con las luces del interior apagadas.

e Dos horas después del cierre seguía sentado en el taburete, completamente desconcertado preguntándose qué habría pasado. Lilith no aparecía. Trató de decidir si debería ir a urgencia para ver si la encontraba, pero acabó por rechazar la idea. Lo más seguro era que hubiera cambiado de idea y vuelto con su novio. Aquel pensamiento lo incomodó y le hizo desearla con más fuerza. Quizá no fuera tan mala idea que se liaran, después de todo.

s Al día siguiente tampoco apareció. Laro la esperó durante toda la jornada, cada vez más ansioso. Se sentía como el capitán de un barco azotado por una galerna que descubre el resplandor de un faro en la costa del fin del mundo... solo para perderlo de vista un segundo después. Por su yacaso, volvió a esperarla tras el cierre con la verja medio bajada, hasta que se convenció de que aquello era una tontería.

s Durante días aguardó por ella, cada vez más angustiado por su suerte. Imaginaba accidentes, violencias, muertes. Fue obsesionándose y desesperándose. Lo peor de todo era que no tenía a nadie a quien preguntar. Se dio cuenta de que en realidad no sabía nada de ella, aparte del nombre y dos detalles más. Desconocía dónde vivía o con quién, no tenía su número de teléfono, no conocía a ninguno de sus amigos. Solo a su novio, y este tampoco daba señales de vida.

e Apareció una semana después, justo cuando estaba cerrando el local. Ya había dejado de esperarla, así que se llevó una buena sorpresa cuando, al agacharse para cerrar con llave la verja la vio acercarse con pasos apresurados.

—Hola —murmuró Lilith cuando estuvo a su lado, lanzándole una mirada de cordero degollado. Tenía los ojos enrojecidos, el pelo negro alborotado y las ropas sucias y arrugadas con un aire de desaliño y abandono que enterneció a Laro.

—¿Te encuentras bien?

Lilith le echó los brazos al cuello y apoyó la cabeza en su pecho. Laro la sostuvo sin saber qué hacer, incómodo.

—Necesito tu ayuda —murmuró ella casi de forma inaudible—. Te necesito.

Laro oyó sus sollozos y notó que las lágrimas le empapaban la camisa.

e La abrazó.

e Fue una noche muy larga. Volvió a abrir la verja y entraron en el bar. La condujo hasta uno de los sillones de la parte del fondo, casualmente el que solía utilizar cuando acudía con su novio. Ella se dejó guiar mansamente, como si hubiera agotado sus fuerzas y le costara reaccionar. Tras servirle una cerveza, Laro se sentó a su lado, muy cerca, y le pidió que le explicara lo que le sucedía.

, Lilith lo miró a través de las lágrimas. Hipó, se sorbió los mocos y le contó que se había escapado.

o —¿De dónde, de casa?

a Ella se retorció las manos.

a —¿Sabes qué es Misión RAMA?

Laro abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar. Le sonaba aquel nombre, aunque...

a —¿No es una secta?

.i. Ella asintió. Con voz temblorosa, le explicó que Misión RAMA era una secta ufológica dirigida por un peruano, un tal Sixto Paz, que aseguraba que los extraterrestres llevaban años poniéndose en contacto telepático con él y que le habían nombrado su interlocutor en la Tierra para que transmitiese su mensaje y salvara a la humanidad del futuro al que se encaminaba. Le había metido en la secta la madre de su novio. Ambos pertenecían a RAMA, y ella se había dejado convencer porque se llevaba mal con su propia familia y estaba deseando irse de casa. Desde hacía dos años vivía en una comuna de la secta en las afueras de Madrid. Trabajaba limpiando pisos, todo lo que ganaba tenía que entregarlo y no le permitían relacionarse con nadie fuera de los otros miembros de RAMA. Pero no aguantaba más. Se había escapado.

n —Tengo miedo —dijo, secándose las lágrimas con los puños—. Van a venir a por mí, lo sé no me van a dejar marchar.

s Laro no sabía qué decir. Sintió deseos de abrazarla, pero no quería que lo malinterpretara.

r —No te preocupes...

i —¿Cómo no me voy a preocupar? ¡No me dejarán en paz! ¡Nunca dejan que nadie se largue si tienen miedo de lo que podamos contar!

—¿Qué podéis contar? ¿Te obligaban... —dudó, maldiciendo su imaginación calenturienta—, ¿a algo?

a Ella apartó la mirada y por primera vez cogió la cerveza y dio un trago largo.

e —Es muy duro.

o Laro se sentía impotente. Quería saber más, pero no se atrevía a seguir preguntándole para no hacerla sufrir. Saltaba a la vista que lo había pasado muy mal. Se preguntó qué haría con ella. Había descartado ya, con cierto fastidio, cualquier relación íntima. Se daba cuenta de que ella solo buscaba su compañía como una vía de escape de la secta.

—No tengo adonde ir —dijo Lilith sin mirarle. Después le enfrentó con ojos llorosos—

¿Podrías...? ¿Te importa que me quede en tu casa? Solo unos días, hasta que encuentre algo...

No podía negarse. Salieron del local y se dirigieron al ático. Cuando Laro la vio en aquel espacio tan familiar notó que algo se le revolvía en las tripas. Desde la marcha de Esther ninguna otra mujer había entrado allí. La vio extraña, pequeña e indefensa en el recibidor, el pelo negro alborotado, la camisa medio fuera de la falda. Le mostró someramente la casa. Además de la sala había dos habitaciones, ambas muy pequeñas. Una era su dormitorio y la otra la que años atrás Esther y él utilizaban para estudiar, con una mesa sobre caballetes, dos sillas y un sofá cama que nadie había usado en mucho tiempo. Recordó, con dolorosa claridad, las veces en que sus sesiones de estudio terminaban sobre el viejo sofá entre gemidos.

La ayudó a poner sábanas en el sofá cama y le dejó una camiseta vieja para usar como pijama. Ella se dejaba guiar, observándolo todo con atención. Era ya muy tarde, en plena madrugada.

—¿Puedo darme una ducha? —preguntó.



Laro oyó el golpeteo del agua contra las mamparas de plástico y se imaginó su cuerpo desnudo. Se dio cuenta de que le crecía una erección y se enfadó consigo mismo. Decidió no comportarse como un capullo.

—¡Me voy a la cama, Lilith! —gritó para que lo oyera a través de la puerta del baño, que ella había dejado entornada—. Usa la toalla que te he colgado del picaporte. Descansa, no te preocupes por nada, mañana hablamos con calma.

Se metió en su habitación. Dudó, pero terminó por cerrar la puerta para no imponerle su presencia. Estaba incómodo, a medias excitado por su proximidad, a medias fastidiado por la invasión.

Trató de conciliar el sueño, pero no podía dejar de pensar en lo que le había dicho sobre la secta. En realidad le había contado muy pocas cosas. Tenía curiosidad, tendría que pedirle que le explicara todo con más detalle cuando se tranquilizara. Le preocupaba que hubiera estado en una secta. No por la secta en sí, no creía que nadie viniera para obligarla a regresar por la fuerza, sino por lo que revelaba sobre su forma de ser.

¿Qué iba a hacer con ella en casa? Sintió deseos de echarla para recuperar su independencia y al instante, se avergonzó de sí mismo. No sabía cómo comportarse. ¿Cuánto tiempo se quedaría? Solo serían unos días, seguro...

No conseguía relajarse, atento a los sonidos que llegaban de fuera de la habitación. La oyó cerrar el grifo de la ducha y se la imaginó secándose su cuerpo menudo. El leve chirrido de la puerta del baño y unos pasos ligeros, de pies desnudos, en el recibidor.

El ruido de la puerta de su propia habitación al abrirse. La luz estaba apagada y Lilith había apagado también la del pasillo. Con el corazón acelerado, fingiéndose dormido, la oyó avanzar muy despacio, como si no quisiera asustarlo, hasta la cama. Levantó las sábanas y se deslizó dentro.

El contacto con su piel húmeda y fría le produjo una oleada de placer de una intensidad violenta. Aun así, no se movió. Permaneció inmóvil, conteniendo la respiración, mientras ella se acomodaba contra su espalda. Percibió el tacto de sus pezones y la presión de sus pechos. Exhaló lentamente, temiendo que cualquier movimiento brusco la espantara, como si fuera una mariposa posada en su brazo. Ella puso una mano sobre su pecho y comenzó a acariciarlo. Fue descendiendo lentamente hacia su vientre. A Laro se le enervó la piel de todo el cuerpo. Su pen

se alzó con violencia. La mano siguió descendiendo. Los dedos se enredaron en su vello público. Elaro, todavía inmóvil, creyó que iba a escapársele un grito de pura ansiedad, tan intenso era su deseo. Llevaba años sin que nadie lo tocara. Finalmente, la mano alcanzó la polla, la rodeó y la agarró con firmeza. Notó los latidos de la sangre en la base del pene. El vientre se le contrajo espasmódicamente. Jadeó de puro placer. Ella comenzó a mover la mano arriba y abajo con un movimiento preciso y experto, tan delicioso que él se dio cuenta de que no podría aguantar demasiado.

Los pechos de Lilith se aproximó todavía más. Sus pechos se aplastaron contra su espalda. Sus caderas se pegaron a sus nalgas. Comenzó a moverlas adelante y atrás, al ritmo de la mano que subía y bajaba. Su respiración en la nuca le produjo una nueva oleada de placer. Notó la humedad de su lengua en el cuello, el contoneo de su cuerpo contra el suyo y, sin poder aguantarlo más, eyaculó un chorro de semen que empapó las sábanas.

Ninguno de los dos dijo una palabra.

o

o

a

e

u

a

a

e

a

o

o

o

o

a

a

r

o

d

e

o

a

e

e

se alzó con violencia. La mano siguió descendiendo. Los dedos se enredaron en su vello público y Laro, todavía inmóvil, creyó que iba a escapársele un grito de pura ansiedad, tan intenso era su deseo. Llevaba años sin que nadie lo tocara. Finalmente, la mano alcanzó la polla, la rodeó y la agarró con firmeza. Notó los latidos de la sangre en la base del pene. El vientre se le contrajo espasmódicamente. Jadeó de puro placer. Ella comenzó a mover la mano arriba y abajo con un movimiento preciso y experto, tan delicioso que él se dio cuenta de que no podría aguantar demasiado.

Lilith se aproximó todavía más. Sus pechos se aplastaron contra su espalda. Sus caderas se pegaron a sus nalgas. Comenzó a moverlas adelante y atrás, al ritmo de la mano que subía y bajaba. Su respiración en la nuca le produjo una nueva oleada de placer. Notó la humedad de su lengua en el cuello, el contoneo de su cuerpo contra el suyo y, sin poder aguantarlo más, eyaculó un chorro de semen que empapó las sábanas.

Ninguno de los dos dijo una palabra.

## Nottingham

Saltaba a la vista que Laro se sentía incómodo. Sentado en el lugar del copiloto del coche de Xoana mientras esta conducía, su cabeza se movía nerviosamente hacia la carretera, hacia la conductora, al frente, a la alfombrilla. Aureana iba en el asiento trasero, con su nieto al lado. Desde allí podía observarlos cómodamente, sin preocuparse por ser descubierta. Tampoco es que le importara, pero la anciana siempre prefería pasar desapercibida. Le gustaba observar, sentir las corrientes que se movían en remolinos a su alrededor. A menudo era la única en percibirlos. Como en este caso.

Aun así, se preguntó si no estaría confundiendo sus deseos con la realidad. No era la primera vez que captaba las miradas furtivas que Laro le echaba a Xoana o las que esta le dedicaba a él. Ambos eran de edades parecidas y ambos venían de historias personales complicadas. Desconocía la de él, pero podía palparla en sus silencios, en la forma en que huían sus ojos y en la coraza que le protegía como un capullo protege la mariposa de su interior.

Sonrió para sí, abstraída. Aquella era más que una comparación ociosa. Laro aún no lo sabía, pero ella percibía la semilla en su interior. Aún faltaba mucho. Era un hombre roto, todavía tenía que sufrir y enfrentarse a sus fantasmas, fueran cuales fuesen. Pero la semilla germinaría.

«Quizá —se obligó a matizar—, quizá». No quería dar nada por hecho. Últimamente había demasiados flujos girando en remolinos a su alrededor. Estaba confusa, y eso la desconcertaba.

Aquel pensamiento lo llevó a otro similar. Xoana. Desde la muerte de su marido diez años atrás, cuando ella todavía estaba embarazada de Bran, no había vuelto a estar con un hombre, que ella supiera. La invadió una oleada de preocupación, como cada vez que pensaba en ese tema. Con cuarenta años, a Xoana se le acababa el tiempo para tener una hija, pero no hacía nada por volver a quedarse embarazada.

Debía tener una hija. En caso contrario... Aureana ni siquiera se atrevía a imaginar las consecuencias. Las Covas siempre tenían hijas. Siempre. Lo de Bran había sido... Ojalá supiera qué. Una anomalía. Un error de la naturaleza. Oh, adoraba al chiquillo, pero eso no evitaba que su nacimiento hubiera sido un error. Resultaba de capital importancia que Xoana tuviera una hija. Ella lo sabía, como sabía también que su hermana pequeña, Alda, no podía asumir aquella carga. «Ni puede ni quiere», pensó con amargura. No era la primogénita. Además, Alda ya no se refugiaba bajo sus alas protectoras. Había volado.

Volvió a centrarse en Laro. ¿Sería él quien iba a provocar el cambio que se avecinaba, el que sentía en los huesos desde hacía meses? Dejó que la esperanza creciera en su pecho, siquiera por una vez.

Se estaba haciendo vieja. Siempre había estado convencida de que sería ella la encargada de encauzarlo todo de nuevo, pero los años pasaban sin que nada sucediese y comenzaba a temer ese momento en que ya no estuviera. Por eso había recibido aquella premonición de cambios como algo positivo. Por eso había aceptado a Laro. El universo utilizaba a menudo piezas rotas para realizar sus planes.

Unos días atrás, Xoana le había preguntado si irían al magosto y si Laro querría acompañarlas. Lo había dicho de pasada, como sin darle importancia, pero Aureana conocía bien a su hija. «As que te gusta el mozo...», le soltó con una sonrisa cómplice. Ella se había sonrojado. «Parece un animal herido», respondió su hija encogiéndose de hombros, con un gesto de falsa indiferencia.

Aureana meneó la cabeza. Quizá el cambio presentido fuera el nacimiento de una niña, de la que él sería padre. ¿Por qué no? ¿De dónde salía, si no, su nombre, tan poco habitual? Pero no podía adelantarse, no quería hacerse ilusiones. Tenía que esperar. Dejar que madurara.

El coche entró en Seoane. Se dirigían a la fiesta de la castaña que se organizaba todos los años por aquellas fechas, mediados de noviembre, los años pares en Folgoso y los impares en Seoane, las dos localidades más grandes del ayuntamiento. El magosto era una celebración tradicional, una de las escasas ocasiones en que se reunían los vecinos de las aldeas desperdigadas por la montaña alrededor de las gaitas, los bailes, las castañas y el vino. Todavía recordaba cuando se realizaba en los propios *soutos*. Entonces las muchachas ponían las castañas y los mozos el vino, y al final unas y otros terminaban tiznados con la ceniza y entonando canciones tradicionales mientras las parejas más atrevidas se perdían en el bosque. Era la despedida de la temporada de luz y el inicio de los meses de frío y oscuridad. En los últimos años habían declarado el magosto fiesta de interés turístico, o alguna tontería similar, y desde entonces acudía mucha gente de fuera que atestaba las casas rurales de la comarca y llenaba el pueblo de ruidos y borracheras. A Aureana no le gustaban mucho las fiestas, pero en esa ocasión la aguardaba con interés. Hasta Bran se había extrañado. «¿Qué bicho te picó, *avoá*?» —le preguntó apues sabía que era poco amiga de multitudes. Pero ella se limitó a responderle que tenían que divertirse, que el invierno se echaba encima y que pronto no habría más entretenimientos que esperar el frío y la nieve.

Al pasar a la altura de la casa cuartel de la Guardia Civil, Aureana se fijó en si Xoana desviaba la mirada hacia allí. Desde que se había enterado del regreso de Sito, temía que el rescoldo de aquel amor juvenil volviera a prender.

Eso sí que no. No podía permitirlo. ¡Una Covas y un Aguiar! La sola idea era tan insensata que hacía que le hirviera la sangre. Respiró más tranquila al comprobar que su hija no apartaba la vista de la carretera. Quizá fuera cierto que le gustaba Laro.

Un poco más adelante llegaron al campo de la feria, en el que se celebraba la fiesta. Todavía era mediodía, pero el lugar ya rebosaba de coches aparcados de cualquier manera, vecinos que se acercaban andando con sus mejores ropas y visitantes que deambulaban de un lado para otro observándolo todo como si hubieran aterrizado en el zoológico de un planeta distante. Pese a todo consiguieron aparcar no demasiado lejos.

—¿Quién lee el pregón este año? —preguntó Aureana.

Bran no paraba de revolotear excitado alrededor del grupo mientras se acercaban andando a la fiesta. Una canción de verbena retumbaba en unos grandes altavoces colocados a los lados de un escenario que hacía las veces de escenario. En el aire flotaba el olor de las primeras castañas que se asaban en unos tambores de hierro agujereados.

Nadie le respondió. Aureana se volvió hacia su hija.

—¿No lo ponía en el cartel?

Xoana respondió, sin mirarla, con la vista al frente.

—Sito Aguiar. Como acaba de regresar y ahora es el comandante del puesto de la Guardia Civil...

Aureana frunció el ceño.

—Ahí va Suso o Vello —intervino Bran.

Laro miró hacia donde indicaba el niño. Vio a un hombre mayor, de setenta largos, vestido con un pantalón gris y una camisa blanca abombada por una panza casi monstruosa. Tenía la piel morena, la papada gruesa y unos ojos pequeños que casi desaparecían entre la grasa de un rostro abotagado y que le daban un aire mezquino. Charlaba con un vecino, con aspecto relajado, cuando divisó al grupo que se acercaba.

Laro estaba observándolo en ese momento y fue testigo de la transformación. Se le tensó el cuerpo. Las manos, que guardaba en los bolsillos, salieron de ellos impulsadas por un resorte invisible y cayeron a ambos lados, como si quisiera tenerlas preparadas para defenderse. El ceño se le crispó. Los ojillos se hundieron todavía más entre los pliegues de carne.

—Ya se jodió el día —escupió el hombre, lo suficientemente alto como para que todos lo oyeran. El que estaba a su lado, un individuo de más o menos su edad con el rostro surcado de svenillas y un escaso pelo rubio pajizo, los vio acercarse en silencio.

—Buenos días, Manuel —saludó Aureana a este último con una sonrisa. Después se volvió hacia Suso y su expresión se tornó pétrea.

Laro se percató de la mirada de hielo y del silencio espeso que le siguió. Se preguntó qué estaba pasando, pero entonces le vino a la cabeza un comentario que le había hecho Bran, algo sobre... Sí, los «Susos», así los llamaban. Una vieja enemistad. Supuso que el hombre debía de ser uno de ellos. El niño no le contó qué había pasado entre ambas familias, pero podía imaginárselo: rencillas enquistadas y odios seculares, los roces derivados de la proximidad en un lugar tan aislado como aquel.

Contuvo el deseo de frotarse las sienes, consciente de que más de un paisano lo examinaba con curiosidad. Se preguntó una vez más qué hacía allí. No tenía que haber aceptado acompañarlas. ¿Qué pintaba él con aquellas mujeres y aquel crío, como si fuesen una puñetera familia?

Oh, mierda. ¿Por qué se engañaba? La esperanza, siempre era la jodida esperanza. Nunca se vedaba por vencida. Echó una mirada de refilón a Xoana y descubrió que esta también lo miraba. Apartó la cara al instante, ligeramente abochornado, y se puso a contemplar fijamente el suelo Joder.

a

e



'

'

—¿Has tenido suerte con el libro, Suso? —preguntó Aureana al viejo.

Este palideció. Sus gruesos puños, de dedos como salchichas, se crisparon.

—A ti qué te importa, *meiga do carallo*.

a

a

e

e

a

a

a

a

a

a

a

a

a

a

a

Laro se sobresaltó por la violencia de la respuesta, pero Aureana no se inmutó. Meneó la cabeza.

—Yo de ti me andaría con cuidado, Suso —su voz era calmada, casi amable—. Ya sabe cómo es el padre Bertomeu, que no se anda con chiquitas. Mira que si cumple su palabra y te excomulga por enredar con el *Ciprianillo*, ¿qué sería de ti cuando mueras? No debe de falta mucho para eso, que no te cuidas nada... —El rostro del otro ardió. Abrió la boca para replicar pero la anciana no había terminado—. De todas formas, te lo digo por si todavía no te has dado cuenta, que en tu familia nunca habéis estado sobrados de luces, el *Ciprianillo* no te va a servir de nada. Para entender lo que dice hay que saber leer y desleer, y los de fuera no sabéis de esas cosas...

—*Os de fóra!* ¡Llevamos aquí tanto tiempo como vosotras, *Orcavella do diaño!*

Aureana sentía una sombra en el ambiente. Los asombros podían ser causados por personas vivas o muertas y eran hechizos terriblemente dañinos, que hacían enfermar y morir en un breve plazo. Su voz adquirió un matiz de acero.

—No sabes lo que haces. Si lo supieras, no jugarías con fuego.

—¿Me lo dices tú? ¿Piensas que me creo que este —señaló a Laro con el mentón— está aquí por casualidad, solo para ayudaros con las castañas?



Laro abrió la boca de puro asombro. ¿De qué hablaba el viejo? ¿Y qué pasaba con ese libro del que hablaban, el *Ciprianillo*? No estaba seguro de haberlo entendido todo porque hablaban en gallego, se estaba haciendo a descifrar aquella entonación que al principio le parecía tan cerrada; como un jeroglífico pero todavía había muchas palabras que se le escapaban. Aunque no hacía falta saber idiomas para percibir la mala fe y el odio soterrado.

Un malestar de fangos viejos le creció en la boca del estómago. ¿Qué estaba pasando? Hasta entonces nunca había visto a Aureana así. La mujer siempre se mostraba calmada y con expresión apacible. A veces sus miradas se cruzaban y Laro sentía vértigo, pero no amenaza. La única amenaza era él. Ella lo sabía, se daba cuenta. Y, sin embargo, le había permitido instalarse en la casa de Liñariños.

Se dejó dominar por el abatimiento. Las palabras crepitaban a su alrededor como fuego descontrolado. Los silencios como latigazos en medio del estruendo de altavoces, gaitas, gritos y saludos. Una pareja joven pasó tan cerca que el hombre lo empujó sin darse cuenta. Le llenó el olfato un hedor rancio y supo que no procedía de la pareja. Venía de su propio pasado, pero fue tan intenso que lo dejó sin aliento. El polvo del suelo en las narices. El frío. Las noches de inconsciencia. El odio viscoso.

—Laro... —escuchó, muy lejos, la voz de Xoana, que lo miraba con preocupación.

Se apartó de ella bruscamente. Se sentía fuera de lugar. El intercambio entre Aureana y aquel viejo llenaba de astillas sus oídos.

Echó a andar, sin fijarse en lo que hacía. Solo quería marcharse, desaparecer. Todavía le alcanzó la voz de Aureana.

—*Outro virá que a volta me dará*, Suso. Otro vendrá que la vuelta me dará. ¿Es que no lo vas a entender nunca?

Las palabras chascaron en su cabeza, enigmáticas como presagios olvidados.

Se alejó.



Con un gesto inconsciente de puro habitual, Sito Aguiar se llevó la mano a la cartuchera de la Beretta 92FS. Por muy acostumbrado que estuviera a llevarla, su tacto sólido era un chute de adrenalina. Se sentía contento. Tenía la sensación de que aquel iba a ser un buen día.

Se estiró la camisa y observó a sus subordinados. Eran cuatro. Después de un mes, sabía perfectamente de quién podía fiarse y de quién no. Manolo García era el de más edad y el menos conflictivo, un tipo barrigudo y pachorronto que solo quería que lo dejaran en paz y que sabía que para conseguirlo no había camino más directo que hacer la pelota al jefe. No como Andrés Peláez

un imberbe de veinticuatro años, recién salido de la academia, que todavía tenía la cabeza repleta de memeces sobre servir a la sociedad. Lo había puesto de pareja con Manolo para ver si se le pasaba rápido tanto fervor.

—Lo tenéis en el corcho, pero por si acaso. Peláez, tú te encargas hoy de la guardia en la casa del cuartel. —Era la tarea más ingrata, especialmente con una fiesta en la localidad, pues garantizaba horas de aburrimiento. Hizo caso omiso de la mueca de disgusto del mentado. Que fueran aprendiendo—. García, tú libras hoy, a ver si así tu mujer deja de protestar, vete a dar un garbete por la fiesta con ella. Morán, Couto —se dirigió a los otros dos; Pablo Morán era un tipo tan listo como gris que siempre procuraba pasar desapercibido; Rodrigo Couto, de veintiocho años, era un Andrés Peláez con cinco años de servicio... lo que quería decir que ya se le iban mustiando la <sup>o</sup>tonterías—, vosotros os encargaréis del servicio de correrías. Con lo de la fiesta de la castaña <sup>n</sup>más os vale estar atentos, que estos días hay muchos visitantes y no quiero líos. ¿Ha quedado <sup>a</sup>claro?

<sup>a</sup> Los cuatro asintieron. Se dio la vuelta para marcharse, pero antes de salir García se dirigió a él.

<sup>a</sup> —Suerte con el pregón, jefe. Seguro que lo hace estupendamente.

<sup>n</sup> Sito sonrió para sí. No fallaba, en todos los cuarteles había un pelota. Sin detenerse, hizo un <sup>a</sup>gesto vago con la mano y salió. Jamás se le ocurriría confesárselo, ni a García ni a nadie, pero por <sup>a</sup>dentro estaba como un flan. La idea de hablar en público le ponía muy nervioso. Aunque daba igual: se tragaría los nervios. Seoane era su puñetero Nottingham. Iba a dejar bien claro quién era <sup>s</sup>el *sheriff* del lugar.

<sup>y</sup> Se dirigió a pie hacia el campo de la feria, a unos cientos de metros de la casa del cuartel. Avanzó <sup>l</sup>con paso firme, con los pies enfundados en las botas altas de reglamento y sintiéndose protegido <sup>e</sup>por el uniforme de etiqueta: el tricornio y la guerrera verde con divisas metálicas en la <sup>e</sup>hombreras, el pantalón recto verde, la camisa blanca, la corbata con pasador, los guantes blanco y el ceñidor de gala. Fue saludando a los vecinos y conocidos, un gesto de la mano aquí, una leve inclinación de la cabeza allá, como un general paseándose entre sus tropas.

<sup>l</sup> Le encantaba aquella sensación. Muchos lo conocían desde crío y sabían de sobra quién era pero el uniforme, el arma y la graduación servían para marcar distancias. Los primeros días había <sup>o</sup>tenido que poner en su lugar a más de uno que pensaba que podía saludarlo con una palmada en la espalda como si siguiera siendo un mierda cualquiera, pero a aquellas alturas ya lo tenía todo <sup>s</sup>controlado. Y que leyera el pregón contribuiría a que lo vieran como la autoridad que era, por eso se había empeñado en hacerlo pese a que sabía que se pondría nervioso. La gente solo respetaba al que destacaba, al que veían en la tele o les hablaba desde un estrado. Siempre había sido así y así seguiría siendo. Y él ya no era un cualquiera, sino el comandante del puesto de la Guardia Civil. Todos respetaban a la Guardia Civil. Por la cuenta que les traía.

De todas formas, no debía dejarse distraer de lo fundamental. Llevaba años preparando su <sup>a</sup>regreso al Courel con un único objetivo. Ya había empezado a utilizar la máquina. A su sobrino le <sup>e</sup>había contado que procedía de un decomiso para que no lo mareara, pero no era cierto. Ojalá, si <sup>e</sup>habría ahorrado una buena pasta. Por el contrario, había tenido que comprarla a través de un <sup>a</sup>intermediario, para que no la relacionaran con él, y le había costado la friolera de seis mil euros <sup>s</sup>¡Seis mil euros! Cada vez que lo pensaba se le retorcían las tripas. Pero era la mejor, nada menos <sup>e</sup>que una Makro Deephunter Pro preparada para la búsqueda en profundidad y que ofrecía incluso <sup>e</sup>una imagen de tres dimensiones a todo color. El problema era que no resultaba nada fácil de <sup>o</sup>utilizar. Oh, sí, desde luego que era fácil encontrar con ella una moneda vieja o un tornillo

aoxidado, pero, para lo que él buscaba, necesitaba dominar la máquina. Le hacía falta práctica eMucha práctica.

Daba igual. Tenía tiempo. Su cargo le permitía no tener que estar dando explicaciones. Y ahabía estado en el castro de A Torre y en el castillo de Carbedo. Tanteando. No había encontrado nada, pero eso no lo preocupaba por el momento. Se trataba de ir cogiendo soltura con el cacharro aquel, interpretar bien lo que marcaba. Y procurar que no le vieran. ¡Anda que no iba a llamar la atención ni nada encontrarse a un guardiacivil con un detector de metales en la mano! No le quedaba más remedio que trabajar a escondidas, en lugares poco visibles o de noche.

n No importaba. Lo conseguiría. Solo tenía que prepararse y planificar metódicamente su prospección. Y dejarse de chorradas, como su padre con el maldito libro aquel, el *Ciprianillo* a¡Por dios, qué majadería! A Sito le jodía tanta superstición, como le jodía que la gente colgara ristras de ajo de las puertas o llevara saquitos en el cuello con cuernos de *vacaloura*, de ciervo volante, para atraer la buena suerte. A él lo que le iba era el método científico, coño, el método científico. El muy memo de su padre estaba deslumbrado con el maldito libro como si nadie antes que él hubiera sabido de su existencia. Lo peor era que se estaba comenzando a correr la voz, lo que menos necesitaba era que la gente empezara a hablar de lo que era mejor callar...

n Absorto en sus pensamientos, no se percató de que estaba llegando al campo de la feria cuando escuchó unas palabras que conocía muy bien.

a —*Outro virá que a volta me dará*, Suso. Otro vendrá que la vuelta me dará. ¿Es que no lo va a entender nunca?

Sobresaltado, miró en aquella dirección. Un hombre de unos cuarenta años con el pelo castaño y una barba entrecana y descuidada, a todas luces alterado, pasó a su lado. Su cerebro registró sus rasgos por puro hábito, pero no le prestó atención, pues tras él distinguió a su padre con la sLouras.

s De un vistazo comprendió lo que estaba pasando: Aureana y su padre en plena refriega eApretó los dientes. Y Xoana. Su visión casi le robó el aliento. Dios, seguía tan hermosa como siempre, con aquellos ojos verdes y aquella melena castaña que le enmarcaba el rostro. Le dominó una emoción intensa y se recriminó en silencio su debilidad. Había decidido dejarse de acontemplaciones con Xoana. Era una Covas, una maldita Covas. Lo había dejado plantado por e mierda de Xocas Aguiño, y eso no se lo perdonaría nunca. Al punto se ablandó. Desde que Xoca ohabía muerto despeñado en plena borrachera, Xoana no se había vuelto a casar ni a tener relación con hombre alguno, que él supiera. Tampoco él se había casado ni había tenido relaciones, si no acontaba sus líos con putas. Joder, una cosa era no casarse y otra muy diferente no follar. Había yconocido a alguna rusa, o ucraniana, o de donde *carallo* fueran, que estaba para mojar pan.

a Sabía que Xoana se había liado con Xocas para dejarle a él. Ambos eran conscientes de la imposibilidad de una relación entre un Aguiar y una Covas, pero solo ella había tenido el coraje y necesario para tomar la única decisión posible. Los recuerdos llegaban en avalancha ahora que le tenía delante. Veía su sonrisa deslumbrante, la forma en que se devoraban con los ojos cada vez que se encontraban. La primera vez que se habían besado. Había sido una noche de San Juan recién comenzado el verano. Ella lo había mirado con un deseo tan intenso que Sito se había olvidado de todo. De que era un Aguiar, de que ella era Covas. De la enemistad entre sus familias sDe las mil burlas que le hacía de chiquilla. Del odio viejo. De todo, salvo de la sangre que volaba por sus venas. Ella tenía un cuerpo sólido, rotundo, unos pechos duros y una sed tan intensa que desde ese día no pudo pensar en nada más. Solo en la forma en que apretaba el vientre contra su sexo y en cómo le agarraba las cachas, en sus manos recorriéndole el pecho, en los alientos

mezclándose, en la curva de sus caderas y en el sabor de sus pezones. Habían follado salvajes e inconscientes y habían comprobado que sus cuerpos encajaban como dos piezas de una misma atalla. Durante toda la noche se habían besado, sin apartar los ojos de los del otro, jadeando y obediéndose la saliva, el sudor, los humores. Jamás se había sentido más entero que aquella noche.

o Pero ella lo había sorprendido. Lo dejó completamente descolocado unos meses después ajusto cuando ya no podían respirar el uno sin el otro. Lo mandó a la mierda y antes de que Sito pudiera comprender qué estaba pasando se casó con Xocas. Por miedo. Porque sabía que, de continuar con él, ya no podría dejarlo. Ni él podría dejarla.

u Sí, Xoana había hecho lo que debía, lo único razonable. Lo jodido era que saberlo no hacía que doliera menos. Mierda, con la de tiempo que había pasado y todavía le escocía como una herida abierta. Estaba tan hermosa.

o —Ya veo que hay cosas que no cambian, Aureana —intervino para evitar que su padre soltara alguna barbaridad.

s La vieja le echó un repaso de arriba abajo que lo irritó.

o —Tienes toda la razón. Aunque algunos traten de hacernos creer que sí lo hacen.

Sito sonrió. Por fuera. Era muy consciente de que Xoana no apartaba sus ojos de él. Había en sus ojos una ternura inconsciente. Pese a los años transcurridos, todavía podían hablarse sin palabras. Todavía se deseaban. Maldijo para sí, confundido. Le vinieron a la cabeza los rasgos del hombre con el que se había cruzado un instante antes y recordó un comentario de Peláez, el guardia novato, sobre alguien que trabajaba con las Covas en Carbedo.

o —Ya me he enterado de que este año tienes ayuda con las castañas —tanteó el terreno.

s Aureana entrecerró los ojos, desconfiada.

s —¿Y?

Sito olió la tensión súbita. Había dado en el clavo. Aquello lo ayudó a recuperar el aplomo. Si algo le gustaba de su trabajo era aquella sensación de poder. Hasta con aquella bruja de los ojociones... Pero Xoana tenía los labios fruncidos y sus fosas nasales se abrían, como buscando aire. Eso despertó sus sospechas. Instintivamente, se volvió para buscar al hombre entre la multitud, pero no consiguió localizarlo.

l Se preguntó si sería algo más que un jornalero.

s —Solo espero que no esté trabajando ilegalmente para vosotras. No me busquéis las mosquillas, Aureana, porque me vais a encontrar.

o Puso un brazo sobre los hombros de su padre y tiró de él para sacarlo de allí. Había sido negligente. No había querido acercarse él mismo hasta Carbedo para no enfrentarse a Xoana. Todavía temía que se le despertaran sentimientos que debían permanecer donde estaban enterrados.

e Pero había sido negligente. No era el único que perseguía su objetivo, parecía mentira que a esas alturas tuviera que recordárselo. Las Louras perseguían el mismo objetivo que los Susos. No podía volver a olvidarlo. Se preguntó una vez más quién sería aquel individuo y tomó nota mental de investigarlo.

a  
.  
a  
e  
u  
s

mezclándose, en la curva de sus caderas y en el sabor de sus pezones. Habían follado salvajes e inconscientes y habían comprobado que sus cuerpos encajaban como dos piezas de una misma talla. Durante toda la noche se habían besado, sin apartar los ojos de los del otro, jadeando, bebiéndose la saliva, el sudor, los humores. Jamás se había sentido más entero que aquella noche.

Pero ella lo había sorprendido. Lo dejó completamente descolocado unos meses después, justo cuando ya no podían respirar el uno sin el otro. Lo mandó a la mierda y antes de que Sito pudiera comprender qué estaba pasando se casó con Xocas. Por miedo. Porque sabía que, de continuar con él, ya no podría dejarlo. Ni él podría dejarla.

Sí, Xoana había hecho lo que debía, lo único razonable. Lo jodido era que saberlo no hacía que doliera menos. Mierda, con la de tiempo que había pasado y todavía le escocía como una herida abierta. Estaba tan hermosa.

—Ya veo que hay cosas que no cambian, Aureana —intervino para evitar que su padre soltara alguna barbaridad.

La vieja le echó un repaso de arriba abajo que lo irritó.

—Tienes toda la razón. Aunque algunos traten de hacernos creer que sí lo hacen.

Sito sonrió. Por fuera. Era muy consciente de que Xoana no apartaba sus ojos de él. Había en ellos una ternura inconsciente. Pese a los años transcurridos, todavía podían hablarse sin palabras. Todavía se deseaban. Maldijo para sí, confundido. Le vinieron a la cabeza los rasgos del hombre con el que se había cruzado un instante antes y recordó un comentario de Peláez, el guardia novato, sobre alguien que trabajaba con las Covas en Carbedo.

—Ya me he enterado de que este año tienes ayuda con las castañas —tanteó el terreno.

Aureana entrecerró los ojos, desconfiada.

—¿Y?

Sito olió la tensión súbita. Había dado en el clavo. Aquello lo ayudó a recuperar el aplomo. Si algo le gustaba de su trabajo era aquella sensación de poder. Hasta con aquella bruja de los cojones... Pero Xoana tenía los labios fruncidos y sus fosas nasales se abrían, como buscando aire. Eso despertó sus sospechas. Instintivamente, se volvió para buscar al hombre entre la multitud, pero no consiguió localizarlo.

Se preguntó si sería algo más que un jornalero.

—Solo espero que no esté trabajando ilegalmente para vosotras. No me busquéis las cosquillas, Aureana, porque me vais a encontrar.

Puso un brazo sobre los hombros de su padre y tiró de él para sacarlo de allí. Había sido negligente. No había querido acercarse él mismo hasta Carbedo para no enfrentarse a Xoana. Todavía temía que se le despertaran sentimientos que debían permanecer donde estaban. Enterrados.

Pero había sido negligente. No era el único que perseguía su objetivo, parecía mentira que a esas alturas tuviera que recordárselo. Las Louras perseguían el mismo objetivo que los Susos. No podía volver a olvidarlo. Se preguntó una vez más quién sería aquel individuo y tomó nota mental de investigarlo.

## Mompracem

«¿Piensas que me creo que este está aquí por casualidad, solo para ayudaros con la castañas?». Las palabras taladraban el cerebro de Laro como termitas borrachas. Las palabras y los silencios, las miradas como puñales, los odios escondidos. ¿A qué se refería el viejo aquel? ¿Qué quería insinuar? «*Outro virá que a volta me dará*», había respondido Aureana con la solemnidad de una profecía.

Se alejó del campo de la feria hundido en sus pensamientos. Vecinos y turistas avanzaban en sentido contrario con el ánimo festivo, simples sombras que se cruzaban con la suya. El chirrido de la megafonía fue quedando atrás.

No tenía que haber salido de Liñariños. No había sabido decirle que no a Aureana. Y también de alguna manera, había sido una prueba. Una estúpida prueba, como si fuera a superar alguna de esas alturas. Hubo un tiempo en que él era el centro de todas las fiestas. Le bastaban su guitarra y su confianza. El recuerdo se le clavó bajo las uñas.

Llevaba demasiado tiempo encerrado. Le costaba relacionarse con la gente, no sabía qué decir, cómo actuar. Por un momento había llegado a pensar que estaba mejor, que esas semanas de tranquilidad le habían servido para... ¿Para qué? El pasado no iba a regresar. Agitó la cabeza con violencia para alejar las imágenes de aquel Laro de veinte años. Dolían. Dolía la niebla que le aturdió el cerebro y que le impedía respirar. Odiaba a Lilith con todas sus fuerzas. Con tanta intensidad. No era posible odiar más.

Absorto, no se dio cuenta de que un grupo de personas se acercaba. Al agitar la cabeza tropezó sin querer con alguien.

—¡Eh, tío! ¿Y a ti qué cojones te pasa? ¿Ya estás borracho, joder?

Le rodearon. Ya no estaba en la carretera principal de Seoane, sino al principio del ramal que llevaba a Carbedo y Liñariños. Era un grupo de chicas y chicos de veintipocos años que lo observaban con la burla pintada en sus rostros.

—Dis... disculpa.

—¿Vas ciego, tío? —El chico con el que había tropezado hizo caso omiso de la disculpa. No llegaba ni a los veinte años. Tenía el pelo negro engominado formando una cresta y la cara repleta de cráteres, como si se hubiera pasado la adolescencia machacándose los granos con saña. Sin previo aviso, le dio un empujón tan violento que Laro trastabilló y tropezó con alguien tras él.

—¡Eh, mamón de mierda! —exclamó otra voz a sus espaldas, volviendo a darle un empujón.

Reconoció una cara, una chica de ojos azules un poco regordeta. La que atendía el bar en el que había comido el primer día. Hizo un esfuerzo para recordar su nombre. Sira, se llamaba Sira. No había vuelto por el bar aquel. A su lado, otra cara conocida, la de una muchacha delgada con el pelo corto y negro y un gesto altanero. La recordó también de aquel primer día, de cuando salió del bar, la que había dicho algo sobre el color de su coche. La princesita. Lo miraba con una sonrisa tan despectiva que Laro sintió vergüenza de sí mismo sin saber por qué.

Alguien se interpuso entre aquel rostro altanero y él. El chico de los cráteres. Un puñetero principito rebelde al frente de sus piratas. Acercó su cara a medio palmo de la de Laro.

—¿A ti qué cojones te pasa? —le espetó, escupiendo gotitas de saliva con cada palabra—  
¿Por qué miras para mi hermana? Te la quieres tirar, ¿eh? Te crees muy listo, ¿verdad, cabrón? ¡Te la quieres foliar!

Recibió el puñetazo en el estómago. Jadeó por el dolor, cogido de sorpresa. Oyó carcajadas y burlas.

s —Venga, tíos, dejadlo, que no os ha hecho nada... —una voz muy lejos. Sira.

y —¿Que no nos ha hecho nada? Estos cabrones vienen aquí creyéndose los amos, como si fuéramos los putos monos del zoológico, se follan a nuestras pibas y todavía tenemos que agradecerles su visita. ¡Pues este mono está hasta los huevos, joder, y le va a dar una buena somanta de host...!

n No terminó lo que estaba diciendo. Un golpe dirigido al plexo solar le robó el aire y lo dejó doblado sobre sí mismo, boqueando.

Laro notaba la presión en las sienas. La sangre que restallaba en sus venas. El dolor del golpe en los nudillos, tan apretados que se le volvían blancos. Eran tres chicos y dos chicas. Descartó a las chicas y se concentró en los dos varones que quedaban en pie. Respiraba con rapidez, de forma superficial.

Estaba harto. Estaba muy harto de todo.

é —¡Te vas a enterar! —exclamó uno de ellos, furioso. Le lanzó una patada a los huevos, pero Laro estaba alerta. Se apartó hacia un lado y sujetó el tobillo del otro cuando llegaba a su máxima elevación y dio un fuerte tirón hacia adelante. El chico soltó un alarido y cayó desmadejado sobre el asfalto.

a Laro ya no oía los gritos ni los insultos. Ya no veía. Solo notaba la presión de la sangre. El rencor que le quemaba las venas. Era un animal acosado. Otra vez. La visión se le estrechó hasta concentrarse en un punto central. El oído se le aguzó. La violencia lo recorrió con un latigazo de anhelo. Absurdamente, se fijó en un milano que sobrevolaba las cumbres, indiferente a la rencillas de las hormigas. El pico duro como una piqueta. Una ráfaga de viento frío arrastró hojas secas. El chaval que quedaba en pie se aprestó a atacarlo. Concentrado en él, atento a sus movimientos, no vio venir la patada que le llegó por detrás.

—¡Cabrón! —gritó la amiga de Sira—. ¡Hijo de puta!

El golpe lo lanzó hacia adelante. Cayó en los brazos del tercer chico, se revolvió y comenzó a lanzar puñetazos sin saber a quién ni a dónde. Se le echaron encima varios cuerpos y comenzaron a golpearlo a su vez.

n La sirena de un coche patrulla rompió el aire.

—¡Eh, alto! ¿Qué está pasando ahí?

Laro, jadeando, caído en el suelo, notó que se detenían los golpes.

l Mierda. Mierda. No tenía que haberle dicho a Aureana que sí.

.. Mierda.

n

a

a



Todavía sintiendo el calorcillo agradable de las felicitaciones en el cuerpo, Sito entró en el cuartel y dejó el tricornio con los guantes dentro sobre una mesa. Había recibido el aviso poco después de terminar el pregón. Maldijo para sí la oportunidad de sus sobrinos, que le había

ohurtado el momento de gloria. Pero qué le iba a hacer, tenía que encargarse del asunto antes de que Morán o Couto cubrieran el papeleo y convirtieran una tontería de chiquillos en un asunto oficial.

. Los dos agentes estaban esperando por él. Informaron de lo sucedido y él asintió econdescendiente.

—Una peleílla sin importancia, joder. Ni siquiera sé para qué me molestan por una cosa así y—les recriminó, obviando el hecho de que había sido él quien les ordenara no hacer nada hasta que llegara al cuartelillo.

—El hombre estaba en el suelo con sus sobrinos y otros dos chicos encima arreándolos a patadas, mi sargento. No nos pareció que fuera una agresión sin importancia, es un milagro que no me tenga heridas de consideración—replicó Couto.

a Sito se guardó para sí lo que pensaba sobre los milagros. Sonrió de medio lado y observó fijamente al agente.

ó —Pues a mí sí me parece una chiquillada, Couto. Ni siquiera creo que merezca la pena mencionarlo en el parte de novedad. —Se volvió hacia el otro agente—. ¿No le parece, Morán?

e Este miró al sargento y después a su compañero. Se encogió de hombros.

a —Si usted lo dice, mi sargento.

e Como Sito ya sabía, Pablo Morán era el más listo de todos. Tenía claro quién mandaba.

—Lo digo. ¿Y usted, Couto? ¿Qué es lo que dice usted?

El otro todavía dudó. Se volvió hacia su compañero, que de pronto se mostraba muy interesado en el contenido de la papelera más cercana, y después hacia el sargento, que no le quitaba ojo.

e —Lo que usted diga, mi sargento —claudicó.

Sito asintió. Dejó escapar el aire de los pulmones lentamente.

l —¿Dónde están?

a —En los calabozos. Separados.

e —A los chicos soltadlos, ya les echaré la bronca en otro momento. A él... ¿Sabéis quién es? ¿Lo habéis investigado?

s —Íbamos a hacerlo ahora mismo, mi sargento.

s —Está bien, dadme sus datos y dejadlo, yo me encargo de todo. Ahora seguid con el servicio.

Cuando se hubieron marchado, Sito se tomó las cosas con calma. Pasó a su despacho y entró en la base de datos de la Guardia Civil. «Vaya, vaya, un angelote», pensó un poco después, cuando terminó de leer los datos sobre el pobre diablo al que sus sobrinos habían apalizado. Decidió ir a verlo y se dirigió a los sótanos.

Laro se hallaba en el camastro encogido sobre sí mismo, con la cara de espaldas a la puerta temblando. Volvía a sentirse perplejo. La policía había venido a buscarlo. El coche patrulla, las sirenas. La humedad de la celda, las caras hostiles, el desprecio en la expresión de aquellos funcionarios demasiado acostumbrados a las miserias humanas. Odiaba las celdas. «¿Dónde se ha metido ese maltratador?».

La indiferencia. Las noches en el incómodo catre, sintiéndose culpable, con la vida rota.



l Sito abrió la puerta y entró. El detenido estaba tumbado. Al oírlo se movió con dificultad como si le dolieran las costillas.

n

e Al darse la vuelta lo reconoció. Era el mismo que había visto antes del pregón, el que trabajaba con Aureana y Xoana. No lo había reconocido en la foto de la ficha policial, en la que estaba sin barba y más gordo. Había pensado en amenazarlo con lo que sabía de él para que no presentara denuncia contra sus sobrinos, pero aquello lo cambiaba todo. Comenzó a forjar un plan. Quizá, después de todo, la trastada de Claudia y Román iba a serle de utilidad.

a —¿Te encuentras bien? —preguntó con gesto de preocupación—. Espero que esos salvajes no te hayan roto nada. Hay que ver, ¿eh? Vaya panda de animales. Joder con la juventud.

e Laro no respondió. Observó al guardiacivil con recelo, todavía conmocionado por lo sucedido. Carraspeó para aclararse la garganta.

—Estoy bien.

ó Aquello era obviamente falso, pero no iba a ser Sito el que lo contradijera.

—Oye, lo que te han hecho es una animalada. Estás en tu derecho de denunciarlos, les vendrá bien un escarmiento —aseguró, procurando que su voz sonase convincente. Aunque en eso no tenía nada que simular, era muy cierto que a los dos les vendría de maravilla una buena bronca. Y se le iba a echar, por sus muertos que lo iba a hacer.

Laro rechazó la idea.

—¿Entonces? —insistió el sargento—. ¿Quieres presentar denuncia?

—No.

y Sito se encogió de hombros, todavía con expresión preocupada, aunque por dentro estaba satisfecho. No lo había juzgado mal, al contrario, había sabido desde el primer momento que una mierda como ese no denunciaría a nadie.

—Es tu decisión —se mostró comprensivo—. En fin, ¿quieres que te lleve al centro de salud?

—No.

—Puedes irte cuando quieras, por supuesto. De todas formas, antes de que lo hagas —lo observó para asegurarse de que tenía toda su atención—, quiero que sepas que también es posible que esos críos te denuncien a ti. Por acoso. A las chicas, ya sabes. Sí, lo entiendo, es una estupidez, pero claro, con tus antecedentes no saldrías bien parado, ya sabes cómo son los jueces... —concluyó con una nueva sonrisa pretendidamente comprensiva.

Laro se lo quedó mirando. El sargento no le quitaba la vista de encima.

ó —Ya.

o —No te preocupes, estoy de tu parte, haré lo que esté en mi mano para que esto no vaya a más... —aseguró con una mueca que pretendía ser tranquilizadora. Observó a aquel pobre diablo y comprendió que lo tenía justo donde quería—. No le des mayor importancia. Dime, ¿cómo ha terminado aquí, en el Courel? ¿Te han ofrecido trabajo las Covas?

s —¿Las Covas?

s —Sí, Aureana y Xoana. Son dos mujeres estupendas, ya te habrás dado cuenta, ¿verdad? En fin, me parece que tú y yo vamos a llevarnos bien... —«O, mejor dicho, que vas a serme muy útil». Pues aquel pobre diablo era perfecto y estaba en el lugar adecuado. Lo escrutó con atención sin borrar el gesto amigable. Sí, iba a serle muy útil. Para vigilar de cerca a las brujas de las Covas. Y para evitar que se le metieran entre las piernas. La imagen de Xoana aquel día en la ribera del arroyo se le cruzó fugaz, pero la borró con decisión. Su único interés era la búsqueda.

Su pálpito, después de todo, había sido acertado. Aquel había sido un buen día, sí señor. Un día excelente.

e  
e  
o  
l.

o

o

á  
a  
a

a  
n

o  
e  
a  
s

a  
o  
s

n  
y  
n  
s  
a

n

## El Lago Azul

Laro tenía la sensación de que se hallaba de pie sobre una delgada capa de hielo justo en ese momento del final del invierno en que se vuelve quebradiza como una copa de cristal. Daba un paso cauteloso y se detenía, alerta, temiendo oír el crujido delator. Pero un día tras otro solo se oía a sí mismo. Solo el burbujeo de su propia satisfacción.

Fue una época tan extraña como inesperada. Lilith no se instaló en el ático, como tiempo atrás había hecho Esther: tomó posesión de él como un náufrago que planta su bandera en una isla desierta. Desembarcó en la casa y en la cama de Laro y fue desatando las reticencias que lo trababan sin apenas oposición. Este prefería no darle vueltas. Justo cuando se había amoldado a la gris de su vida y a la eternidad sin Esther. Justo cuando había alcanzado un acuerdo de no agresión consigo mismo, aquella invasión.

Tras la primera noche llegó la primera mañana juntos, un despertar de sexo y cuerpo sudorosos. Laro casi no había pegado ojo. Le espabiló la mano de Lilith en el vientre y su cuerpo que, como la noche anterior, se acurrucaba contra el suyo. Permaneció con los ojos cerrados dejándose llevar. La mano exploró su cuerpo, el ombligo, la cadera, la parte interna de los muslos. La polla se irguió y la mano se apoderó de ella. Tras unos segundos, Lilith desapareció bajo las sábanas. Laro notó su aliento, la humedad de su boca descendiendo por el pecho hasta el sexo: creyó explotar. Todavía con los ojos cerrados, percibió la lengua en el glande, los dedos firmes alrededor de la base del pene. Sus propias manos se le fueron a la cabeza de la mujer, arriba y abajo, arriba y abajo, pero tras unos segundos el deseo se hizo tan intenso que tuvo que detenerlas para no eyacular. Casi con violencia, tiró de sus hombros hacia arriba, hasta tenerla a su altura, la volteó y se colocó encima, piel contra piel. La deseaba con una intensidad animal. La penetró por la espalda mientras le aferraba los pechos con las manos, estrujándoselos, desbordado por el deseo, cabalgándola con impaciencia.

Lilith nunca llegó a dormir en el sofá. Los primeros días se mostraba casi tímida, como si también ella temiera romper algún frágil equilibrio. Por las mañanas, después de follar, todavía entre las sábanas, Laro trataba de ganarse su confianza, le preguntaba sobre su vida, su familia, la secta. Ella casi nunca le respondía, y cuando lo hacía solo contaba vaguedades. Daba la impresión de que hablar sobre su pasado le producía un dolor intenso, así que Laro dejó de insistir. ¿Qué más daba? Ya hablaría cuando cobrara confianza, se decía. Para llenar los silencios, fue él quien comenzó a hablar. De sí mismo, cada vez con mayor confianza. De alguna forma, se daba cuenta de que quería bañarla en palabras para sentirla más cerca, como si algo en su interior intuyese un abismo entre los dos y se esforzara por retenerla con una red de palabras. Las palabras siempre lo habían abierto el mundo.

No estaba enamorado, pero tras dos años de vacío el cuerpo de Lilith era un sucedáneo tan agradecido como convincente. Disfrutaban del sexo y del mutuo descubrimiento como si ambos se hubieran criado libres de prejuicios y ataduras. Lilith sabía escuchar y decir la palabra justa en e

momento adecuado. Lo miraba con adoración en los ojos. Con ella, las palabras fluían porque daba la impresión de que eran importantes.

Por las tardes, Laro la dejaba en casa y se iba a trabajar al bar, pero por primera vez en mucho tiempo estaba deseando terminar su jornada porque Lilith lo esperaba entre las sábanas. Ella nunca volvió a pasarse por *La mordida*.

—Tengo miedo —le decía, dejando que su mirada huyera por los rincones—. Van a ir a por mí, lo sé. Van a ir a buscarme.

Una tarde, quizá una semana después, su novio apareció por el bar. Laro estaba ensimismado recordando la silueta desnuda de Lilith en la cocina cuando oyó que lo llamaban. Alzó la cabeza y se encontró con un rostro franco, de buena persona, a dos palmos de su cara. Tardó una décima de segundo en reconocerlo, y cuando lo hizo se le subió la sangre a las mejillas. Afortunadamente, la iluminación era escasa.

—¿Has visto a mi novia? —preguntó él con gesto preocupado. Tenía unas ojeras profundas como si llevara días durmiendo mal, y Laro sintió un ramalazo de culpa. Cuando le respondió que no, el chico se sentó en un taburete y se llevó las manos a la cabeza—. Hace dos semanas que no sé dónde está —se lamentó—. Ha desaparecido. No está en casa de sus padres y no ha vuelto por el trabajo. Tengo miedo de que le haya pasado algo. No sé qué hacer, creo que debería ir a la policía...

—¿Vivía con sus padres? —no pudo evitar preguntar Laro, extrañado.

El otro lo miró sin comprender.

—Sí, claro, sí. Los padres viven cerca de aquí, por eso empezamos a venir a este sitio. He ido a hablar con ellos pero me dicen que no me preocupe, que siempre hace lo mismo cuando le da la yvena. Desaparece. Así, sin más —meneó la cabeza y siguió hablando casi para sí—. La verdad es que Lilith es un poco difícil, ¿sabes? Le cuesta... —dudó, como si no quisiera hablar mal de ella—, le cuesta un poco decir la verdad. No lo puede evitar, es así, no me entiendas mal, no es mala persona, es solo que no puede evitarlo.

—No la he visto —cortó Laro. No tenía el menor deseo de escucharlo hablar mal de Lilith— No creo que vuelva.

El otro le lanzó una mirada de desconcierto.

—¿Y eso? ¿Por qué lo dices?

Se dio cuenta demasiado tarde de que había hablado de más. Puso cara de indiferencia, pero no respondió. El chico lo observó unos segundos. Frunció el ceño.

—Ya. Bueno, espero que de verdad esté bien. No le deseo nada malo, aunque me las ha hecho pasar putas. Ojalá le vaya bien. —Se levantó para marcharse—. Y a ti también.

Salió del local.

Esa noche, mientras cenaban unos huevos fritos, le dijo a Lilith que había visto a su novio. Ella estaba llevándose el tenedor a la boca. Su mano se detuvo un segundo. Tragó la comida y preguntó con fingida indiferencia:

—¿Qué te ha dicho?

Laro no le quitaba ojo de encima.

—Nada. Me preguntó si habías pasado por *La mordida* y le dije que no. Me dijo que estaba preocupado, que hacía días que no te veía.

—Ya. Preocupado. Qué hijoputa —le brotó un odio espeso—. Si supieras lo que... —guardó silencio, como si la emoción le impidiera hablar.

—No te preocupes, no volverá.

e —Es un egoísta de mierda. Solo piensa en sí mismo. ¡Es un puto tarado que no me deja en paz —se exaltó, tan súbitamente y con tanta violencia que Laro no supo qué decir. Se acercó a ella, se agachó a su lado y la abrazó.

a —No te preocupes —repitió. Ella estaba llorando. Percibió las sacudidas de su cuerpo delgado y la fragilidad de sus huesos—. No te preocupes, no volverá.

r Aquella noche follaron con una intensidad que bordeaba la desesperación, como dos náufrago que se aferran el uno al otro en medio de una tormenta. Al día siguiente Lilith le dijo que necesitaba hacer algo, que no podía seguir de brazos cruzados.

y —¿Qué quieres hacer?

e —¿Te importa si me pongo a pintar el ático? Le hace mucha falta.

a Laro, desconcertado, le dijo que hiciera lo que quisiera y esa misma mañana fueron a comprar pintura.

, De repente ahí estaba, tan natural como la luz por la mañana, tan inevitable como la noche. Lilith volteó su vida por entero y se apoderó de cada rincón. Pintó las paredes de todas las habitaciones y lo convenció para ir cambiando los muebles, restos de cuando sus abuelos vivían todavía, reliquias que atestaban el espacio como esqueletos de animales prehistóricos. En cuanto a Lilith se enteró de que se le daba bien trabajar con las manos, se vio desbordado por un montón de tareas urgentes, pequeñas reparaciones y reformas.

Se dejaba hacer. En realidad, asistía atónito al espectáculo de una Lilith renacida. Llegaba a casa y la veía en bragas, con un mandil por encima y un pincel en la mano, pintando franjas de color en una mesa de pino sin barnizar, descubría su piel cubierta de gotitas de pintura y le urgía un deseo violento. De vez en cuando le venía a la cabeza Esther, la complicidad y las largas charlas después de acostarse juntos, cuando a ambos les brotaba el mundo por la boca y se enzarzaban en discusiones tan interminables como intensas.

s Con Lilith, el sexo era el único combate. El resto eran las rutinas, la necesidad de terminar las pequeñas reparaciones que Laro había ido postergando por dejadez.

. Una noche, cuando llegó a casa, ella le dijo que había ido a las oficinas de la compañía eléctrica para dar de alta la instalación de la luz. Durante años Laro había estado conectado a la red de forma ilegal.

—¿Ah, sí? —respondió sin mucho interés.

o Dos meses después, cuando llegó el primer recibo, descubrió que estaba a nombre de ella y comenzó a sospechar que aquella no iba a ser una relación cualquiera.

o Tenía razón. Unas semanas más tarde, Lilith despejó cualquier duda que pudiera quedarle.

—Estoy embarazada —le anunció.

.

y

a

ó

—Es un egoísta de mierda. Solo piensa en sí mismo. ¡Es un puto tarado que no me deja en paz! —se exaltó, tan súbitamente y con tanta violencia que Laro no supo qué decir. Se acercó a ella, se agachó a su lado y la abrazó.

—No te preocupes —repitió. Ella estaba llorando. Percibió las sacudidas de su cuerpo delgado y la fragilidad de sus huesos—. No te preocupes, no volverá.

Aquella noche follaron con una intensidad que bordeaba la desesperación, como dos náufragos que se aferran el uno al otro en medio de una tormenta. Al día siguiente Lilith le dijo que necesitaba hacer algo, que no podía seguir de brazos cruzados.

—¿Qué quieres hacer?

—¿Te importa si me pongo a pintar el ático? Le hace mucha falta.

Laro, desconcertado, le dijo que hiciera lo que quisiera y esa misma mañana fueron a comprar pintura.

De repente ahí estaba, tan natural como la luz por la mañana, tan inevitable como la noche. Lilith volteó su vida por entero y se apoderó de cada rincón. Pintó las paredes de todas las habitaciones y lo convenció para ir cambiando los muebles, restos de cuando sus abuelos vivían todavía, reliquias que atestaban el espacio como esqueletos de animales prehistóricos. En cuanto Lilith se enteró de que se le daba bien trabajar con las manos, se vio desbordado por un montón de tareas urgentes, pequeñas reparaciones y reformas.

Se dejaba hacer. En realidad, asistía atónito al espectáculo de una Lilith renacida. Llegaba a casa y la veía en bragas, con un mandil por encima y un pincel en la mano, pintando franjas de color en una mesa de pino sin barnizar, descubría su piel cubierta de gotitas de pintura y le urgía un deseo violento. De vez en cuando le venía a la cabeza Esther, la complicidad y las largas charlas después de acostarse juntos, cuando a ambos les brotaba el mundo por la boca y se enzarzaban en discusiones tan interminables como intensas.

Con Lilith, el sexo era el único combate. El resto eran las rutinas, la necesidad de terminar las pequeñas reparaciones que Laro había ido postergando por dejadez.

Una noche, cuando llegó a casa, ella le dijo que había ido a las oficinas de la compañía eléctrica para dar de alta la instalación de la luz. Durante años Laro había estado conectado a la red de forma ilegal.

—¿Ah, sí? —respondió sin mucho interés.

Dos meses después, cuando llegó el primer recibo, descubrió que estaba a nombre de ella y comenzó a sospechar que aquella no iba a ser una relación cualquiera.

Tenía razón. Unas semanas más tarde, Lilith despejó cualquier duda que pudiera quedarle.

—Estoy embarazada —le anunció.

## El Islote de la Esfinge

Se quedó inmóvil en la puerta de la sala, incapaz de reaccionar, mientras la sangre huía de su cabeza. Lilith estaba sentada en el sofá con la tele encendida, viendo un programa del corazón con el volumen demasiado alto. Incongruentemente, lo primero que pensó fue que se pasaba la vida con la tele encendida. Jamás la había visto con un libro en las manos, ni siquiera podía imaginársela leyendo.

—Pero, ¿no me habías dicho que no podías quedarte embarazada?

—Pues parece que sí que podía. —Encogió los hombros con indiferencia, como si estuviera hablando de un pronóstico del tiempo fallido.

Una mujer berreó algo en la tele y ella centró su atención en la pantalla. La observó fumar un cigarrillo, completamente relajada.

—¿Quieres tenerlo?

Atenta a la pelea entre dos famosillas, le lanzó una mirada de refilón, como si se preguntara qué hacía todavía allí.

—Claro. Soy católica. No creo en el aborto.

Laro continuaba en estado de *shock*. Jamás se le había pasado por la imaginación tener un hijo y ni siquiera sabía qué sentía al respecto, pero aquellas palabras lo descolocaron todavía más. ¿Crear en el aborto? ¿Qué es lo que había que crear? ¿Y eso de ser católica? Ni se le había pasado por la cabeza que Lilith fuera creyente. Nunca iba a misa. ¡Joder, si había estado en una secta que creía en ovnis!

¿O no? Comenzaba a dudar de todo. Jamás le había prestado la menor atención a la religión que simplemente había permanecido fuera de su vista. Ni sus padres ni sus conocidos eran religiosos. La idea de que un adulto creyera en seres invisibles que susurraban cosas al oído prohibían esto u obligaban a lo otro le parecía tan incomprensible como las leyes de la física cuántica, pero mucho menos real. Que además ese adulto guiara su comportamiento por lo que le dictaban esos seres invisibles se le antojaba tan ridículo que, sin poder evitarlo, se le escapó una risa. Amarga, pero risa al cabo.

Lilith se transformó. Dejó de prestar atención a la tele y le lanzó una mirada asesina.

—¿De qué te ríes?

Su agresividad hizo que se le congelara la sonrisa.

—Vas a tenerlo.

Con la misma rapidez con que la furia había asomado a su cara, fue reemplazada por una expresión de dulzura.

—Ven aquí, tonto, siéntate conmigo. —Cuando lo hizo, Lilith se reclinó sobre él. Cruzó una pierna sobre las suyas y comenzó a acariciarle el pecho con mimo. Laro ni siquiera se había quitado la cazadora y notó que se le clavaban los corchetes en las nalgas—. No voy a tenerlo vamos a tenerlo. Los dos. Quiero tenerlo contigo. Te quiero, ¿no lo ves? —y le dio un beso en los labios.

Era la primera vez que le decía que lo quería. Mucho después, al recordar ese momento, pensó que también la Esfinge de los Hielos atraía a sus víctimas con su extraño magnetismo, letal como un beso gélido.



El embarazo quebró la fina capa de hielo bajo los pies de Laro. Sin embargo, contradiciendo cualquier ley física conocida, no se sumergió en el agua helada violentamente. Fue más bien una caída a cámara lenta. En la superficie, si uno no prestaba demasiada atención, las cosas parecían seguir igual, pero por debajo todo había cambiado.

Lilith continuó su reforma del ático. Ahora tomaba decisiones que ya ni siquiera le consultaba como si la perspectiva del hijo le hubiera otorgado un poder notarial que nadie osaría discutir. No era ya que se hubiera instalado en su vida: se había apoderado de ella, se había apropiado de su mejor sillón y había movido el culo para darle la forma deseada. La mesa de caballetes, las dos sillas y el sofá cama de la habitación pequeña desaparecieron. Una noche, cuando regresó de *La mordida*, se encontró con que los libros que llenaban dos estanterías en esa habitación estaban apilados en la sala de cualquier manera.

—Vas a tener que deshacerte de eso —le dijo Lilith sin siquiera mirarlos, como si se trataran de trapos viejos—, no van a quedarse en la habitación del bebé.

Laro tenía la sensación de que se había convertido en un espectador de su propia vida. Asistió cada vez más perplejo a las crecientes demandas de Lilith. Ya no se trataba solo de conseguir una cuna o cualquiera de las mil cosas que necesitaba un bebé, también se empeñó en que Lilith le presentara oficialmente a sus padres. Quería que la aceptaran en la familia. «No vamos a seguir así, ¿no te parece? Dentro de nada tendrán un nieto y querrán saber de dónde ha salido». Aquella cuestión, por algún motivo, le importaba mucho, y Laro imaginó que se debía a que sus propios padres apenas se relacionaban con ella. Pero se trataba de una demanda completamente razonable pese a que él mismo no acabara de adaptarse a su nuevo estatus. ¿Cuándo había decidido dejar de ser soltero? ¿Cuándo había decidido tener un hijo?

Invitó a comer a sus padres un domingo. Lilith no solía cocinar, pero ese día se empeñó en preparar la comida y se desvivió por caerles bien, todo sonrisas y simpatía. Parecía saber qué decir en cada momento para agradarlos, tanto que Laro terminó recriminándose las reticencias que había tenido ante aquel encuentro.

Dos días después, la madre de Laro lo llamó para decirle, con esa infalibilidad materna hecha de ideas preconcebidas y buenos deseos que tantas veces conduce al desastre, que no podía haber escogido mejor, que Lilith era muy agradable y que había que ver lo bien que estaba quedando el ático con las reformas.

—Qué callado te lo tenías, hijo —terminó—. Comenzaba a preocuparme por ti, pero parece que por una vez has hecho algo bien. Lilith es una influencia beneficiosa en tu vida, salta a la vista. ¡Y vas a tener un hijo, qué alegría! Ahora solo te falta buscar un trabajo de verdad.

Aquellas palabras deberían haberlo alertado, pero las dejó correr sin saber cómo tomarse las alabanzas de su madre. Llevaba años con la sensibilidad embotada. ¿Por qué no reconocer que tenía razón, que Lilith le sentaba bien? Quizá no fuera un amor como el de Esther, pero, ¿qué más daba? Le agradaba llegar a casa y encontrar a alguien, le gustaba su compañía aunque pusiera todas horas la tele y fumara demasiado incluso estando embarazada, le encantaba follársela cuando estaban en la cocina preparando la cena o mientras se fumaban un porro y se tomaban un

ócopa de vino. ¿Qué había de malo en eso? No sería amor, pero como sucedáneo funcionaba bastante bien.

—Tienes que buscar otro trabajo —le dijo Lilith unos días después—. Con lo que ganas en esa mierda de bar no hay forma de vivir y con el bebé vamos a tener muchos gastos. Yo no puedo trabajar por ahora, alguien tiene que cuidarlo.

—¿Has hablado con mi madre? —fue lo único que atinó a decir Laro, dolido porque ahora ya no considerara que *La mordida* era un antro. Tenía razón, pero, ¿ya no recordaba que era el lugar en el que se habían conocido?

—¿Con tu madre? ¿Por qué iba a hablar con ella?

De improviso, todo giraba en torno al bebé. De vez en cuando, Laro sacaba un tema cualquiera de los que antes hacían que Lilith le escuchara con fascinación, pero ella bostezaba o lo interrumpía con una nueva idea urgente relacionada con el niño.

l

s



r

—No, deja, hoy no me apetece...

Era la primera vez que le rechazaba, pero no le dio importancia. Dos días más tarde veían un apélicula. Lilith estaba recostada contra él, con las piernas sobre el sofá. Casi por pura inercia

Laro comenzó a acariciarle el costado. Ella se dejó hacer, pero cuando quiso ir más allá se separó como si le hubiera picado una avispa.

—¿Qué te pasa?

—¿No puedes quedarte quieto un momento, es que solo piensas en follar?

La acusación era injusta. Hasta ese día ella daba el primer paso al menos tantas veces como a él. Lo buscaba por las noches bajo las sábanas, le desabrochaba el pantalón cuando estaba acostado, se inclinaba mientras estaban en el sofá viendo la tele para hacerle una mamada. Laro disfrutaba de su desinhibición, aunque muchas veces tenía la impresión de que iba a remolque de ella, que era mucho más espontánea y abierta en cuestiones de sexo. Por eso se quedó descolocado.

—¿En qué otra cosa quieres que piense? ¿En pañales? —le espetó, enfadado.

El semblante de Lilith se demudó. Por segunda vez desde que vivían juntos, Laro fue testigo de la celeridad de la metamorfosis. Un instante antes su expresión era de ligero fastidio y una décimas de segundo después su rostro se había convertido en una máscara de odio, tan feroz que casi le cortó la respiración.

—¿Qué mierda te crees? ¿Que soy una puta a tu servicio? ¡Un hombre tiene que currárselo si quiere follar!

La contempló atónito.

—¿Currárselo?

—¿Quieres follar conmigo? ¡Pues pórtate como un hombre, joder, y busca un trabajo de verdad!

Contra todo pronóstico, aquella noche, ya en la cama, Laro estaba a punto de quedarse dormido cuando notó que ella lo buscaba. Lilith acercó los labios a su oreja y le susurró, tan bajito que dudó de si había oído bien:

—Me quieres, ¿verdad? ¿Me quieres?

Laro la besó en la boca para no tener que responder.

a



n A partir de ese momento su relación se transformó. Un día tras otro Lilith ponía excusas para no tener sexo, decía que no le apetecía o volvía a repetirle aquello de que el hombre tenía «que currárselo» para follar. A medida que el embarazo progresaba, su relación fue deteriorándose. Laro achacaba los cambios a las hormonas y procuraba no darle vueltas. Ya no le apetecía tanto volver a casa después de trabajar.

De vez en cuando trataba de resucitar aquella atención volcada de Lilith que tanto lo había atraído al principio. Un día, mientras daban un paseo por el barrio, con ella ya de ocho meses, le vino a la cabeza sin saber por qué una novela de William Somerset Maugham sobre la vida de un agente de bolsa que un día decide irse a los Mares del Sur, una especie de pseudobiografía de pintor Paul Gauguin. Recordaba la sensación de maravilla que le había embargado al leerla por primera vez, con dieciséis o diecisiete años. De súbito sintió un intenso afán de aventuras, e anhelo de llenarse los ojos con el azul imaginado del Pacífico y la luz intensa de las islas de la Polinesia. El contraste entre la vida que llevaba y la que había soñado de adolescente era tan brutal que la desazón le obligó a hablar. Comenzó a contarle a Lilith lo que había supuesto aquel libro para él. Necesitaba transmitirle su anhelo de lo extraordinario y compartir aquel ansia de aprovechar hasta el último segundo de sus vidas.

—Joder, tío, tienes la cabeza llena de pájaros —lo cortó ella—. Si te buscaras un trabajo de verdad en vez de seguir comportándote como un crío, mejor nos iría.

Ni siquiera lo dijo con acritud, y eso fue peor: su indiferencia, su desprecio inconsciente, le dejó sin palabras.

3 Aquella conversación intrascendente estableció los límites de su relación. Laro dejó de buscar su complicidad y volvió a refugiarse en el silencio. Aceptó las cosas como venían y solo de tarde en tarde, a medida que se acercaba la fecha del parto, trataba de convencerse de que cuando el bebé hubiera nacido las cosas volverían a su cauce.

3



e El niño desbordó sus sentidos. Laro jamás había imaginado tal potencia de los sentimientos. La primera vez que lo cogió en brazos creyó que el mundo se iluminaba y que todo cobraba sentido. Esther, la guitarra, la fascinación por otros mundos, el anhelo de llevar una vida plena y los años de vacío desaparecieron como si nunca hubieran existido. Observó la maravillosa fragilidad de aquel ser tan pequeño y supo que haría lo imposible por protegerlo. Desde ese día ya solo Marcos importó, el pequeño Marquitos, que le sonreía completamente entregado y hacía pucheros cuando se alejaba de él.

Unas semanas más tarde dejó *La mordida* y comenzó a trabajar en una empresa de instalaciones eléctricas. Fue el primer trabajo de su vida, el primero al menos con un horario fijo y un sueldo estable a fin de mes, pues en *La mordida* no tenía contrato y cobraba solo cuando las cosas iban bien. La obligación de ceñirse a los horarios estrictos de la empresa y de someterse a las órdenes del jefe le hicieron sentirse prisionero. Peor todavía, el salario era una miseria. Aquello era de lo que había estado huyendo toda su vida. Pero apretó los dientes y aguantó. Por Marcos. Aguantaría cualquier cosa por Marcos.

Tres meses después del parto, un sábado por la noche, Lilith y él estaban relajados comentando las últimas proezas del bebé. Laro se descubrió pensando en que Lilith estaba mu

guapa y experimentó una oleada de deseo. Hacía más de medio año que no follaban. Vivían como dos conocidos, ni siquiera demasiado amigos, que compartieran piso y tuvieran que ponerse de acuerdo en las tareas comunes.

Pero desde el nacimiento de Marcos veía a Lilith con ojos nuevos. Ya no le importaba que estuviera todo el día viendo la tele o que su conversación se redujera a chismes de barrio. Era la madre de su hijo y verla cuidar de él le despertó una oleada de ternura que acabó transformándose en deseo. Dejándose llevar por un impulso, la besó en los labios por sorpresa.

Ella se apartó como si le hubiera picado una avispa. Su rostro se cerró en una expresión hosca.

—¿Qué te pasa?

—Nada —respondió Lilith, tensa—. No me apetece.

—¿No te apetece qué? —se exasperó Laro—. ¡Joder, Lilith, solo te he dado un beso!

Por toda respuesta, ella se levantó y salió de la sala.

Laro se quedó con la boca abierta. Notó una punzada en el vientre al recordar los primeros meses de su relación, cuando se perseguían por la casa y follaban en cualquier lugar. Terminó encogiéndose de hombros e imaginando que sería cosa del reciente parto o de la lactancia. «Y mejorará la cosa —se dijo—. Necesita tiempo. Necesita tiempo, sí...».

Pero no mejoró. Cada vez hablaban menos. Laro trabajaba muchas horas, así que ella se encargaba de cuidar al bebé. Cuando llegaba a casa, Lilith estaba viendo la televisión y Laro tan cansado que apenas podía hacer otra cosa que cenar, jugar un rato con el niño, si tenía suerte. Este no estaba durmiendo ya, y acostarse. Lo que más le dolía eran las pocas horas que pasaba con Marcos. Le preocupaba que el chiquillo estuviera todo el día viendo los programas de telebasura que veía su madre, pero cuando trató de hacerle entender a esta que Marcos necesitaba algo de silencio le respondió con aspereza que para él era muy fácil decirlo porque lo único que tenía que hacer era trabajar.

Laro se quedó mirándola sin acabar de dar crédito a sus palabras. «¡A ti quería verte todo el puto día de mierda con un crío colgado!», le gritó Lilith.

No respondió. Daría lo que fuera por estar todo el día con su hijo, pero ya sabía que nada de lo que pudiera decir iba a hacer entrar en razón a Lilith, que por otra parte cuidaba bien del niño y se preocupaba por él.

Así que se calló. Fue la primera de una interminable serie de veces en las que se calló.

Poco después de que Marcos cumpliera un año, Lilith se empeñó en comprar un ordenador.

Aunque estaban muy mal de dinero, siempre tirando de la ayuda de sus padres, Laro consiguió uno de segunda mano y se lo regaló. Lilith contrató una línea de internet.

A partir de ese momento dejó de verla pegada al televisor.

—¿Qué haces? —le preguntó Laro un domingo, tras proponerle ir a dar un paseo al parque con el niño y no obtener respuesta.

—Chatear —dijo ella sin apartar la cabeza de la pantalla.

—¿Con quién?

—Con nadie que te importe.

Quince días después, Lilith le dijo que se iba a pasar el fin de semana a Barcelona.

—¿A Barcelona? ¿Qué se te ha perdido allí?

—He quedado con un tío que conocí en el chat.

—¿Que has...?

Laro jamás había visto una mirada tal de desprecio:

o —Un tío de verdad.

e Ese día, más tarde, todavía perplejo, Laro pensó que ahí se acababa todo y experimentó un alivio culpable.

e Se equivocaba.

a

e

n

s

ó

a

e

n

y

n

a

e

e

l

e

y

:

o

n

—Un tío de verdad.

Ese día, más tarde, todavía perplejo, Laro pensó que ahí se acababa todo y experimentó un alivio culpable.

Se equivocaba.

## Nueva Suiza

Como si se preparara para el letargo invernal, de repente el mundo se aquietó. Tras el final de la temporada de las castañas, Laro siguió realizando pequeñas faenas para las Covas, las ayudaba a limpiar de maleza un monte y a cortar y apilar leña para el invierno o les echaba una mano con pequeñas reparaciones, una valla rota, un tejado con goteras, trabajos por los que Aureana le daba pequeñas cantidades de dinero que él aceptaba con algo de vergüenza, con la impresión de que en realidad su ayuda no era necesaria, o no al menos imprescindible. Tanto Aureana como Xoana eran mujeres capaces y hábiles, habituadas a vivir solas y a no depender de hombre alguno. No nadaban en la abundancia, pero vivían dignamente gracias a lo que sacaban de las castañas, la venta de la miel de sus colmenas y la leña de los sotos, además de los productos de su huerta y sus animales.

Y de sus remedios. Los que acudían a ellas siempre les llevaban una gallina, un lacón, una verdura. *Compoñedoras*, las llamaban, componedoras, porque componían los huesos rotos o lo que se salían del sitio, y también sabias, *menciñeiras*, porque aplicaban emplastos y pociones de hierbas y curaban males tan extraños que Laro ni siquiera conocía su existencia. A veces la observaba trabajar con gestos precisos y se decía que parecían intemporales, tan sólidas como las mismas montañas que les rodeaban. Otras veces su mirada y la de Xoana se cruzaban y él percibía en sus pupilas una pregunta muda que lo revolvió por dentro y lo obligaba a desviar la cara. Pensaba mucho en ella, dejándose llevar por sus fantasías, pero cuando la veía se quedaba paralizado.

Pasaba mucho tiempo a su aire. Cuando llovía se quedaba en la casa, reparando esto o aquello o enfrascado en la lectura de los libros que se había traído, ejemplares ya viejos, resobados una u otra vez. Después de un vacío de años había vuelto a leer, sin prisas, con la sensación de visitar a viejos amigos.

En cuanto escampaba, se marchaba al monte. Se descubría atónito en medio de aquella naturaleza inmensa. Le gustaba sentir el frío en las mejillas, bien protegido por un chaquetón viejo y un gorro de lana que le había regalado Xoana, mientras ascendía a la cima y el aliento formaba nubes ante él. Al perder las hojas brotaban los esqueletos de los árboles y se revelaban los contornos de las montañas. Le atraía esa desnudez que dejaba al aire las aristas de la sierra. Vistos desde las cumbres, los arroyos y los tejados de pizarra de las casas brillaban como fragmentos de papel de plata.

Laro se dejaba llevar. Andaba y andaba sumido en sus pensamientos. En ocasiones se acercaba hasta Mercurín, Paderne, Romeor o Visuña, y vigilaba las casas desde alguna altura que le ofreciera una buena perspectiva y se sentía como un halcón que avizorara sus presas. Oía la cháchara de unas vecinas y le parecía tan singular como el croar de las ranas. Otras veces descubría unas huellas en algún camino perdido y comenzaba a seguirlas por el mero placer de hacerlo, por saber adónde iban, aunque siempre terminaba perdiéndolas entre la vegetación. Un día descubrió pisadas de jabalí y otro se dio cuenta de que había estado siguiendo las huellas de

una pareja de lobos. Bran le explicaba las diferencias entre unas huellas y otras, le mostraba los escondrijos de las nutrias y los zorros o le contaba historias de los demouchiños, unos demonios pequeños que hacían pactos con los hombres, y le hablaba del Canouro, un ser etéreo que vivía en los bosques y provocaba pesadillas.

Un día inusualmente cálido de mediados de diciembre, muy cerca ya de la Navidad, Laro se hallaba sentado en el suelo en el exterior de su vivienda con la espalda apoyada en la pared de la casa y disfrutando del sol. Bran revoloteaba alrededor como una abeja despistada, charlando de las inminentes vacaciones y de todas las cosas que quería hacer. Laro lo escuchaba solo a medias adormecido por los rayos del sol, cuando oyó un siseo a su derecha, muy cerca de su oído.

Giró el cuello para ver de qué se trataba y descubrió a diez centímetros de su rostro un cuerpo asinuso de color pardo sobre el que destacaba un diseño en zigzag de un marrón más oscuro. Tenía unos sesenta o setenta centímetros de largo y la cabeza, estrecha y alargada, terminaba en un ahocico plano del que sobresalía una lengua bífida.

Soltó un grito y se lanzó hacia el lado contrario, arrastrándose con manos y piernas para alejarse.

Bran se echó a reír. Se acercó a la víbora sin el menor temor, la sujetó por la parte posterior de la cabeza y se la llevó para soltarla en el campo.

—No hace daño —dijo cuando volvió.

—¿No es venenosa?

—Claro que lo es, ¡es una víbora! Pero no hace daño —repitió, como si fuera una obviedad. Puso cara de pillo—. ¡Tienes que probar! ¿Quieres aprender a cogerla?

Cuando el tiempo era lluvioso o amenazaba tormenta, subía la loma escarpada del Cido y avanzaba por el sendero que recorría la cima hasta dar con las construcciones que le había mostrado Bran. Aparecían diseminadas por un área muy amplia, lo que le hacía pensar que había sido un poblado realmente grande. Ejercían un extraño poder sobre él. Le fascinaba la idea de que allí hubieran vivido seres humanos hace miles de años y trataba de imaginarse cómo habrían sido esas vidas en contacto tan directo con la naturaleza.

En una ocasión en que Bran y él descansaban en la cumbre, no lejos del castro, se fijó en una figura que daba vueltas alrededor de la base rocosa sobre la que se alzaba el castillo de Carbedo allá abajo, a sus pies. Pese a la distancia, reconoció de quién se trataba: el hombre grueso que se habían encontrado en Seoane el día de la fiesta de las castañas, el que se había enfrentado a Aureana.

Se fijó en que el hombre seguía un patrón: avanzaba unos pasos, se detenía como para recuperar el resuello y después se inclinaba, palpaba las rocas y volvía a empezar. Daba la impresión de que estaba buscando algo.

Al verlo evolucionar recordó las palabras de Aureana del día de la feria. Miró de reojo a Bran, que ya había localizado al hombre y lo observaba con expresión burlona.

—¿Qué está haciendo?

—El tonto. Es lo que hacen siempre los Susos, el tonto —respondió con una mueca. Después reticente, añadió—: Está leyendo el *Ciprianillo*.

—¿Leyendo? —se extrañó Laro, pues el hombre andaba de un lado para otro. Pero no esperó por la respuesta porque tenía una pregunta más urgente—. ¿Qué es el *Ciprianillo*?

El chiquillo rehuyó su mirada.

—Nada.

—Dímelo.

s —¡No es nada! Es un libro que habla de cosas prohibidas y esos tontos de los Susos están smetiéndose en líos. Para entender el libro hay que saber leer y desleer y si no sabes pueden pasar cosas malas, pero no les importa. ¡Nunca les importa nada!

Laro frunció el ceño, confuso por el cambio súbito de humor y por las palabras del chiquillo. Otra vez aquello de leer y desleer.

a —¿De qué trata?

e Bran se encogió de hombros sin dejar de mirar a Suso o Vello, allá abajo.

s, —De muchas cosas. De conjuros y de magias, de cómo evitar a los nubeiros y de los mouros también.

o —¿De los mouros?

a —Bueno, sí y no. Los mouros son... —echó un vistazo rápido a diestra y siniestra, como si temiera que alguien pudiera escucharlo, como si los dichosos mouros estuvieran escondido detrás de los troncos de los árboles—. Ya te lo dije, los mouros viven bajo tierra, en túneles y cuevas. Te lo dije, ¿te acuerdas? —Asintió—. Pues eso, como viven bajo tierra conocen... cosas ocultas. Saben dónde se esconden los tesoros.

r Observó a Bran, dudando de si le estaba tomando el pelo, pero el chiquillo tenía una expresión seria. Tesoros. ¿Así que de eso iba todo aquello de los mouros? ¿De tesoros protegidos por seres mágicos? Contuvo la sonrisa que se le venía a la cara. Meneó la cabeza de un lado para otro.

l. Bran interpretó aquel movimiento como una muestra de preocupación. Se acercó a él y siguió hablando con vehemencia.

y —El libro no habla de los mouros, pero cuenta dónde se esconden sus tesoros. Si lo sabes, te conduce hasta ellos. ¡Pero es muy peligroso!

a —¿Por qué?

e Bran no respondió. A Laro le vino a la cabeza algo que le había dicho el chiquillo. Volvió a fijarse en la figura que daba vueltas en torno a la base de la torre.

—Está buscando la entrada de ese túnel que decías, el que comunica el castillo de Carbedon con el lugar en el que estamos, con el Cido. ¿No me habías dicho que había un túnel?

s, —Lo hay, pero nadie sabe dónde está. Solo lo saben los mouros.

e Siguió observándolo un rato.

a —¿Y qué más te da lo que haga ese hombre?

—¡No lo entiendes! —gritó el chiquillo, enfadado. Se volvió hacia el valle y, haciendo bocinadas con las palmas de las manos en la boca, gritó con todas sus fuerzas—. ¡Suso! ¡Suso!

a Pese a la distancia, el hombre debió de oír algo, porque alzó la cabeza y se puso a buscar el origen del sonido.

a —¡Suso! *Outro virá que a volta me dará!* —se desgañitó el chiquillo. Sin pararse a comprobar si le había escuchado o no, se dio la vuelta y se alejó corriendo.

Laro lo vio partir. Acababa de recordar otra cosa que Bran le había dicho: que su familia era la guardiana de los mouros. Alzó las cejas con desconcierto. ¡Guardianes de los mouros! ¿Se habían vuelto locos? ¿De verdad tenía que creerse que aquel hombre estaba buscando un tesoro protegido por seres de cuento? ¿Y que Aureana y Xoana eran una especie de protectoras de esos mismos seres de cuento? ¿Protectoras de un tesoro mágico? A esas alturas ya conocía la fama de meiga que tenían. Comenzaba a sospechar que aquellas gentes de la montaña se movían en un delicado equilibrio en la frontera entre el mundo real y... y lo que hubiera más allá.

Si es que había algo.

n Dejó escapar un gruñido áspero que le nació en lo más hondo del pecho. ¿Quién era él para  
r juzgarlas, cuando llevaba toda la vida escapando de sí mismo?



Bran tardó unos días en volver. Apareció una tarde en que el frío cortaba el aliento y el aire  
parecía tan quebradizo como una pompa de jabón helada. Se plantó en la puerta de la casa y le  
espeté:

—Hoy es Nochebuena.

El anuncio le pilló por sorpresa. Le trajo risas infantiles y crujir de papeles de regalo. Y  
también gritos y reproches agrios como la piel de un limón entre los dientes. Marcos y él, y a  
principio también Lilith, solían pasar esa noche en casa de sus padres. Era una de las pocas  
ocasiones en que el niño podía jugar con las dos hijas de su hermano menor, sus primas, a las que  
casi nunca veía. Eran de edades similares y se llevaban bien. A los pocos minutos de llegar ya  
estaban enfrascados en sus juegos con la felicidad de la inconsciencia. Eso le gustaba a Laro: po  
lo menos, así el crío no prestaba atención a las recriminaciones que se cruzaban sus padres.

—La abuela quiere que vengas a cenar —añadió Bran.

—No. —Al ver la cara de decepción del niño, trató de explicarse—. No me gustan estas  
fiestas.

—A mi madre y mi abuela tampoco. Pero igual cenamos.

Terminó dejándose convencer y acompañó a Bran hasta Carbedo. Apenas iluminado por la  
luces que salían de las ventanas de las pocas casas habitadas, la aldea parecía más pequeña que  
nunca, un minúsculo grupo de luciérnagas perdidas en la inmensidad de la noche. Pese a ello, a  
acercarse desde el bosque le pareció estar contemplando la Bahía Segura desde el Cabo  
Desilusión.

Aureana estaba prendiendo el fuego de la chimenea. Le saludó con una sonrisa, abrió una  
arqueta y sacó del interior un trozo de madera carbonizada. Ante su mirada de extrañeza, Aureana  
le explicó que era el *tizón do Nadal* del año anterior.

—Hay que prender el de este año con un resto del anterior —explicó. Eligió un gran tronco de  
castaño y lo dispuso cuidadosamente en la piedra del hogar, de forma que solo quedara sobre la  
hoguera una parte de él. Después, con la maña de la práctica, prendió el fuego—. Cuando arda la  
mitad habrá que retirarlo con sus cenizas para el próximo año.

—¿Sus cenizas?

Xoana le acercó una copa de vino.

—Cosas nuestras —murmuró, con una mirada que le provocó un estremecimiento.

—¿Para qué las usáis? ¿Para fertilizar la huerta? —se le ocurrió. Había leído algo así en  
alguna parte.

Xoana sonrió.

—También. —Laro creyó notar una cierta incomodidad.

—Y para cuando hay tormenta —explicó Bran—. Si la cosa se pone mal se echan las cenizas  
de nuevo a la lumbre para que protejan la casa. Pero hay que tener mucho cuidado con no  
barrerlas, no sea que las ánimas de los difuntos que vienen a calentarse se espanten.

Aureana aprovechó su desconcierto para intervenir.

—¡Ea, a cenar!

a Se sentaron a una mesa repleta de manjares que le hicieron salivar. Ni siquiera sabía cuánto tiempo hacía que no comía tan bien, si es que alguna vez había comido así. Devoró un tazón de espeso caldo que le templó el cuerpo, unas deliciosas truchas al horno, un gran pedazo de empanada de acelgas con corzo y un estofado de jabalí con castañas. Aureana no paraba de preguntarle si le gustaba esto o aquello, aunque era evidente que estaba disfrutando lo suyo.

e Se dio cuenta de que no solo era la cena. La estancia, iluminada por el fuego de la *lareira* estaba envuelta en sombras cálidas. Los muebles de roble macizo, las telas oscuras, las ropas de las mujeres, el susurro del viento entre los árboles más allá de los cristales, todo se conjuraba para dotar a la escena de un aire intemporal. Pensó que de verdad los espíritus danzaban ante el fuego y al instante se llamó estúpido, pero le dio igual.

l Jamás se había sentido así. Entre aquellas mujeres todo parecía posible. No solo posible natural. Sonrió, pensando que tenía que beber menos, y prestó atención a la cháchara relajada. Recordaba demasiadas cenas de Nochebuena cargadas de rencores y reproches. Y después cuando dejó de ir, demasiadas noches solo en una casa vacía mientras le llegaban los rumores de las cenas familiares de los vecinos. Nunca se había sentido tan cómodo. Ni en su propia casa, de niño.

No le gustaba. No quería encariñarse con Bran ni con ellas. Pero aquella noche no tenía fuerzas para luchar contra el mundo. Observó a Xoana, que le decía algo a su hijo. La mujer se volvió hacia él y en su rostro apareció una sonrisa casi íntima que le despertó una intensa añoranza de compañía.

s Apartó la mirada como si el contacto con sus ojos le quemase. A partir de ese momento fue dolorosamente consciente de la presencia de la mujer, de su cuerpo apetecible, del destello verde de sus pupilas y de la cercanía de sus dedos cuando le servía los platos. Una hora después, tras rematar la comilona con unas filloas y un pedazo de bica, sintiendo que el estómago iba a estallarle y saboreando un aguardiente de castañas, contempló la escena familiar. Los ojos se le llenaron de humedad. Qué imbécil era.

a —¿Estás preparado para la visita del Apalpador, Bran?

El chiquillo rebulló en su silla y puso cara de ofendido.

e —¡Mamá!

a —¿El Apalpador?

a Xoana sonrió y sus ojos destellaron a la luz de las llamas.

—Es nuestro Papá Noel —explicó—. Es un anciano carbonero que vive en una cabaña en la montaña y que esta noche baja a visitar a los niños. Mientras duermen, les palpa las barrigas para ver si han cenado bien y les deja un montón de castañas para que no pasen hambre.

—¡Eso es un cuento, mamá! —protestó Bran—. ¡Ya no soy un crío, el Apalpador no existe!

n Laro sintió que algo se le agitaba dentro. Echó un vistazo a Aureana y descubrió, con un sobresalto, que la anciana también lo observaba. Tenía una expresión plácida que casi le hizo cambiar de idea, pero la tentación era demasiado grande.

—¿Igual que el cuento de los mouros, Bran?

s Las dos mujeres intercambiaron una mirada. La atmósfera cambió.

o —¡Los mouros son de verdad! —se encrespó el niño.

Vio la frustración en su rostro y en la tensión de su cuello, pero no pudo reprimir el impulso de tirar de aquel hilo. Se volvió hacia Aureana.

—Bran asegura que hay un tesoro escondido y que vosotras sois sus guardianas —pretendió que su tono fuera ligero, como si se tratara de una broma, pero se dio cuenta de que le salía algo

forzado. Tenía la lengua pastosa por el alcohol.

—Es verdad —dijo la abuela con una sonrisa amable—, Bran tiene razón, somos la guardianas de los mouros.

Laro frunció el ceño, tratando de decidir si le estaba tomando el pelo. Se dio cuenta de que estaba mareado por el vino y el aguardiente y repentinamente deseó estar lejos de allí.

—Ya. También será cierto que hay un tesoro —dijo, sin poder contener el sarcasmo.

Aureana rio abiertamente.

—¡Ya les gustaría a muchos!

—Entonces, ¿qué es lo que tienen que proteger las guardianas de los mouros si no es su tesoro?

La anciana lo contempló con la expresión bondadosa con la que se contempla a un niño querido pero un poco lerdo.

—Claro que hay un tesoro, pero quizá no sea como imaginas. El tesoro son los mouros, eso es lo que protegemos. Su memoria. Nuestra fuente de la eterna juventud, por decirlo así... Forma parte de nuestra forma de entender el mundo. En estos tiempos en que la televisión e internet no inundan con tradiciones de otros lugares, es importante conservar las nuestras, ¿no te parece?

La explicación era tan razonable que Laro se avergonzó de su credulidad. Se había dejado seducir por la imaginación desbordante de un chiquillo de diez años. Pero entonces se acordó de un viejo que habían visto en el castillo.

—¿Y Suso o Vello? ¿No está buscando un tesoro?

La anciana meneó la cabeza con una mueca en la comisura de los labios.

—Eso es una chifladura de los Susos. Esa familia siempre ha estado mal de la cabeza, no sé qué les pasa pero no están bien. Ahora es Suso o Vello, pero ya su padre, y el padre de su padre antes que él estaban empeñados en la tontería del tesoro. En las leyendas los mouros siempre esconden tesoros y esos Aguiar son tan burros que se lo toman todo al pie de la letra. —Alzó las manos con las palmas hacia arriba en un gesto de impotencia.

Laro se acordó de la frase que había gritado Bran, la misma que Aureana le espetara al viejo Suso en la fiesta de la castaña.

—¿Qué significa lo de «*Outro virá que a volta me dará*»?

Los ojos verdes de Aureana destellaron como esmeraldas en una cueva.

—Es solo un dicho para meterse con los buscadores de tesoros. Siempre ha habido bobos que se dejan engañar por los cuentos y se ponen a darle vueltas a las piedras para ver si esconden tesoros.

El fuego chisporroteaba en el hogar y creaba sombras que danzaban por las paredes. Xoana y Bran contemplaban las llamas. Laro meneó la cabeza y dio un último trago a la copa de aguardiente. Un poco después, cuando se estaba despidiendo, Aureana le puso las manos en el pecho, como para asegurarse de que estaba bien protegido bajo la zamarra, del modo en que se hace con los niños pequeños.

—Todos tenemos la obligación de recordar de dónde venimos, Laro. Es la única forma de saber quiénes somos —y le dedicó una sonrisa amable. Después, cambiando de tema, le tendió un gran paquete envuelto en tela—. Ea, *filliño*, llévate esto, que a nosotras nos sobra.

Pese a sus protestas, la anciana porfió y Laro terminó encogiéndose de hombros y aceptando las sobras del banquete. Ya se había acostumbrado a que las mujeres le dejaran comida en la puerta de la casa, que encontraba cuando salía para ir a cualquier parte, así que no había mucha diferencia en que se la dieran personalmente.

Le costaba irse. Pensó en el frío de su casa y en el calor de aquella.

—Gracias por todo.

—De Xoana no te despidas todavía que te acompaña. No vas a regresar solo de noche por esos caminos, que te puedes perder.

—¡Voy yo, *avoá!* ¡Lo acompaño yo!

Xoana le dedicó una mirada severa al chiquillo.

—Tú te vas a la cama ahora mismo. ¿Me has oído?



Había estado lloviendo buena parte del día y la senda estaba llena de charcos que le obligaban a avanzar con cuidado. La oscuridad era completa, solo rota por el haz de luz de las linternas. Hacía un frío intenso, preludio de las primeras nevadas.

Laro caminaba en silencio. Le había cogido de sorpresa la insistencia de Aureana en que lo acompañara su hija. No, no de sorpresa, hacía tiempo que se había dado cuenta de que la anciana no veía con malos ojos una relación entre él y Xoana. Con la guardia baja. Se había sentido tan a gusto durante toda la noche que...

Percibía la presencia cercana de la mujer, el calor que irradiaba su cuerpo. El silencio se espesó, solo roto por el rumor del viento entre las hojas.

—¿No vais a la misa del gallo? —preguntó, por decir algo, al acordarse de que era Nochebuena. Suponía que en los pueblos la gente todavía seguía esos viejos rituales.

La voz de Xoana sonó casi divertida.

—No, no vamos.

—¿No sois religiosas? —preguntó, temiendo meterse en camisas ajenas pero deseoso de entablar algún tipo de conversación que aliviara la tensión.

Ella no respondió.

Liñariños estaba a muy poca distancia de Carbedo. El pueblo se hallaba a oscuras. A la luz de las linternas, las casas en ruinas parecían esqueletos en un campo de batalla olvidado.

Xoana se detuvo cerca de la puerta y miró al suelo. Una imagen fugaz de Sito y ella en una noche similar, muchos años atrás, atravesó su memoria. Aquello la incomodó. Era algo acabado. Muerto. Ella misma lo había matado, y era lo mejor que podía haber hecho nunca. Pese a todo. Pese al desierto de su cama cada noche. Pese al estremecimiento que recorría su vientre cada vez que lo veía. Unos días antes se lo había encontrado en el supermercado y su corazón había comenzado a latir como el de una colegiala. También el de él, estaba segura. Se habían detenido ante un estante, con las manos extendidas hacia no sabía qué producto mientras se devoraban en silencio con las miradas.

Fue ella la que rompió el contacto. «¿Me dejas pasar o qué?». Era lo mejor. Lo único que podía hacer. Un Suso y una Covas. Había cosas que sencillamente no podían ser. Y aunque no fuera un Aguiar, ¿qué sentido tenía aferrarse a él? De todas formas su cama habría estado vacía todos estos años. Vacía. Siempre vacía. Pero de una forma mucho más dolorosa.

Sin embargo, Laro... Percibía su dolor tan claramente como si manara sangre de una herida en su pecho. Desde que había llegado no se lo quitaba de la cabeza. Le gustaban su silencio, su carácter retraído, su aire desaliñado. Era un hombre habilidoso, daba gusto verlo trabajar con las manos concentrado en la labor. Y se llevaba bien con Bran. El chiquillo no paraba de hablar de él

de lo que hacía y decía. Nunca había conocido a su padre y era como si hubiera descubierto uno de repente.

r —Laro —murmuró. Deseó que la abrazara con fuerza. Que sus manos apresaran sus pechos. Deseó, con una intensidad que la desconcertó, sentir su sexo en su vientre. Que se lo llenara con su semilla—. Laro...

Le cogió la mano. Él se sacudió como si hubiera recibido una descarga eléctrica. El silencio entre ambos se espesó.

—Perdona —dijo Laro. Se sentía estúpido. Deseaba abrazarla. Aplastarse contra su cuerpo ; sentir su calor—. Perdona, Xoana, no eres tú...

No, no era ella. Estaba muerto de miedo. Bloqueado. Le aterraba la posibilidad de que algo fallara. El fracaso era demasiado doloroso. ¿No le había llegado con Lilith y con Esther? La única forma de no fracasar era no intentarlo.

La noche los rodeaba. Xoana se dio cuenta de que Laro estaba temblando. Se acercó a él y lo abrazó. Laro se quedó tieso como una estatua, los brazos caídos.

a —No te preocupes —le susurró al oído—. No te preocupes.

a Era un animal herido. Como ella. Podía esperar.

Se dio la vuelta y emprendió el regreso.

e

a

e

e

a

l.

l.

Z

a

o

n

e

o

a

n

u

s

,

de lo que hacía y decía. Nunca había conocido a su padre y era como si hubiera descubierto uno de repente.

—Laro —murmuró. Deseó que la abrazara con fuerza. Que sus manos apresaran sus pechos. Deseó, con una intensidad que la desconcertó, sentir su sexo en su vientre. Que se lo llenara con su semilla—. Laro...

Le cogió la mano. Él se sacudió como si hubiera recibido una descarga eléctrica. El silencio entre ambos se espesó.

—Perdona —dijo Laro. Se sentía estúpido. Deseaba abrazarla. Aplastarse contra su cuerpo y sentir su calor—. Perdona, Xoana, no eres tú...

No, no era ella. Estaba muerto de miedo. Bloqueado. Le aterraba la posibilidad de que algo fallara. El fracaso era demasiado doloroso. ¿No le había llegado con Lilith y con Esther? La única forma de no fracasar era no intentarlo.

La noche los rodeaba. Xoana se dio cuenta de que Laro estaba temblando. Se acercó a él y lo abrazó. Laro se quedó tieso como una estatua, los brazos caídos.

—No te preocupes —le susurró al oído—. No te preocupes.

Era un animal herido. Como ella. Podía esperar.

Se dio la vuelta y emprendió el regreso.

## El País de Nunca Jamás

—Joder, qué asco —exclamó Lilith—. ¿Es que ni siquiera sabes limpiar tus putos pelos de lavabo? ¡Me cago en dios, no soy tu criada! ¿Te enteras? ¡No soy tu jodida criada!

Laro apretó los dientes con fuerza, pero no respondió. No podía, no con el niño delante. Estaba en la cocina cortándole el filete a Marcos, que por entonces tenía ya tres años. Al oír los gritos de su madre, lo miró con el susto pintado en su carita angelical. Era un chiquillo precioso con el pelo castaño, los ojos de un gris claro y dos hoyuelos en las mejillas. No hablaba mucho. Siempre estaba atento a lo que pasaba a su alrededor, como si temiese perderse algo.

Hasta que su madre empezaba a gritar. Entonces se le crispaba la carita, perdía toda su curiosidad por el mundo y se volvía hacia dentro igual que una tortuga se mete dentro de su caparazón. Si Laro estaba con él, le agarraba la manita y le decía cosas tiernas para que viera que no pasaba nada, que mamá era así y que ya se le pasaría, que él estaba a su lado. Le contaba un cuento, le preguntaba por sus amiguitos de la guardería, cualquier cosa para que no pensara en los gritos de Lilith.

Eran cada vez más frecuentes. Laro no sabía qué hacer. Se sentía atrapado. Poco a poco había ido convenciéndose de que su relación con Lilith estaba definitivamente rota. No se trataba de que atravesara una mala época por el embarazo, la lactancia o lo que fuera, sino de que no sentía el menor interés por él, y a esas alturas comenzaba a dudar de que alguna vez lo hubiera sentido. No conseguía reconocer en ella a la mujer que le escuchaba con atención, con los codos apoyados en la barra mientras le contaba cualquier cosa, ni mucho menos a la que se le pegaba a la espalda por la noche, en la cama, para abrazarle como si no existiera el mundo fuera de él.

Vivía en un estado de perplejidad permanente. La Lilith madre era una mujer siempre malhumorada y egoísta que a la menor ocasión comenzaba a soltar pestes por la boca con una intensidad desproporcionada. No era capaz de controlar su genio, ni siquiera hacía nada por controlarlo porque ya no le importaba que él la viera en aquel estado. Los primeros meses tras el parto se había comportado como una buena madre, preocupada y cariñosa, pero desde el día en que aquel maldito ordenador entró en la casa se había transformado en otra persona.

Laro se daba cuenta de que Lilith vivía en un estado de insatisfacción continua. Él solo era el saco de boxeo en el que descargaba su frustración. Incapaz de enfrentarse a su propia vida buscaba en los hombres la felicidad que ansiaba y que no conseguía encontrar dentro de ella.

La relación con el hombre de Barcelona que conoció en el chat había durado unos meses durante los cuales apenas la vieron. Pasaba semanas fuera de casa sin que le importara lo más mínimo lo que sucediera con el crío, sin siquiera avisarle, y después aparecía como si tal cosa y se comía a besos a Marcos mientras le decía que lo había echado muchísimo de menos, que era lo que más quería en el mundo y que no podía vivir sin él, hasta que a los pocos días volvía a desaparecer. Laro se enfadaba por su abandono del crío y porque ni siquiera le avisara de sus ausencias, que le obligaban a estar siempre pendiente de él, sin más vida que el cuidado de Marcos y el trabajo en la empresa de electricidad.

A esas alturas, ya era muy consciente de que había ido a parar a un vertedero laboral. Se trataba de una empresa familiar que había medrado al calor del ladrillo y que estaba dirigida por un tipo que aseguraba diez veces al día que era comunista y que lo único que le importaba era el bienestar de los trabajadores, pero que pagaba salarios de miseria e imponía jornadas brutales «Qué más quisiera yo que subieros el sueldo y reduciros la jornada, pero el puto mercado no me deja...».

Los abusos eran continuos. Primero, el empresario descubrió la mina de los trabajadores ilegales, rumanos en su mayoría, que trabajaban de sol a sol y nunca se quejaban, y comenzó a echar a todo el que osaba abrir la boca para protestar. Después decidió que ni siquiera era necesario contratar a nadie cuando podía obligar a sus trabajadores a que se dieran de alta como falsos autónomos. Por si fuera poco, el tipo tenía un carácter tiránico y a la menor vuelta de tuerca, comenzaba a gritar como un poseso y a insultar al que se le ponía por delante. La calidad de las instalaciones eléctricas que realizaban era ínfima. Cuando algún constructor se quejaba, lo que sucedía casi cada día, descargaba su furia sobre las espaldas de sus empleados y les reducía más el sueldo. «Si no sabéis trabajar, ¿qué mierda queréis que os pague? ¡Si yo no cobro, vosotros tampoco!».

Laro descubrió pronto que casi nadie aguantaba seis meses en el trabajo: se iban en cuanto encontraban otra cosa, sin reparar siquiera en si era mejor o peor. No podía ser peor.

Él se quedó. No tenía apenas formación. No sabía hacer nada. Pero, sobre todo, no podía quedarse sin trabajo. Con Lilith no podía contar y Marcos lo necesitaba. Esa era su prioridad. ¿Qué otra opción tenía, salvo apretar los dientes y aguantar?

a

e



l

Finalmente, la relación de Lilith con el catalán no cuajó y durante unos meses la mujer volvió a quedarse en casa, aparentemente tranquila salvo por sus esporádicos arranques de furia. Laro comenzó a pensar que ya había acabado todo, que había sido un cuelgue y que, quizá, con un poco de esfuerzo, podrían reconstruir su relación.

La idea estuvo rondándole una semana. Lilith era la madre de su hijo y la mujer con la que convivía. Nunca había estado enamorado de ella, pero la había deseado intensamente y ambos habían pasado buenos momentos juntos. ¿Por qué no volver a intentarlo? Marquitos se merecía eso y mucho más. El niño era todo dulzura. Laro se desvivía por él. Poco a poco se había acostumbrado a no contar con la madre. Él se encargaba de prepararle el desayuno y de hacerle la comida cuando no estaba trabajando, lo iba a buscar a la guardería, lo llevaba al parque, jugaba con él, le leía cuentos y le preparaba la ropa por las mañanas. Era Laro el que iba a la compra y e que ponía la lavadora. Forzado por las circunstancias, fue asumiendo todas las tareas del hogar ante una Lilith cada vez más ausente y despreocupada.

Pero todo eso no le preocupaba. Solo pensaba en que, si pudiera reconstruir su relación, quizá las cosas volvieran a su cauce y Marquitos podría vivir en un ambiente más sano. ¿Qué perdía por intentarlo?

Sus esperanzas se esfumaron de golpe una tarde cuando, al abrir la puerta de la casa, oyó una voz desconocida. Había tenido una jornada dura y se encontraba cansado, pero la idea de que tuvieran una visita, quizá alguno de los conocidos de su época del bar, que muy de tarde en tarde se pasaban a saludar, le alegró el ánimo. Con Marcos, al que había ido a buscar a la guardería, de la mano, entró en la sala.

—¡Joder, hostia! —gritó Lilith al verlos—. ¡Joder! ¿Qué mierda haces aquí ya?

e Estaba completamente desnuda, sentada a horcajadas sobre un tipo al que Laro no había visto nunca, también desnudo. Y empalmado.

l Marquitos contempló la escena con los ojos muy abiertos. Mudo.

l. —¡Joder! ¿Estás tarado o qué? ¡Saca al puto crío de aquí, hostia!

e Aquella noche, tras dormir al niño, se decidió a hablar con Lilith.

—Esto no puede seguir así.

s Ella lo contempló con una mezcla de desdén y vergüenza.

a —¡No me di cuenta de que era tan tarde!

a Ni siquiera se disculpaba por estar follando a un tipo en la sala, solo por no haberse dado cuenta de la hora. Pero a Laro ya no le importaba Lilith. Esa tarde se había dado cuenta de que nunca volverían a estar juntos. Lo único que le interesaba era su hijo.

s —Lo que quiero decir es que lo que hubiera entre nosotros se acabó, eso está claro, así que no tiene sentido que sigamos juntos.

s En contra de lo que había temido, Lilith se mostró de acuerdo.

s —Entre nosotros nunca hubo una mierda. Ya te gustaría.

n —Aparte de un hijo.

—¿Estás seguro de que es tuyo?

a Laro no entendía de dónde salía aquella acritud. ¿Qué le había hecho él? Era como si se hubiera apoderado de ella una bicha venenosa que saltaba al menor roce. Y que no soportaba verlo delante. ¿Cuándo había comenzado a despreciarlo tanto?

Aunque sí, sí que lo entendía. Se daba cuenta de que, en el fondo, Lilith era víctima de sí misma, de su falta de recursos intelectuales y su desolación mental. Tenía una necesidad patológica de sentirse querida, y la menor muestra de rechazo la sacaba de quicio y la lanzaba a un ataque. El problema era que Laro no sabía cómo ayudarla. Durante un tiempo, Lilith había creído encontrar en él el equilibrio que necesitaba, y de ahí su aparente entrega. Pero la frustración vital había acabado por volver a asomar. Para Lilith, él ya no era más que un recuerdo de su propio fracaso, aunque ni siquiera fuera consciente de ello. Por eso lo despreciaba intensamente y no soportaba verlo delante.

s Al menos, estaba de acuerdo con él en que su relación ya no tenía sentido y no podían seguir juntos. Había estado postergando aquella conversación por miedo al enfrentamiento y a sus consecuencias, pero en ese instante respiró aliviado. Lilith hacía tiempo que no prestaba atención al chiquillo, no dudaba de que lo quería, era su hijo, pero también la molestaba. Cuidar a un crío no entraba en sus planes, si es que tenía alguno. Marcos era una carga y un obstáculo para su felicidad.

r —No te preocupes, no tienes que irte mañana. Puedes quedarte con nosotros el tiempo que necesites, hasta que encuentres alguna cosa...

á De la garganta de Lilith brotó una carcajada seca, cargada de desdén.

r —¡Ya te gustaría!

—Si acabas de decir que...

a —Que puedes irte cuando quieras. Que te largues de una puta vez y nos dejes en paz a mi hijo y a mí. Aquí no pintas nada, hostia, a ver si te enteras.

e Descolocado, sintiendo cómo le crecía el miedo por dentro, Laro tardó unos segundos en responder.

—¿De qué hablas? Esta es mi casa. Tú no te ocupas apenas de Marcos...

—¿Cómo cojones me voy a ocupar del puto crío si estás todo el día malmetiéndole contra mí?

o ¿Eres un cabrón! ¿Crees que no me he dado cuenta de lo que haces? ¡Si me mira como si fuera una marciana es solo por ti! —De repente, se serenó y continuó en un tono mucho más comedido— Además, ahora trabajo por las mañanas, ¿sabes?, no puedo estar todo el tiempo con él.

Aquello elevó el desconcierto de Laro a nuevas cotas.

—¿Que trabajas? ¿En qué? ¿Desde cuándo?

—En un *call center*. ¡Qué pasa! ¿No me creías capaz? ¡Joder, si tuviéramos que vivir de la mierda que ganas tú íbamos de culo!

Trató de concentrarse. Le daba lo mismo si Lilith trabajaba o no. No quería que su hijo se criara con aquella mujer. No quería que se pasara su infancia temiendo que su madre estallase en gritos en cualquier momento. No quería imaginarse lo que le podía hacer eso a un niño sensible como Marcos.

o —Me alegro por ti. En serio. Pero la casa es mía y Marquitos...

—¡Ja! Entérate de una vez: no me voy a ir de esta casa. Nunca. Es una puta mierda de sitio que ni siquiera para eso vales, pero es lo que hay y no me voy a largar. Voy a seguir viviendo aquí y haciendo lo que me salga del coño, así que tienes dos opciones: aceptar que esto es lo que hay o largarte por esa puerta y no volver nunca. ¿Está claro?

Se quedó sin saber qué decir. Le aterraba la posibilidad de perder a su hijo, verlo solo cada dos fines de semana, perderse su día a día. Le aterraba la posibilidad de que fuera criado por una mujer que se pasaba la vida enchufada a la televisión o al chat y que pasaba del amor al odio en un suspiro. Era consciente de que en una disputa por la custodia ella, por el simple hecho de ser mujer, tenía las de ganar.

d Se sintió atrapado. La angustia se le subió a la garganta, le oprimió las tripas y le nubló la mente. ¿Es que no se daba cuenta de que Marcos no podía seguir viviendo así? ¿Que ellos no podían vivir así, siempre al ataque, insultándose y chillándose, que sería mucho mejor para todos? ¿Si se separaban y trataban de reconstruir sus vidas por separado?

o Lilith no aguardó por su respuesta. Dejó escapar una risa desdeñosa, se metió en el dormitorio y cerró la puerta con un golpe.

Muchas horas después, exhausto, Laro consiguió enhebrar un frágil sueño en el sofá de la sala.

r

s



n

o El problema de bajar las escaleras es que lo natural, una vez que has comenzado, es seguir haciéndolo. Seguir bajando resulta mucho más fácil que detenerse y volver a subir, aunque esa sea la opción más sensata. A menudo, Laro ni siquiera era consciente de que iba descendiendo poco a poco, peldaño a peldaño, como si su cuerpo y su mente fueran adaptándose a la presión.

—¡Vaya bazofia, joder! ¡A ver si aprendes a cocinar de una puta vez! —exclamaba Lilith cualquier noche mientras Laro le daba la cena a Marcos. Antes de que pudiera reaccionar, le quitaba el plato de la mesa al niño y tiraba la comida a la basura—. ¡Pobrecito mi niño, deja, que ya te prepara mamá una comida de verdad! —Y, ante la parálisis de Laro, encargaba una pizza y preparaba cualquier cosa de las que le encantaban al crío, aunque fueran de todo menos sanas.

n No siempre era así. Había períodos de calma que actuaban como un bálsamo sobre las heridas. Siempre acechaba la tensión, pero de tanto en tanto quedaba en un segundo plano. Solían coincidir con los momentos en que Lilith comenzaba una nueva relación. Durante unas semanas o unos meses si tenían suerte, las cosas se tranquilizaban. Llegaba a casa sonriente y con ganas de charlar e incluso le hacía confidencias a Laro sobre su pareja de turno.

a —¡Es la hostia! Joder, tío, tiene una casa tremenda, ¿sabes?, un puto chalé en la sierra con un .piscina que...

Laro la escuchaba con una mezcla de asombro e indiferencia, contento por la tregua pero sin atreverse a relajarse demasiado. Sabía que tras cualquier comentario inocente acechaba la bicha.

—¿Está casado? —se le escapó un día cuando ella, sin darse cuenta, dijo algo sobre la mujer de su nueva pareja.

La transformación fue instantánea.

e —¿Y a ti qué cojones te importa? ¡Métete en tu puta vida, pringao!

n Saltaba de relación en relación, eternamente insatisfecha, siempre buscando algo que nunca acababa de encontrar. A medida que pasaban los años e iba perdiendo la esbeltez y la frescura de la juventud las aventuras se volvían más breves y desesperadas, como si intuyera que la vida comenzaba a dejarla atrás y quisiera frenar con su cuerpo el tren que la arrollaba. En los momentos de calma, Lilith le hablaba de alguna de sus pasadas historias. En todas, sin excepción, el culpable era el otro. En todas, pasado el deslumbramiento inicial, el otro se revelaba como un hijo de puta aprovechado, un mierda, un cabrón que la quería solo para follar. Nunca le conoció una pareja de la que hablara bien después, cuando la relación acababa.

a A esas alturas, a Laro ya no le importaba que tuviera pareja o que estas no le duraran. Mientras vivieran juntos, al menos podía tratar de proteger a Marcos, así que se había resignado a su vida. Lo que le dolía era que, cada vez con mayor frecuencia, se llevaba al niño para pasar el fin de semana con el novio de turno, sobre todo si este vivía en una buena casa o tenía un buen coche. Ver salir de casa a su hijo en compañía de un desconocido tras otro lo sacaba de quicio. Una vez trató de hacerle ver a Lilith que relacionarse con todas sus parejas no era lo mejor para el niño, que se encariñaba con ellos y después lo pasaba mal cuando lo dejaban.

s —Lo que me faltaba, que me fuera a dar lecciones un mierda como tú —le espetó ella con desdén—. ¿Qué pasa, quieres que termine siendo un perdedor como tú, que eres incapaz de relacionarte con la gente normal? ¿Sabes? ¡Menos mal que estoy yo aquí, así el crío sale de esta mierda de agujero y conoce gente, tarado, que eres un puto tarado!

. La relación de Lilith con Marcos era una montaña rusa de amor y odio. No tenía paciencia. Si al niño se le caía un cubierto al suelo, si no recordaba una lección o se mostraba distraído cuando le decía alguna cosa, estallaba en cólera y comenzaba a gritarle con una rabia visceral: «¡Eres un puto inútil, joder, eres un mierda como tu padre! ¿Eres tonto, joder? ¡Espabila de una vez, m<sup>r</sup> estás jodiendo la vida!». El chiquillo se quedaba muy quieto mirando al suelo, sin atreverse a hacer el menor movimiento o a abrir la boca. Sin embargo, si se iba a pasar el fin de semana con la pareja de turno o si, en alguna rara ocasión, Marcos y Laro hacían una excursión, Lilith no paraba de llamar al crío al móvil, que tenía desde muy pequeño porque ella se había empeñado para decirle que lo quería mucho, que no podía vivir sin él y que lo echaba mucho de menos.

e Laro se daba cuenta de que se estaba hundiendo en un pozo. Seguía descendiendo peldaño a peldaño y ya no sabía cómo volver a la superficie. Trabajaba jornadas extenuantes, hacía la compra, preparaba la comida, lavaba los cacharros, lavaba y planchaba la ropa, estudiaba con Marcos, le tomaba las lecciones y jugaba con él, pasaba los fines de semana que podía jugando a fútbol, andando en bicicleta o dando paseos por el parque con él.

n No tenía vida más allá del ático, de Marcos y de la permanente amenaza que representaba Lilith. No tenía pareja, ni tan siquiera se le pasaba por la cabeza la idea de tener una, ni sabía dónde buscarla si se le pasara. Solo existían Marcos, el trabajo, los abusos, el desprecio, el temor, la necesidad de soportarlo todo por su hijo. Ni siquiera leía ya, pues los libros le

arecordaban un tiempo en que soñaba con una vida aventurera, con viajar y vivir con tribus remotas, con desiertos y selvas olvidadas. El contraste con su día a día era tan doloroso que hasta los libros terminaron por desaparecer de su vida. Se sentía perdido, incapaz de reaccionar mientras una banda de piratas acababa a machetazos con su inocencia.

Los pocos conocidos de la época del bar habían ido quedando atrás, e incluso la relación con sus padres y su hermano, que nunca había sido demasiado intensa, fue reduciéndose a medida que estos se daban cuenta de cuál era el verdadero carácter de Lilith.

—Menuda loca, hijo —le espetó un día su madre, con la misma infalibilidad con la que un día le había asegurado que Lilith era una influencia beneficiosa en su vida—. Hay que ver, ni eso ha conseguido hacer bien. ¡Siempre tuviste la cabeza a pájaros, estaba clarísimo que esa loca no atendía nada que ver contigo!

A medida que se le cerraba el mundo, el ático fue convirtiéndose en un infierno. Si Lilith no estaba, el ambiente era respirable y Laro se ponía a jugar con su hijo, aunque siempre se mantenía alerta, anhelando que cuando volviera estuviera de buen humor. Si estaba en casa, la tensión era constante. Vivía en un campo de minas y cualquier paso podía hacer explotar una. A veces era un miedo, la tapa del retrete sin bajar, las lentejas un poco quemadas, una camiseta desteñida en la lavadora.

—¡Eres un mierda, no vales para nada! ¿Es que no puedes tener un poco de cuidado, joder?

No era que Lilith se enfadara. Explotaba como una deflagración en medio de la noche. Cualquier menudencia producía una reacción en cadena de gritos, reproches e insultos. Marco corría a esconderse en su habitación y Laro se mordía los labios, consciente de que cuando se hallaba en aquel estado nada la haría entrar en razón.

De vez en cuando se daba cuenta de lo absurdo de su situación y se decía que no tenía por qué naguantar tanto grito, pero un minuto después le paralizaba el miedo a que le quitaran a su hijo y la realidad se difuminaba tras una niebla densa. Pasaba horas ensimismado, contemplando el vacío atrapado en la espiral de sus pensamientos.



i

o

Un sábado, cerca del mediodía, tras una llamada telefónica, estalló la tormenta. Después de colgar, y durante una hora interminable, Lilith estuvo maldiciendo a pleno pulmón, quejándose de la mierda de vida que le había tocado en suerte, del cabrón que la acababa de dejar, de los hijoputas que eran todos los hombres del mundo.

Hasta que llamaron al timbre. El piso quedó repentinamente en silencio. Laro y Marcos, que por entonces tendría unos siete años, ni se movieron. Volvieron a llamar. Oyeron unos pasos. Lilith abrió la puerta.

—¡Ah, hola, María! ¿Qué tal estás, necesitas algo? —oyeron su voz, despreocupada y alegre.

Era una vecina. Nerviosa, preguntó si estaba todo bien.

—Se oyen muchos gritos —dijo la mujer, un tanto avergonzada, como si temiera estar metiéndose donde no le llamaban—. Mi marido y yo estamos preocupados, no sabemos si debemos llamar a la policía, si está pasando algo...

—¿Unos gritos, dices? ¡Qué raro, yo no he oído nada! Pues no sé, aquí no ha sido, eso seguro

¡Ah, espera! ¿No sería la tele? Sí, claro, disculpa, quizá la tenía un poco alta de más, ¿sabes? —replicó Lilith con una voz tan calmada y convincente que la vecina no supo qué responder.

e

s Ese día, Laro comprendió que Lilith estaba enferma. No se trataba de mal carácter o de una incapacidad para controlar sus enfados. Estos eran síntomas de algo mucho más profundo, de una enfermedad mental que, probablemente, siempre había arrastrado. Se acordó de que ni siquiera sus padres se llevaban bien con ella, ya de joven tenía problemas en casa. Se acordó de sus mentiras sobre la secta, ahora ya estaba seguro de que aquello no habían sido sino mentiras. Era una manipuladora nata, capaz de pasar del llanto a la sonrisa más cálida en un suspiro y de ofrecer diez caras en un minuto. ¿Cómo enfrentarse a alguien así? ¿Cómo demostrar su trastorno? Sencillamente, no tenía fuerzas para luchar contra ella.

s Durante años, como un veneno insidioso que iba infiltrándose en su organismo, Lilith fue destruyendo su voluntad y su capacidad de reacción hasta convertirlo en una sombra de sí mismo. Atrapado entre un trabajo de esclavo y un infierno doméstico, incapaz de encontrar una salida a su situación, fue haciéndose a su vida y convenciéndose de que aguantar era la única opción. Vivía en una nube de aturdimiento, como un animal acosado, siempre alerta, siempre atemorizado. Despojado de su habitación desde el día en que se había enfrentado a Lilith por primera y última vez, cuando había pretendido que se fuera de casa, dormía en el sofá de la sala y guardaba sus ropas en una caja de cartón en una esquina. Marcos era su única razón para seguir adelante y también el motivo por el que estaba dispuesto a soportar lo que fuera.

Pero el chiquillo no era inmune a la situación. Un domingo, cuando tenía diez años, le preguntó si podía ir a casa de un amigo después de comer.

s —¿No habíamos quedado para ir a andar en bici?

e El niño se transformó.

—¡Me cago en dios, tú y tu puta bici! ¡Estoy hasta los huevos de la bici! —Fue una explosión de rabia tan inesperada que Laro solo atinó a contemplar a su hijo como si estuviera ante un desconocido.

s Pero no, no era en absoluto un desconocido. Al contrario. Conocía demasiado bien aquellos estallidos.

A partir de ese día un nuevo motivo de preocupación le devoró por dentro. Pronto comprobó que no se trataba de una explosión aislada. Cada vez con más frecuencia, a medida que crecía y entraba en la adolescencia, el carácter tímido y callado de Marcos fue siendo devorado por otro mucho más irascible. Laro se decía que era inevitable: su hijo reaccionaba ante las contrariedades de la forma en que había aprendido a hacerlo: estallando de rabia. Pero conocer el origen del problema no lo hacía más fácil. Se sentía fracasado como padre. Había sido incapaz de contrarrestar la influencia de su madre.

e Sin embargo, aceptó aquella nueva forma de relación con su hijo, cada vez más tirante, porque no podía hacer otra cosa. Solo aguantar.

Cada vez más desesperado. Cada vez más cerca del abismo.

Hasta el verano en que Marcos cumplió trece años. Lilith llevaba unos meses viviendo una tórrida historia de sexo y broncas pasionales con uno de sus compañeros de trabajo, una relación de amor y odio que la tenía sumamente alterada. Laro desconocía los detalles, pero no podía evitar escuchar las conversaciones telefónicas que, a voz en grito, sostenía Lilith. «¡Vete si quieres, fóllate a las demás, a todas las que quieras, pero después vuelve conmigo!», la oyó vociferar en una ocasión, llorando a lágrima viva por la casa, sin que le importara lo más mínimo la cara con la que Marcos y él la miraban.

Unos días después, a primeros de julio, al volver del trabajo, Laro se encontró la casa vacía. Al principio pensó que Lilith habría salido con Marcos a hacer cualquier cosa o que este estaría

en casa de algún amigo y Lilith con su novio de turno, así que no se preocupó. Al contrario, se alegró de su ausencia. Siempre se alegraba cuando llegaba a casa y ella no estaba. Eran las únicas ocasiones en que podía tumbarse en el sofá sin escuchar los chillidos estridentes de cualquier programa de telebasura o los berridos del último reguetón de moda a todo volumen.

A las diez de la noche comenzó a inquietarse. No le extrañaba tanto por Lilith, que pasaba muchas noches fuera, como por Marcos. Laro nunca había utilizado el móvil de su hijo, pero esa vez lo hizo. No le cogió la llamada.

Comenzó a dar vueltas por el ático, cada vez más preocupado. Volvió a llamar, pero tampoco le respondió. Ya muy nervioso, decidió llamar a Lilith.

Requería de un valor que le costó reunir. Lo aterraba la idea de que comenzara a gritarle por teléfono o a burlarse de él con aquel desdén que lo paralizaba. Pero lo aterraba todavía más perder a su hijo.

Hizo la llamada. Oyó los pulsos de la comunicación. Notó la sangre en las sienes. La niebla que bordeaba su visión.

No le contestó.

Comenzó a dar vueltas por el ático, tratando de decidir qué hacer. Se le ocurrió llamar a la policía, pero desistió de la idea. ¿Qué iba a decirles? ¿Que su hijo llevaba unas horas fuera con su madre?

Volvió a llamarla. No respondió.

Se le ocurrió algo. Corrió al armario de Marcos y descubrió que faltaba mucha ropa. Corrió a ver de Lilith y lo abrió de par en par. Pasaba lo mismo. Se habían marchado. Se lo había llevado. Había perdido a su hijo. La angustia lo invadió.

Durante horas dio vueltas por la casa como un espectro, roto por dentro, quebrada toda voluntad. Era un infierno, pero no sabía qué hacer. Ni siquiera se planteaba que podía hacer algo. Solo una idea machacona: su hijo. Había perdido a su hijo. ¿Dónde estaría? ¿Adónde se lo habría llevado?

Era ya muy tarde cuando se dejó caer en el suelo, al lado del sofá. Estaba extenuado. No había fuerzas, solo unas baldosas frías que tuvieron la virtud de serenarle un poco. Allí se durmió.

Al día siguiente, a media mañana, tras muchos intentos, Lilith cogió el teléfono.

—¿Qué cojones te pasa? ¡Estoy de vacaciones, hostia, estoy de putas vacaciones! ¿Sabes lo que son las vacaciones, pringado de mierda?

—¿Y Marcos? ¿Está contigo?

Escuchó la risa despectiva del otro lado de la línea y comprendió que ella disfrutaba con aquello.

—Pues claro que está. Marcos sabe muy bien a quién prefiere. ¿Pensabas que iba a dejarlo contigo para que se pudriera en ese piso de mierda durante el verano? —y colgó.

Esa madrugada, tras una nueva noche de vueltas, revueltas y desesperación, en algún momento se dio cuenta de que tenía un bote de pintura azul en la mano. No sabía cómo había llegado allí. Lo dejó en el suelo y se acurrucó para dormir otra vez al pie del sofá, directamente sobre las baldosas del suelo.

Se lo merecía. Se merecía sufrir porque no había sabido cuidar a su hijo. Era un mal padre.

Era un mierda.

Por la mañana salió al pasillo. En la pared blanca había escrita con pintura azul una frase.

«Lilith no me deja ver a mi hijo», leyó.

Se le escaparon unas lágrimas gruesas, densas como sentencias. Ni siquiera se había dado

ecuenta de que las escribía.

s Era toda su protesta. Todo lo que se atrevía a hacer.

r

a

a

o

r

s

a

a

u

l

l.

a

l.

a

a

o

n

o

l,

o

s

o

cuenta de que las escribía.

Era toda su protesta. Todo lo que se atrevía a hacer.

## La Isla de If

—¿Te has vuelto loco? ¡Estás mal del tarro, tío, estás muy mal del tarro! —Lilith le miraba entre la perplejidad y la burla, con una sonrisa despectiva en la comisura de los labios—. ¡Eres un chalado!

Marcos entró en el ático tras ella. A Laro se le escapó un suspiro de alivio. Quince días sin verlo. Quince días con el temor dentro. Quince días pensando que no volvería a verlo nunca más que no estaban de vacaciones, que ella se había largado a otra ciudad y lo de las vacaciones era un cuento para ganar tiempo, que...

—Hola, hijo —se acercó para darle un beso en la mejilla, tratando de comportarse con normalidad.

El muchacho reculó.

—Hueles mal, papá.

La repulsa en su voz le hizo detenerse y cobrar conciencia de su aspecto. Llevaba dos semanas sin afeitarse y sin lavarse, tenía el pelo sucio y enredado, la ropa arrugada. Tenía los hombros hundidos y había adelgazado no sabía cuántos kilos. Casi no comía. También eran sus vacaciones y las había pasado encerrado, rumiando pesadillas. Completamente solo, como el mismísimo Edmundo Dantés durante catorce años en una mazmorra. Comprendió que su expresión debía de ser la de un loco e hizo un esfuerzo por parecer normal. Carraspeó.

—Sí. Perdona. Es que... Ahora me ducho.

Un rato después, recién duchado, salió al pasillo. Lilith fregaba con un estropajo y un cubo de agua la pintura de la pared. Al verlo, le dedicó una mirada desdeñosa y siguió con su tarea como si no existiese.

Laro la observó por primera vez en no sabía cuántos años. Había engordado mucho desde la época en que empezaron a vivir juntos. Entonces, recordó, Lilith tenía un aire desvalido y delicado. Trece o catorce años después era una mujer corpulenta, compacta, al borde de la obesidad. Había ancheado y las tetas, que antes destacaban con rotundidad en un tronco esbelto caían como melones vencidos sobre un vientre abultado. Lo único que quedaba de su antiguo atractivo era su cara. Había engordado también, pero conservaba un resto de aquella expresión añorada que despertaba el deseo de protegerla. Estaba morena, y eso incrementaba el atractivo. Era como si el rostro y el resto del cuerpo pertenecieran a dos personas diferentes.

—¿Qué cojones miras, pringao?

Pasó a su lado y se dirigió a la habitación de su hijo. Marcos estaba tumbado en la cama apoyado en la pared y con las zapatillas encima del colchón. Por puro reflejo iba a decirle que quitara los pies de allí, que estaba manchando la colcha, pero el mohín de disgusto que apareció en su cara al verlo le cerró la boca.

—¿Qué tal te lo has pasado? —preguntó en cambio.

Marcos se encogió de hombros.

Laro tragó saliva.

—¿Dónde habéis estado?

—En casa de Pedro.

—¿Pedro?

—Su novio.

—Ah —dudó. Marcos estaba leyendo un cómic y casi no miraba para él, como si no le apeteciese hablar. Pero Laro no podía dejar de preguntar. Sentía una necesidad casi física de seguir preguntando—. ¿Te lo has pasado bien?

a Volvió a encogerse de hombros.

n —La casa está de puta madre.

Le rechinó el taco en los oídos. Tuvo que contenerse para no recriminárselo. No era su culpa nNo era su culpa.

, —Ya. Me alegro. Y... ese Pedro... ¿es buen tío?

a Marcos dejó el cómic a un lado.

—Es un hijo de puta. La engaña con otras tías, ¿sabes? Le pone los cuernos y se pasan la vida ngritándose, pero después se les pasa y se ponen a follar.

Creyó que se le hundía el suelo bajo los pies. Su hijo solo tenía trece años. No tendría que estar viendo aquello. No tendría que expresarse con esa crudeza.

—Ya.

s —Tiene mucha pasta, ¿sabes? —añadió Marcos, sin aparente relación, mirándole fijamente.

s Se dio cuenta de que lo estaba retando. Y también de algo más: lo despreciaba. Se lo callaba, porque ni siquiera él lo entendía, pero lo contemplaba con desprecio, como si no lo hubiera visto antes y acabara de darse cuenta de que no le gustaba.

e El descubrimiento lo anonadó. Tuvo miedo de alejarlo más de él. Salió de la habitación. En el pasillo, Lilith le dedicó una mirada de burla. Había estado escuchando.

—Esto se acabó, tarado, ¿sabes? Se acabó.

e —¿Qué?

o —Nos vamos a quedar en este ático de mierda porque no tenemos más remedio, los alquileres en Madrid cuestan una pasta y no me sale de los cojones largarme cuando esto es tan mío como tuyo a estas alturas. Pero a partir de ahora se acabó lo de compartirlo todo, ¿sabes? Una semana tuncargas tú del niño y la otra yo.

a Confusamente, Laro pensó que Lilith no era consciente de lo que decía. Era él quien se encargaba de hacer la compra, de preparar la comida, lavar y planchar la ropa. Y no solo hacía lo de Marcos, también le preparaba la comida a ella, también lavaba y planchaba su ropa. Ni siquiera sabía por qué, solo que en algún momento había empezado a hacerlo. ¿Y le amenazaba con descargarle de ese trabajo una semana de cada dos?

Lilith dividió la nevera y los estantes de la alacena en dos partes, como si fueran desconocidos que se vieran forzados a compartir un mismo espacio y, las semanas en que estaba al cargo comenzó a preparar la comida para Marcos y para ella y a encargarse de él. Al principio las cosas fueron más o menos bien. Lilith parecía tomarse en serio sus nuevas funciones y dedicaba más tiempo que nunca al niño. Laro asistía a aquel cambio de actitud con perplejidad. Por una parte se alegraba, pero por otra tenía la sensación de que le estaban robando a Marcos.

—Papá, ¿qué es una lasca?

Marcos no era buen estudiante. No tenía capacidad de concentración. A la menor dificultad se distraía y se desanimaba.

—Es una lámina de piedra que se utilizaba como herramienta en la prehistoria. Se fabricaba...

—¡Marcos! —les interrumpió el grito de su madre—. ¡Te he dicho que no hables con él! ¿Ere tonto o qué, joder? ¡Esta semana te toca conmigo, ni se te ocurra dirigirle la palabra! —El niño hundió la cabeza entre los hombros y volvió con su madre.

Pasadas las primeras semanas, Lilith fue perdiendo el interés. Dejó de preocuparse por los estudios de Marcos, por dónde estaba o qué hacía, por lo que cenaba, por si se pasaba la tarde pegado a cualquier videojuego o si salía con sus amigos hasta las tantas. A menudo ni siquiera aparecía a dormir, y cuando estaba con ella el niño hacía lo que le venía en gana. Las semanas que le tocaba encargarse a él, Laro se esforzaba por reconducir la vida de su hijo, hacerle estudiar conseguir que comiera de forma variada y tuviera una vida ordenada. Pero Marcos estaba creciendo, tenía ya catorce años, y había saboreado la libertad.

—¿Por qué no puedo salir hoy? ¡Mamá me deja salir hasta las doce! ¡Eres un gilipollas, joder!

Los enfrentamientos se hacían cada vez más frecuentes. Laro tragaba saliva y trataba de mantenerse firme, pero cada enfrentamiento le destrozaba por dentro. Se repetía que la rabia de su hijo era fruto de sus catorce años.

—¡Qué mierda de comida, hostia!

Se expresaba igual que su madre. Gritos, insultos. Laro trataba de disculparlo, era lo que llevaba mamando desde niño. Aunque saberlo no hacía más fácil aceptarlo. Marcos se estaba convirtiendo en un extraño. Peor todavía, en un extraño que no le gustaba nada.

Un día, al volver a casa del trabajo, escuchó risas. Entró en la sala y se encontró con una chiquilla de trece o catorce años, de melena castaña y un pirsin en los labios, vestida con un pantaloncito tan corto que al primer vistazo creyó que estaba en bragas. La muchacha estaba sentada en el sofá, con las zapatillas encima de los cojines, casi encima de su hijo. Marcos estaba riéndole una gracia cuando le vio entrar. En su cara apareció una expresión difusa, a medio camino entre el fastidio y la vergüenza.

—Ah, hola, papá. Esta es Vane —dijo.

—¿Qué pasa, tío?

Vane se convirtió en habitual. Cuando era la semana de Laro, la chiquilla no aparecía y la rutina continuaba más o menos como siempre, pero cuando le tocaba a su madre Marcos y Vane llegaban juntos del instituto, se encerraban en su habitación y se pasaban horas allí sin que Lilith se preocupara, fumando porros y riendo sin parar. Laro daba vueltas por la casa como un animal enjaulado, sin atreverse a intervenir.

Una tarde no fue capaz de contenerse más y enfrentó a Lilith.

—¿No vas a hacer nada?

Llevaban tanto tiempo sin dirigirse la palabra que ella le miró con sorpresa.

—¿De qué hablas?

—¿No te importa que estén encerrados solos fumando porros y... y...? ¡Tienen catorce años!

Lilith soltó una carcajada.

—¡Joder, tío! Ahora resulta que no solo eres un puto amargado, ¿sabes? También quiere amargar a tu hijo. ¿Nunca has fumado un porro a su edad? ¿O es que tienes envidia porque no follas hace siglos? ¡Pues jódete, hostia, pero deja que tu hijo disfrute! ¡Él al menos es un macho de verdad, no como tú!

Unos días después, en su semana, Marcos apareció con Vane. Como si no pasara nada raro, le dijeron hola, se metieron en su habitación y cerraron la puerta.

Laro se quedó contemplando el vacío. En el trabajo la situación era muy conflictiva, con despedidos continuos y broncas diarias, y las jornadas se prolongaban horas y horas que nadie

spagaba. Tenían que terminar la instalación eléctrica de un bloque de apartamentos e iban muy  
atrasados. Estaba exhausto, emocionalmente destrozado. Llevaba años colgando del precipicio  
agarrándose a una cuerda que se deshilachaba.

s Se sentía atrapado. Sabía que aquello era una provocación de su hijo adolescente y que no  
debería responder. Sabía que si hacía algo perdería definitivamente a Marcos.

a No pudo evitarlo.

e —¡Marcos! —golpeó la puerta—. ¡Marcos, sal de ahí ahora mismo!

; Nadie respondió. Volvió a golpear la puerta, más fuerte esta vez. La música comenzó a sonar a  
todo volumen en el interior.

! —¡Marcos! —Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro. Forcejeó durante un rato  
! sin saber qué hacía.

e La puerta se entreabrió. Marcos era ya de su misma altura. Su rostro apareció en el vano frente  
a él.

—¡Déjame en paz, hostia! Paso de ti, ¿es que no te enteras? ¡Eres un puto pringao, no quiero  
volver a tener nada que ver contigo, joder!

e —Marcos...

a —¡Que me dejes en paz! A partir de ahora solo estoy con mamá, ¿sabes? ¡Déjame en paz!  
Laro retrocedió.

a Acababa de perder a su hijo. Acababa de perder todo lo que le quedaba.

n Había llegado al fondo del pozo.

a Lilith, en el quicio de la puerta de su habitación, le contemplaba con una sonrisa burlona.

a Algo se rompió dentro de él.

o

a

e

h

l

s

o

e

e

n

e

pagaba. Tenían que terminar la instalación eléctrica de un bloque de apartamentos e iban muy atrasados. Estaba exhausto, emocionalmente destrozado. Llevaba años colgando del precipicio, agarrándose a una cuerda que se deshilachaba.

Se sentía atrapado. Sabía que aquello era una provocación de su hijo adolescente y que no debía responder. Sabía que si hacía algo perdería definitivamente a Marcos.

No pudo evitarlo.

—¡Marcos! —golpeó la puerta—. ¡Marcos, sal de ahí ahora mismo!

Nadie respondió. Volvió a golpear la puerta, más fuerte esta vez. La música comenzó a sonar a todo volumen en el interior.

—¡Marcos! —Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro. Forcejeó durante un rato, sin saber qué hacía.

La puerta se entreabrió. Marcos era ya de su misma altura. Su rostro apareció en el vano frente a él.

—¡Déjame en paz, hostia! Paso de ti, ¿es que no te enteras? ¡Eres un puto pringao, no quiero volver a tener nada que ver contigo, joder!

—Marcos...

—¡Que me dejes en paz! A partir de ahora solo estoy con mamá, ¿sabes? ¡Déjame en paz!

Laro retrocedió.

Acababa de perder a su hijo. Acababa de perder todo lo que le quedaba.

Había llegado al fondo del pozo.

Lilith, en el quicio de la puerta de su habitación, le contemplaba con una sonrisa burlona.

Algo se rompió dentro de él.

## Ngranek

A principios de enero, las montañas amanecieron cubiertas por un blanco deslumbrante bajo un sol de hielo. El frío era intenso. Los árboles desnudos parecían un ejército de esqueleto helados que daban al paisaje una belleza sobrecogedora. Sin embargo, duró un suspiro. Dos días después, una niebla espesa cubrió las montañas y los contornos se difuminaron. La nieve caía mansamente, con desgana de siglos, acumulándose en la puerta de la casa.

El frío le robaba el aliento. A veces, durante la madrugada, escuchaba cómo el hielo hacía restallar las ramas de los árboles. La vivienda estaba repleta de goteras y agujeros por los que se escapaba el calor. Laro se acurrucaba bajo las mantas como una larva dentro de su capullo tratando de decidir si merecía la pena levantarse para echar un leño más al fuego.

Lo avergonzaba su cobardía con Xoana. Recordaba el calor de su cuerpo cuando lo había abrazado. Sus pensamientos daban vueltas en círculos, cada vez a mayor velocidad. El invierno le robaba las fuerzas que lo habían mantenido activo hasta el momento. Sus fantasmas regresaban. Era un fracaso como padre, como pareja, como persona. Los recuerdos lo herían por dentro con aristas de hielo. En el exterior el mundo era una mancha lechosa sin horizontes.

Las horas se le hacían días. La soledad lo aplastaba. Cercado por la nieve, vegetaba en su agujero tratando de frenar el torrente de imágenes. Volvía a sentir el frío del suelo del ático. El miedo en la garganta. Cuando se despistaba, al recordar una frase de Bran o un gesto de su cara notaba la manita de Marcos en la suya mientras lo acompañaba al colegio y veía su sonrisa confiada y su mirada de adoración. La risa hiriente de Lilith. Su grito mientras rodaba por la escaleras, agudo e interminable como el chillido de terror de un cerdo el día de la matanza. A instante siguiente creía ver a los mouros danzar por la casa, felices y despreocupados como elfos.

Comenzó a pensar que estaba loco. Mezclaba los sueños con la fantasía y le venían fragmentos de libros leídos mil años atrás. En cada crujido de la casa presentía un ánima errante. Trataba de aferrarse a la realidad, pero en ella solo había frío, ausencia y fracaso. Se había apegado a Xoana a Aureana y a Bran y les había fallado.

No valía para nada.

Fue cayendo en un pozo de autocompasión. Recordaba fragmentos aislados de su vida, la risa de Esther, su silueta desnuda y el hoyuelo de su mejilla. La guitarra. Una actuación durante una fiesta de barrio, la mirada lasciva de una chica con la que después había follado detrás de un tráiler. La primera vez que sostuvo en sus brazos a Marcos, tan frágil como un milagro. Y un segundo después el rostro altanero de la jueza, la mirada de desdén de su abogada. Las pastillas con las que había intentado suicidarse. La lástima en la cara de su hermano menor. Hasta en eso había fracasado.

Cuando el tiempo despejaba, Bran se plantaba en su puerta e intentaba sacarlo de casa.

—¿Por qué no?

—No tengo ganas.

—¿Estás enfermo? Te traeré algo. ¿Te gusta la sopa? ¡Mamá prepara una sopa muy rica!

—No es un catarro.

—Entonces, ¿qué te pasa? ¿No quieres venir conmigo?

Al final le gritó que se fuera. «¡Déjame en paz, déjame en paz de una vez! ¿Es que no tiene nada mejor que hacer?».

Vio su gesto dolido. El niño todavía dudó, como un perro que no acaba de creerse la patada de su amo.

—¿Quieres largarte de una vez?

Pensó en irse de allí, pero no había ningún lugar en el mundo donde quisiera estar.

Los meses iban pasando. Sobrevivía gracias a la comida que le dejaban cada dos o tres días en la puerta. Cuando no era suficiente, se acercaba en coche hasta Seoane para comprar lo indispensable en el supermercado con el dinero que le habían pagado las Covas. Dejó de nevar pero en su lugar comenzaron las lluvias y los caminos embarrados se hicieron intransitables.

A veces temía perder el control de sus pensamientos. Lilith le había destruido. Se sentía como el explorador que se niega a salir de su campamento una vez ha anochecido por temor a la tormenta de la noche. Se frotaba las sienes y daba vueltas en círculos mientras dejaba escapar un gemido animal para no escuchar el runrún de su cerebro. Cuando la crisis pasaba se quedaba exhausto, arrasado por la sensación de soledad.

e

i.

n



Un día se despertó con una lucidez desconocida. Seguía lloviendo. La casa estaba helada. Se levantó, se puso las botas y la zamarra y salió al aguacero. Ni siquiera pensó en lo que hacía actuó impulsado por una determinación nueva. Localizó un tejo que había visto un día cerca de su casa. Era un árbol delgado, de hojas perennes, verde oscuras por una cara y amarillentas por la otra, y corteza delgada, con manchas de color pardo rojizo o grisáceo. Empezó a arrancar hojas y a guardarlas en un bolsillo. Cuando tuvo un buen montón, sacó la navaja que siempre llevaba consigo. Cortó varios trozos de corteza y se los guardó en otro bolsillo. El agua le empapaba el cuerpo y le pegaba las guedejas al cráneo. La barba goteaba sobre el pecho.

De vuelta en casa, puso un cazo con agua en el hornillo y aguardó a que hirviera. Echó las hojas en el agua hirviendo y le añadió las cortezas. Dejó que se cocieran un rato. Dudó si sería suficiente y decidió que era mejor asegurarse. Apagó el fuego y corrió de vuelta al tejo, arrancó precipitadamente más hojas y regresó. Volvió a encender el hornillo y añadió las nuevas hojas. Cuando consideró que ya debía de estar preparada, vació la oscura infusión en una botella de agua vacía.

Salió de casa y comenzó a andar con decisión. La lluvia caía con intensidad y los caminos eran ríos de lodo. Las botas se le hundían en el barro. El frío le empapó los pies y el agua le calentó las ropas, pero siguió andando con obstinación. En vez de cruzar el Cido decidió subir por la carretera hasta el Alto do Couto y desde allí se internó en la *devesa* y la atravesó de este a oeste hasta alcanzar el pico Polín. Tiritaba de frío y estaba exhausto cuando alcanzó la plataforma de las lavas de granito que colgaba en el extremo del Polín, un mirador desde el que se veía a la derecha la Devesa da Rogueira en toda su extensión y al frente el espectáculo de los arroyos encajados en las vertientes, el Cido, los tejados de Parada y Moreda reluciendo como perlas de piedra bajo la lluvia.

Se sentó en el borde del mirador con los pies colgando y el mundo entero ante él. El agua corría por su cara y se le colaba por el cuello de la zamarra empapada. Le entró una tiritona.

incontrolable. Apretó los dientes, tratando de dominarse, asombrado por la claridad de sus pensamientos.

Tenía cuarenta y tres años y había fracasado en todo. Su vida llevaba décadas siendo un infierno. No le encontraba sentido a nada. ¿Para qué seguir luchando? Por delante solo veía una interminable sucesión de días vacíos. Las cosas solo podían ir a peor. Había sufrido más de lo que le correspondía. Le habían arrancado de su hijo, de su trabajo, de su vida.

Sacó del bolsillo la botella de agua, llena hasta arriba con el líquido oscuro. Pesaba como plomo en la mano.

Ante la *devesa*, ante el Cido, donde los mouros se habían suicidado. En un mundo anegado. Y solo había intentado una vez y hasta en eso había fracasado. Esta vez no iba a fracasar. Iba a hacer algo bien.

Por una vez.

Sus pensamientos eran cortantes como una guadaña afilada. Alzó la vista y contempló el panorama a través de la cortina de agua. La *devesa* invernal desnuda. Solo aquí y allá destacaban manchas verdes de las hojas perennes de acebos, laureles y encinas.

Abrió la botella. Observó el líquido. El veneno del tejo. O una versión. Qué fácil parecía. La Devesa da Rogueira. El Vigía.

Un nuevo estremecimiento lo sacudió de la cabeza a los pies.

El Vigía. Alzó la mirada y lo contempló. Sintió su presencia, más vieja que el tiempo. Abrió los ojos con asombro y observó el viejo bosque, la abrupta pendiente de la ladera. Miró hacia el otro lado. Localizó la loma alargada del Cido. Volvió a estremecerse.

Permaneció así mucho rato. Con la botella abierta en la mano, las piernas colgando al borde del mirador. La lluvia redujo su intensidad y se convirtió en una llovizna sin fuerza. Ya no pensaba.

Y En algún momento se dio cuenta de que la botella, al inclinarse, estaba vertiendo la infusión. La vio caer sin hacer nada. El agua fluía.

Mucho después se levantó y emprendió el regreso. Llegó a casa de noche. Se sacó las ropas empapadas, se frotó enérgicamente con una toalla seca. Con las manos temblando, trató de encender un fuego.

Al día siguiente tiritaba de fiebre.

Las semanas se sucedían, monótonas como horas perdidas.

El mundo se encogía.

a

s

ó

a

e

e

a

n

a

a

a

incontrolable. Apretó los dientes, tratando de dominarse, asombrado por la claridad de sus pensamientos.

Tenía cuarenta y tres años y había fracasado en todo. Su vida llevaba décadas siendo un infierno. No le encontraba sentido a nada. ¿Para qué seguir luchando? Por delante solo veía una interminable sucesión de días vacíos. Las cosas solo podían ir a peor. Había sufrido más de lo que le correspondía. Le habían arrancado de su hijo, de su trabajo, de su vida.

Sacó del bolsillo la botella de agua, llena hasta arriba con el líquido oscuro. Pesaba como plomo en la mano.

Ante la *devesa*, ante el Cido, donde los mouros se habían suicidado. En un mundo anegado. Ya lo había intentado una vez y hasta en eso había fracasado. Esta vez no iba a fracasar. Iba a hacer algo bien.

Por una vez.

Sus pensamientos eran cortantes como una guadaña afilada. Alzó la vista y contempló el panorama a través de la cortina de agua. La *devesa* invernal desnuda. Solo aquí y allá destacaban manchas verdes de las hojas perennes de acebos, laureles y encinas.

Abrió la botella. Observó el líquido. El veneno del tejo. O una versión. Qué fácil parecía. La *Devesa da Rogueira*. El Vigía.

Un nuevo estremecimiento lo sacudió de la cabeza a los pies.

El Vigía. Alzó la mirada y lo contempló. Sintió su presencia, más vieja que el tiempo. Abrió los ojos con asombro y observó el viejo bosque, la abrupta pendiente de la ladera. Miró hacia el otro lado. Localizó la loma alargada del Cido. Volvió a estremecerse.

Permaneció así mucho rato. Con la botella abierta en la mano, las piernas colgando al borde del mirador. La lluvia redujo su intensidad y se convirtió en una llovizna sin fuerza. Ya no pensaba.

En algún momento se dio cuenta de que la botella, al inclinarse, estaba vertiendo la infusión. La vio caer sin hacer nada. El agua fluía.

Mucho después se levantó y emprendió el regreso. Llegó a casa de noche. Se sacó las ropas empapadas, se frotó enérgicamente con una toalla seca. Con las manos temblando, trató de encender un fuego.

Al día siguiente tiritaba de fiebre.

Las semanas se sucedían, monótonas como horas perdidas.

El mundo se encogía.

## SEGUNDA PARTE

# LA LLAMADA DE LO SALVAJE



«Una llamada resonaba en lo más profundo del bosque y, cada vez que la oía, con su misterio arrebatado y estremecedor, se sentía empujado a volver la espalda al fuego y a la tierra hollada a su alrededor para adentrarse en la espesura y seguir adelante, sin saber hacia dónde ni por qué, ni preguntárselo siquiera; tan imperativa era la llamada desde las profundidades del bosque».

Jack London

## SEGUNDA PARTE

# LA LLAMADA DE LO SALVAJE



«Una llamada resonaba en lo más profundo del bosque y, cada vez que la oía, con su misterio arrebatado y estremecedor, se sentía empujado a volver la espalda al fuego y a la tierra hollada a su alrededor para adentrarse en la espesura y seguir adelante, sin saber hacia dónde ni por qué, ni preguntárselo siquiera; tan imperativa era la llamada desde las profundidades del bosque».

Jack London

## El Bosque de Sherwood

Abrió los ojos. Se quedó unos segundos contemplando la estancia sin acabar de comprender dónde se hallaba. Sus ojos recorrieron los muros irregulares de pizarra, la tosca chimenea en un extremo, los muebles escasos. Localizó una gran tela de araña de la que colgaba un bicho grueso y peludo. Apartó la vista. Ya sabía dónde se encontraba.

Se levantó de un salto, invadido por un deseo vehemente de salir de casa. Se vistió con prisas se calzó las botas y abrió la puerta. El resplandor del sol le dañó la vista y lo obligó a entrecerrar los ojos. Oyó el pjar excitado de los pájaros y sus fosas nasales se inundaron con aromas nuevos.

Había llegado la primavera. La idea lo incomodó, con la irritación de un ermitaño ante un visitante inesperado. El cielo era de un azul brillante y limpio. La luz lo inundaba todo. La loma del Cido era un paisaje de vapores y jirones de nieblas que se elevaban en el aire calmo de la mañana. Respiró profundamente. Entró en casa, cogió un trozo de pan viejo y un poco de queso y se echó a andar.

No se había separado trescientos metros cuando comprendió que no estaba en forma. Había adelgazado mucho y los músculos acusaban la falta de ejercicio. Aunque su primera intención había sido subir al Cido, decidió que solo daría un paseo hasta el castillo de Carbedo, muy cerca de la casa.

Perdido el impulso inicial, se dejó arrastrar por sus pasos. Llevaba semanas sin ver a nadie desde que echó a Bran de casa. Sacudió la cabeza para alejar la sensación de culpa. El camino embarrado lo obligó a prestar atención.

Llegó al castillo y contempló desde allí el panorama. A su izquierda se hallaba el valle estrecho y profundo que se formaba con las laderas del monte de A Labradiña, donde se hallaba, y el Cido, justo del otro lado. Distinguió en el fondo la línea serpenteante por la que discurría un regato de montaña, el *carrozo* de Muiñelo, que se unía un poco más adelante al río Lor. Pensó en seguir su curso descendente, pero se dio cuenta de que el esfuerzo sería demasiado grande y decidió hacer lo contrario, continuar hacia arriba, pues desde donde se encontraba el Muiñelo bordeaba el Cido por el este por una zona de escasa pendiente.

Sin pensárselo más se puso en marcha. En realidad, el cauce, si es que eso era, se hallaba casi completamente seco, salvo los charcos y la humedad propias de la estación. Aquello le extrañó pero se hallaba tan absorto en sus propias sensaciones internas que no le dio mayor importancia.

El cauce avanzaba encajado entre las dos vertientes. Sin embargo, se trataba una senda amplia de cinco o incluso seis metros de anchura en algunas zonas, a veces flanqueada por muros a medio derruir. Fue dejando el Cido a su derecha hasta que, en algún momento, al alzar la vista, descubrió ante él la presencia familiar de la Devesa da Rogueira. Tragó saliva, abrumado por los recuerdos y por la majestuosidad del panorama. «El Vigía», recordó. La presencia viva. Su protector.

Siguió adelante hasta que llegó a dos grandes peñascos enfrentados, uno a cada lado del camino. Lo que lo sacó de su ensimismamiento no fue solo el tamaño de las piedras, sino que

parecían haber sido labradas a mano, como si formaran un arco o la puerta de entrada de algún recinto.

Intrigado, comenzó a fijarse en lo que lo rodeaba con mayor interés. Hacia la derecha, el camino descendía hacia la aldea de Moreda. Observó pensativo el Cido, que llevaba todo el rato bordeando por su base, mientras una idea se formaba en su cabeza.

Comenzó a ver todo con ojos nuevos. Dejándose llevar por un impulso, inició el descenso.

Una hora después, jadeando y sudoroso, se sentó en una piedra. Se secó el sudor de la frente con el brazo y se recriminó no haber pensado en llevar una botella de agua. De todas formas, se hallaba demasiado excitado para prestar atención a la sed. Su cabeza bullía, atravesada por cientos de preguntas. Había encontrado indicios aquí y allá, pero necesitaba confirmar sus sospechas.

Necesitaba respuestas. ¿Dónde podría...? De repente se le ocurrió. Se puso en pie de un salto, y emprendió un apresurado regreso a Liñariños mientras trataba de calcular qué día de la semana sería. Ojalá no fuera fin de semana. Ojalá encendiera su coche. Unas semanas atrás lo había utilizado para acercarse hasta Seoane a comprar comida. Tuvo suerte y la batería respondió a la primera, pero desde entonces no había recordado encenderlo de vez en cuando para recargarla.

Tardó cerca de una hora en regresar. Entró en la casa y bebió un buen trago de agua mientras intentaba recordar dónde había dejado el carnet de identidad. No sabía si iba a necesitarlo, hacía años que no visitaba una biblioteca, pero prefería no arriesgarse. Lo buscó un rato por la casa cada vez más nervioso, hasta que se acordó de que lo tenía en la guantera del coche.

Un vistazo al reloj le confirmó que ya era mediodía. Aquello le produjo una nueva inquietud. ¿Las bibliotecas abrían por las tardes? ¿Habría siquiera una biblioteca en Seoane? Se dio cuenta de que no tenía la menor idea.

Se obligó a calmarse. Las respuestas seguirían ahí aunque tardara un poco más en encontrarlas. Pero si lo que sospechaba era verdad... Meneó la cabeza con fuerza. Después de tantos meses de letargo, la sangre corría de nuevo por sus venas. Era una sensación estimulante.

Tras una comida apresurada y una ducha de agua helada, el coche encendió a la primera. Aliviado, se dirigió a Seoane, aparcó al lado del supermercado y entró en el bar de enfrente. La bicheca que lo atendía le contó que la biblioteca más cercana estaba en Folgoso, la capital del municipio, a una media hora en coche, pero no tenía ni idea de si abría por las tardes. Al menos le confirmó con una mueca de guasa, no estaban en fin de semana: era miércoles.

Le dio las gracias y salió del bar tan concentrado en sus pensamientos que no vio a la persona que entraba hasta que tropezó con ella.

i



Sito Aguiar tarareaba una melodía mientras conducía. El cielo azul y la promesa de calor le ponían de un humor excelente. Tras tantos años viviendo fuera, muchos de ellos destinados en Granadilla, Tenerife, tenía que reconocer que se había ablandado. Estaba tan habituado a los cielos despejados y los veintitantos grados del invierno canario que ya no recordaba el frío que se le metía a uno en los huesos y le encogía el alma, la nieve y el viento helado, los cielos grises y los días en que no paraba de llover. El invierno se le había hecho mucho más duro de lo que esperaba.

Al menos, había aprovechado el mal tiempo. Le había servido para aprender a utilizar la dichosa máquina. Era una bicha de una precisión acojonante, pero más difícil de manejar que la madre que la parió. Aprovechando que el frío y la nieve retenían a la gente en sus casas, se había

pasado semanas enteras haciendo prácticas en distintos lugares, sin más propósito que aprender a diferenciar las señales de cada hallazgo. No solo eso: había situado en un mapa todas las cuevas, grutas, abrigos rocosos y túneles que se conocían en la zona del Cido y la Rogueira, que eran un buen puñado. También había señalado las localizaciones donde existía constancia de restos arqueológicos y donde era probable que los hubiera, se conocieran o no. El resultado se hallaba en ese momento en una carpeta en el maletero del coche junto con la Deephunter. Su mapa de tesoro. Su precioso mapa del tesoro.

Se rio para sí, satisfecho. Conocía a más de uno que vendería su alma por aquel papel. Ahora solo le quedaba armarse de paciencia e ir descartando un lugar tras otro hasta dar con el premio gordo. Eso sí que era una lotería. El premio gordo. Solo por ver la cara que ponían las Covas cuando se enteraran, ya valía la pena.

Se ahogó la familiar punzada de dolor en el pecho. Por mucho que tratara de engañarse a sí mismo, no lo conseguía. Estaba obsesionándose otra vez con Xoana. Creía que lo tenía superado pero desde que la había vuelto a ver no conseguía quitársela de la cabeza. Se había pasado el invierno evitándola. Era una Covas. Tenía que conseguir olvidarla de una vez. Concentrarse en la búsqueda, eso era lo único importante.

Se aparcó delante del bar Pombo y bajó del coche con la intención de tomarse un café. No iba a dejar que Xoana le fastidiara un día tan espléndido como aquel. La primavera, por fin.

Estaba entrando en el bar cuando tropezó con alguien que salía.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí.

Laro lo contempló con cara de sorpresa y balbuceó un saludo. Sito lo observó con curiosidad. Tenía un aspecto desaliñado y había adelgazado lo suyo. Se preguntó cómo era posible que unos meses atrás hubiera temido que aquel espantapájaros se liara con Xoana. Había que estar muy necesitada para liarse con un espantajo así.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, fingiendo una amabilidad que estaba lejos de sentir.

Era lo que tenían los posibles confidentes, que había que tratarlos bien aunque tuvieras ganas de darles una somanta de hostias. Aunque el mierda aquel ni siquiera servía como confidente. Al principio había pensado que podría sacarle algo, pero tras tirarle de la lengua dos o tres veces, había llegado a la conclusión de que su relación con las Covas era puramente circunstancial. Aquel fulano vivía tan metido en su propia mierda que no se enteraba de lo que pasaba a su lado.

—¿Eh? Ah, hola, sargento... Sí, sí, gracias... —A Laro no le gustaban los policías ni los guardias civiles, pero aquel parecía distinto. Más amable, conocía sus antecedentes y pese a ello lo dejaba en paz. Incluso se había acercado hasta Liñariños una o dos veces para ver qué tal estaba. Se le ocurrió que a lo mejor él podía sacarle de dudas y evitarle un viaje. No le sobraba la gasolina—. ¿Sabe si la biblioteca de Folgoso abre por las tardes?

Sito se quedó descolocado por la pregunta. ¿La biblioteca? ¿Qué cojones iba a saber él si la biblioteca abría o no? Además, ¿para qué querría un tipo como aquel ir a una biblioteca?

—¿Buscas algo en concreto? —Podía haber pasado años en Tenerife, pero seguía siendo profundamente gallego. Nunca respondía directamente si podía evitarlo.

Laro dudó. No quería confesar sus verdaderos motivos, pero no le vendría mal que le echaran una mano.

—En realidad... —se le escapó una mirada nerviosa hacia los lados—. Es solo que... En fin siempre me gustó la historia, de hecho estudié historia, y pensé en acercarme, para buscar algún libro sobre la zona, por conocer esto mejor, ya sabe...

Sito hizo un esfuerzo por mantenerse impertérrito, aunque aquella era toda una revelación

¿Esa piltrafa humana había estudiado historia? ¿Cómo podía haberse pasado por alto algo así? Las implicaciones fueron cayendo sobre su cerebro como gotas de plomo fundido.

n Maldijo para sus adentros. Había estado tan ciego temiendo que se liara con Xoana que no se le había ocurrido ninguna otra posibilidad. ¿Sería posible que también él estuviera buscando el tesoro?

l No, no, tenía que ser mera coincidencia. ¿Cómo iba a saber aquel tipo...? Solo los Aguiar y las Covas conocían la historia. Salvo que fuera un aliado de las Covas. Salvo que en realidad le ayudaras con las castañas fuera una tapadera. ¿Coincidencia? Las coincidencias no existían.

o Decidió dejar las especulaciones para más tarde. En ese momento era más importante que nunca tenerlo de su mano.

—¡Vaya, esa sí que es buena! A mí también me gusta la historia, ¿sabes? —exclamó, toda cordialidad—. Espera, ahora mismo localizo el teléfono de la biblioteca y le preguntamos si está abierta o no.

l Laro se llamó memo cien veces mientras el sargento hacía la gestión. Ni siquiera se le había ocurrido algo tan elemental como eso. Hacía meses que no usaba el teléfono.

—Estás de suerte. Por las tardes solo abren los lunes y los miércoles... y hoy es miércoles —Laro le dio las gracias y comenzó a alejarse hacia su coche, pero el sargento le detuvo—. Oye ¿y qué parte de la historia te interesa? Lo digo por si puedo ayudarte, yo no soy historiador, claro pero siempre me ha gustado, sobre todo la historia de los celtas, Roma y todo eso...

Laro se detuvo.

l —También a mí me atrae esa época —confesó. Observó al guardiacivil, pensativo—. Aunque en realidad no voy a buscar solo cosas de historia. Me gustaría encontrar algún libro sobre leyendas gallegas. Esta es una tierra tan rica en leyendas que me da un poco de vergüenza no saber nada de todo eso, viviendo aquí...

—¿Leyendas?

s —Sí, ya sabe, lo de la Santa Compañía, los mouros, todo eso.

l Sito hizo un esfuerzo por mantener la sonrisa, aunque de repente le parecía que la garganta se le había convertido en cartón.

.. —Me temo que de esas cosas no sé mucho. Llevo demasiados años lejos, ya ni me acuerdo —Se encogió de hombros, como disculpándose—. En fin, espero que tengas suerte. Ya me contarás.

o Y tanto que le contaría. Nadie iba a robarle lo que pertenecía por derecho a los Aguiar.

l Por derecho de conquista.

a



a

La bibliotecaria era una mujer de treinta y pocos años con una melena castaña atada con una coleta y un rostro cordial. A Laro le cayó bien nada más verla, y pronto confirmó su primera impresión. Le dijo que se llamaba Cristina y se ofreció para ayudarlo en todo lo que pudiera.

n —No es que tengamos un fondo demasiado extenso —se disculpó—. La mayor parte son libros para niños y adolescentes, ya imaginas, por aquello de la escuela. Son los que más vienen y muchos por obligación, porque en el cole les obligan a leer, que si no...

n Pese a todo, en cuanto se enteró de lo que buscaba, sonrió ampliamente.

n —Me parece que vas a tener suerte. Sobre historia local y leyendas sí tenemos alguna cosa.

l.

? Dos horas después, la cabeza de Laro era una olla en ebullición. Había devorado cuanto libro le habían puesto delante, o al menos los había hojeado hasta seleccionar las partes que le interesaban. Había leído un montón de cosas sobre los mouros y la *mourindade*, y también sobre muchas otras criaturas fantásticas, algunas completamente desconocidas y otras que le resultaban familiares porque Bran o Aureana las habían mencionado. Comenzaba a comprender mejor el peculiar universo mental de aquellas gentes.

o No, eso no era cierto. Lo que comenzaba a comprender era que el universo mental de los gallegos era mucho más complejo de lo que había supuesto, un laberinto de creencias y percepciones, ritos y fantasías que se mantenían en delicado equilibrio. Nunca antes se había sentido atraído por el mundo de los mitos y las leyendas, pero en ese momento estaba cautivado. No creía que nadie considerara que todo aquello fuera real, la idea de que alguien como Cristina, la bibliotecaria, creyera en la existencia de, por ejemplo, Brancafror, la hija del demonio, o de los olláparos, una especie de gigantes antropófagos de un solo ojo que vivían en las cavernas de la amontañas, se le antojaba ridícula.

Pero no se trataba de eso. Lo que le seducía era que pudieran haber generado tal cantidad de leyendas. Cualquier pueblo que hubiera imaginado la cuarta parte de aquel universo mágico era demasiado menos simple. Siempre se había considerado una persona racional. Y, sin embargo, en ese instante le venían a la cabeza fragmentos de conversaciones con Bran, Xoana o Aureana. El saquito que el chiquillo llevaba colgado del cuello, y que contenía, le había dicho, la camisa de una serpiente, un poderoso talismán contra el mal de ojo. Las *pedras do raio*, cantos rodados y fragmentados que dejaban en el tejado de las casas en la creencia de que habían sido partidas por un rayo y con la convicción de que donde había caído uno no podía caer otro, aunque en realidad eran bifaces y herramientas líticas paleolíticas desenterradas al arar la tierra. La delgada línea entre lo visible y lo invisible que, en muchas conversaciones parecía rondar el rabillo del ojo. Sus propias alucinaciones cuando creía que le acechaban los mouros y la sensación poderosa que había tenido en el mirador del Polín, cuando había sentido la presencia de... del Vigía. De la *edevesa*. Por primera vez en su vida comenzaba a plantearse si...

Meneó la cabeza. Se acercaba la hora de cierre de la biblioteca. Era el único usuario que Cristina llevaba un rato echándole miradas impacientes, como si estuviera aguardando a que se marchara para irse también ella. Echó un vistazo al reloj y confirmó que todavía le quedaba una media hora. Lo sentía mucho por ella, pero no iba a desaprovechar el viaje. Y menos con la cabeza a cien por hora. Abrió el último libro que tenía delante, un volumen sobre historia antigua.

Diez minutos después se le escapó una exclamación. La bibliotecaria lo miró con curiosidad pero Laro ni se percató. Acababa de encontrar lo que estaba buscando. Lo que había intuido esa mañana.

Qué tonto había sido. Cuando Aureana le contó la leyenda del final de la *mourindade*, aquel cuento sobre un pueblo cercado por sus enemigos que terminaba suicidándose colectivamente, él pensó que le sonaba de algo y se acordó de Masada, la fortaleza judía asediada por los romanos. Pero esa mañana en el *carrozo* de Muiñelo le habían llamado la atención las grandes piedras en ambos lados del camino que parecían formar una entrada y que mostraban señales de haber sido trabajadas a cincel.

Por eso había seguido bajando hacia Moreda por el *carrozo*, para confirmar sus sospechas. Había encontrado más huellas: paredes verticales perfectamente labradas, marcas de picos y mazas, la propia estructura extrañamente regular del *carrozo*, su anchura, que superaba en mucha

zonas los cinco o seis metros pese a que no había restos de una corriente de agua que pudiera haberlo excavado. Todo aquello le había hecho pensar en un foso.

e Y allí, en aquel libro, acababa de encontrar la posible explicación. Volvió a leer el párrafo.

n  
l Por último tuvo lugar el asedio del monte Medulio, sobre el cual, después de haberlo cercado con un foso continuo de quince millas, avanzaron a un tiempo los romanos por todas partes. Cuando los bárbaros se dieron cuenta de su extrema situación, a porfía, en medio de un festín, se dieron la muerte con el fuego, la espada y el veneno que allí acostumbran a extraer de los árboles comúnmente denominados tejos, previa la operación de exprimir sus piñotas cocidas. Así la mayor parte se libró de la cautividad que, a la sazón, era considerada más intolerable que la muerte por aquellas gentes indómitas (...).

S Era un texto de Lucio Anneo Floro, un historiador romano que vivió a caballo de los siglos I y II, en el que contaba el final de la conquista de Hispania por Roma. El parecido con la historia de la *mourindade* era tan asombroso que no podía ser mera coincidencia. Floro incluso hablaba de veneno del tejo, el mismo utilizado por los mouros, según Aureana.

e Apartó de la cabeza, con un gesto de desagrado, el incómodo recuerdo del mirador del Polín y trató de concentrarse de nuevo. El problema era que nadie había conseguido situar en el mapa aquel monte Medulio que mencionaban Floro, Orosio y otros historiadores romanos. Nadie tenía la menor idea de dónde se encontraba.

S Hasta ese momento. Si se confirmaban sus sospechas. El *carrozo* que había recorrido esa mañana no era el cauce de un regato: tenía toda la pinta de ser un foso. Un foso que cercaba el monte Cido, en cuya cima se hallaban los restos de un castro que en su día debió de albergar a miles de personas. Los últimos celtas. Los defensores de la independencia frente a Roma. Los últimos mouros. La mezcla entre realidad y fantasía era tan intrincada que costaba delimitar la frontera. El Cido. El Medulio. ¿Sería posible que la historia de la conquista del Medulio hubiera ido transmitiéndose de generación en generación a lo largo de los siglos hasta convertirse en una leyenda fantástica?

y Se obligó a refrenarse. No podía dejarse llevar por el entusiasmo. Debía comprobarlo, buscar más indicios antes de echar las campanas al vuelo.

a —¿Hay algún ordenador con conexión a internet que pueda utilizar?

a La bibliotecaria reprimió un leve gesto de fastidio y le indicó uno.

—Tendrás que darte prisa, es casi la hora del cierre —le dijo, aunque enseguida compuso un gesto de disculpa—. Normalmente no me importaría quedarme un poco más, pero hoy tengo un compromiso...

Laro asintió, distraído.

l —Quizá puedas ayudarme, así acabaría antes. ¿Sabes si hay restos romanos en el Courel?

l Cristina le miró de medio lado, como si creyera que estaba burlándose de ella.

.. —Por todas partes. —Ante la expectación de Laro, prosiguió—. Hay un montón, castros, minas, incluso un túnel acueducto en Romeor...

o —¿Minas?

.. —De oro, la mayoría. Toda la zona era muy rica en oro, que se encontraba tanto en los ríos como en filones bajo tierra, o incluso en la superficie. Los romanos perforaron una montaña entera en Montefurado para desviar el cauce del río Sil y recoger el oro de los placeres, y aquí abrieron

s

acortes en algunas laderas, como en Toca, Barreiro o Toribio, y excavaron minas subterráneas en Ferreirós, Louzara, Bustofrío...

Laro pensó en Suso o Vello, que buscaba tesoros con el libro aquel, el *Ciprianillo*. Y en lo que había dicho Aureana de que el verdadero tesoro eran los mouros. Sintió un repentino vértigo incapaz de seguir la velocidad de sus pensamientos.

—¿Sabes si hay hallazgos arqueológicos romanos en la zona del Cido y de Moreda?

La bibliotecaria no tuvo que pensárselo mucho.

—Que yo recuerde, cerca del castillo de Carbedo se encontró el águila de bronce de estandarte de una legión romana. Ahora está en el Museo Provincial de Lugo, me parece. Creo que hubo algún otro hallazgo, si te interesa te busco información... pero tendrá que ser otro día. De verdad, hoy me tengo que ir ya. —Le dedicó una sonrisa insegura.

Un águila romana en el castillo de Carbedo. A solo unos metros de distancia del *carrozo* de y Muiñelo.

—Un segundo, un segundo, por favor. —Sin esperar respuesta, entró en Google Maps y buscó la zona del Courel.

Cuando apareció en la pantalla, cargó la vista de tierra y trató de orientarse. Localizó la Devesa da Rogueira y, un segundo después, Moreda y Carbedo. Dejándose llevar por un impulso seleccionó la vista en 3D. Con el cuerpo en tensión, volcado hacia adelante sobre las dos patas delanteras de la silla y con su atención presa de la pantalla, analizó el mapa. La perspectiva le permitía distinguir perfectamente el Cido, cuyo perfil recordaba al lomo de un lagarto descansando al sol. Por el lado norte del monte distinguió la profunda hendidura del *carrozo* de Muiñelo. Justo en el extremo este, donde el Cido era más estrecho, el Muiñelo se unía a otro *carrozo* que subía desde Moreda y ambos juntos, convertidos en un solo cauce, continuaban hacia la derecha.

Solo que era imposible, porque significaría que las aguas corrían ladera arriba.

La otra opción era que el regato de montaña llegaba al Cido y ahí se convertía en dos torrentes al dividir sus aguas entre un ramal por el norte y otro por el sur. Pero él mismo había pateado ese cauce esa misma mañana. Y no había más agua que unos pocos charcos, pese a estar comenzando la primavera. No eran cauces de aguas torrenciales.

Eran artificiales. Todo el Cido, comprobó en el mapa de la pantalla, parecía rodeado por lo que bien podía ser un foso.

El foso romano del monte Medulio.

Las implicaciones le produjeron una intensa excitación. ¿Sería posible que acabara de encontrar el escenario en el que las últimas tribus celtas de la península ibérica se habían inmolidado? La idea le resultaba tan seductora... De repente, ante la mirada sorprendida de la bibliotecaria, dejó escapar una carcajada de puro goce. Cuando ya no esperaba nada de la vida aparecía el valiente caballero para dar muerte a Bois-Guilbert.

Cientos de libros leídos se agitaban en su cabeza, reclamando su atención. Tenía miles de preguntas, un millón de dudas. Pero no le importaba.

Por primera vez en años notaba que la sangre corría por sus venas con fuerza. Iba a descubrir las respuestas. Todas las respuestas. Iba a comprobar si realmente el Cido era el Medulio y a averiguar qué se escondía detrás de todas aquellas historias de mouros y tesoros. Iba a hacerlo.

Se sentía más vivo que nunca.

n

o

,

l

e

e

e

ó

a

,

s

e

o

e

o

a

s

e

o

o

e

n

a

,

l

r

a

## La Fraga de Cecebre

El vivo destello naranja de un camachuelo macho llamó su atención. El pequeño pájaro se posó en una rama cercana y comenzó a emitir su reclamo, un sonido agudo y profundo que no resultaba demasiado melodioso. Desde lo profundo de la espesura, una hembra respondió a la llamada con un canto más breve y débil que terminaba en un sonoro chasquido.

Aureana asintió para sí, profundamente agradecida a los dioses por la primavera que regresaba. Sentada sobre una roca, apenas visible en el claroscuro debido a sus ropas grises observó con semblante sereno la espesura que la rodeaba. Distinguió el verde intenso de las hojas con forma de corazón de la celidonia, que solía utilizar para tratar el escorbuto en los animales, el delicado entramado del hinojo, cuyas cualidades como diurético y expectorante conocía muy bien. Más allá, en un pequeño claro, unos narcisos tempraneros competían por el sol con un arbusto de menta. Recordó que debía aprovechar el camino de regreso para reabastecer su botica. Necesitaba saúco, hierba luisa y un poco de hierba de los gatos para los catarros de la estación.

Inspiró profundamente, llenándose los pulmones con los aromas del bosque. Por todas partes florecía la savia nueva. Los seres vivos sentían la llamada de la nueva estación y respondían disponiéndose a recorrer el camino establecido por la naturaleza desde el principio de los tiempos.

A diferencia de la vida que la rodeaba, ella dudaba de cuál era el camino que debía seguir. Y la duda la turbaba profundamente.

El invierno había sido extraño. Durante meses había sido consciente de que se hallaban en el vórtice de una tormenta. Percibía los vientos que se agitaban a su alrededor y las profundas transformaciones que se avecinaban, pero en torno a ellas todo permanecía en calma, como si el tiempo mismo contuviera el aliento. La falsa paz le había permitido reflexionar sobre su situación y había llegado a la conclusión de que sus presentimientos eran acertados: se acercaban a un punto de inflexión. Ese año habría luna llena en el solsticio de verano. Un hecho así no sucedía desde hacía setenta años. Lo sabía muy bien porque ella había sido concebida esa misma noche.

Percibía la proximidad de los cambios en cada célula de su piel. Y en ese momento, con el invierno alejándose, la calma del vórtice comenzaba también a disiparse. Pronto les azotaría la tormenta. Cuando eso sucediese, necesitaría saber a qué atenerse, qué rumbo seguir. Por eso se encontraba allí.

Un águila culebrera recién llegada de su invernada sobrevoló el bosque al acecho de posibles presas. Aureana no se movió. Recordó que su madre fruncía el ceño y hacía una higa con la mano cada vez que veía una. Su rostro se le apareció de repente con una nitidez inusual. Había sido una mujer de fuerte carácter a la que le había tocado vivir tiempos duros, de guerra y miseria. Sin embargo, siempre se había mostrado paciente con ella. La invadió una oleada de añoranza a evocar a su propia abuela y a su madre sentadas al calor de la *lareira*, con las llamas reflejándose en sus rostros sabios. Recordó lo imponentes que le parecían cuando era joven y el miedo que le daba no estar a su altura. A medida que crecía y le revelaban los secretos de plantas y animales

los hilos que las unían con sus antepasadas y con la misma tierra que las acogía, Aureana había llegado a sentirse abrumada por la responsabilidad.

Un día, tendría ella quince o dieciséis años, su abuela se le había acercado mientras trabajaba en la huerta. Era ya anciana, pero se movía con tal ligereza que no se percató de su presencia hasta que sintió un estremecimiento en su columna vertebral y un escalofrío en la nuca. Al darse la vuelta se topó con la mirada de su abuela, que se había detenido a muy pocos pasos y la observaba con expresión inescrutable.

e «*Ai, filliña...* —murmuró la anciana con un hilo de voz—. ¿Por qué te preocupas? ¿Es que no comprendes que el destino es más poderoso que nosotras?».

a Nunca les había dicho nada, ni a ella ni a su madre, de su miedo a no estar a la altura y de la desazón que le producía la idea del fracaso, pero comprendió que su abuela sabía lo que guardaba en su corazón.

o, Antes de darse la vuelta para regresar a la casa, la anciana contempló la cumbre del Cido y con voz ronca, meneando la cabeza, añadió: «Se acerca el tiempo, *filliña*. Quién sabe, quizá sea tú...».

y No sabía por qué, pero aquellas palabras habían despejado sus dudas y le habían dado una fortaleza que desconocía hasta ese momento.

o. Habían pasado muchos años y ni su abuela ni su madre vivían ya. Y solo ahora percibía lo mismo que había percibido su abuela entonces. Sí, el tiempo se acercaba, ya no tenía dudas. Pero no era ella la elegida. Su tiempo estaba a punto de pasar.

n Era su primogénita. Era Xoana.

s Lo notaba en su vientre. En su pecho. En lo más profundo de su ser. Era Xoana.

o Pero el tiempo se acababa. «Vino la Muerte y pasó su esponja por toda la extensión de la fraga y desaparecieron estos seres y las historias de estos seres...». Xoana seguía sin tener una hija.

Meneó la cabeza. Por eso se hallaba ese día allí, en lo más profundo del Val das Mouras, en las afueras del pueblo de Mercurín. Gruesos troncos de castaños centenarios sujetaban la bóveda vegetal sobre su cabeza y la envolvían en una atmósfera intemporal de musgo, hiedra y muérdago. Entre los castaños se intercalaban añosos ejemplares de rebollos, los más sagrados y purificadores de los árboles. El lugar en el que se encontraba llevaba incontables generaciones siendo el escenario de los rituales de la diosa. Era su santuario. Allí habían acudido su madre y su abuela, y la madre y la abuela de estas antes que ellas, y así hasta que la memoria se perdía en el corazón del tiempo, cada vez que necesitaban de la guía y el consejo de la diosa, cada vez que deseaban conocer el porvenir.

a Como en esa misma ocasión. Necesitaba interpretar las señales. Había observado el vuelo de los pájaros y se había comido el tuétano de tres gallos. Había escuchado los aullidos de los perros y los graznidos de la lechuza y había observado a las mariposas nocturnas que revoloteaban alrededor de su casa, pero las señales eran contradictorias. Por primera vez en muchos años tenía dudas sobre lo que debía hacer.

a No, eso no era cierto.

n Sabía lo que tenía que hacer. Pero cada vez que lo pensaba se le clavaba un puñal en el corazón. Por eso se encontraba en aquel lugar. Porque solo allí, rodeada por aquella paz, podía deshacerse de los lazos que la ataban al mundo y entrar en la esfera de los dioses.

e  
y



a El sol estaba cerca del ocaso. Su hija se retrasaba. Alejó de su mente la impaciencia mientras la invadía una vez más la preocupación. Por más vueltas que le daba no alcanzaba a comprender que Xoana hubiera parido un niño. Era la primera vez que el primogénito de una Covas era un avarón.

a Debía tener una hija. Y pronto: ya no era ninguna chiquilla. Aureana prefería no pensar en lo que podría suceder si Xoana no daba a luz una hembra.

Pero, aun si lo hacía, si tenía una hija, no sería su primogénita.

o El pensamiento la desgarró por dentro. Rogó en silencio a la diosa para que le mostrara el camino... y ella estuviera equivocada. La carita traviesa de su nieto dejó en su pecho una oleada de ternura. Era un chiquillo tan espabilado y cariñoso. Aureana disfrutaba con su curiosidad insaciable, con sus interminables preguntas. Le gustaba pasar horas con él entre pocimas y plantas preparando infusiones y dejando que fluyeran las antiguas historias. Sin embargo, sabía que lo que estaba haciendo no era correcto e intentaba contenerse. No podía transmitirle todo su conocimiento. No era mujer. No era la sucesora. Por más que le gustaría que lo fuera.

El pensamiento de lo que debía suceder se coló una vez más en su cabeza y le produjo un hastiumecimiento. Ojalá la diosa le mostrara otro camino.

Oyó un balido. Alzó la cabeza y vio que Xoana se acercaba entre los árboles. Traía un cordero atado con una cuerda. Era un animal tierno, a punto de cumplir el año de vida, con la lana de un blanco impoluto y las orejas estiradas a ambos lados de la cabecita como si fueran antenas. La gruesa capa de humus y musgo que cubría el suelo le había impedido oír su aproximación.

Sin saludar a su hija, se puso de pie. Notó que le crujían los viejos huesos y que los músculos agradecían el movimiento. Una lavandera blanca picoteaba el suelo en busca de larvas. Aureana pasó a su lado sin que el pajarillo se asustase. Se dirigió a la boca de una cueva que se abrió pocos pasos por detrás de donde había estado sentada. Contempló un segundo la boca de la gruta y después, lentamente, comenzó a quitarse la ropa.

a —*Mai*—la saludó Aureana. El cordero baló de nuevo.

o Aureana quedó desnuda. Pese a sus muchos años conservaba una complexión esbelta. La piel era de un blanco casi transparente y dejaba ver la fina red de las venas bajo su superficie. Los pechos eran macizos y pesados. La figura, coronada por una larga cabellera blanca, resultaba imponente. Dejó la ropa en el suelo del bosque y, sin responder al saludo de su hija, penetró en la cavidad. La humedad y el frío del interior hicieron que se le erizaran los pelos del cuerpo. Se detuvo mientras sus pupilas se adaptaban a la penumbra y después, agachándose, descendió por una rampa hasta llegar a una galería larga y amplia que se perdía en la oscuridad.

e Se sentó en el centro del espacio. El barro y el agua en contacto con la piel de sus nalgas le provocaron un escalofrío.

n Xoana, vestida y llevando en brazos al cordero, llegó un poco después. Aureana pensó que su hija era una mujer obediente y respetuosa y que debía estarle agradecida a la diosa por ello. Traía en la mano un candil que creaba claros y despedía un olor a aceite rancio. El animalillo balaba llamando a la madre, aterrorizado por la oscuridad. Con movimientos hábiles, Xoana sujetó el cabo de la correa del animal en una argolla en la pared y después salió al exterior. Volvió al cabo de un rato con un brazado de leña. Se sentó frente a su madre y comenzó a preparar un fuego. Aureana meneaba la cabeza suavemente de un lado a otro, con los párpados entrecerrados, mientras murmuraba ancestrales invocaciones con voz monótona.

Cuando el fuego prendió, Xoana puso un cazo con agua en él y lo dejó hervir. Hurgó en un zurrón que llevaba colgando y sacó varias hierbas que introdujo en el agua. En la cavidad solo se

soía el crepitar de la leña y el goteo rítmico del agua. Hacía un frío intenso. El corderillo se había rumbado en el suelo y ya no balaba.

n —Ya está lista, *mai*.

Aureana pareció volver en sí. Tomó el cazo que le ofrecía su hija y sopló el líquido para no quemarse. Bebió a pequeños sorbos. La infusión le calentó el cuerpo. Su mente ya no formulaba pensamientos. Solo sentía. El vacío de la caverna era el vientre de la Tierra, y ella misma la semilla que había de fertilizarla.

l Los efectos de la infusión no se hicieron esperar. Notó las corrientes atávicas y se sintió atravesada a una realidad superior. Percibió la presencia de la diosa y, embriagada, se dejó llevar. La realidad perdió consistencia. Se sumió en las corrientes de lo posible.

, El cordero baló aterrorizado cuando Xoana soltó la cuerda y lo acercó al fuego. Con movimiento experto, Aureana recibió el animal y el cuchillo que le ofrecía su hija. De sus labios usaba una cantinela monocorde. Así, con el cordero firmemente sujeto con la mano izquierda y el cuchillo en la derecha, aguardó largo tiempo, dejándose llevar por las visiones que la diosa le enviaba.

De repente la notó. Sus ojos se abrieron y se enfocaron directamente en un extremo de la galería. Entre los claroscuros creados por las llamas distinguió el cuerpo largo y grueso, el hocico plano y las pupilas verticales. Tenía las escamas de un color pardo más o menos oscuro, con un adiseño en zigzag recorriéndole el lomo.

Una hembra. Como debía ser.

s Sin apartar la mirada de la víbora, sajó el cuello del cordero con un diestro movimiento de acuchillo. El balido del animal se interrumpió. Un chorro de sangre empapó el suelo y el cuerpo de Aureana, que apartó la mirada de la víbora y observó con atención las manchas que dibujaba la sangre. Xoana no le quitaba la vista de encima, atenta a todos sus movimientos, pero no le presta atención. Tras unos instantes, meneó la cabeza con violencia y el canto monocorde subió de intensidad. Dio un nuevo trago a la infusión y después se dejó caer sobre el barro del suelo con la cara hacia el techo de la gruta.

s Cerró los ojos. Su mente era un calidoscopio, un túnel de imágenes y sonidos que atravesaba las eras. Oyó voces perdidas hacía siglos, gritos que resonaban en sus oídos como lamentos arrancados al ataúd del tiempo. Se sumergió en un remolino de una intensidad tal que su canto se rompió. La embargó una sensación de urgencia. La anegó la incertidumbre y miró a su alrededor buscando a la diosa.

Estaba allí. La rodeaba. La acogía.

e



u  
a Mucho rato después, Aureana yacía en el suelo. Las llamas de la hoguera se habían convertido en ascuas. La oscuridad era casi completa.

a Se irguió con dificultad. Había perdido la sensibilidad de sus manos y sus piernas. Xoana aguardaba inmóvil frente a ella, observándola con obsesiva fijeza.

r  
s Sus músculos lanzaron trallazos de dolor al cerebro. Moviéndose con torpeza, salió de la cueva. Fuera ya había caído la noche. Estaba vistiéndose cuando se percató de que Xoana estaba tras ella.

n  
e Terminó de vestirse y avanzó unos pasos. Cerró los ojos. Aguzó los sentidos. El bosque era una penumbra de hojas y vidas ocultas, pero ella estaba buscando otra cosa.

a Un graznido rompió el silencio. Abrió los ojos y descubrió frente a ella, en una rama baja, un cuervo que la miraba con fijeza. Volvió a graznar.

Se estremeció.

o —Habrá una muerte —dijo Xoana tras ella, y no tuvo que volverse para saber que también había visto el cuervo. Su voz tenía un tono metálico que le heló el alma—. Una muerte. Después lo encontraremos.

La anciana carraspeó, profundamente turbada.

ó —Lo primero es lo primero. Prepararé el filtro de amor. Lo usarás en el solsticio.

ó —¿No es muy tarde? Todavía quedan meses, *mai*. Lo que hay que hacer, mejor hacerlo cuanto antes.

n —No. Es necesario aguardar. La diosa manifestará su voluntad en el solsticio, cuando la luna llena triunfe sobre la oscuridad en la noche más corta del año. Has de preparar el camino y asegurarte de que... —Se interrumpió. Acababa de darse cuenta de que en la rama, al lado de epájaro, había más sombras. Al principio no las había visto porque se hallaban algo separadas pero no había duda.

a No, no era un cuervo. Eran tres.

o Le recorrió un escalofrío.

n

l

e

a

ó

e

a

n

s

e

;

o

a

a

a

a

Un graznido rompió el silencio. Abrió los ojos y descubrió frente a ella, en una rama baja, un cuervo que la miraba con fijeza. Volvió a graznar.

Se estremeció.

—Habrá una muerte —dijo Xoana tras ella, y no tuvo que volverse para saber que también había visto el cuervo. Su voz tenía un tono metálico que le heló el alma—. Una muerte. Después lo encontraremos.

La anciana carraspeó, profundamente turbada.

—Lo primero es lo primero. Prepararé el filtro de amor. Lo usarás en el solsticio.

—¿No es muy tarde? Todavía quedan meses, *mai*. Lo que hay que hacer, mejor hacerlo cuanto antes.

—No. Es necesario aguardar. La diosa manifestará su voluntad en el solsticio, cuando la luna llena triunfe sobre la oscuridad en la noche más corta del año. Has de preparar el camino, asegurarte de que... —Se interrumpió. Acababa de darse cuenta de que en la rama, al lado del pájaro, había más sombras. Al principio no las había visto porque se hallaban algo separadas, pero no había duda.

No, no era un cuervo. Eran tres.

Le recorrió un escalofrío.

## La Abadía

Las imponentes murallas romanas ceñían la ciudad como un anillo de piedra. Lugo era una población pequeña, pero después de tanto tiempo Laro se sintió agobiado por el tráfico de una mañana cualquiera. Tras unas cuantas vueltas infructuosas, consiguió aparcar en una calle de la afueras cuyo nombre, cuando lo buscó para recordar dónde dejaba el coche, le resultó bastante irónico, a juzgar por el frío y la lluvia que no cesaban: rúa Primavera.

Arrebujado con la zamarra, pegado a las paredes de las casas para mojarse lo menos posible alcanzó la Ronda da Muralla y entró en el casco antiguo por una de las puertas. Tras preguntarle el camino a una señora con un carrito de la compra y un gran paraguas negro a la que parecía no importarle lo más mínimo el aguacero, dirigió sus pasos hacia la Praza da Soidade. Las calles estaban llenas de hombres y mujeres que iban de un lado para otro sin excesivas prisas, tomaban café en los bares o charlaban resguardados bajo los soportales. El ambiente era muy distinto del de Madrid, mucho más relajado, pero aun así le molestó el ajeteo. Se dio cuenta, con cierta sorpresa, de que echaba de menos el silencio del Courel. Sin embargo, era una ciudad hermosa, de tejados de pizarra, calles enlosadas y señoriales edificios de piedra.

El Museo Provincial se alojaba en un convento rehabilitado y contaba con dos plantas organizadas en torno a un claustro de columnas pareadas. Afortunadamente, la entrada era gratuita. Una vez en el interior se lo tomó con calma. Paseó por las diversas salas con la sensación de que entraba en un túnel del tiempo. Las colecciones de arte sagrado, la imaginería gótica y barroca; los espacios dedicados a la pintura gallega no le interesaron lo más mínimo, pero los mosaicos romanos y las salas de prehistoria y arqueología estaban bien abastecidas. Hacía tanto tiempo que no visitaba un museo que pronto se sintió abrumado.

En una de las salas dedicadas a la etnografía se topó con una serie de maquetas que reproducían las casas de los antiguos castros. Eran diminutas construcciones de piedra de paredes circulares y tejados de paja. Algunas incluso tenían sobre el tejado una sustancia blanca que imitaba la nieve. Observó cada detalle mientras su cabeza imaginaba aquellas construcciones en el castro del Cido y a las gentes que vivieron allí dos mil años antes. Sin embargo, cuando tuvo delante lo que había ido a observar, el águila de bronce del estandarte de una legión romana que según la bibliotecaria de Folgoso, había aparecido cerca de Carbedo, se sintió decepcionado: era diminuta, de menos de diez centímetros de alto, y de talla bastante tosca. Se había imaginado algo mucho más imponente. Aun así, la idea de que hubiera aparecido tan cerca del lugar donde vivió lo emocionó.

Habían pasado tres semanas desde que visitara por primera vez la biblioteca de Folgoso. Desde entonces no paraba. Había pateado el Cido una y otra vez y regresado a la biblioteca en tres ocasiones, cada vez con nuevas preguntas y nuevas urgencias. Había recorrido entero el *carrozo* de Muiñelo y el otro, que llamaban «da Gralleira», que bajaba hasta el pueblo de Moreda desde los dos grandes peñascos enfrentados que localizó en su primera visita y que, ahora lo sabía, eran conocidos como Penas Millaras. Había escarbado en los libros de historia y en

internet en busca de datos que corroboraran su hipótesis. Sin embargo, la biblioteca de Folgosa era demasiado limitada y pronto se había dado cuenta de que, si quería hacerse una idea más ajustada de lo sucedido, tenía que visitar el museo de Lugo, donde además se guardaban el águila y otro hallazgo peculiar, una tésera o tabla de hospitalidad que también había sido encontrada muy cerca del castillo de Carbedo. Al parecer, entre los pueblos celtíberos era común sellar pactos de hospitalidad, de carácter sagrado e inviolable, cuyas condiciones se tallaban sobre placas de madera, marfil o metal.

a La localizó al lado del águila. Se trataba de una lámina de bronce de unos veinte centímetros de ancho por treinta de alto con un texto grabado entre dos columnas estriadas. En la parte superior tenía un frontón con un altorrelieve de una cabeza humana en su centro y dos grandes volutas decorativas a los lados. Acercó la cabeza todo lo que pudo al cristal que la protegía, pero no consiguió descifrar el texto, no solo por la dificultad de lectura, sino porque sus conocimientos de latín estaban completamente atrofiados.

l Aunque tampoco podía decirse que hubieran sido muy amplios alguna vez. Se quedó plantado en medio de la sala, frustrado, contemplando la inscripción y mirando a un lado y al otro mientras trataba de decidir qué hacer. No quería desaprovechar el viaje, pero cuanto más veía, más dudas le surgían. Tenía la sensación de que era un niño que no sabía leer mirando con fascinación los dibujos de una gruesa enciclopedia.

a Echó un vistazo furtivo a la vigilante de seguridad que se sentaba en una mesa a la entrada de la sala. Quizá ella podría orientarlo. Se dio cuenta de que la mujer no le quitaba ojo y eso le puso nervioso. Tampoco resultaba muy extraño que le vigilara, era el único visitante de la sala y probablemente de todo el museo, no parecía tener mucho más que hacer. Se imaginó que un trabajo como aquel debía de ser lo más aburrido del mundo.

e Volvió a echar un vistazo a la puerta y esta vez sus miradas se cruzaron. Laro apartó la suya como si aquellos ojos le quemaran. Ya decididamente alarmada, la mujer se levantó y avanzó hacia él. Lo hizo sin prisas, como si estuviera paseando, como si no quisiera poner sobre aviso a su presa.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó, todo amabilidad, cuando estuvo a su lado. Laro veía la sospecha en el fondo de sus ojos marrones. Tragó saliva mientras se llamaba estúpido por dentro. Llevaba tanto tiempo encerrado en sí mismo que tenía atrofiada la sociabilidad. Abrió la boca, pero de ella solo salió algo parecido a un balbuceo entrecortado y volvió a cerrarla—. ¿Se encuentra bien? —preguntó ella.

o —Sí, sí —consiguió decir al fin—. Esto... ¿Sabe dónde podría... si en alguna parte...?

, La vigilante frunció el ceño, cada vez más alerta.

a —¿Y bien? —le animó.

o Joder. Aquello era ridículo. Rabioso consigo mismo, hizo un esfuerzo por dominarse.

a —Me interesaría conocer la transcripción del texto de esa tésera —señaló la urna—. ¿Sabe de alguien que me pueda ayudar?

. La expresión de la vigilante pasó de la alerta a la distensión. Una mínima sonrisa brotó en la comisura de sus labios. Le indicó por dónde podría llegar a la biblioteca del museo.

l —Pregunte por Ignacio Vilar. Es la persona más indicada —y se le ensanchó la sonrisa.

a

o

n



Media hora después, Laro entendía perfectamente el significado de aquella sonrisa.

o —Te voy a decir una cosa. —El bibliotecario era un tipo de treinta y pocos años, con un sbarbita de chivo y una irritante sonrisita de suficiencia—. Hay mucho iluminado por ahí que con cuatro datos y un empacho de imaginación se monta unas películas tremendas. Aquí hasta el más yndocumentado es un experto, te lo digo yo, que he visto lo mío... —Laro lo observó en silencio aguardando a que siguiera. Porque estaba claro que iba a seguir. El fulano era de los que no se aguardaban sus opiniones ni aunque le pusieran un bozal. Tenía el ego tan hinchado que resultaba difícil entrar en la sala con él dentro. Lo habría mandado a paseo con gusto, pero había recorrido muchos kilómetros para buscar la información que necesitaba. Un segundo después, en efecto, el fulano siguió hablando—. Así que no te vayas a creer que eres el primero al que se le ocurre algo así, qué va. Ya te digo que aquí hay mucho aficionado que se lee cuatro libros y se cree la hostia. Bueno, no lo digo por ti, claro... En fin, esto del Medulio es viejo ya, hay muchas localidades que reclaman para sí el mérito, pero hasta el momento nadie ha podido establecer la localización de forma definitiva, ya sabes, las fuentes que tenemos no son demasiado precisas y permiten demasiadas especul...

s —¿Qué fuentes? —le interrumpió Laro, un poco fastidiado. En las semanas anteriores ya había descubierto que no era el primero en relacionar el Cido con el Medulio, pero saberlo era una cosa y que se lo restregaran por la cara otra muy distinta. Y menos si lo hacía un tipo tan prepotente como aquel. En realidad había un puñado de teorías que situaban al Medulio en una docena de lugares diferentes en Asturias, León, Cantabria o la propia Galicia, pero nadie había conseguido demostrar una u otra hipótesis más allá de toda duda, así que el misterio continuaba sin resolverse. Pero cuanto más investigaba más se convencía de que su suposición era correcta.

o Estaban sentados a ambos lados de una funcional mesa de trabajo en una sala anexa a la biblioteca, la versión moderna de un *scriptorium* monástico. Sin duda, Ignacio Vilar se tenía por el monje guardián de sus tesoros. Al oír su pregunta se echó para atrás en su asiento y Laro comprendió que se disponía a dar una clase magistral. Suspiró y esperó que al menos le sirviera para algo.

—Oh, bueno, a ver, déjame que recapacite. Como ya sabrás no hay muchos autores romanos que hablen del asunto, al cabo fue una especie de derrota para ellos, o una victoria vergonzosa más exactamente, y por si fuera poco la mayor parte de los que mencionan el episodio ni siquiera estuvieron aquí. Floro y Orosio son nuestras fuentes principales, pero ambos vivieron mucho después, así que se limitaron a reproducir lo que cuenta Tito Livio en el libro XXXV de su *Décadas*, que como seguro ya sabes se ha perdido... —le dedicó una sonrisita de suficiencia que consiguió que a Laro le rechinaran los dientes. Aquel tipo era un memo completo pero parecía saber de lo que hablaba, así que hizo un esfuerzo por controlarse.

—Sí, claro —respondió con una mueca avergonzada.

El otro ensanchó la sonrisa, convencido de que le mentía.

e —Pues eso. Estrabón sí que vivió en el momento correcto y dedicó el tercero de los diecisiete libros de su *Geografía* a la península ibérica, aunque tampoco estuvo nunca por aquí. Después están Pomponio Mela, que era de Cádiz, y Plinio el Viejo, por supuesto, con su *Naturalis historia* que estuvo en Hispania aunque vivió unas décadas después, y también...

Laro comprendió que tenía que redirigir la atención del bibliotecario si no quería que se ahogara en nombres.

—¿No hay nadie que sitúe el Medulio en un lugar identificable?

El otro hizo un ruidito como un chasquido con la lengua.

—Orosio es el único que precisa algún detalle geográfico. *Medulium montem Minio flumin*

*ainminuten*, escribe, el monte Medulio está en las cercanías del río Miño.

n Laro sintió que se le hundían los hombros. ¿Cerca del Miño? En ese caso ya podía descartar esa teoría, porque ese río estaba bastante lejos del Courel.

l, —Ya —murmuró, con desgana.

e Ignacio Vilar interpretó su decepción y le brotó una nueva sonrisa de suficiencia.

a —Tse, tse. Eso no excluye nada. En realidad, muchos autores consideran que el Minio de Orosio es el Sil, que desemboca en el Miño y pasa cerca del Cido. Piénsalo, el macizo del Courel se alza sobre el Sil. El río Lor, que pasa justo al lado del Cido, desemboca en el Sil, que a su vez lo hace en el Miño... Es más, como seguro ya sabes *sil* y *minium* significan lo mismo en latín y hacen referencia a un limo o lodo ocre, del color del minio. Y el concepto de cercanía es muy amplio en alguien de fuera que ni siquiera ha estado aquí. Así que, en efecto, Orosio podría referirse a cualquiera de los dos ríos, ambos se llaman igual, de alguna forma. En realidad, si tú soy franco, hay bastantes indicios que apuntan a que el Medulio es el Cido, pero claro, una cosa es plantear una hipótesis y otra darla por hecho porque sí, sin evidencia alguna...

a Aquello hizo que recuperara el interés.

a —¿Qué evidencias hay, según tu opinión?

e —Hombre, sin duda toda esa comarca, las montañas del Courel, fueron muy codiciadas y explotadas después por los romanos por sus minas de oro. En Montefurado llegaron a excavar un túnel en una montaña para desviar el Sil y recoger el oro de las arenas fluviales, con este digo todo. Además, hay quien dice que Cido procede de *occidio*, que puede traducirse como matanza o carnicería, o quizás de *caedere*, matar. Por otra parte, si conoces el monte sabrás que es empinado y de fácil defensa, justo el lugar que elegirían los celtas para atrincherarse frente a un enemigo tan poderoso como Roma. Después está lo de que en su cima hay un gran castro, que en la zona hay tejos, los restos del posible foso y los hallazgos del águila y la tésera, claro. Sin embargo, como te digo, el principal problema es que todo esto son pruebas circunstanciales, no se ha encontrado ninguna evidencia.

s La mención de la tésera le hizo recordar el motivo original de su presencia allí.

l, —¿Hay alguna traducción del texto de esa tésera?

a —Sí, claro, pero no tiene nada que ver con el Medulio. O no al menos directamente, se trata de un pacto de hospitalidad del año 28, estamos hablando de unos cincuenta años después de la batalla del Medulio, cuando los romanos ya estaban asentados aquí. Más o menos, ya digo, porque la fecha de la batalla tampoco está muy clara, unos hablan del 26 antes de nuestra era y otros de a22...

—¿Antes de nuestra era? —se le escapó a Laro.

El bibliotecario sonrió con suficiencia.

—Sí, se escribe a.n.e., lo usamos cada vez más historiadores e instituciones para desterrar de una vez la expresión «antes de Cristo». Es mucho más neutral, ya me entiendes. También se usa «era común», e.c., y «antes de la era común», a.e.c. Lo que más te guste...

l, —Ya —asintió Laro con poco interés. Tenía la cabeza en la tésera aquella. Ignacio Vilar se dio cuenta y volvió al tema.

e —A ver, espera, debo de tener la traducción por aquí... —Se levantó y rebuscó en una estantería cercana. Extrajo un grueso volumen ilustrado y lo hojeó hasta dar con la reproducción de la tésera. Bajo la imagen se podía ver el texto en latín y, después, la traducción al castellano. Se lo señaló con el dedo mientras seguía hablando—. Al parecer se trata de un pacto de

hospitalidad entre dos familias o quizá entre dos tribus, los susarros y los lougei, por el cual estos últimos reciben como clientes a los susarros.

—¿Clientes?

Ignacio Vilar enarcó las cejas y apartó la mirada del texto que estaba siguiendo con el dedo. Echó una vistazo desdeñoso a Laro, pero al instante substituyó su expresión por otra de infinita paciencia. Siguió hablando con el tono de un maestro paciente con un alumno torpe.

—En Roma los clientes eran individuos de bajo rango socioeconómico que se acogían a la protección de un patrono de mayor rango y poder.

Laro hizo caso omiso de los gestos de suficiencia del memo aquel. Con cierta brusquedad, le arrebató el volumen de las manos y leyó el texto de la tésera y su traducción:

[ APPIO IVNIO SILANO P SILIO / NERVA COS / TILLEGVS. AMBATI. F. SVSARRVS /  
.AIOBAIGIAECO. HOSPITIVM / FECIT. CVM LOVGEIS CASTELLANIS / TOLETENSIBVS. SIBI  
VXORI. LIBE / RIS POSTERISQVE. SVIS. EVMQ / VE VXOREM LIBEROSQVE. EIVS / IN  
FIDEM. CLIENTELANQVE. SVA / M. SVORVMQVE. IN PERPETVO. CAS / TELLANEI.  
TOLETENSIS. RECEPERVNT / EGIT. TILLEGVS. AMBATI IPSE / MAG. LATINO. ARI. ET. AIO  
TEMARI.

Siendo cónsules Appius Iunius Silanus e Publius Silius Nerva, Tilegus, hijo de Ambatus, del pueblo de los susarros y pertenecientes al castro Aiobaigiaeco, hizo un pacto de hospitalidad con los lougei, habitantes del *castellum* de Toletum, para sí mismo, para su mujer, para sus hijos y para sus descendientes. Por su parte, los habitantes del *castellum* de Toletum lo recibieron para siempre como cliente, a él y a los suyos. Levantó acta del acuerdo Tilegus mismo, hijo de Ambatus, siendo magistrados Latinus, hijo de Arus, e Aius, hijo de Temarus.

—¿Y por qué firmarían un pacto así? —preguntó—. ¿Qué sentido tiene?

El bibliotecario se encogió de hombros.

—Quién sabe. Con un poco de perspicacia podemos deducir alguna cosa, pero claro, son solo interpretaciones arriesgadas...

Laro contuvo la sonrisa que se le venía a los labios. «Con un poco de perspicacia» quería decir que él podría, pero que Laro jamás lo conseguiría sin su ayuda. Nunca había conocido a nadie tan pagado de sí mismo. Sin embargo, ni siquiera le molestó. Si soportar su engreimiento era el precio para sacarle información, estaba dispuesto a pagarlo. Además, no costaba ningún esfuerzo tirarle de la lengua: el tipo estaba deseando demostrar lo muy por encima de él que se hallaba y lo mucho que sabía.

—¿Qué te parece a ti?

El otro se llevó la mano derecha al mentón, como si la pregunta le sumiera en profundas reflexiones.

—Yo diría que los susarros, o susornos, como también se les llama en alguna otra parte, son de fuera, de ese castro de Aiobaigiaeco, que no se ha podido localizar, y que por algún motivo se han asentado aquí, en el Courel.

—¿Por qué en el Courel? Aquí se habla de... —buscó el texto hasta encontrar la referencia— del *castellum* de Toletum...

El bibliotecario chasqueó la lengua de nuevo y meneó la cabeza.

s —No, no, hay que saber leer. Un *castellum* es una fortificación, un *castrum*, un campamento militar. Y Toletum viene de *tollitum*, que significa «levantado en un alto». Así que de lo que se está hablando aquí es de una fortificación en una zona elevada. Por lo que sabemos, y teniendo en cuenta dónde se ha encontrado la tábula, podría tratarse del mismo castro del monte Cido. No sería descabellado pensar que los romanos, tras la conquista, convirtieron el antiguo castro en una fortificación en la que además de sus legionarios vivirían tribus o familias de galaicos recién conquistados, para controlarlos de cerca. Son los louguei los que firman el pacto de hospitalidad y esos louguei o lugoí eran una tribu de esta zona. ¿De dónde te crees si no que viene el nombre de Lugo?

—¿Del dios celta Lug? —no pudo resistirse Laro, contento de poder responder alguna pregunta.

Ignacio Vilar meneó la mano como si quisiera espantar una mosca molesta.

—Sí, bueno, es lo mismo, el nombre de la tribu procede también del dios Lug... —dudó— Aunque estos lugoí adoraban a la diosa Medhu o Maeve, una diosa guerrera temida por los hombres y relacionada con la belleza femenina, la menstruación, la lucha por la independencia... Según parece, las mujeres la invocaban para recuperar la salud o algo así. —Se encogió de hombros—. En cualquier caso, Lug es un dios principal y esta gente era politeísta, así que tiene sentido que el nombre de la tribu se relacionara con el del dios principal...

Laro se dio cuenta de que el bibliotecario se iba por las ramas.

—Así que, según tú, esos susarros eran de fuera.

—Yo diría más, aunque claro, es pura especulación, pero los romanos eran tipos listos : tenían mucha experiencia en esto de dominar territorios. Para mí que esos susarros eran miembros de alguna tribu leal a Roma. Imagino que al traerlos aquí y convertirlos en clientes de los louguei buscaban estabilizar definitivamente el territorio...

—¿Y no sería más lógico que los clientes fueran los louguei y los patronos los susarros? A cabo, los recién conquistados eran los louguei...

o El bibliotecario se encogió de hombros.

—Quizá. Sí, quizá tengas razón. ¡Quién sabe! Puede que hubiera alguna razón por la que a supeditarlos a los louguei, pero francamente entramos en el terreno de las especulaciones.

a Laro comprendió que de allí ya no iba a sacar nada más en claro. Bastante había sacado ya a Tenía un montón de datos que repensar con calma. Echó un vistazo a un reloj de pared y se n sorprendió al descubrir que eran ya pasadas las dos de la tarde. Llevaba allí más de cuatro horas e con razón estaba hambriento. Agradeció al bibliotecario sus explicaciones y comenzó : despedirse, pero este, al ver la hora, le cortó.

—Deja, deja, te acompaño. Total, es casi mi hora de salida...

s Se pusieron los abrigos y se dirigieron a la puerta. Una vez fuera, Laro pensó en preguntarle s conocía algún sitio donde comer a buen precio, pero temió que el otro se le uniera. Ya había n tenido suficiente prepotencia por una temporada. Además, si se le unía, aunque solo fuera par: e tomar un vino o una cerveza, se vería en la obligación de invitarlo, y su bolsillo no estaba par: ustos. Maldijo para sí. Estaba harto de pasarse la vida sin un céntimo en el bolsillo. Se volvió , hacia el bibliotecario, se despidió de nuevo y comenzó a alejarse. Hacía un frío cortante pero, a menos, había dejado de llover.

—Por cierto, ¿cómo me habías dicho que te llamabas? Laro, ¿no es así? Y no eres de aquí decías... —Cogido de sorpresa, se detuvo y se volvió hacia el otro, que seguía en la puerta. A presentarse habían charlado un poco sobre vaguedades y él le había comentado que era de

Madrid, pero que estaba pasando una temporada en el Courel. Antes de que pudiera decir nada, el bibliotecario prosiguió con una sonrisita petulante mientras se ponía unos guantes forrados de piel contra el frío del exterior—. Pues es gracioso, porque no serás de aquí, pero tu nombre sí que lo es. Laro es un nombre de origen celta, ¿lo sabías? —Y, sin darle tiempo a responder, comenzó a andar en la dirección opuesta.

Se quedó viendo cómo se alejaba, pensando si merecía la pena contradecirlo. Decidió que no. El bibliotecario era de los que preferían que les dieran la razón, la tuvieran o no.

«Además —se dijo—, ¿qué puede importar?»

a

.

s

.

e

e

y

s

i

l

e

l.

e

,

a

i

a

a

a

ó

l

.

l

e

Madrid, pero que estaba pasando una temporada en el Courel. Antes de que pudiera decir nada, el bibliotecario prosiguió con una sonrisita petulante mientras se ponía unos guantes forrados de piel contra el frío del exterior—. Pues es gracioso, porque no serás de aquí, pero tu nombre sí que lo es. Laro es un nombre de origen celta, ¿lo sabías? —Y, sin darle tiempo a responder, comenzó a andar en la dirección opuesta.

Se quedó viendo cómo se alejaba, pensando si merecía la pena contradecirlo. Decidió que no. El bibliotecario era de los que preferían que les dieran la razón, la tuviera o no.

«Además —se dijo—, ¿qué puede importar?»

## El Sudán

—Pinto. Te voy a llamar Pinto. ¿Te gusta el nombre, Pinto?

Dejó el azadón en el suelo y le hizo una seña para que se acercara. El animal no se lo pensó dos veces y corrió hacia él ladrando de contento. Era un perro de raza indefinida, de pelaje corto y amarillento, casi blanco en el rostro y con manchas más oscuras en el lomo. Llevaba rondándolo varias semanas, durmiendo donde podía y siguiéndole a todas partes. Cuando salía de casa cada mañana se lo encontraba en la puerta, esperándole sentado sobre sus ancas traseras y con la lengua fuera. Cuando iba al monte le seguía unos pasos por detrás, y si se detenía en cualquier lugar aunque se quedara quieto durante horas, le aguardaba pacientemente. Saltaba a la vista que estaba necesitado de cariño y compañía. «Como yo mismo», pensó Laro con una mueca de amargura: mientras acariciaba a Pinto y recibía a cambio gruesos lengüetazos.

Se encontraba mucho más animado. No sabía si toda aquella historia del Medulio iba a alguna parte, pero al menos servía para sacarle de su ensimismamiento. La idea de hallarse tan cerca de un lugar en el que un pueblo entero se había inmolado para evitar la conquista atrapaba su imaginación como lo hacían de joven las historias de exploradores y descubrimientos. Con una diferencia que le dejaba la boca abierta: ahora era él, y no los personajes de los libros, quienes acariciaba con las yemas de los dedos lo extraordinario.

Cogió de nuevo el azadón, se puso en pie y se secó el sudor de la frente. Pinto se retiró a un terreno más firme y se tumbó al sol del mediodía. Laro observó el campo. Había cavado un terreno a poca distancia de la casa y estaba plantando patatas, lechugas y guisantes. Su huerto. No es que tuviera demasiado claro cómo se hacía, en realidad no tenía ni idea, pero le daba lo mismo.

Ya aprendería. Le agradaba el ejercicio físico y necesitaba el alimento. La perspectiva de obtener su propia cosecha le producía un placer anticipado. ¡Quién le iba a decir que iba a terminar convertido en campesino! La idea le resultaba tan chocante que no pudo evitar que la boca se le abriera con una sonrisa.

Apoyó el codo en el extremo del mango y cerró los ojos con la cara vuelta hacia el sol. Percibió el calor primaveral en la piel y se dio cuenta de que por primera vez en mucho tiempo se encontraba a gusto. En alguna parte de su interior se había abierto una espita por la que escapaba la presión.

Sin poder evitarlo, su pensamiento volvió al Cido, que se encontraba justo frente a él, y abrió los ojos para contemplarlo. Tenía algo mágico. Parecía el inmenso lomo de un animal prehistórico tumbado al sol.

Recapacitó. Ya tenía datos suficientes sobre los hechos históricos y había recorrido varias veces la zona, incluido el posible foso romano. Por ese lado no había mucho más que esperar. ¿Qué podría hacer a continuación para demostrar que aquella loma era el Medulio? «En el caso de que lo sea». No podía darlo por hecho. No quería confundir los deseos con la realidad, ya había tenido demasiados deseos frustrados en su vida.

La única forma de demostrar su teoría era toparse con algún hallazgo arqueológico incuestionable. Pero, ¿cuál? Los posibles restos del asedio habrían desaparecido mucho tiempo atrás. Las balistas y demás armas eran de madera, y las huellas que dejaba un campamento romano no eran tan duraderas como para sobrevivir dos mil años en un terreno tan agreste como aquel con fuertes pendientes, lluvias primaverales, nieve invernal y soles intensos en verano. Aque clima era capaz de borrar cualquier rastro de...

O no. Lo sacudió una posibilidad. No, no. Había estado pensando en restos materiales perecederos, pero había otro tipo de rastro que no se borraba tan fácilmente: el recuerdo de lo sucedido. Un hecho así dejaría una profunda huella en las gentes. Su relato pasaría de boca en boca. Se contaría en las noches de invierno, de padres a hijos y de estos a los suyos, y así durante generaciones, hasta que los hechos fueran perdiendo consistencia y desliziéndose en el terreno de las leyendas. ¿No era eso lo sucedido con el Medulio y los mouros? ¿No era la leyenda de los amouros que le había contado Aureana una prueba más de que el Medulio era el Cido?

Lo que tenía que hacer era hurgar en las leyendas de la zona. Buscar cuanta información pudiera sobre la *mourindade*. Si tenían una base real, y cada vez lo dudaba menos, era posible que en alguna de ellas se escondiera la pista para hallar algún resto arqueológico que aclarara definitivamente la cuestión.

El tesoro. Si lo pensaba bien, era lógico. En el Medulio se habían refugiado gentes de muchos distintos lugares, a medida que los romanos iban conquistando sus territorios y arrinconándolos. Cuando uno abandona su casa y su tierra para no volver, ¿qué se lleva? Alimentos, armas... riquezas. Joyas. Jefes, guerreros, artesanos, comerciantes, druidas, todos llevando sus joyas más apreciadas, sus torques, arracadas, brazaletes, pulseras, pendientes...

¿Qué habría pasado con todos esos tesoros? Era posible que los legionarios se hubieran hecho con ellos, aunque le parecía extraño que un botín de tal magnitud no dejara huella en los cronistas romanos, muy dados a medir el valor de sus generales por el monto de sus trofeos. Pero también podría ser que los defensores del Medulio, viéndose al borde de la derrota, decidieran hurtar la recompensa a sus conquistadores y hubieran escondido sus joyas. Estaban cercados, pero, ¿no dedecían que el Cido era un colador de túneles y cuevas? Bran lo había llamado... ¿Cómo era? Sí del Reino Invisible. El reino de los mouros. ¿Y si de verdad había un tesoro? El que buscaba Susao Vello. ¿Qué había dicho Aureana? Que eran las guardianas de los mouros. ¿Querría decir eso que sabían dónde se escondía el tesoro?

Meneó la cabeza, excitado y aturcido a partes iguales. Alto, estaba desvariando. Estaba dando credibilidad a meras leyendas. ¡Un tesoro, lo que le faltaba! Esa sería la prueba final de que el Cido era el Medulio. «Y tanto que lo sería», se le escapó en voz alta. Pinto, al oírle hablar, ladró como respuesta. Laro sintió que se le ensanchaba la sonrisa en el rostro.

Le urgó la necesidad de seguir aquella pista y decidió ir a ver a las Covas. Dejó caer el cazadón y se dirigió a Carbedo, seguido de cerca por Pinto. Tenía que oír cuanta leyenda hubiera relacionada con los mouros. No perdía nada. Probablemente terminaría concluyendo que todo eran imaginaciones suyas, pero no perdía nada por intentarlo y no se le ocurría de qué otra forma seguir con sus pesquisas. Además, aunque eso le costaba más confesárselo, tenía ganas de volver a ver a Xoana. Recordó el contacto de su mano y el calor de su cuerpo en Nochebuena, lo cerca que habían estado de acostarse juntos y le recorrió una oleada de deseo.

Las cosas estaban cambiando, comprendió con algo de sorpresa. La posibilidad de entablar una relación con una mujer todavía le ponía muy nervioso, pero el deseo estaba otra vez allí

o Había regresado. Quizá, ¿por qué no?, quizá consiguiera lanzarse. Xoana era una mujer sólida y muy deseable, y estaba tan sola como él.

o Necesitaba dejar atrás a Lilith de una vez. Retomar su vida. Tenía derecho a ser feliz, pero para conseguirlo debía ponerse en marcha, sin esperar a recibir las cuatro plumas de la cobardía para despertar.

La imagen de Lilith le trajo a la cabeza la de su hijo. Su ceño se frunció. Deseaba tanto hablar con él. Saber de él. Y de Bran, también. Hacía meses que no sabía nada de Bran, desde que lo había alejado con un grito. Se sintió culpable. Era consciente de que el chiquillo nunca había conocido un padre y había empezado a ver uno en él.

e Por eso lo había alejado. No era un buen padre, bastaba ver cómo le había salido Marcos, no quería que Bran se encariñara con él y terminar decepcionándolo también a él. O cogerle cariño para que después Bran le diera la patada. Dolía demasiado.

Echaba de menos su compañía, sus continuas preguntas, su desparpajo y sus asombrosos conocimientos sobre el bosque y los animales. Pensó, con una mueca, que el chiquillo le había enseñado un montón de cosas sobre las montañas. El niño al adulto.

a Como si le diera la razón, el grito agudo de un busardo ratonero le obligó a alzar la mirada. Distinguió el plumaje pálido con franjas marrones oscuras y claras, las alas anchas y la cola redondeada. Una pareja de cornejas lo hostigaba en vuelo, lanzándose sobre él en agudas picadas para alejarlo. Mientras estaba contemplándolo, justo cuando una de las cornejas se le echaba encima, el busardo giró bruscamente el dorso y lanzó un golpe con las garras. Hubo un revuelo de plumas y graznidos. Un segundo después, una corneja se debatía entre las poderosas garras de la rapaz mientras la otra escapaba. Atrapado por el espectáculo, Laro no reparó en que había llegado al pueblo de Carbedo hasta que oyó los ladridos excitados de Pinto.

s En un prado cercano a la vivienda, una docena de gallinas picoteaban a su aire, libres y felices.

a —¡Quieto, Pinto! —se agachó para sujetarlo. El perro se lo quedó mirando con extrañeza incapaz de creer que alguien quisiera perderse algo tan divertido como perseguir a unas gallinas—. Ni se te ocurra, ¿me has oído? ¡Ni se te ocurra!

o Aureana estaba sentada en un poyo en el exterior de la casa desplumando una gallina recién decapitada.

—¡Buenos días! —lo saludó. Dejó la gallina en el cubo que tenía a los pies y le observó con una mezcla de curiosidad e interés—. ¡Cuánto tiempo!

l Tenía razón. El invierno había sido un agujero. Apartó el recuerdo del mirador del Polín o Xoana estaba cavando en el huerto a poca distancia.

—Yo también estoy preparando un huerto —le gritó—. Pero me temo que no tengo ni idea, no me vendría mal algo de ayuda.

a Xoana sonrió. Su rostro, de piel clara y rasgos regulares, se iluminó, y Laro se descubrió pensando en que era guapa, con aquel cabello castaño tan claro y aquellos ojos verdes que irrradiaban luz.

a —Cuando quieras —respondió.

e —Te quedas a comer —dijo Aureana. No fue una pregunta.

Laro sonrió. Le caía bien la anciana. Irradiaba calma y un aplomo del que él estaba muy falto. Se sentó en el poyo a su lado y dejó que le diera el sol. Aureana reemprendió su tarea. La observó de soslayo, cautivado por la firmeza de sus movimientos.

—¿Has oído hablar del Medulio?

y La anciana siguió arrancando las plumas como si no lo hubiera oído. El sol creaba un halo de luz en torno a su pelo blanco, como el nimbo dorado de los santos.

o —¿Medulio? —repitió ella al cabo.

a Laro trató de leer algo en su expresión, pero la mujer parecía distraída, como si tuviera la cabeza en otra parte.

r —Es un monte en el que hubo una batalla. Los romanos sitiaron en él a las últimas tribus de norte de la Península. Construyeron un foso de muchos kilómetros para aislarlos...

a —Algo he oído —le cortó la mujer. Su tono era tan arisco que Laro guardó silencio mientras su cabeza se aceleraba. ¿Por qué le molestaba la historia del Medulio? Antes de que pudiera llegar a una conclusión, Aureana volvió a hablar, esta vez en un tono mucho más indiferente—. Yo no sé mucho de esas historias. Son cosas de gente leída, nosotras solo somos unas mujeres con pocas letras.

s Contemplando a la anciana, le asaltó una idea. Se volvió casi con violencia hacia Xoana. Aparentando indiferencia, sacudido por una corriente interna de excitación, preguntó:

—¿Tenías el pelo como tu hija, antes de que se te quedara blanco?

i. —Tenía, sí. Por algo nos llaman «As Louras».

a Eso era precisamente lo que lo había alertado. «As Louras». Las rubias. Ambas tenían el pelo castaño claro, la piel blanca y los ojos verdes. Eran características abundantes en aquella tierra debido a sus antepasados celtas. A las mujeres con el cabello claro las llamaban *louras* en Galicia... pero quizá no fuera ese el origen del sobrenombre en aquel caso. «As Louras». Lo loughuei. ¿Sería posible que...?

o Otra idea sacudió su mente. ¿Cómo llamaban a la familia del hombre del *Ciprianillo*? Los Susos. Los susarros. Había imaginado que «Susos» venía del nombre del viejo, Suso o Vello, pero ¿podría ser que no procediera de ahí. Como en el caso de «As Louras».

El impacto de sus pensamientos lo dejó temblando de excitación, el rostro demudado. Se levantó y dio unos pasos inseguros por el patio.

s —¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, un poco mareado, no es nada...

n No podía ser cierto. No tenía ningún sentido. ¿Louras y Susos, loughuei y susarros, o susornos como había dicho el bibliotecario que se llamaban también? Era increíble.

n Recordó otra cosa, algo que le había dicho Aureana al viejo Suso cuando se lo encontraron en la fiesta de las castañas. Hablaban del *Ciprianillo*, el libro aquel de los tesoros, y la mujer le dijo algo sobre leer y desleer, y había añadido que «los de fuera» no sabían hacer tal cosa. El viejo se había enfadado muchísimo y le había replicado que ellos llevaban aquí tanto tiempo como ellas.

o Los de fuera. Los susarros venían de fuera. Los susarros habían llegado tras la conquista de Roma y se habían establecido como clientes de los loughuei. De las Louras. Meneó la cabeza. No podía ser cierto. No podía ser que dos mil años después siguieran allí, enraizados en aquellas montañas como tejos milenarios.

Y aunque así fuera, ¿cómo podrían haberse transmitido los nombres durante tanto tiempo, de generación en generación? Los nombres y los rencores, pues ambas familias se odiaban. ¿Y si esos rencores tenían que ver con el hecho de que los supuestos clientes fueran en realidad los aliados del conquistador romano? Recordó, como un destello, algo que había dicho Aureana cuando hablaban de los Susos y los mouros. Algo sobre la búsqueda del tesoro, que era una obsesión de los Susos... Sí, eso era: «esos Aguiar son tan burros que se lo toman todo al pie de la letra».

e —¿Los Susos son los Aguiar? —preguntó de improviso.

Aureana alzó la cabeza con sorpresa. Xoana se había acercado y estaba quitándose los guantes para dejarlos en el poyo. Ambas mujeres intercambiaron una mirada.

a —Se apellidan Aguiar, sí. ¿Por qué...?

—No, nada, es algo que me vino a la cabeza, una tontería. —Notó que se ponía rojo de avergüenza y se apresuró a cambiar de tema—. ¿Os echo una mano con la comida? Y mientras me cuentas alguna de tus historias, Aureana.

s La mujer frunció el ceño.

a —¿Mis historias?

o —Sí, leyendas de la zona, ya sabes...

n Apartó la mirada, incapaz de sostenérsela un segundo más. Tenía que tranquilizarse. Estaba desvariando. Estaba atando hilos imposibles. Pero la revelación le bombardeaba el cerebro. ¡Aguiar! ¿Y cuál era el símbolo de Roma, el mismo que se había encontrado allí cerca y que había visto en el museo de Lugo? Un águila. El águila romana. Aguiar.

Era absurdo, completamente absurdo. Y, sin embargo...

—*Avoa, mai, teño unha fame que...!* —Bran apareció corriendo por el camino y Laro notó una punzada de alegría al verlo.

a —Hola, Bran.

n El crío detuvo la carrera en seco y se acercó con gesto tenso. Pasó a su lado sin devolverle el saludo ni mirarle y entró en la casa.

Laro se avergonzó. La última vez que lo había visto lo había echado de su casa a gritos.

s Xoana le puso una mano en el antebrazo izquierdo y apretó ligeramente.

o —No te preocupes, ya se le pasará.

e

,

n

o

e

e

o

s

e

i

s

a

a

a

—¿Los Susos son los Aguiar? —preguntó de improviso.

Aureana alzó la cabeza con sorpresa. Xoana se había acercado y estaba quitándose los guantes para dejarlos en el poyo. Ambas mujeres intercambiaron una mirada.

—Se apellidan Aguiar, sí. ¿Por qué...?

—No, nada, es algo que me vino a la cabeza, una tontería. —Notó que se ponía rojo de vergüenza y se apresuró a cambiar de tema—. ¿Os echo una mano con la comida? Y mientras me cuentas alguna de tus historias, Aureana.

La mujer frunció el ceño.

—¿Mis historias?

—Sí, leyendas de la zona, ya sabes...

Apartó la mirada, incapaz de sostenérsela un segundo más. Tenía que tranquilizarse. Estaba desvariando. Estaba atando hilos imposibles. Pero la revelación le bombardeaba el cerebro. ¡Aguiar! ¿Y cuál era el símbolo de Roma, el mismo que se había encontrado allí cerca y que había visto en el museo de Lugo? Un águila. El águila romana. Aguiar.

Era absurdo, completamente absurdo. Y, sin embargo...

—*Avoa, mai, teño unha fame que...!* —Bran apareció corriendo por el camino y Laro notó una punzada de alegría al verlo.

—Hola, Bran.

El crío detuvo la carrera en seco y se acercó con gesto tenso. Pasó a su lado sin devolverle el saludo ni mirarle y entró en la casa.

Laro se avergonzó. La última vez que lo había visto lo había echado de su casa a gritos.

Xoana le puso una mano en el antebrazo izquierdo y apretó ligeramente.

—No te preocupes, ya se le pasará.

## La Montaña de Cristal

Al despertarse le dominó un anhelo de aire libre y espacios abiertos. Todavía en la cama, con la mirada perdida en el techo, sonrió para sí, consciente de la ironía. Se había pasado la vida hundido en el pozo de Madrid, sin más perspectivas que el asfalto y las paredes del ático, y ahora que vivía rodeado de prados, bosques y montañas ansiaba el aire libre. Pero no le faltaba razón hacía más de una semana que llovía como si se hubieran abierto las compuertas de las nubes. Se sentía como un chiquillo en una jaula de cristal.

Esa mañana no se oía el tableteo contra el tejado. Esperanzado, se levantó y, mientras se calentaba la leche en el fogón, salió al exterior. El azul pálido del amanecer le trajo un olor a primavera.

Había dejado de llover. Una lavandera blanca emitió el agudo «tri-tri» de su cortejo nupcial. La vio pasar con su característico vuelo ondulado en dirección al Cido. Mientras la perdía de vista decidió que subiría a la *devesa*. La perspectiva de la caminata le excitó. Ansiaba el ejercicio, empaparse de sudor, sentarse en lo profundo del bosque a descansar. Quedarse muy quieto, simplemente escuchando.

Se le ocurrió que quizás Xoana aparecería por allí. En las últimas semanas la mujer había cogido la costumbre de acercarse por Liñariños de cuando en cuando con la excusa de echarle una mano con la huerta. Ambos eran conscientes de que se trataba solo de un pretexto, pero se encontraban cómodos con aquella lenta aproximación. Eran dos animales llenos de cicatrices que trataban de decidir si el que tenían enfrente era amigo o enemigo. Hablaban cada vez más y con mayor confianza, tanteándose, haciéndose preguntas sobre sus vidas y compartiendo pequeñas confidencias. Laro le preguntó por el padre de Bran y Xoana le contó que se llamaba Xocas y que había fallecido poco después del nacimiento del niño, pero que no guardaba demasiado recuerdos de él. Lo dijo con indiferencia, pero Laro se percató de que su mirada se teñía de añoranza y deseó seguir tirando de aquel hilo, pero entonces ella le preguntó si había estado enamorado alguna vez y a Laro se le encogió el corazón cuando la imagen desvaída de Esther se le pasó por la memoria. Habían pasado tantos años que su recuerdo ya solo le producía melancolía. Lilithe le había arrebatado hasta el recuerdo del amor. Se encogió de hombros y Xoana se lo quedó mirando con intensidad. Algo debió de leer en su expresión, porque asintió muy despacio. «Y tú tuviste un amor así, un amor de verdad», murmuró de forma casi inaudible. Pero cambió rápidamente de tema y Laro, que tampoco estaba muy seguro de querer abrir aquella represa, dejó pasar el momento.

Lo importante era que se sentía a gusto con ella y que ella parecía sentirse a gusto con él. Avanzaban paso a paso, palpando el terreno como dos ciegos que salen por primera vez al exterior tras perder la vista.

Sí, era posible que Xoana se pasara a verlo, ahora que por fin había dejado de llover. Pero no se quedaría a esperarla. El deseo de perderse en el bosque era más intenso. Regresó al interior de la casa, desayunó, preparó un bocadillo para el mediodía y se puso en marcha con Pinto a su lado.

El aire de la mañana era limpio y fresco. La luz del sol refulgía en las hojas húmedas y en los charcos del camino. La tierra despedía vapores que ascendían hacia el cielo como fumarolas de un volcán. En las zonas más empinadas el agua formaba pequeños torrentes que caían con ímpetu. Cuando llegó a la cima del Cido y vio la Devesa da Rogueira ante él tenía los pantalones empapados por el roce de la hierba y la piel húmeda por el sudor, pero le daba igual. Su corazón bombeaba con fuerza y el sol comenzaba a apretar. Pinto tenía la lengua fuera, pero su color bailaba de contento. También él disfrutaba del ejercicio tras tanta lluvia.

Se secó el sudor de la frente y contempló la inmensidad del bosque que trepaba por la empinada ladera frente a él. Las ramas desnudas del invierno habían desaparecido bajo un capa de hojas nuevas que iluminaban la mañana con cien tonalidades de verde. Desde la distancia, la montaña transpiraba vida. Casi podía oír el latido de aquel inmenso corazón vegetal bombeando savia por los arroyos excavados en el lecho de la montaña. Transmitía una fuerza tan intensa que le hizo pensar en una inmensa criatura que se mantuviera al acecho.

«O Vixía». El Vigía. Dos mil años atrás, cuando los romanos llegaron a aquellas montañas aquel bosque ya estaba allí. Se estremeció al pensarlo. Bajo la masa arbórea bullía la vida animal. Corzos, ardillas, serpientes, martas, zorros, lobos... Las ramas cobijaban nidos de camachuelos, papamoscas, tizones colirrojos y otras cien especies. Las rocas servían de refugio a los aviones roqueros y en las zonas más altas se encaramaban las águilas culebreras y los milanos. La *devesa* era un prodigio botánico y zoológico.

Le asaltó un barrunto, una premonición que desapareció antes de que pudiera fijarla en la mente. Sacudió la cabeza, traspasado por una emoción indefinida.

Era el paisaje más hermoso que había contemplado en su vida.

Descendió hasta la aldea de Moreda y la atravesó como una sombra. Estaba vacía y silenciosa, pero Laro sabía ya que desde la protección de las ventanas más de un par de ojos lo seguían. Eran gentes habituadas al aislamiento, hechas a la dureza de los inviernos y al runrún de los pensamientos.

El Aula de Natureza estaba cerrada, como casi siempre. Los fines de semana era posible encontrarse por allí a algún que otro senderista, pero durante la semana no iba nadie.

Se adentró por el sendero que llevaba hasta la cima. La fronda lo envolvió. Pinto aparecía y desaparecía persiguiendo mariposas y lagartos. Bajo las copas de los árboles, el sotobosque florecía. Fue dejándose invadir por los sonidos del bosque. Le vino a la cabeza una historia que le había contado Aureana. Decía que en los bosques como la Rogueira no era difícil encontrarse con *peeiras* de lobos, mujeres que abandonaban a los humanos y vivían con los lobos, a los que gobernaban como si fueran su hueste particular. Las *peeiras* solían ser mujeres jóvenes, la mayor la menor de siete hermanas, que huían de casa y se refugiaban en las madrigueras de los lobos, a los que cuidaban, curaban y protegían.

Una gran mariposa de alas marrones decoradas con una cenefa de manchas azules pasó a un palmo de su cara. La vio perderse entre los claroscuros del bosque, indecisa como un animal errante. Tuvo la impresión de que se adentraba en el territorio mismo de las leyendas y que la realidad perdía consistencia.

Escuchó el sonido del agua. En realidad llevaba tiempo ahí, pero solo en ese instante fue consciente de él. Se encontraba en el corazón de la *devesa*, rodeado de troncos centenarios que sostenían ramas repletas de hojas nuevas, de un verde tan intenso que casi hacía daño. El sol se filtraba entre las hojas dibujando suspiros de luz. El suelo, más allá del sendero, era una densa capa de hojas secas y musgo. Se acercaba a la cascada de la Rogueira, y por el estruendo que

shacía debía de llevar una gran cantidad de agua tras las últimas lluvias. Sudoroso y acalorado pensó en darse un baño, e incluso comenzó a desabrocharse la camisa, anticipándose al placer de líquido sobre la piel.

Un sonido le hizo detenerse. Aguzó el oído mientras trataba de decidir si realmente había oído lo que había creído oír: un grito de mujer. Un sonido breve, una exclamación de sorpresa, más que de alarma.

Dio unos pasos más por el sendero. El fragor de la cascada se intensificó al hacerse visible tras un recodo de la senda. Contempló el espectáculo, asombrado por la cantidad y la fuerza de agua.

Su corazón comenzó a palpar a toda velocidad. Se le abrió la boca de puro desconcierto. Con un movimiento raudo e instintivo, se deslizó a un lado del sendero hasta quedar oculto tras un arbusto.

Sacudió la cabeza sin apartar los ojos de aquella visión, temiendo que en cualquier instante, fuera a desaparecer. Aureana también le había hablado de las donas. Donas, doncelas o mouras se decía la anciana, todas eran lo mismo, las más hermosas de las criaturas, mujeres bellísimas que habitaban en los bosques, de cabellos rubios y piel blanca y finísima, sin marcas ni señales de hechiceras de viajeros imprudentes, guardianas de secretos arcanos, ninfas de fuentes y arroyos. Aturdido, agachado tras el arbusto, devoró aquella visión.

Frente a él, bajo la cascada, en medio del borboteo del agua de la poza, una joven de piel blanca y cabellos claros se bañaba completamente desnuda. Era ella la que había soltado un grito un poco antes, probablemente de sorpresa o de placer al sentir el frío del agua en la piel.

Le dominó un deseo tan abrumador que lo aplastó contra el suelo, ajeno al mundo, incapaz de apartar la mirada siquiera un segundo. Era la mujer más hermosa que había visto en su vida. Jugueteara con deleite infantil en el agua, sumergiéndose bajo el chorro potente de la cascada entre exclamaciones de puro gozo, dejándose arrastrar por la fuerza de la corriente. Tenía los miembros finos, la figura esbelta y los senos firmes y llenos. Se movía con una gracia que hechizaba el aire. Un puño le golpeó el pecho, desarmado ante una belleza tan abrumadora, como si acabara de ver al más hermoso y raro felino del mundo, el mismísimo leopardo de las nieves.

No supo cuánto tiempo permaneció abismado, dudando de si se hallaba ante una visión mágica o una mujer de carne y hueso y temeroso de que cualquier movimiento pudiera romper el hechizo. La joven se acercó a la orilla y se sentó sobre una piedra mientras se secaba la piel, blanquísima bajo los rayos de sol que se filtraban entre las copas de los árboles.

Un gruñido amenazador atravesó la coraza de su consciencia. Pinto. ¿Dónde estaba Pinto? Se obligó a apartar los ojos de la mujer. El perro se hallaba a su izquierda con el cuerpo presto para asaltar, las orejas enhiestas, todos los pelos de su cuerpo erizados y el morro vuelto hacia el sendero, gruñendo por lo bajo. Siguió la dirección de la mirada del perro y entonces fue él quien sintió que se le erizaban los cabellos.

En medio del camino, como si quisiera impedir el acceso a la cascada, vio una víbora. Se hallaba a menos de un metro de Pinto con la cabeza alzada, la lengua bífida siseando y las frías pupilas fijas en el perro.

Laro comenzó a moverse hacia atrás muy lentamente. Puso una mano en el lomo del perro, que sintió su contacto y emitió un ladrido corto y seco. Laro se sobresaltó, muy consciente de la cercanía de la mujer de la cascada, pero comprendió que el estruendo del agua había ahogado el ladrido. Sujetó con fuerza el pescuezo de Pinto y comenzó a hacer presión para alejarlo de la víbora. Esta siseó de nuevo y adelantó la cabeza, desafiante, pero no se movió más.

—Tranquilo, tranquilo, Pinto... —murmuró—. Quieto, amigo...

Poco a poco consiguió que el perro fuera retrocediendo. Se habían alejado dos metros cuando la víbora pareció perder el interés y se deslizó entre las matas de arbustos que habían ocultado a Laro un momento antes.

Todavía agachado, con la mano sobre el lomo del perro, Laro clavó la mirada en el sendero. Se le ocurrió que la desaparición del bicho acababa de abrir una puerta, como si fuera un guardián que cede el paso. El deseo le sacudió otra vez con desconcertante intensidad. Desde donde se hallaba no podía ver a la mujer, pero sentía su presencia como un poderoso imán. Tenía sus rasgos grabados en las pupilas.

Sacudió la cabeza y se obligó a ponerse en pie. Estaba haciendo el ridículo. Si aquella muchacha le descubría espiándole mientras se bañaba desnuda...

Apretó los dientes, se dio la vuelta y comenzó a descender.

Nunca le había costado tanto dar un paso.

,

e

,

.

l

o

e

.

a

s

e

o

a

.

a

e

a

l

n

e

s

e

a

l

a

—Tranquilo, tranquilo, Pinto... —murmuró—. Quieto, amigo...

Poco a poco consiguió que el perro fuera retrocediendo. Se habían alejado dos metros cuando la víbora pareció perder el interés y se deslizó entre las matas de arbustos que habían ocultado a Laro un momento antes.

Todavía agachado, con la mano sobre el lomo del perro, Laro clavó la mirada en el sendero. Se le ocurrió que la desaparición del bicho acababa de abrir una puerta, como si fuera un guardián que cede el paso. El deseo le sacudió otra vez con desconcertante intensidad. Desde donde se hallaba no podía ver a la mujer, pero sentía su presencia como un poderoso imán. Tenía sus rasgos grabados en las pupilas.

Sacudió la cabeza y se obligó a ponerse en pie. Estaba haciendo el ridículo. Si aquella muchacha le descubría espiándole mientras se bañaba desnuda...

Apretó los dientes, se dio la vuelta y comenzó a descender.

Nunca le había costado tanto dar un paso.

## El Klondike

Aureana machacaba unas hierbas en el mortero con excesiva violencia. El mazo de madera golpeaba una y otra vez el cuenco y soltaba en todas direcciones migajas de una pasta verdosa pero la anciana no era consciente de lo que hacía. Estaba furiosa. Furiosa y dominada por la aprensión. No dejaba de darle vueltas al mensaje de la diosa, tratando de interpretarlo. Tres cuervos. Tres. El problema era que el cuervo era un animal dual. Presagiaba muertes y desgracias pero también guiaba a los hombres hacia los tesoros ocultos.

Tres cuervos. Laro era el primer cuervo, el mensajero, de eso no le cabía duda. ¿Cómo podría ser de otra manera llamándose como se llamaba y apareciendo en la montaña como lo había hecho, de repente, sin vínculos, de la edad adecuada, metiéndose en su casa como si la misma diosa hubiera conducido sus pasos hasta allí, hasta su hija Xoana? No existía el azar. Los dioses regían el universo visible e invisible, y Laro había aparecido cuando más se le necesitaba, cuando los vientos del cambio comenzaban a convertirse en tormenta. Xoana no sería fértil muchos más años. Aquella era su última oportunidad de parir una nueva generación de Covas.

Una primogénita.

Su rostro se crispó y su mano golpeó con más fuerza el mortero. Una primogénita. ¿Y Bran? Por mucho que quisiera apartar el pensamiento de su cabeza, solo había una forma de que Xoana pariera una primogénita. Pero era tan dolorosa que solo imaginarla le robaba el aliento. Meneó la cabeza con furia, tratando de espantar aquellos pensamientos. Salvo que lo realmente importante lo único que contase al final, fueran las hembras paridas, ser la primera de ellas.

Si Laro era el primer cuervo, ¿quiénes eran el segundo y el tercero?

Un ladrido en el exterior del cobertizo interrumpió el hilo de sus pensamientos. A través de la puerta abierta vio salir de la casa a su hija. Su otra hija. La pequeña. Por si no fuera suficiente todo lo que estaba pasando para sumirla en la confusión, Alda había aparecido de improviso dos días atrás.

Frunció el ceño. Esa chiquilla siempre había sido un problema. Un grano en el culo. Demasiado rebelde, demasiado independiente, demasiado descreída. Desde niña había dado muestras de un carácter escéptico que provocaba continuos enfrentamientos con su madre y su hermana. Cuando fue lo suficientemente mayor, hizo el petate y se marchó a Barcelona. Lo más lejos posible de ellas. Las había abandonado.

Y ahora estaba allí. De vuelta, tras varios años sin verse.

Por el camino de Liñariños apareció Pinto, ladrando de contento para llamar la atención y que salieran a recibirlo. Al ver a Alda, que para él era una desconocida, se quedó quieto en medio del patio y su ladrido adquirió un matiz de advertencia, como si quisiera avisarlas de que una extraña rondaba la casa. Su hija rio y se acercó al perro. Se agachó a su lado y comenzó a acariciarlo. Pinto se le rindió sin resistencia. Alda siempre se había llevado bien con los animales. Como Bran.

Aureana volvió la vista hacia el sendero, consciente de que el perro se había convertido en inseparable de Laro. Dos minutos después, en efecto, este apareció caminando con aire distraído.

Cuando llegó al Courel en el otoño solo era un guiñapo, pero desde el final del invierno se había operado un cambio en él. Se le veía más sólido. Aureana podía ver la chispa que había prendido tras sus pupilas y que le hacía moverse con mayor determinación. Estaba comenzando a salir del pozo, y Xoana tenía mucho que ver con eso, lo que lo alegraba íntimamente. Cada vez se veían más, iban cobrando confianza.

Al ver que se aproximaba, comprendió que ese era el motivo por el que la diosa no había querido que se consumase la unión con Xoana hasta el solsticio. Porque quería un hombre entero y sólido. Solo alguien así podía ser el progenitor de una nueva generación de Covas.

Sus pensamientos volvieron a interrumpirse abruptamente. En el exterior, Laro acababa de ver a Alda, que todavía estaba agachada acariciando a Pinto. Se detuvo en seco. Su cuerpo se estremeció, como si lo hubieran sometido a una descarga eléctrica, mientras se quedaba de pie con la mirada fija en su hija. Aureana vio la boca abierta, la súbita palidez de las mejillas, la inmovilidad de estatua, y se preguntó qué estaba pasando allí.



—Tú debes de ser Laro, ¿verdad?

La desconocida dejó de acariciar a Pinto y se le acercó con una sonrisa en el rostro. Laro estaba desconcertado. La joven que se le acercaba era la misma que había visto desnuda en la cascada de la Rogueira dos días antes. La misma que llevaba dos días incrustada en su memoria como si su imagen se hubiera fijado con pegamento a sus neuronas. El día anterior había pensado en acercarse hasta la casa de las Covas porque antes de que empezaran las lluvias le había prometido a Xoana que la ayudaría a reparar el techo de la casa e imaginaba que tras diez días de diluvio ya no podrían retrasar más el arreglo, pero no había encontrado fuerzas para ir. No quería encontrarse con Xoana porque sabía que la compararía con la desconocida de la cascada y que no iba a salir bien parada. No se lo merecía, Xoana no se merecía su desprecio ni su desinterés, así que Laro había dejado pasar el día entre indecisiones, tratando de despegar el recuerdo de la doncella de la cascada de su mente, dudando de lo que había visto y diciéndose que se había dejado sugerir por las historias de Aureana. Esa mañana, tras cuarenta y ocho horas de obsesión en las que apenas había dormido sino a ratos sueltos, había conseguido reunir fuerzas para cumplir con su palabra. Tarde o temprano tendría que ver a Xoana.

Lo último que esperaba era encontrársela allí. La impresión le impidió responder al saludo de la joven, que llegó hasta él, le puso una mano en el hombro con natural desenfado y acercó el rostro para darle dos besos en las mejillas.

Laro percibió su aroma a bosque, a plantas aromáticas, a espliego y frescor. El contacto de su mano le provocó una descarga eléctrica. Notó su calor y el suave ondular de su cabellera clara que se perdió en la blancura impoluta de su piel, en el verde mar de sus ojos que chispeaban con alegría.

—Mi madre y mi hermana me han hablado de ti. Bueno, y Bran también, aunque creo que mi sobrino está un poquito enfadado contigo... —Divertida, se separó de él, dejando un doloroso vacío entre ambos—. Xoana me dijo que quizá vinieras para reparar el tejado. Por cierto, soy Alda, su hermana. Probablemente ni sabías que existía, ¿verdad? —Volvió a sonreír—. Normal hacía años que no aparecía por aquí...

n Laro escuchaba aquel borbotón de palabras con el corazón retumbando como un tambor africano en plena danza. No conseguía apartar los ojos de su cara. No lograba abrir la boca y no sabía cómo moverse. Furioso consigo mismo, hizo un esfuerzo por salir de su estupor.

a —Ho... hola —tartamudeó penosamente.

a La joven volvió a sonreírle, ajena a su desasosiego. Se quedó plantada ante él con las manos en los bolsillos y mirándolo con atención. El sol la iluminaba por detrás y envolvía su rostro en las sombras. Sus ojos refulgían en la penumbra.

a —Me alegro de conocerte. Tienes valor, ¿sabes? Me han dicho que eres de Madrid, que lo has dejado todo para instalarte aquí. En mi casa, por cierto —rió e hizo una mueca tan espontánea y adorable que a Laro se le volvió a abrir la boca—. ¡No, no pongas esa cara, no pasa nada! En la realidad es la parte que me corresponde por herencia, pero ya ves el estado en que está. O estaba porque me dicen que la has arreglado mucho, así que ya ves, al final voy a tener que agradecértelo. Pero lo que has hecho, dejarlo todo y venirte aquí, requiere valor.

a A medida que la escuchaba, Laro se advertía más y más subyugado. No solo era tan hermosa, que dolía verla. Poseía una cordialidad que parecía abrazar a los que la rodeaban y tenía una sonrisa que irradiaba alegría.

—¿Y tú? ¿Has venido para quedarte? —se oyó preguntar con voz casi nada temblorosa. Sonrió, burlándose de sí mismo por aquel «casi». ¿Qué le estaba pasando?

Ella se encogió de hombros.

o —Tienes una sonrisa muy atractiva, ¿sabes? —soltó, y Laro notó que se ruborizaba. Ella rio y continuó—. No lo sé. Estaba harta de Barcelona, de la ciudad y todo eso. Supongo que un poco como tú, ¿no? Pero bueno, si me quedo o no dependerá de... —dudó y una sombra de preocupación asomó a su cara. Su cabeza hizo un gesto casi inconsciente señalando hacia la casa aunque sin volverse hacia ella—, en fin, de mi madre y mi hermana, ya sabes...

e Laro no pudo evitar mirar en aquella dirección. Distinguió la figura de Aureana en el interior del cobertizo que utilizaba para preparar sus pócimas. La mujer se hallaba en la sombra, sujetando algo olvidado en sus manos y con la cabeza vuelta hacia ellos con tal fijeza que Laro se estremeció.

a —¿No os lleváis bien?

o Alda levantó las palmas de las manos y alzó los ojos al cielo.

n —¡Demasiadas mujeres bajo un mismo techo! Y yo nunca he sido muy dócil, así que... r—calló. Al poco, sonriendo nuevamente, continuó—. Xoana se ha acercado a Seoane a hacer unos recados, si quieres te ayudo yo con el tejado mientras no regresa, ¿te parece?

e —¡Claro! —le salió con un exceso de entusiasmo que hizo que Alda lo mirara divertida. Si se apresuró a seguir hablando para distraer su atención—. ¿Sabes lo que le pasa? Al tejado, digo.

—Entra agua. Supongo que se habrá roto alguna de las lajas de pizarra.

u Un poco después, ambos estaban encaramados sobre el techo, examinando el estado de la pizarra y buscando posibles filtraciones. El nerviosismo inicial desapareció arrastrado por la naturalidad y la cercanía de Alda. Laro se descubrió sintiéndose cómodo, como si la conociera desde mucho tiempo atrás. De vez en cuando, en medio de la tarea, se le iba la mirada a la línea de su cuello o se perdía en el resplandor verde de sus ojos y le invadía un deseo de acariciarla tan intenso que debía esforzarse para no alargar la mano. Entonces ella decía algo o le preguntaba cualquier cosa y la impresión desaparecía, y nuevamente era solo una compañera amigable y cercana.

—Esto va a llevar más tiempo de lo que parecía. Tendré que venir mañana.

r —Estupendo —sonrió Alda.

i Laro era un cachorro de lobo acosado por perros, despreciado por el mundo, salvaje, taciturno  
y solitario. Al ver aquella sonrisa radiante, pensó que el sol aparecía entre las nubes y se dio  
cuenta de lo mucho que añoraba su calor.

s

n

s

y

n

l,

l.

a

a

l.

y

o

e

l,

r

o

e

.

s

e

a

a

a

a

n

a

y

—Estupendo —sonrió Alda.

Laro era un cachorro de lobo acosado por perros, despreciado por el mundo, salvaje, taciturno y solitario. Al ver aquella sonrisa radiante, pensó que el sol aparecía entre las nubes y se dio cuenta de lo mucho que añoraba su calor.

## La Isla de Jackson

A medida que moría el mes de mayo y entraba junio, al tiempo que se instalaba la primavera el bosque bullía de savia nueva, Laro sentía que también por sus venas volvía a correr la sangre. Se despertaba en mitad de la noche con la sonrisa en la boca recordando un comentario de Alda, un gesto de complicidad, el brillo de su mirada o la tersura de la piel que se perdía entre los pliegues de la camisa.

No conseguía concentrarse en nada que no fuera ella. La tenía constantemente en la cabeza atravesado por la sensación de que el tiempo se había plegado sobre sí mismo y lo había hecho regresar a los años de su juventud, a Esther, al amor ingenuo y entregado de unos años perdidos. A veces lo asustaba la intensidad de sus sentimientos, la estúpida felicidad que se le subía al rostro cuando sabía que iba a verla. Reconocía con asombro esos sentimientos que creía asesinados por Lilith y por los años de destierro de sí mismo y notaba el desconcierto en las tripas y un vago temor, como si no acabara de creerse que su corazón todavía fuera capaz de sentir con tanta intensidad.

Pero allí estaba Alda, día tras día, sólida y repleta de vitalidad. Laro comenzó a acercarse cada mañana por Carbedo con cualquier excusa. Se ofrecía para reparar esto o aquello, recoger leña o ayudar en la huerta. Otras veces era Alda la que aparecía en su casa a primera hora de la mañana, dispuesta a arrastrarlo a la montaña así lloviera o soplara un viento frío. Alda era como Bran, un animal apenas domesticado. Tras los años en Barcelona añoraba la montaña con la intensidad de un naufrago que lleva demasiado tiempo sin ver tierra. Le encantaba perderse en lo más espeso de la *devesa* y tumbarse sobre la gruesa capa de humus y musgo del sotobosque acariciando la tierra con su piel. Cuando la veía así, feliz entre los claroscuros formados por la luz que se filtraba a través de las hojas, Laro pensaba que era en verdad una moura hechicera que tenía que morderse la lengua para no confesarle que la había visto en la cascada. No quería arriesgarse a que una metedura de pata la alejara. Bastante lo sorprendía que ella pareciera encontrarse a gusto en su compañía. Era muy consciente de que los dos tenían muy poco en común. No solo le sacaba diez años, pues Alda acababa de cumplir treinta y tres, sino que tenía un carácter optimista que contrastaba ferozmente con el suyo.

El miedo acechaba justo en el límite de su visión, un temor alimentado por los años de convivencia con Lilith. Temía albergar esperanzas. Temía ser rechazado. Temía la burla de Alda si algún día se atrevía a declararle su amor o si ella descubría que no podía apartarla de su cabeza. El miedo aparecía cuando la perdía de vista. La noche se vestía de desasosiego, pero los días mientras la tenía delante, eran luminosos.

Hablaban sin parar, con una confianza tan natural que no parecía recién forjada. Tenía la sensación de que se conocían desde siempre y que podían contarse cualquier cosa. Laro era una persona callada. Llevaba demasiado tiempo escondido dentro de sí mismo, pero cuando estaba con Alda era como si el tapón que retenía las palabras se desatascase. Se descubría recomendando con entusiasmo este o aquel libro, en su mayoría lecturas antiguas, de los tiempos

en que el mundo era todavía fresco y estaba lleno de futuro, y se sorprendía cuando Alda compartía su entusiasmo. A veces se le ocurría que eran como Tom y Huck, disfrutando de su recién estrenada libertad en la isla del río Mississippi.

Comenzó a hablar de su vida, de sus años con Esther, de los tiempos en que tocaba la guitarra en el metro y después de bar en bar y de las ilusiones que lo llenaban por entonces. Él mismo asistía asombrado al afluir de aquellos recuerdos, y mientras dejaba que las palabras salieran de su boca echaba miradas inquietas a Alda, temiendo aburrirla. Pero ella le prestaba atención. Laro hacía preguntas o asentía con interés, y Laro se sentía escuchado por primera vez en su vida. Solo una vez mencionó a Lilith, de pasada, como si se tratara de una mosca molesta que se aparta de un manotazo, aunque las palabras le arañaron la garganta y tuvo que mirar hacia otro lado para que Alda no se fijara en el brillo acuoso de sus ojos. Le contó cómo había llegado hasta aquel rincón perdido del mundo y le habló de las ganas de llevar una vida tranquila, cultivar un huerto, que las cosas, se le escapaba una risa ilusionada y medrosa, como si temiera que al formular sus deseos se los llevara el viento, quizá, por qué no, construirse una vida allí, y la mirada se perdía en el océano de las pupilas de Alda, buscando en ellas una complicidad. Lo que lo desconcertaba era que ni siquiera recordaba haber pensado alguna vez las cosas que salían de su boca, como si propósitos y reflexiones brotaran recién acuñados para ella.

También le nacían preguntas. Quería saberlo todo de aquella mujer que buscaba su compañía y se asombraba al verlo como si hubiera salido el sol. Cuando la veía acercarse con la alegría en el rostro y la vitalidad como un aura notaba un pellizco en el corazón y se preguntaba si no sería todo una broma cruel, si no se despertaría un día desnudo y aterido otra vez con el veneno del tejo entre las manos, si no acecharía otra Lilith bajo la piel de Alda. No alcanzaba a comprender qué podía ver en él una mujer tan sólida y hermosa, y esa incompreensión le hacía ansiar saberlo todo de ella.



—¿Por qué te marchaste? —le preguntó un día en que se hallaban sentados en la ribera de Lor, un poco más abajo de Esperante, justo donde el *carrozo* de Muiñelo alcanzaba el río. Alda se hallaba tumbada a su lado, con la espalda contra la hierba. Vestida con una camiseta sencilla y un pantalón corto, se hallaba tan en su elemento que a Laro le costaba entender que hubiera abandonado aquel paraíso por una ciudad. Al oír la pregunta, a ella se le crispó la cara—  
Perdona. No tienes que contarme nada —añadió, turbado.

Alda se incorporó y se agarró las piernas desnudas con los brazos.

—Por mi madre —respondió en voz baja, mirando al río—. Mi madre es especial. La gente nos llama meigas, las Covas siempre hemos sido las meigas del Courel. No es fácil crecer siendo señalada con el dedo. Y mi madre... —calló.

Era una tarde serena. Oían el zumbido de las libélulas y el borboteo del agua en las peñas. En una roca cercana permanecía inmóvil al sol un lagarto ocelado. Alda estaba sentada muy cerca de Laro, que no podía apartar sus ojos de la suave pelusilla dorada, casi invisible, que le nacía en los antebrazos. El deseo brotó con tanta intensidad que le cortó la respiración. Sus ojos se encontraron y la sombra de pesar que había en los de ella pareció dulcificarse. Se miraron en silencio. Laro estaba a punto de dejarse ir cuando Alda apartó la mirada y la volvió otra vez hacia el río.

Fue como si le cortaran la tráquea con un bisturí.

a —Sí que es especial, tu madre —dijo, tras unos segundos. Su respiración era pesada. Tratando de tranquilizarse, intentó cambiar de tercio—. ¿Sabes que en Navidad me dijo que las Covas son las guardianas de los mouros? —Se volvió hacia ella esperando una mueca divertida. Pero el rostro de Alda había perdido el poco color que habitualmente tenía—. ¿Te encuentras bien? ¿Te pasa algo?

e Ella le echó una mirada breve y se volvió nuevamente hacia el agua. El trino agrio de un ecolirrojo tizón llegó hasta ellos desde algún lugar a sus espaldas. Ninguno de los dos habló durante un buen rato.

n —No me lo has contado todo.

e Sus palabras flotaron en la atmósfera de la tarde como mariposas despistadas. Laro dudó dentro de sus oídos, confundido por el súbito cambio de tercio. Pero sabía de sobra a qué se refería Alda.

é —No —susurró, y ahora fue él quien se volvió hacia el agua.

s Comenzó a hablar. Al principio las palabras salieron a borbotones. Después fueron aumentando su caudal hasta que lo inundaron todo. De repente se hallaba muy lejos de allí, del sol y la brisa de junio. Era Lilith otra vez. El dolor, el desdén, la soledad. Asistió, perplejo, a su propio desbordamiento. Nunca había encontrado fuerzas para contarse aquello ni a sí mismo, pero no hubiera conseguido detenerse ni aunque se lo hubiera propuesto. Le habló del trabajo en *La ymordida*, de la vida al ralentí y las noches aguantando a borrachos, de las ilusiones muertas y de cómo se había enganchado a las miradas de una chiquilla delgada que pasaba por allí, al principio como un juego para despejar el tedio, solo un juego, y de cómo una mañana se despertó con ella a su lado. Le habló de la ilusión de los primeros meses, del embarazo, de las primeras mentiras y de los primeros insultos. Ahí su voz se hizo más ronca. Alda lo escuchaba con una expresión grave. Ya no había fresnos, sauces ni alisos, solo silencio y soledad, solo broncas, desdenes y el temor de que le quitaran a su hijo, solo horas enterrado en vida en un trabajo miserable que no se atrevía a dejar porque tenía que dar de comer a Marcos. Ya no había libélulas, solo su desesperación y las noches sobre el suelo de baldosas, el desfile de novios de Lilith y su preocupación por Marcos, el desconcierto cuando este le escupió su desprecio, el vacío de las noches en vela y la cabeza muerta, incapaz de reaccionar.

n Habló sin atreverse a detenerse, y mientras las palabras se formaban en su boca comenzó a llorar. Pero no quiso parar, no ahora que por fin lo soltaba todo, no cuando comenzaba a entender el infierno en el que había vivido.

Hasta que llegó al final. Allí las palabras se atoraron como un río que no encuentra el camino y se bifurca en cien canales. Habló de la ansiedad y la impotencia que sentía cuando estalló la pelea. Recordó el rostro deformado por el odio de Lilith, los gritos que le perforaban el cerebro y la mirada acusadora de su hijo. Recordó la furia, el aturdimiento y a los policías que vinieron a detenerlo, el frío de las esposas y la desolación de la celda.

n Las palabras se acabaron.

e El silencio extendió sobre la ribera una mancha de aceite denso y pesado. No se atrevía a mirar a Alda, pero percibía intensamente su presencia. Con un movimiento brusco, se secó la mejilla con la manga. La tarde comenzaba a hacerse noche.

n —Ahora ya lo sabes.

a Alda no se movió. Contemplaba el suelo.

—Será mejor que me vaya —dijo.

Sus palabras sacudieron a Laro. Buscó sus ojos, pero estos le rehuyeron.

Ella se puso en pie. Dudó, como si quisiera decir algo más, pero no lo hizo. Se dio la vuelta y

comenzó a alejarse.

Mucho más tarde, cuando la noche era ya cerrada, Laro seguía allí, sentado en la ribera. Solo.

l

e

n

ó

e

n

l

u

o

z

e

o

a

y

l

a

a

s

l

a

a

r

o

a

y

a

a

s

y

comenzó a alejarse.

Mucho más tarde, cuando la noche era ya cerrada, Laro seguía allí, sentado en la ribera. Solo.

## El Cerro de Aslan

Se levantó poco después del amanecer, cansado de dar vueltas en la cama tras toda la noche en vela. Salió al exterior y, tras asearse mínimamente en la fuente, contempló el valle con el ceño fruncido. Iba a ser un día caluroso. El rocío nocturno comenzaba a evaporarse al contacto con el sol. El paisaje parecía oscilar como si fuera un espejismo. Escuchó el trino de los pájaros y el sonido distante del agua. Un milano madrugador sobrevoló el pueblo en dirección a Formigueiros, sobre la *devesa*. Laro respiró hondo y apretó la mandíbula, con la mente embotada por la falta de sueño.

Se quedó un buen rato inmóvil, con la vista al frente. De repente rompió su inmovilidad, urgido por una súbita premura, entró en la casa, desayunó lo primero que encontró y salió de nuevo. Dudó un segundo, con la mirada puesta en el camino que conducía a Carbedo. Pinto ladró a su lado, contento por la perspectiva de dar un paseo.

—No, Pinto. Tú te quedas.

El perro dejó de menear la cola y ladró dos veces más, como pidiéndole que le confirmara tal estrafalaria orden. Laro volvió a echar un vistazo al camino de Carbedo. Después se dio la vuelta y comenzó a andar en sentido contrario, hacia el castillo.

Pinto le siguió.

—¡Que no, Pinto! Te quedas aquí, ¿me has oído? ¡No vienes conmigo! —le gritó.

El perro metió la cola entre las patas. Dio media vuelta, incapaz de comprender el rechazo, y gañó de pena. Laro volvió a gritarle. Pinto gimió otra vez y regresó a la casa. Se tumbó al sol sin volver a mirarlo, ofendido por su rechazo.

Laro reemprendió la marcha. No quería quedarse aguardando por Alda porque sabía que no iba a aparecer. La idea de que la había perdido zumbaba en su cabeza. Había sido tan imbécil ¿Cómo había podido pensar que iba a sentirse atraída por él tras conocer la verdad? Era un maltratador condenado, maldita sea.

Avanzó con paso rápido. Quería agotarse para no pensar. La había perdido, eso era todo. Tampoco era para tanto. Para empezar, ni siquiera la tenía. Soltó una carcajada amarga que rompió la quietud del bosque.

La había perdido. El pensamiento lo destrozaba. Qué estúpido había sido al creer que la vida iba a darle una segunda oportunidad.

Siguió caminando sin fijarse por dónde iba, limitándose a andar. El sol fue alzándose en el cielo y el calor se convirtió en bochorno. El sudor le empapó la ropa, así que terminó por quitársela la camiseta e introducirla a medias por la cintura para no llevarla en la mano. De vez en cuando Alda se le colaba en los pensamientos y entonces aceleraba el paso para no sentir el dolor.

En algún momento, cerca del mediodía, se detuvo para recuperar el resuello. Se sentó en el suelo a la sombra de un rebollo y cerró los ojos un momento, solo un momento. Le dolían todos los músculos. Hacía tanto calor. Antes de que pudiera darse cuenta, estaba profundamente dormido.

Lo despertó un retumbo que parecía salir de la misma tierra. Abrió los ojos, dolorido por la pequeñas piedras y las ramitas sobre las que se había tumbado. La atmósfera estaba cargada de electricidad. Una luz metálica teñía de irrealidad el sotobosque. El calor era sofocante y la sed lo secaba la garganta. Pese a hallarse a la sombra, tenía la piel perlada de gotitas de sudor. Todavía adormilado, contempló lo que lo rodeaba. Nubes de insectos revoloteaban en la penumbra. Volvió a oír un retumbar lejano.

Se avecinaba una tormenta. Se puso en pie con punzadas de dolor en los riñones. Lo invadieron una sensación de urgencia, como una premonición. Una mosca zumbó en su oído. Molesto, iba a espantarla cuando otra se le posó en los labios. Escupió con asco y entonces se dio cuenta de que estaba rodeado por cientos de moscas. Una nube negra zumbaba alrededor de su cabeza. Echó un vistazo a su torso desnudo y descubrió que lo tenía lleno de gruesas moscas posadas sobre la piel desnuda. Levantó la mano para espantarlas y la brusquedad del movimiento hizo que el zumbido se volviese frenético. Las moscas se le metieron en las orejas, se le posaron en la cabeza, en los ojos, en los brazos, en la nariz. Cada vez más histérico, dio manotazos para espantarlas, pero eran demasiadas. Corrió para alejarse de allí, pero las moscas fueron tras él, rodeándolo como si se hubiera metido la cabeza en un enjambre. Siguió corriendo medio ciego, tropezando con piedras y ramas. Cogió la camiseta y se rodeó con ella la cabeza como si fuera la pañoleta de una anciana. Eso consiguió alejar el zumbido, pero las moscas seguían posándosele en las cejas, en las mejillas y en los labios. Siguió corriendo, desesperado, tratando de dejarlas atrás, sin saber hacia dónde iba.

Un nuevo trueno resonó mucho más cerca. El calor era pegajoso. Trataba de respirar por la nariz, protegida tras la mano para evitar que le entraran moscas, pero el esfuerzo le hacía jadear. Necesitaba un refugio. Una gruesa gota le mojó la palma de la mano. El cielo se oscureció de súbito. Otra gota le mojó la nariz. Del suelo se elevó un intenso olor a humedad. Se desató un violento aguacero, una cortina de agua que lo empapó. La tarde se convirtió en noche. Una luz tenue rompió la oscuridad, deslumbrándolo. Escuchó el tremendo crujido de un árbol alcanzado por un rayo a poca distancia. Corría peligro. Al menos, el diluvio había espantado a las moscas.

Corriendo, jadeando, andando, volviendo a correr, trató de orientarse para buscar el camino de vuelta a casa, un refugio, cualquier saliente que le permitiera resguardarse hasta que se escampase. El bosque se iluminaba a intervalos con descargas de luz blanca. La lluvia era un torrente y los truenos se solapaban, poderosos como rugidos de bestias. La oscuridad era tan intensa que apenas podía ver por dónde iba. Se acordó de los nubeiros y los tronantes, seres que cabalgaban las nubes, las reunían en manadas y las dirigían como huestes contra el enemigo. Era acriaturas malignas que tenían el poder de controlar los rayos y los truenos, los vientos y las lluvias. Cuando Aureana le habló de ellos le había parecido una fantasía sugerente, inmenso poder a lomos de las nubes, pero en aquel momento, con el rugido de los truenos en los oídos, les parecieron muy reales.

El pie derecho pisó en falso y la tierra cedió. El suelo se abrió bajo sus pies. Las piernas desaparecieron en el agujero y cayó hacia adelante, doblado casi en ángulo recto. El peso de su cuerpo lo arrastró hacia abajo. Intentó agarrarse al musgo, a las plantas, al mantillo, pero no lo consiguió. El vacío lo absorbió.

El golpe contra el fondo lo dejó sin respiración. Sintió un dolor agudo en el tobillo. La cara se le hundió en un barro espeso. Las fosas nasales se le llenaron de un hedor a materia vegetal en

sdescomposición. Se quedó tumbado, intentando recuperar el resuello y tratando de comprobar si ese había roto algo. Su cabeza no conseguía formular pensamientos coherentes.

e La lluvia seguía empañándolo a través del agujero. Miró hacia arriba, pero la oscuridad exterior era tan intensa que casi no distinguió el boquete por el que había caído.

ó Tras unos minutos, se puso en pie. Una nueva punzada de dolor en el tobillo le hizo soltar un grito, que resonó en la oscuridad. Cojeando, extendió las manos en derredor, tratando de averiguar dónde estaba. Esperaba toparse con paredes irregulares de tierra, pero solo encontró aire. Aire frío y rancio. ¿Dónde estaba? Amplió el radio de búsqueda hasta que sus dedos chocaron contra una pared de roca. Poco a poco consiguió determinar que se hallaba en alguna especie de túnel, probablemente una cavidad subterránea, la galería de una cueva. La abertura por la que había caído estaba más allá de su alcance, quizá a dos metros y medio o tres de altura. Hizo algún intento por alcanzarla, pero el tobillo le impedía saltar con toda la potencia que necesitaba y no tardó en comprender que por allí no podría salir.

n Se dejó caer sobre el barro y trató de concentrarse para decidir qué hacer, pero los pensamientos eran hilachas de humo en su cerebro. Las lágrimas le mojaron las mejillas. Pensó en su vida y le invadió la añoranza. Se sintió desdichado.

o Se quedó inmóvil mucho rato, hasta que le sacudió un escalofrío. El sudor y la lluvia le estaban enfriando la piel. Se sentía agotado física y mentalmente, pero comprendió que tenía que moverse y buscar una salida. Si la había. Se puso en pie. Avanzó un paso, dos, tanteando antes con las manos. Aquello era una locura. No conseguiría salir de allí. Volvió atrás y trató de alcanzar nuevamente la abertura por la que había caído, pero se hallaba demasiado alta y los laterales se curvaban haciendo imposible la escalada. Le dolían cien lugares distintos por el golpe contra el suelo y tenía el tobillo hinchado. No le quedaba más opción que buscar otra salida.

z Reemprendió el avance, tanteando con la mano derecha la piedra irregular de la gruta. La oscuridad era absoluta. A medida que se adentraba, el aire era más frío. El suelo estaba lleno de charcos.

Se golpeó la cabeza contra un saliente. Soltó un grito que resonó como si se encontrara en un vasta oscuridad. Palpó la piedra contra la que se había golpeado y se dio cuenta de que era una estalactita.

n Tragó saliva. Percibió la presencia tangible de la oscuridad. Pensó en murciélagos y en serpientes. En los mouros, que vivían bajo tierra, y en la Témera, un monstruo guardador de tesoros con cuerpo de león, en faunos y dríadas bailando su danza anual de la nieve en medio de un círculo de enanos vestidos con trajes escarlata, caperuzas de cuero y botas de piel. En los solláparos, los cíclopes antropófagos que vivían en las cavernas de las montañas. Las historias de Aureana se mezclaban con viejas lecturas bajo las sábanas, astillas en su cerebro que hacían medrar su desasosiego y llenaban la oscuridad de espectros.

Comenzó a respirar entrecortadamente. Estaba exhausto y helado. Se obligó a seguir avanzando. Paso a paso, tropezando contra el techo y contra las estalagmitas del suelo, más allá de sí mismo. Durante lo que le parecieron horas, siguió adelante en medio de la negrura, moviéndose con dificultad y deteniéndose cada poco. A menudo el espacio se estrechaba y se veía obligado a avanzar a gatas o sobre los codos, retorciendo el cuerpo a través de gateras imposibles. Percibió la montaña inmensa sobre él. La oscuridad lo aprisionaba. Tanteaba con desesperación una y otra vez. Su consciencia iba y venía.



Se dio cuenta de que estaba en el suelo, tendido de bruces, con medio cuerpo sobre un charco y la cabeza en el barro. No sabía cuánto llevaba allí, en qué momento se había caído, si es que se había caído. Trató de incorporarse, pero los brazos le fallaron y se le volvió a hundir la cabeza en el barro. Notó la masa pegajosa en las fosas nasales y en la boca. Masticó tierra y piedrecillas. Escupió sin fuerzas y se pasó la mano por la cara para apartar el lodo de los ojos, pero el resultado fue peor y quedó ciego. Con los párpados muy apretados para que no le entrara barro, se obligó a tranquilizarse. Palpó alrededor hasta que encontró un charco. Todavía tumbado, metió la mano derecha en el agua y la agitó enérgicamente para limpiarla. Se frotó los ojos con ella hasta que consiguió abrirlos, aunque no percibió la diferencia.

Apoyó las manos en el suelo. Consiguió levantar el pecho. Soltó un alarido de pura desesperación que retumbó en la cueva. Su mano derecha, al apoyarse en el suelo, tocó algo metálico y frío, y sus dedos lo aferraron instintivamente. Palpó el objeto. Parecía una gruesa manilla, aunque abierta por un extremo, como una herradura de cuerpo redondo o una arandela de las que antes se colocaban en las paredes de las casas para atar a los caballos. Eso quería decir que alguien había estado allí alguna vez. La idea lo animó.

Escuchó un ruido. Dudó, los sentidos alerta. Sí, allí estaba otra vez. Su pecho jadeó con movimientos espasmódicos mientras seguía sentado, los hombros hundidos, la cabeza inclinada. Llorando.

El cri-cri de un grillo.

Era el sonido más hermoso del mundo.

Reunió fuerzas y se puso en marcha, tratando de orientarse por el sonido. Un grillo. Un grillo significaba aire libre. Campo. Bosque. La esperanza lo impulsó a continuar. Aspiró una bocanada de aire más cálido. Lo alcanzó el susurro de la brisa entre las hojas de los árboles y, a lo lejos, el ulular de una lechuza.

Arrastrándose, frenético, asomó la cabeza por una estrecha abertura. El canto del grillo se intensificó. El olor de la madreselva y el narciso. Era ya de noche y apenas veía nada, pero en el cielo refulgía un millón de estrellas.

Sin poder contenerse, rio a carcajadas mientras las lágrimas le nublaban la vista. No tenía ni la menor idea de dónde se encontraba, pero el terreno estaba en pendiente, así que supuso que se hallaba en algún lugar de la *devesa*. Solo tenía que descender y tarde o temprano llegaría a Moreda.

Paso a paso, cojeando, trastabillando, como un espectro malherido, comenzó a moverse.

e

n

r

e

e

a

a

a



Se dio cuenta de que estaba en el suelo, tendido de bruces, con medio cuerpo sobre un charco y la cabeza en el barro. No sabía cuánto llevaba allí, en qué momento se había caído, si es que se había caído. Trató de incorporarse, pero los brazos le fallaron y se le volvió a hundir la cabeza en el barro. Notó la masa pegajosa en las fosas nasales y en la boca. Masticó tierra y piedrecillas. Escupió sin fuerzas y se pasó la mano por la cara para apartar el lodo de los ojos, pero el resultado fue peor y quedó ciego. Con los párpados muy apretados para que no le entrara barro, se obligó a tranquilizarse. Palpó alrededor hasta que encontró un charco. Todavía tumbado, metió la mano derecha en el agua y la agitó enérgicamente para limpiarla. Se frotó los ojos con ella hasta que consiguió abrirlos, aunque no percibió la diferencia.

Apoyó las manos en el suelo. Consiguió levantar el pecho. Soltó un alarido de pura desesperación que retumbó en la cueva. Su mano derecha, al apoyarse en el suelo, tocó algo metálico y frío, y sus dedos lo aferraron instintivamente. Palpó el objeto. Parecía una gruesa anilla, aunque abierta por un extremo, como una herradura de cuerpo redondo o una arandela de las que antes se colocaban en las paredes de las casas para atar a los caballos. Eso quería decir que alguien había estado allí alguna vez. La idea lo animó.

Escuchó un ruido. Dudó, los sentidos alerta. Sí, allí estaba otra vez. Su pecho jadeó con movimientos espasmódicos mientras seguía sentado, los hombros hundidos, la cabeza inclinada. Llorando.

El cri-cri de un grillo.

Era el sonido más hermoso del mundo.

Reunió fuerzas y se puso en marcha, tratando de orientarse por el sonido. Un grillo. Un grillo significaba aire libre. Campo. Bosque. La esperanza lo impulsó a continuar. Aspiró una bocanada de aire más cálido. Lo alcanzó el susurro de la brisa entre las hojas de los árboles y, a lo lejos, el ulular de una lechuza.

Arrastrándose, frenético, asomó la cabeza por una estrecha abertura. El canto del grillo se intensificó. El olor de la madreSelva y el narciso. Era ya de noche y apenas veía nada, pero en el cielo refulgía un millón de estrellas.

Sin poder contenerse, rio a carcajadas mientras las lágrimas le nublaban la vista. No tenía ni la menor idea de dónde se encontraba, pero el terreno estaba en pendiente, así que supuso que se hallaba en algún lugar de la *devesa*. Solo tenía que descender y tarde o temprano llegaría a Moreda.

Paso a paso, cojeando, trastabillando, como un espectro malherido, comenzó a moverse.

## Tortuga

Sito aparcó y bajó del coche. No iba de uniforme, no a aquellas horas, y menos con lo que se disponía a hacer. Echó un vistazo en derredor. Hacía ya dos o tres horas que había oscurecido y la carretera se hallaba desierta, pero no le hacía gracia dejar allí el vehículo, tan a la vista. Era harto improbable que pasara nadie por la zona de noche, y menos en mitad de la semana. Los fines de semana eran distintos, entonces aquello se llenaba de senderistas de la ciudad, pero un martes estaba desierto. De todas formas, sería mejor asegurarse, no quería que nadie fuera por ahí preguntándose qué hacía un Nissan de la Guardia Civil de noche en ese lugar. La gente tenía ojo en la nuca.

Volvió a subirse al coche, lo puso en marcha y lo metió por el sendero. Dejó el Aula de Naturaleza a un lado y, un poco más adelante, se salió del camino y lo aparcó tras unos castaños.

Al apagar el motor, el silencio recuperó el bosque. Bajó del coche, cerró la puerta y se alejó unos pasos para comprobar si se veía desde la carretera. Tras comprobar que estaba perfectamente disimulado, se acercó de nuevo, abrió el maletero y hurgó a tientas en el interior hasta encontrar una linterna. El potente haz de luz rompió la oscuridad. Vio la Deephunter en el interior. Buscó en un bolsillo hasta dar con un papel plegado, lo desdobló y leyó con atención. Era la lista de las grutas, cuevas, túneles y restos arqueológicos en los que podía esconderse el tesoro. Sonrió al verlo. Se sentía como aquel cirujano que había abrazado la Ley de la Costa, solo que él no estaba a las órdenes de ningún Olonés: era su propio capitán pirata.

La lista era larga, pero una buena tercera parte aparecía ya tachada. En las últimas semanas no se daba tregua. Sentía la urgencia en las tripas. No sabría decir por qué pero sabía que se estaba quedando sin tiempo, así que todas las noches de la semana se acercaba hasta alguna de las posibles localizaciones para peinarla exhaustivamente. Estaba obsesionado por la búsqueda. Si el plan era el único posible y a aquellas alturas ya casi nada más le importaba. Era consciente de que sus subordinados comenzaban a murmurar a sus espaldas porque llegaba tarde por las mañanas; descuidaba el trabajo, sobre todo aquel listillo de Peláez, pero por el momento nadie osaba decirle nada a la cara. Seguía siendo el comandante del puesto, y eso allí tenía mucho peso.

No podía faltar mucho para encontrarlo. Su mapa era exhaustivo, así que tarde o temprano aparecería el tesoro. Y entonces ya podían darle a Peláez y a la Guardia Civil. Sí, tenía que estar muy cerca. Notaba un cosquilleo en los dedos cada vez más intenso. La sensación de premura lo dominaba. Estaba ahí, al alcance. Podía olerlo.

Sujetó la Deephunter con una mano. Aquella noche comenzaría a peinar las cuevas de la Rogueira. El problema era que allí no había caminos por los que pudiera adentrarse el Nissan, así que no le quedaba más remedio que cargar con la máquina cuesta arriba. Iba a sudar la gota gorda pero le daba lo mismo. Haría cualquier cosa para localizar de una maldita vez el tesoro.

Se disponía a dar un tirón para levantar la máquina cuando oyó un grito. Un sudor helado lo recorrió la espina dorsal. Se quedó quieto, con el haz de luz olvidado en el interior del maletero escuchando. A su derecha, en el sendero que bajaba de la Rogueira, apareció una figura.

Se le abrió la boca de puro asombro. ¿Qué era aquello? Un monstruo de barro y hoja descendía hacia él. Pensó que el Busgoso, el guardián del bosque, venía a reclamarle la vida por sus años de cazador. Fue un pensamiento fugaz, completamente absurdo, pero por un segundo de terror se apoderó de él y estuvo a punto de darse la vuelta y echar a correr. Pero entonces el rostro de aquel ser entró en el haz de luz de su linterna, que había girado de forma inconsciente, y Sito distinguió los rasgos.

—¡Eh! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

—*Arredemo!* —exclamó, completamente desconcertado—. *Que carallo...?*



Liñariños era un agujero de oscuridad en mitad de la nada. Los faros del Nissan iluminaron las casas de la aldea y sus siluetas se recortaron contra la noche. Sito aparcó delante de la casa de Laro. Cuando apagó el motor, el silencio se llenó de grillos.

—Espacio, te echo una mano.

Laro estaba exhausto. Esperó a que el guardiacivil saliera del coche y abriera la puerta de su lado. Menos mal que lo había encontrado. Cuando se topó con él en el Aula da Natureza se hallaba al límite de sus fuerzas. No habría conseguido atravesar el Cido y llegar hasta Liñariño solo. Sito había querido llevarlo al centro de salud para que le echaran un vistazo a los golpes y rasguños que tenía por todo el cuerpo y al tobillo hinchado, pero él se había negado tan rotundamente que el otro había terminado por ceder.

—Te he dejado todo lleno de barro —murmuró débilmente mientras Sito lo ayudaba a salir. Oyó, como si procedieran de otro mundo, los ladridos de alarma de Pinto, que daba vueltas alrededor del vehículo.

—No te preocupes. Ahora te vas a quitar esa ropa y lavarte un poco mientras te preparo un café. Te sentará bien, ya verás. Y después, con calma, me cuentas qué te ha pasado.

Asintió, pero cuando hubo entrado en la casa se sentó en la silla de la cocina y se quedó allí lleno de barro, con la ropa hecha jirones. Sito no dijo nada. Revolvió un poco hasta que encontró lo que necesitaba, puso una cafetera al fuego y se sentó en la otra silla.

Ninguno de los dos habló. Sito lo miraba de vez en cuando, pensativo, pero guardaba silencio y Laro se lo agradeció. Le caía bien el guardiacivil. Siempre se había portado decentemente con él lo que era mucho más de lo que podía decir de los policías que le habían detenido en Madrid. Le había parecido extraño encontrárselo en el Aula da Natureza de noche, aunque suponía que estaría haciendo lo que fuera que hicieran los guardiaciviles.

El aroma del café lo despejó algo. Sus pensamientos comenzaron a enfocarse.

—Quema.

Le dio lo mismo. Sopló un poco para enfriarlo. Era café solo, no le quedaba leche. Se sirvió una cucharada de azúcar directamente del paquete y se llevó la taza a los labios. El líquido le abrasó la lengua, pero lo tragó con ansia. Estaba hambriento. Sito también se sirvió un café y los dos bebieron en silencio. Cuando terminaron, el guardiacivil le pidió que le contara lo que le había pasado.

Laro habló de las moscas y del calor, del agujero en la tierra, de su caída. Ahí se dio cuenta de que Sito comenzaba a prestarle más atención. Las imágenes acudían a su mente muy fragmentadas, como fotogramas sueltos de una película de terror. El barro y el frío. La oscuridad, la piedrecillas sueltas que se le clavaban en las rodillas cuando avanzaba a gatas, las estalactitas

slos golpes en la cabeza. La montaña sobre él. Sito, ya claramente interesado, con semblante murserio, le hizo un montón de preguntas que respondió como pudo.

l —Has tenido mucha suerte —dijo cuando terminó de hablar, mirándolo tan intensamente quoLaro se sintió incómodo—. Ahora lávate y cámbiate de ropa. Le echaré un vistazo a esas heridas oen el coche tengo un botiquín de urgencia. Después podrás descansar.

Como un niño obediente, Laro comenzó a quitarse la ropa. Estaba bajándose los pantalone cuando un objeto se deslizó del bolsillo trasero y cayó al suelo con un golpe metálico rotundo Sito, que estaba saliendo para buscar el botiquín, se volvió y su mirada recorrió el suelo.

—¿Qué es eso? —Se acercó para recogerlo.

Se le demudó la cara.

Laro observó el objeto con extrañeza. Recordó el aro metálico con que se había topado s<sup>S</sup>mano, justo antes de oír el grillo. Había debido de metérselo maquinalmente en el bolsillo.

e —¡Una torques! ¡Una torques de oro! —oyó el graznido de su propia voz. No tenía ningun duda de que se trataba de eso. Las había visto en el museo de Lugo. Las torques eran collare rígidos con sus extremos ornamentados con abultamientos esféricos o cúbicos y elaborados co<sup>u</sup>hilos de oro o bronce entrelazado. Eran adornos que solían utilizar los hombres en los pueblo e<sup>e</sup>celtas y que simbolizaban el estatus de su poseedor. Los jefes militares premiaban a los que s<sup>S</sup>habían destacado en el combate con una torques. Aquella, en concreto, debió de pertenecer a u<sup>y</sup>jefe o a un guerrero de alto rango. Pese al barro y la suciedad, era fácil distinguir la exquisit<sup>n</sup>filigrana en espiral que remataba en dos gruesos cuerpos troncocónicos.

Con la boca abierta, alzó la mirada y descubrió que Sito clavaba sus pupilas en él con un<sup>r</sup> mezcla de asombro y desconfianza.

s —¿De dónde has sacado esto? —preguntó, y su voz tenía un matiz acerado que no le habí<sup>r</sup> escuchado antes.

n Laro tragó saliva. Podía entender la sospecha del guardiacivil. Estaría pensando que habí<sup>r</sup> encontrado la torques y que pensaba quedársela. Peor todavía, podía pensar que se había metid<sup>r</sup> en la cueva para buscarla, que se dedicaba a eso, a expoliar restos arqueológicos. Había leíd<sup>o</sup> sobre el tema, sabía que había gente que utilizaba incluso detectores de metal para buscar pieza como aquella. Por su cabeza pasaron las historias del tesoro de los mouros. Comenzó a temblar<sup>r</sup>. Atropelladamente, todavía con el pantalón en los tobillos, componiendo una figura ridícula<sup>r</sup> explicó que se lo había topado por pura casualidad, que su mano había tropezado con la torques<sup>r</sup> que la había guardado sin darse cuenta.

a —Tienes que creerme, fue así, de verdad. Eso es lo que pasó, yo ni siquiera me di cuenta..<sup>r</sup> —terminó.

Sito escrutó su rostro unos segundos que a Laro se le hicieron eternos.

—Mañana hablaremos con más calma y me lo vuelves a contar todo otra vez. Pero esto me l<sup>o</sup> llevo. Hay que dar parte, es un hallazgo arqueológico. Te harán preguntas, querrán saber dónde<sup>r</sup> apareció para ver si procede realizar algún tipo de excavación, para datarlo o lo que sea... En fin<sup>r</sup> todo eso —explicó sin dejar de mirarlo fijamente.

e La idea de que lo obligaran a dar explicaciones le puso muy nervioso. No quería tener nad<sup>r</sup> que ver con autoridades de ningún tipo. Aun así, asintió. La expresión de Sito se suavizó.

e —Venga, ve a lavarte. Te miraré esas heridas.

,

s

,

y

e

,

s

.

u

a

s

n

s

e

n

a

a

a

a

o

o

s

.

,

y

.

o

e

,

a

## Cipango

Se despertó con el cuerpo dolorido. Al acordarse de que Sito iba a pasar por su casa se le agrió el humor. No le hacía gracia enfrentarse otra vez al interrogatorio del guardiacivil. Ante necesitaba reflexionar sobre lo ocurrido. Un enjambre de ideas e imágenes confusas bailaban en su memoria.

La torques. ¿Sería posible que después de todo hubiera un tesoro perdido? ¿El legado de los mouros, el de los defensores del Medulio? Recordó la expresión de Alda cuando le comentó las palabras de Aureana, que las Covas eran las guardianas de los mouros. Había empalidecido. Y no le respondió. Al contrario, desvió su atención recordándole que él no le contaba todo, lo que había desencadenado su confesión.

Pero no era el único que escondía algo. Por supuesto que no, ¿cómo podía haber estado tan ciego? Debía ver a Alda. Le daba lo mismo si ella no quería nada con él ahora que conocía su historia, tenía que contarle lo de la torques y conseguir que se sincerara con él. Averiguar de una vez por todas qué le estaban escondiendo. Y, de paso, así evitaría enfrentarse a Sito nuevamente al menos por el momento, mientras no se aclarara un poco las ideas.

Se le escapó un grito de dolor cuando sus músculos se quejaron al levantarse. Se examinó el cuerpo: estaba lleno de cardenales y cortes. Con movimientos más cuidadosos, se vistió y salió de la casa. Cojeaba y le dolía todo el cuerpo. Pinto ladró de contento al verlo y meneó la cola con energía. Empezó a agacharse para acariciarle, pero el dolor lo detuvo. Buscó un palo para que le sirviera de bastón y se dirigió a Carbedo, seguido de cerca por el perro. El cielo estaba nuevamente cubierto. El bosque ofrecía un aspecto mortecino.

—Mira quién tenemos aquí.

Xoana le recibió con hosquedad poco disimulada desde el quicio de la puerta. Laro enrojeció. En las últimas semanas apenas se había acordado de la mujer, pero en ese instante lo invadieron los remordimientos. Durante meses había jugado con la posibilidad de empezar una relación con ella, y esa idea había sido un asidero del que agarrarse en los peores momentos. Ahora se daba cuenta de que le estaba muy agradecido, pero también de que no sentía nada por ella.

Por primera vez, reparó en el rictus adusto de su expresión, que le provocaba pequeñas arrugas en la comisura de los labios, y en la falta de vivacidad de sus ojos. Aunque tenían el mismo color que los de su hermana, no podían ser más diferentes. Xoana era atractiva, pero a lado de Alda...

Cuando preguntó por ella, el semblante de la mujer se crispó. Pareció a punto de decir algo pero cambió de opinión. Dio media vuelta y desapareció en el interior de la casa. Laro dudó si seguirla o no, pero decidió que lo mejor sería esperar.

Dio unos pasos cortos por el patio de entrada, cada vez más nervioso. De dentro le llegaron voces airadas. Se acercó a la puerta para oír mejor, sintiéndose incómodo en aquella casa por primera vez. Reconoció las voces de Xoana y Alda, que hablaban en susurros furiosos. Le costaba entender lo que decían. Entró en el zaguán para escuchar mejor.

«¡Yo no le he dicho que viniera! ¿Me oyes? ¡Yo no quería verlo!»). Las palabras lo golpearon como un mazo en la cara. Turbado, salió de nuevo al exterior. Los hombros le pesaban como si se hubiera puesto un chaleco de plomo. La mirada se le perdió. Pinto cazaba moscas. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Soltó el aire y apretó los dientes. ¿Qué esperaba, que una mujer así se interesara por él? ¿De qué se sorprendía?

Le daba igual. No estaba allí para verla. Estaba allí porque tenía que hablar con ella, lo que era muy diferente. Se giró con brusquedad, decidido a conseguir que saliera, pero al hacerlo se le detuvo de bruces. Se le escapó una exclamación de sorpresa y un «perdón» que sonó sin fuerza.

s —Hola, Laro. —Había un pesar escondido en su expresión que lo conmovió. Confuso, devoró la visión de su rostro como si fuera la última vez que la veía.

—Tengo que hablar contigo.

s —¿Es necesario?

s El corazón de Laro se encogió. Se obligó a seguir.

o —Sí. No tiene que ver con... bueno, contigo y conmigo —se ruborizó y apartó la vista—. Es algo que... Es importante.

Ella reparó en su aspecto por primera vez.

n —¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

u —¿Podemos hablar? No aquí, mejor en... en otro lugar.

a Ella echó un vistazo al interior y después cerró la puerta.

, —Demos un paseo.

Comenzaron a alejarse en dirección a Esperante por la senda que corría paralela al Cido y que se internaba entre castaños cargados de hojas nuevas. Deseaba preguntarle por qué se había marchado tan bruscamente dos días atrás, pero ella miraba fijamente el camino. La sensación de alejamiento era demasiado intensa.

e Empezó a hablar. Alda lo escuchó sin interrumpirle, con un interés distante al principio y una expresión cada vez más preocupada a medida que Laro desgranaba los sucesos del día anterior.

Hasta que le contó que había encontrado una torques. Se volvió hacia él con los ojos muy abiertos todavía sin hablar. Cuando le dijo que le había dado la torques a Sito se le escapó una exclamación.

n —A mi madre no le va a hacer mucha gracia.

n —¿Por qué?

a Alda examinó su rostro con atención, como si quisiera comprobar si le tomaba el pelo.

—Le has dado la torques a un Aguiar. Los Aguiar y las Covas no nos llevamos precisamente bien.

l La sorpresa detuvo en seco los pasos cojos de Laro.

l —¿Sito es Aguiar?

—Es hijo de Suso o Vello.

, Ni se le había pasado por la cabeza esa posibilidad. Abrió y cerró la boca, perplejo, mientras las implicaciones de aquella noticia se agolpaban en su cabeza.

—¡No lo sabía! Es guardiacivil, yo... ¿Qué podía hacer? De todas formas, tampoco él puede hacer otra cosa que dar parte... —cerró la boca, inseguro. Era un náufrago arrojado a la costa en medio de una guerra fratricida entre los Toranaga y los Ishido.

a —¿Por qué me cuentas todo esto?

Las hojas de los castaños susurraban en la brisa. No hacía frío, pero el aire estaba cargado de humedad.

n —Necesito que me expliques qué está pasando. —Ella rehuyó su mirada—. Sé lo de los mouroos y lo del Medulio. Estuve en el museo de Lugo y vi la tésera de hospitalidad y el águila.  
aHablé con tu madre y se irritó cuando le hablé de los romanos, como si le molestase que se  
e hablara de ellos, o que se hiciera en voz alta, no sé. En Lugo me hablaron de los louguei y los  
susarros y ya sé que parece una locura, pero no puedo dejar de pensar en que las Louras vienen de  
e los louguei y los Susos de los susarros... —alzó las manos—, ¡mierda, Alda, parece todo tan  
a absurdo cuando lo digo en voz alta! ¿Estoy desvariando?

Por primera vez en aquella mañana, Alda sonrió. Era una sonrisa triste, pero a Laro le dio  
e igual: le iluminó el rostro como si se hubiera encendido una luz.

—Dímelo a mí. He vivido con eso desde niña. ¿Por qué te crees que me marché a Barcelona?

La sorpresa desvió el curso de sus pensamientos. Aquello explicaba algunas cosas.

—Pero has vuelto.

—Supongo que al final sí soy una Covas. Y no, no estás desvariando. O eso creo. —Meneó la  
e cabeza, frustrada—. En realidad ya no sé qué creer. He intentado alejarme de todo esto esperando  
a que desapareciera, pero da igual dónde estés. Sigue ahí, formando parte de ti. Lo que sí sé es que  
e ellas lo creen a pie juntillas. El sagrado legado que va pasando de primogénita en primogénita  
a durante siglos. Las guardianas del tesoro de los mouros... Solo que hace generaciones que nadie  
e sabe dónde está ese tesoro, si es que existió alguna vez. Y ahora vas tú y encuentras una torques de  
a oro y se la entregas a un Aguiar. Mejor que no se enteren ni mi madre ni mi hermana, ellas sí que  
e se volverían locas de verdad.

e Laro observó el Cido, del otro lado del angosto valle formado por el Muiñelo. El foso de los  
a romanos. ¿Sería posible que de verdad fuera el Medulio perdido, el lugar en el que se inmolaron  
e los últimos defensores de aquella tierra?

—¿Qué pasó con el tesoro?

a —Se perdió. Un Aguiar mató a la última Covas que conocía su paradero.

: —¿Cuándo fue eso?

, —En la guerra.

a —¿La civil?

Ella negó, casi riendo.

—La de Independencia, contra los franceses. Un Aguiar aprovechó el desorden para  
e secuestrar a mi tatarra tatarabuela y obligarla a confesar el escondite del tesoro. La sometió a  
a tortura durante semanas, pero la mujer murió sin abrir la boca. El problema fue que su primogénita  
e era todavía demasiado pequeña, ya conocía el legado familiar pero todavía no había alcanzado la  
a edad en la que se les revelaba dónde se hallaba el tesoro. Así que desde ese momento ya no  
e fueron los Aguiar los únicos en buscarlo. —Sonrió casi con timidez, como si también a ella le  
a costara dar veracidad a aquellas historias—. O eso es lo que me contaron de pequeña...

El estupor dejó mudo a Laro un buen rato.

s —De ahí la enemistad.

—No, las familias ya estaban enfrentadas antes. Desde siempre, si es verdad lo que cuentan  
eLos Susos siempre anduvieron detrás del tesoro y las Covas siempre lo protegieron. Hasta  
e entonces. ¿Por qué crees que vinieron los susarros a esta tierra? Para simular amistad con los  
a louguei que sobrevivieron a la matanza, averiguar dónde estaba escondido el tesoro y entregárselo  
e a sus amos romanos. Por eso se hicieron sus clientes. El enfrentamiento viene de lejos, ya ves...  
e—sonrió una vez más, insegura.

—¿Me estás diciendo que durante siglos las Covas sabíais dónde se escondía un tesoro

sinmenso y no lo tocasteis? ¿Que preferisteis seguir viviendo miserablemente en una aldea perdida? —Alda torció el gesto con desagrado y Laro se percató de que había herido su sensibilidad—. Disculpa. No quería decir...

s —¿Miserablemente? ¿Cómo puedes vivir miserablemente si tienes todo cuanto deseas? —Hizo un gesto vago, señalando cuanto les rodeaba—. Nunca tocaron el tesoro porque su verdadero valor no es el económico. El tesoro es... —dudó, tratando de encontrar las palabras— simboliza la unión con nuestro pasado. Con quiénes somos, con la memoria de nuestros antepasados y nuestra cultura. El tesoro es la raíz que se hunde en la tierra. La última rebelión contra los conquistadores... La leyenda dice que los mouros volverán un día para reclamar lo suyo, así que la obligación de las guardianas es preservar su tesoro. Su legado. —Se encogió de hombros, como si tampoco ella pudiera creerse lo que decía.

—¿Y tú qué crees? ¿Que tu familia desciende directamente de los celtas? ¿Que durante dos mil años habéis guardado el secreto de un tesoro escondido a los romanos?

o Alda tenía el semblante pálido, la mirada en la cumbre del Cido. Estaba hermosa, la piel clara y aquellos ojos inmensos.

a —Tú eres de Madrid. No tienes ni idea de cómo es la vida en la montaña. Aquí la gente vive completamente aislada durante siglos. En un ambiente así las cosas tardan mucho en cambiar. Las leyendas terminan convirtiéndose en algo muy vivo. O quizá es al revés: lo vivo termina convirtiéndose en leyenda.

La cabeza de Laro era una marmita en ebullición. Se fijó en algo que había dicho Alda un momento antes.

n —¿Y ese secreto fue pasando de primogénita en primogénita? ¿Siempre?

—Siempre.

—Pero, ¿y si el primer hijo era varón? Alguna vez tendría que pasar...

—No. El primer bebé de cada nueva generación siempre ha sido niña. Al menos, eso es lo que dice mi madre.

—Pero Bran es un varón y es el primogénito de Xoana. ¿Cómo se explica eso?

La sonrisa triste de Alda le provocó un estremecimiento.

—Ya.

a —¿Ya qué?

a Alda contrajo el rostro en una mueca de tensión. Laro se dio cuenta de que le brillaban los ojos, como si estuviera a punto de llorar. Se volvió hacia él casi con violencia.

a —¿Por qué crees que Xoana quiere tener una hija contigo?

o Se quedó estupefacto.

e —¿Que quiere...?

—Por eso me fui de ese modo antes de ayer.

—¿Te fuiste porque Xoana quiere tener una hija conmigo?

Alda metió las manos en los bolsillos. Seguían parados en medio de la senda, ajenos a cuanto los rodeaba.

a —Sí.

s —No entiendo. —Pero no era cierto. No del todo. Una tenue esperanza comenzó a brillar en alguna parte.

. —Sí que lo haces, pero te lo diré igual. Me fui porque me di cuenta de que me estaba enamorando de ti. —Lo dijo mirándolo de frente, sin timidez alguna, y Laro se quedó sin respiración—. Pero no puede ser. Soy una Covas, me guste o no. Acabo de volver a casa después

ade años sin hablar con mi familia y lo primero que hago es robarle la pareja a mi hermana mayor  
uNo puedo.

Atravesado por una mezcla de dicha e impotencia, Laro exclamó:

? —¡Pero yo no quiero a tu hermana! ¡Te quiero a ti!

u —No lo entiendes. Es su última oportunidad.

, —¿Su última oportunidad de qué? ¿De tener una relación? Tu hermana es todavía joven y e  
suna mujer hermosa. Además, ya te digo que no quiero estar con ella, esas cosas no se puede  
aforzar...

o —De tener una hija. Es lo único que le importa.

e —¡Pero yo no quiero tener una hija con ella! ¿Solo me quiere para tener una hija y a ti no t  
importa? ¿Y por qué esa obsesión por una hija? ¡Ya no sería la primogénita!

l Alda no respondió. Se le aceró la mirada, se le apretaron las mandíbulas y cambi  
bruscamente de tema.

a —¿Sabes que también nos llaman «As Serpes»? Lo dicen en voz baja, eso sí.

Laro dejó escapar el aire con brusquedad. Se sentía frustrado. Feliz. Turbado. Deseó besarla ;  
ódejarse llevar. Llevaba tanto tiempo sin besar a una mujer que le dolía el cuerpo por la ansiedad  
sPero allí estaba el miedo una vez más, su viejo compañero que nunca se alejaba demasiado. Se l  
aaferró a las tripas ante la posibilidad de que todo saliera mal. Sabía demasiado bien cuánto dolí  
el fracaso.

n Dio unos pasos alejándose de Alda. Se acordó de la Nochebuena, cuando Xoana lo habí  
acompañado a casa. Había querido besarlo, pero él la había rechazado. En aquel momento lo hiz  
por miedo a que saliera mal. Durante demasiados años había pensado que la única forma de evita  
el fracaso era no intentar nada. Pero la idea de perder a Alda era mucho más dolorosa que la d  
fracasar.

e Retrocedió, acercándose a ella de nuevo. La atrajo hacia él. Percibió el calor y la tensión d  
su cuerpo, pero ya no podía detenerse.

Lo invadió una sensación de bienestar. Sujetó su cara entre las manos y ella lo dejó hacer  
Inclinó la cabeza y rozó sus labios, que se entreabrieron con suavidad.

Creyó volverse loco de placer. Llevaba media vida sin besar a nadie.

El cuerpo de Alda se separó del suyo con brusquedad.

s —¿Qué...?

No le dejó terminar. Miraba fijamente a espaldas de Laro, al camino que llevaba a Carbedo.

—Mi hermana. Estaba ahí. Observándonos.

Laro se volvió hacia el sendero, pero no distinguió nada más que árboles.

—Tengo que irme —dijo Alda, nerviosa. Comenzó a alejarse, pero se volvió y le echó lo  
brazos al cuello. Lo besó de nuevo y se separó—. Tengo que hablar con ella. No te preocupes, l  
arreglaré. Mañana iré a verte. Te lo prometo.

o Y se fue, dejándolo en medio del camino con una inmensa sonrisa en la cara.

Sintiéndose feliz. Completa, rotundamente feliz.

n

a

n

s

de años sin hablar con mi familia y lo primero que hago es robarle la pareja a mi hermana mayor. No puedo.

Atravesado por una mezcla de dicha e impotencia, Laro exclamó:

—¡Pero yo no quiero a tu hermana! ¡Te quiero a ti!

—No lo entiendes. Es su última oportunidad.

—¿Su última oportunidad de qué? ¿De tener una relación? Tu hermana es todavía joven y es una mujer hermosa. Además, ya te digo que no quiero estar con ella, esas cosas no se pueden forzar...

—De tener una hija. Es lo único que le importa.

—¡Pero yo no quiero tener una hija con ella! ¿Solo me quiere para tener una hija y a ti no te importa? ¿Y por qué esa obsesión por una hija? ¡Ya no sería la primogénita!

Alda no respondió. Se le acercó la mirada, se le apretaron las mandíbulas y cambió bruscamente de tema.

—¿Sabes que también nos llaman «As Serpes»? Lo dicen en voz baja, eso sí.

Laro dejó escapar el aire con brusquedad. Se sentía frustrado. Feliz. Turbado. Deseó besarla y dejarse llevar. Llevaba tanto tiempo sin besar a una mujer que le dolía el cuerpo por la ansiedad. Pero allí estaba el miedo una vez más, su viejo compañero que nunca se alejaba demasiado. Se le aferró a las tripas ante la posibilidad de que todo saliera mal. Sabía demasiado bien cuánto dolía el fracaso.

Dio unos pasos alejándose de Alda. Se acordó de la Nochebuena, cuando Xoana lo había acompañado a casa. Había querido besarlo, pero él la había rechazado. En aquel momento lo hizo por miedo a que saliera mal. Durante demasiados años había pensado que la única forma de evitar el fracaso era no intentar nada. Pero la idea de perder a Alda era mucho más dolorosa que la de fracasar.

Retrocedió, acercándose a ella de nuevo. La atrajo hacia él. Percibió el calor y la tensión de su cuerpo, pero ya no podía detenerse.

Lo invadió una sensación de bienestar. Sujetó su cara entre las manos y ella lo dejó hacer. Incluyó la cabeza y rozó sus labios, que se entreabrieron con suavidad.

Creyó volverse loco de placer. Llevaba media vida sin besar a nadie.

El cuerpo de Alda se separó del suyo con brusquedad.

—¿Qué...?

No le dejó terminar. Miraba fijamente a espaldas de Laro, al camino que llevaba a Carbedo.

—Mi hermana. Estaba ahí. Observándonos.

Laro se volvió hacia el sendero, pero no distinguió nada más que árboles.

—Tengo que irme —dijo Alda, nerviosa. Comenzó a alejarse, pero se volvió y le echó los brazos al cuello. Lo besó de nuevo y se separó—. Tengo que hablar con ella. No te preocupes, lo arreglaré. Mañana iré a verte. Te lo prometo.

Y se fue, dejándolo en medio del camino con una inmensa sonrisa en la cara.

Sintiéndose feliz. Completa, rotundamente feliz.

## El Salvaje Oeste

No conseguía quitarse la sonrisa de la cara. Cada vez que pensaba en las pocas semanas que hacía que se conocían lo dominaba el asombro. Tenía la sensación de que Alda siempre había estado ahí, se entendía con ella como jamás se había entendido con nadie, ni siquiera con Esther. Entre ellos había una complicidad que hacía innecesarias las palabras. Seguía teniendo miedo. En realidad, estaba aterrorizado, pero la idea de que Alda estuviera enamorada de él hacía que el mundo tuviera un brillo intenso. Hasta la atmósfera parecía poseer una nitidez desconocida.

Se levantó muy temprano, feliz por la certeza de que esa mañana la vería. Expectante, se dedicó a ordenar y limpiar la casa. No había mucho que pudiera hacer, pero quería que todo tuviera la mejor apariencia posible. Barrió el suelo, fregó los cacharros, ordenó las cosas que estaban por el medio y cambió las sábanas, esto último con una sonrisa de anticipación incrédula.

Cuando terminó todavía era muy temprano, así que comenzó a dar vueltas de un lado para otro sin saber qué más hacer. Se puso a planear mejoras para la casa. No se le daba mal la carpintería quizá pudiera construir un armario para la ropa, que ahora guardaba en una caja. Si Alda iba a vivir con él tendría que ofrecerle un lugar lo más cómodo posible. Tendría que ver la forma de derivar el agua de la fuente al interior, construir tuberías y un sistema de desagüe. Y cavar un pozo negro. Y arreglar la instalación eléctrica, y...

No era capaz de detenerse. Si Alda iba a vivir con él. Ni siquiera se lo creía, estaba yendo demasiado rápido, qué tontería, pero que más daba. Le había llegado el tiempo de soñar.

La sonrisa se le ensanchó todavía más. Faltaban dos semanas para las hogueras de San Juan. El solsticio de verano. Tenía muchas ganas de que llegara ese día, Alda le había contado alguna de las tradiciones de las hogueras. Se dijo que sería muy especial vivir una noche así con ella. Si le antojaba una ceremonia muy apropiada: quemarían todo lo malo de su pasado para celebrar su nueva vida.

Su nueva vida juntos. La idea le hizo soltar una carcajada de pura felicidad.

Decidió empezar por el agua, eso era lo más importante, una cosa era que él tuviera que lavarse en la fuente y otra que lo hiciera Alda. En verano no había problema, pero en invierno... Al pensar en el invierno le pasó por la cabeza la imagen del mirador del Polín, con el veneno de tejo en la mano. Fue como si le hubieran dado una bofetada. Se dejó caer contra la piedra de la fuente con la mirada perdida. Había pasado medio año, pero le parecieron cincuenta. Abrumado por la intensidad del recuerdo, apretó los dientes y se dijo que nunca más. Ahora tenía a Alda. La vida, de repente, parecía repleta de posibilidades.

Estaba tardando en llegar. Mientras hacía cálculos en el exterior de la casa, analizando por dónde podría hacer pasar las tuberías, no dejaba de vigilar el sendero de Carbedo. El sol ya estaba alto, debían de ser más de las diez, pero Alda no aparecía. Se obligó a ser paciente. Todavía era pronto. Probablemente, la conversación con su hermana se había prolongado la noche anterior y se había quedado dormida. Sí, eso tenía que ser.

Escuchó pasos. Nervioso, sin poder contener la sonrisa, dejó cuanto tenía entre manos y se acercó al camino. Ya tenía el saludo en la boca cuando vio quién era.

—Qué hay, Laro. —Vestido de uniforme, Sito cubrió los últimos metros hasta él. Debió de percibir algo en su expresión porque frunció el ceño—. ¿Todo bien?

Con todo lo sucedido el día anterior ni se había acordado de Sito. Sito Aguiar, se recordó. Lo observó como si lo viera por primera vez.

—Vine ayer, pero no estabas. Habíamos quedado. Es importante que me lo vuelvas a contar todo, necesitamos localizar la cueva para informar del hallazgo, ¿lo entiendes? Así podrán hacer los estudios que precisen. No todos los días se encuentra una torques, y menos una así.

—Ya. —No paraba de darle vueltas a que Sito era un Aguiar. Su padre era Suso o Vello, e aunque iba a todas partes con el *Ciprianillo*—. Porque tú no tienes ningún interés personal.

La expresión del guardiacivil se transformó. Se le frunció el ceño y sus ojos destellaron de furia.

—Vamos a dejar esto muy claro ahora mismo. —Su tono era tan acerado que cortaba el aliento. Pronunció cada palabra con gélida claridad—. Acabo de llegar al pueblo después de casi una década fuera. Soy un recién llegado, como tú. No sé lo que te habrán contado, pero ya puedes olvidarte de toda esa mierda, sea cual sea. ¿Qué te crees, que a mí me gusta escuchar lo que se dice de mi padre? Aquí solo hay una cosa cierta: soy el comandante del puesto de la Guardia Civil. Mi único interés es cumplir con mi deber. Que no es otro que recabar toda la información posible sobre el hallazgo. Y tú me vas a ayudar, te guste o no. ¿Te ha quedado claro?

Laro tragó saliva. Su actitud estaba cargada de amenaza, pero además tenía razón. Era el comandante del puesto de la Guardia Civil. Y él solo tenía un montón de conjeturas desquiciadas sobre mouros y romanos. Por muy Aguiar que fuese, incluso en el caso de que todo fuera cierto podía ser como Alda, que había huido de la montaña para alejarse de aquella locura.

—No sé qué más quieres que te diga —replicó, alzando las manos en señal de impotencia—. Ya te lo he contado todo. No tengo ni idea de dónde se encuentra la cueva esa, salvo que está en algún lugar de la Rogueira. Tú mismo viste que bajaba de la *devesa*.

—¿A qué altura se hallaba, cerca del aula o más arriba?

—Arriba, tardé mucho en bajar, pero no puedo asegurarlo, estaba agotado, compréndelo...

—Describeme la boca de la cueva. La entrada.

Incómodo bajo el escrutinio del guardiacivil, temiendo que en cualquier momento apareciera Alda y se extrañara al ver a Sito allí, Laro le contó lo poco que recordaba.

Sito lo escuchó con atención, formulándole cada poco nuevas preguntas. Cuando terminó, el guardiacivil se quedó pensativo.

—Podría tratarse de la cueva de Longo de Meu —suspiró, frustrado—. O de cualquier otra desconocida. Estos montes están repletos de cuevas.

Laro se encogió de hombros. En aquel momento no sentía ningún interés por la torques ni por la historia del Medulio. No conseguía dejar de pensar en Alda. Sin embargo, le extrañó cuando Sito dio por finalizado el interrogatorio y se marchó sin pedirle que le acompañara a la *devesa*. Había temido que lo hiciera, no quería que Alda se encontrara la casa vacía.

Pasado el mediodía, corroído por la impaciencia, empezó a preguntarse si no le habría pasado algo. Varias veces decidió acercarse hasta Carbedo, total eran solo unos minutos de camino, pero una y otra vez algo lo detuvo. No quería presionarla. Tenía la sensación de que su vida pendía de un hilo y que cualquier imprevisto podría romperlo.



e A las dos de la tarde se rindió y fue cojeando hasta Carbedo. Antes de llegar se detuvo pensando que lo mejor sería observar desde la distancia, comprobar si estaban en casa o no. Se metió entre los castaños que bordeaban la senda y se acercó hasta que tuvo la vivienda a la vista.

Todo parecía tranquilo. Las gallinas picoteaban en el prado. La casa tenía las puertas cerradas, pero desde allí no podía saber si tenían puesto el cierre o no. Le extrañó no ver salir humo por la chimenea, a aquellas horas Aureana debía de estar preparando la comida, pero no le dio importancia.

l Media hora después comenzó a sentirse idiota. No había nadie en la casa. Era extraño, aunque podía tener mil explicaciones. Lo mejor sería acercarse y llamar a la puerta. ¿Y si mientras tanto Alda iba a su propia casa por otro lado?

Bran apareció por el camino. Debía de haber terminado ya la jornada escolar, el autobús lo habría dejado en la carretera, a unos cientos de metros. Se alegró de ver al chiquillo y se dio cuenta, con un pinchazo de remordimiento, que llevaba desde la llegada de Alda sin siquiera acordarse de él. Imaginaba que todavía estaría enfadado por haberlo expulsado de su casa y se propuso hacer lo posible por recuperarlo. Animado por esos pensamientos, lo vio llegar a la casa e intentar abrir la puerta.

n La encontró cerrada. El chiquillo forcejeó, pero al comprobar que no cedía rebuscó en la mochila escolar en busca de las llaves.

l —Bran. —Salió de detrás del tronco y se acercó. El chiquillo se dio la vuelta y Laro vio cómo se le endurecía la expresión. Se obligó a sonreír—. ¿Cómo estás?

, Bran apretó los dientes. Alda le había pedido que tuviera paciencia. «Te ve como el padre que nunca ha tenido. Y a nadie le gusta que un padre le rechace, pero dale tiempo, volverá a ti, ya lo verás». Alda siempre era optimista.

n —¿Qué quieres?

—Venía a ver a tu tía, pero no está. ¿Puedes decirle cuando la veas que...? —se detuvo. ¿Quería decirle? Lo que deseaba era verla, estar con ella, pero eso no podía decírselo a Bran— Bueno, deja. Dile que estuve aquí, eso es todo.

El niño no respondió. Comenzó a entrar en casa como si no hubiese oído nada.

a —¡Espera! Yo... No quería echarte aquel día. Estaba mal y la pagué contigo. Perdón.

Bran lo miró. Apretó los dientes y entró en casa sin responder. Tras unos segundos, Laro se dio la vuelta. No podía hacer más por el momento. Y quizás Alda hubiera ido a su casa, después de todo. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Le entraron las prisas y terminó volviendo a la carrera.

a No había indicios de que nadie hubiera pasado por allí. ¿Dónde se habría metido? Comenzaba a preocuparse. ¿Y si se había arrepentido y ya no quería estar con él? Se obligó a calmarse. No podía empezar a ver fantasmas donde no los había. Tenía que esperar. Solo eso, esperar.

o Consiguió aguantar hasta que comenzó a oscurecer. A esas horas, hecho un manojo de nervios, corrió de nuevo hasta Carbedo. Comprobó con alegría que había luz en la casa. Se detuvo y se forzó a esperar a que se le calmase la respiración. En un minuto Alda abriría la puerta y sería como si no hubiera pasado nada. Solo un minuto más.

o —Hola, Laro. —Tuvo que realizar un esfuerzo supremo para que no se le notara la decepción. La que le abrió la puerta no era Alda, sino Aureana—. ¿Qué es lo que quieres ahora?

Le sorprendió la hostilidad de la anciana, que siempre se había mostrado amable con él.

—¿Está Alda? ¿Puedo verla?

Aureana no se movió del quicio. Tenía el rostro contraído en una mueca tensa que resultaba extraña en su rostro habitualmente plácido. Meneó la cabeza como si algo la apenara profundamente.

e —¿Está o no? ¿Dónde se ha metido? —urgió Laro con una nota de histeria en la voz.

—Se ha marchado.

s Tardó en descifrar el significado de aquellas palabras, que cayeron sobre su cerebro como gotas de ácido.

e —¿Marchado? ¿Adónde? ¿Tardará mucho?

—La última vez tardó años.

e No podía ser cierto. No podía serlo.

o —¿Se ha marchado?

—Acabo de decírtelo.

o —¿Adónde?

o —A Barcelona, supongo. Ha vuelto a dejarnos. Muy propio de ella.

a Se le hundieron los hombros mientras su cuerpo asimilaba la noticia. Alda. Su Lotus, su joven esquaw, había desaparecido.

a —Pero... Ella... Yo...

No se dio cuenta del destello de furia que atravesó las pupilas de la anciana. Sin embargo cuando habló su voz sonó compasiva.

—No te preocupes. Estarás bien. Nosotras te cuidaremos, ya verás, Xoana y yo te cuidaremos Ven, pasa, siéntate un rato, te encontrarás mejor.

Aturdido, se dejó guiar al interior.

e

o

é

.

e

s

a

o

,

e

a

l.

Aureana no se movió del quicio. Tenía el rostro contraído en una mueca tensa que resultaba extraña en su rostro habitualmente plácido. Meneó la cabeza como si algo la apenara profundamente.

—¿Está o no? ¿Dónde se ha metido? —urgió Laro con una nota de histeria en la voz.

—Se ha marchado.

Tardó en descifrar el significado de aquellas palabras, que cayeron sobre su cerebro como gotas de ácido.

—¿Marchado? ¿Adónde? ¿Tardará mucho?

—La última vez tardó años.

No podía ser cierto. No podía serlo.

—¿Se ha marchado?

—Acabo de decírtelo.

—¿Adónde?

—A Barcelona, supongo. Ha vuelto a dejarnos. Muy propio de ella.

Se le hundieron los hombros mientras su cuerpo asimilaba la noticia. Alda. Su Lotus, su joven squaw, había desaparecido.

—Pero... Ella... Yo...

No se dio cuenta del destello de furia que atravesó las pupilas de la anciana. Sin embargo, cuando habló su voz sonó compasiva.

—No te preocupes. Estarás bien. Nosotras te cuidaremos, ya verás, Xoana y yo te cuidaremos. Ven, pasa, siéntate un rato, te encontrarás mejor.

Aturdido, se dejó guiar al interior.

## El Fuerte de Zinderneuf

Recordaba el tacto de los labios de Alda contra los suyos y el calor de su piel. La mirada de deseo cuando se abrazaron en el sendero. No podía haberse marchado así, dejándolo a la deriva una vez más.

Dolía. Dolía como si le arrancaran las uñas. ¿Qué había pasado? Recordó las palabras de Alda: «Acabo de volver a casa después de años sin hablar con mi familia y lo primero que hago es robarle la pareja a mi hermana mayor». ¿Y si había decidido marcharse para no traicionar a su hermana? Por lo que la conocía, era el tipo de persona que haría precisamente eso.

No. No se marcharía sin despedirse. ¿O sí?...

Daba vueltas como un animal enjaulado mientras sus pensamientos oscilaban de un extremo a otro, a veces convencido de que Alda no se marcharía, a veces de lo contrario. Creyó volverse loco de desesperación.

—¿Está Sito?... El sargento, quiero decir.

El guardiacivil que lo atendió era joven, en la veintena.

—No se encuentra aquí en este momento, pero quizá yo pueda ayudarle. Andrés Peláez, a su servicio.

Laro dudó. Había ido al cuartel impulsado por la necesidad de hacer algo. ¡Si al menos tuviera el número de teléfono de Alda! Vivían solo a unos minutos, ni se le había pasado por la cabeza que iba a necesitarlo. Tras su desaparición se lo pidió a Aureana y a Xoana, pero le respondieron que no lo tenían, que nunca lo habían tenido. Ya no sabía qué más hacer, así que había pensado en pedirle a Sito que tratara de averiguar su paradero, él sabría qué hacer pertenecía a la Guardia Civil. Pero una cosa era pedírselo a Sito y otra a un desconocido.

—No, yo... quizá no deba... —se desanimó.

Peláez lo contempló con expresión cordial y aspecto resuelto.

—Últimamente el sargento está muy ocupado y no se pasa mucho por aquí —dijo con un mueca que pretendía quitarle hierro al asunto—. Si corre prisa, lo mejor sería...

—Quiero denunciar la desaparición de una mujer.

La expresión del guardiacivil se tornó seria.

—¿Cuál es el nombre de la desaparecida?

—Alda. Alda Covas.

El agente tomó nota.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha marchado. Ha desaparecido.

—¿Se ha marchado o ha desaparecido?

Atropelladamente, Laro le habló de Alda, de su llegada tras muchos años fuera, de la relación que habían comenzado y de su repentina marcha. A medida que hablaba se iba dando cuenta de poco sentido que tenía cuanto decía y la frustración entrecortó su discurso. El guardiacivil le escuchó con paciencia y le formuló varias preguntas, pero ya no anotaba las respuestas.

—Me temo que no podemos hacer nada. Es mayor de edad y su familia afirma que se ha marchado voluntariamente, no hay ningún motivo para dudar de que sea así... —Se detuvo al ver su expresión desolada—. Lo siento. De verdad que lo siento, pero...



Los días siguientes fueron un infierno. Había creído tocar el paraíso con la punta de los dedos pero la vida se burlaba de él una vez más. Se le ocurrió pensar que en algún momento podría aparecer Alda por su casa y se encerró en ella para asegurarse de que estuviera presente cuando fuera. Sabía que era absurdo, pero no podía evitarlo. De vez en cuando, al salir a orinar o a estirar las piernas, se encontraba un plato o una fuente envuelta en papel de aluminio en la puerta con comida dentro y la idea de que Aureana seguía cuidando de él lo enternecía y acrecentaba su dolor.

Una noche, tres o cuatro días después de la desaparición de Alda, llamaron a la puerta. Laro estaba tumbado en el camastro, vencido, mirando el techo y carcomiéndose por dentro. Se levantó apresuradamente y abrió la puerta.

Era Xoana. Le sonrió, nerviosa. Llevaba una fuente en una mano y una botella de vino en la otra.

—Necesitas animarte.

Entró sin darle opción y comenzó a disponer cuanto traía en la mesa. El aroma del guiso inundó sus fosas nasales y le hizo salivar. Xoana descorchó la botella, llenó dos vasos y le ofreció uno. Se movía de forma brusca, como si la dominara una emoción interior. Laro la dejó hacer. Quería estar solo, pero no se sentía con fuerzas para imponerse. El guiso olía realmente bien.

Dio un trago de vino. Era un caldo ácido, de la tierra. Notó la onda expansiva del líquido en su sangre y en su cerebro y el agradable aturdimiento que lo invadía. Empezaron a cenar. Ella hablaba de forma algo impaciente, saltando de un tema a otro como si temiera quedarse demasiado tiempo en el mismo. Laro la escuchaba cada vez más aturdido mientras no dejaba de pensar en lo mucho que Xoana se esforzaba por eludir la cuestión de la desaparición de su hermana, que se alzaba como una barrera de espinos entre ambos. Observando el rictus nervioso de su expresión, la tensión de sus facciones y los evidentes esfuerzos que hacía por parecer espontánea, se preguntó cómo podía haberla encontrado atractiva. Sintió lástima por ella. Recordó su empeño de tener una hija con él, su obsesión con toda aquella majadería de los mouros y la escena de sendero de Carbedo, cuando Alda se había separado de él al descubrirla espiándoles. Se enfureció.

—Se ha ido por tu culpa —la interrumpió.

No preguntó a qué se refería.

—Se fue porque es lo que siempre hace. Huir. Tú no la conoces, se ha pasado la vida escapando. Es incapaz de comprometerse, ¿es que no lo entiendes? Se dio cuenta de que ibas en serio y se asustó. Por eso se marchó, ¿no lo ves?

Había tanta vehemencia en sus palabras que lo hizo dudar. Era cierto que apenas la conocía. Pero sí conocía muy bien el deseo de escapar. Lo invadió el desánimo.

—Ella estaba enamorada... —replicó con voz débil.

—¡Alda no ha estado enamorada en su vida! —estalló Xoana. Su rabia era violenta—. Alda solo está enamorada de sí misma, no tiene ni idea de qué es el amor. ¡Es una cría consentida siempre lo fue, con todos revoloteando a su alrededor! Tenías que verla en el colegio, no habías

achico que no babeara al verla, pero ella no hacía caso de ninguno, solo pensaba en sí misma  
¿Crees que ha cambiado? ¿Crees que tú le has hecho cambiar? —escupió aquellas palabras con  
tal desprecio que Laro se encogió sobre sí mismo.

Tenía razón. Por supuesto que tenía razón. Alda era la mujer más hermosa que había conocido  
y él...

Se le hundieron los hombros. Estaba aturdido por el vino y la tensión. Xoana se levantó, lo  
cogió de la mano y lo obligó a seguirla. Lo condujo hasta el catre.

Se dejó hacer. Flotaba en una niebla que le impedía enfocar su atención. Le llegó el aroma y el  
calor del cuerpo de Xoana cuando lo abrazó. Le susurraba palabras al oído que ni siquiera  
escuchaba. Eran solo un murmullo lejano.

Las manos de la mujer le acariciaron la espalda. Sus pechos se apretaron contra su cuerpo. Si  
dijo cuenta de que ella se había desabrochado los botones de la camisa y estaba intentando sacarle  
la camiseta. El aturdimiento era un esponjoso escudo protector.

—Basta —dijo con voz débil. Sus manos eran tentáculos que lo agobiaban. Con un gran  
esfuerzo, insistió—. ¡Basta! ¡Quieta!

Xoana no hizo caso. Se movía con frenesí, impulsada por un fuego interno. Dejó la camiseta y  
comenzó a desabrocharle el pantalón mientras murmuraba incoherencias. Laro luchó por recuperar  
el control. Aferró sus brazos y la separó con un movimiento brusco.

—¡Te he dicho que me dejes!

La mirada de Xoana ardía con un deseo reconcentrado.

—No entiendes, no entiendes... —murmuró, mientras intentaba librar la presa de sus brazos  
Se movía con torpe lujuria, con la camisa abierta y el sujetador a la vista, presa de la locura de  
desierto. De la soledad.

Laro se levantó bruscamente. Sintió asco. Rabia. Un odio intenso.

Lilith. Era otra vez Lilith.

—¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz de una puta vez! —gritó a pleno pulmón. La cogió de  
brazo y dio un fuerte tirón hacia la puerta—. ¡Lárgate! ¡Fuera de aquí!

Dio dos pasos hacia atrás, tropezó con algo y cayó de espaldas. La cabeza golpeó contra la  
pared con fuerza, pero ni siquiera gimió.

Estaba apabullado por la fuerza del recuerdo. Era otra vez aquella noche maldita. Como lo  
fotogramas de una película, las imágenes desfilaban por su cabeza con dolorosa precisión.

l

e

a

n

l.

a

l,

a

chico que no babeara al verla, pero ella no hacía caso de ninguno, solo pensaba en sí misma. ¿Crees que ha cambiado? ¿Crees que tú le has hecho cambiar? —escupió aquellas palabras con tal desprecio que Laro se encogió sobre sí mismo.

Tenía razón. Por supuesto que tenía razón. Alda era la mujer más hermosa que había conocido y él...

Se le hundieron los hombros. Estaba aturdido por el vino y la tensión. Xoana se levantó, lo cogió de la mano y lo obligó a seguirla. Lo condujo hasta el catre.

Se dejó hacer. Flotaba en una niebla que le impedía enfocar su atención. Le llegó el aroma y el calor del cuerpo de Xoana cuando lo abrazó. Le susurraba palabras al oído que ni siquiera escuchaba. Eran solo un murmullo lejano.

Las manos de la mujer le acariciaron la espalda. Sus pechos se apretaron contra su cuerpo. Se dio cuenta de que ella se había desabrochado los botones de la camisa y estaba intentando sacarle la camiseta. El aturdimiento era un esponjoso escudo protector.

—Basta —dijo con voz débil. Sus manos eran tentáculos que lo agobiaban. Con un gran esfuerzo, insistió—. ¡Basta! ¡Quieta!

Xoana no hizo caso. Se movía con frenesí, impulsada por un fuego interno. Dejó la camiseta y comenzó a desabrocharle el pantalón mientras murmuraba incoherencias. Laro luchó por recuperar el control. Aferró sus brazos y la separó con un movimiento brusco.

—¡Te he dicho que me dejes!

La mirada de Xoana ardía con un deseo reconcentrado.

—No entiendes, no entiendes... —murmuró, mientras intentaba librar la presa de sus brazos. Se movía con torpe lujuria, con la camisa abierta y el sujetador a la vista, presa de la locura del desierto. De la soledad.

Laro se levantó bruscamente. Sintió asco. Rabia. Un odio intenso.

Lilith. Era otra vez Lilith.

—¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz de una puta vez! —gritó a pleno pulmón. La cogió del brazo y dio un fuerte tirón hacia la puerta—. ¡Lárgate! ¡Fuera de aquí!

Dio dos pasos hacia atrás, tropezó con algo y cayó de espaldas. La cabeza golpeó contra la pared con fuerza, pero ni siquiera gimió.

Estaba apabullado por la fuerza del recuerdo. Era otra vez aquella noche maldita. Como los fotogramas de una película, las imágenes desfilaban por su cabeza con dolorosa precisión.

## La Bounty

«¡Eres un puto pringao! ¡No quiero volver a tener nada contigo!». Las palabras de su hijo golpearon su cerebro como el badajo de una campana repicando a fuego. Su propio hijo, Marcos al que había limpiado los mocos tantas veces, con el que había jugado tardes enteras. Su hijo Marcos, por el que llevaba media vida soportando un trabajo de esclavo. «Paso de ti, ¿es que no te enteras? A partir de ahora solo estoy con mamá. ¡Púdrete, joder, déjame en paz, pringao!».

Acababa de perder todo lo que le quedaba. Había llegado al fondo del pozo.

Fue entonces cuando vio a Lilith en la puerta de su habitación. Apoyada contra el quicio contemplándolo con una sonrisa de burla.

Algo se rompió dentro de él.

Una ráfaga de odio tan intensa como jamás había experimentado. Se le nubló la vista. El mundo desapareció tras un velo de irrealidad. Solo era consciente de aquella sonrisita cargada de desprecio.

En ese instante lo comprendió. Lilith lo despreciaba por su debilidad. Solo respetaba a los fuertes. A los que la engañaban. A los que la puteaban y la dejaban tirada. Era de esos de los que se colgaba.

Marcos lo contemplaba desde la entrada de su habitación. También él lo miraba con odio. También él despreciaba su debilidad.

Apretó los puños. Respiraba con rapidez, hiperventilando. Dio dos pasos hacia ella. La sonrisa burlona se ensanchó, como si a su dueña le divirtieran sus patéticos intentos de defenderse. Abrió la puerta de la calle, que se hallaba al lado de la habitación de Lilith.

—¡Fuera de mi casa! —gritó Laro—. ¡Lárgate, fuera!

No podía más. No podía seguir durmiendo en el suelo de la sala, incapaz siquiera de subirse al sofá, en un patético remedo de expiación. No tenía nada que expiar. ¿Cuánto tiempo llevaba fuera de sí mismo, torturándose e incapaz de reaccionar? Se había acabado. Por primera vez en muchos años la sangre fluía por sus venas. Se había acabado. Era Fletcher Christian rebelándose contra el tirano Bligh. No iba a soportar ni un minuto más aquella situación.

Lilith seguía mirándolo con una sonrisa de desdén, sin hacer caso de sus gritos. La agarró por el brazo y dio un fuerte tirón hacia la puerta. Cogida de sorpresa, la mujer trastabilló y se vio impulsada fuera de la vivienda, hasta el descansillo de las escaleras. Marcos gritó a sus espaldas exigiéndole que la dejara en paz.

En la cara de Lilith, la burla dio paso a la furia. Se abalanzó sobre él entre alaridos. Laro estaba cerrando la puerta para dejarla fuera cuando fue impulsado hacia atrás por el golpe de cuerpo de Lilith contra la hoja. Se oyó un crujido de la madera. La puerta se detuvo antes de que pudiera cerrarla del todo.

—¡Cabrón! ¡Hijo de puta, te vas a acordar de esto toda tu puta vida, cabrón! ¡Tú a mí no me echas de ninguna parte!

El empujón lo echó hacia atrás. La puerta se abrió y golpeó contra la pared. La chiquilla delgada de quince años atrás se había convertido en una mujer maciza que pesaba más que él. La agarró por la camiseta a la altura del pecho y lo impulsó con fuerza hacia fuera, hacia las escaleras.

Laro salió despedido. Su cabeza se golpeó con el marco de la puerta. El impacto le abrió una brecha en la sien y lo dejó aturdido. En el último momento, antes de caer rodando por las escaleras, consiguió asirse al pasamanos.

Pero Lilith no había terminado con él. Rugiendo de rabia, salió del ático y trató de conseguir que se soltase mientras le daba patadas en la cara, en los hombros, en el pecho. Era una fuerza desatada de la naturaleza. Laro estaba a medias en cuclillas, derrumbado contra el murete que protegía el hueco de las escaleras, agarrándose a este para no caer de espaldas. Los esfuerzos de Lilith casi consiguieron que se soltase.

Se dio cuenta de que si lo conseguía rodaría escaleras abajo. Lilith tenía el rostro distorsionado por la furia. Descendió hasta quedarse un peldaño por debajo de él, agarró sus muñecas y dio un nuevo tirón para conseguir que perdiera agarre y cayera. En ese preciso momento, Laro se impulsó hacia arriba para alcanzar de nuevo el rellano. Lilith, sorprendida por el movimiento, soltó su presa y la inercia la venció hacia atrás.

Soltó un grito. Aleteó varias veces con los brazos, tratando de agarrarse a cualquier cosa, pero cayó de espaldas. Laro oyó el golpe del cuerpo contra la pared del descansillo, diez escalones más abajo.

Por un segundo, todo quedó en silencio. Lo recorrió una mezcla de alivio e, inmediatamente de preocupación. Su mirada captó la expresión de susto de Marcos. Lilith comenzó a gritar de nuevo, pero esta vez sus alaridos tenían una nota de histeria. Laro se dio la vuelta para ver qué había pasado.

La sangre manaba abundantemente. El hueso, curiosamente blanco, asomaba por la carne rota de la tibia, pensó en medio de la niebla. Aquella era la tibia.

Corrió al interior de la casa y cogió las llaves del coche. Sin fijarse siquiera en cómo iba vestido, en zapatillas y con una vieja camiseta, le gritó a Marcos que lo ayudara.

—¡Hijo de puta, querías matarla, querías matarla!

—¡Ayúdame, hay que llevarla al hospital!

Entre los dos consiguieron bajarla hasta la acera. Lilith se dejó hacer, aturdida por el dolor y sin parar de gritar. Media hora después la metieron en un box en los servicios de urgencias de hospital y les dijeron a él y a su hijo que esperaran fuera. Se sentaron en una sala de espera casi vacía. Era viernes por la tarde y la gente se disponía a salir con sus parejas y sus amigos a tomar unas cervezas, cenar fuera, relajarse tras la semana de trabajo. Le pareció que la imagen procedía de otra galaxia. Ni siquiera recordaba qué se sentía al tener pareja. O amigos.



No sabría decir cuánto tiempo pasó allí. Vino una enfermera, le vio la brecha en la frente y le pidió que lo acompañara a otro box, en el que le pidió sus datos y le preguntó cómo se la había hecho. Cuando le respondió que se había golpeado contra el quicio de la puerta de su casa, la mujer murmuró un «ya» incrédulo y le hizo la cura en silencio. Laro regresó a la sala de espera. Marcos guardaba silencio, perdido en sus pensamientos.

a Salió un enfermero del box. Laro le preguntó cómo estaba Lilith, pero el otro no le respondió. Le echó una mirada de repugnancia que lo dejó paralizado y desapareció por una puerta. Se dejó caer de nuevo contra el respaldo de la silla.

Media hora después entraron cuatro agentes de la Policía Nacional. Se dirigieron directamente a él y le preguntaron su nombre. Cuando se lo dijo, uno de ellos asintió.

s —Queda usted detenido.

Laro puso cara de pasmo.

r —¿Detenido? —repitió como un bobo—. ¿Por qué?

a —Por malos tratos a su mujer.

e —¡Pero...! —No salía de su asombro. Marcos lo miraba con las mandíbulas apretadas y una expresión de triunfo que se le clavó en el vientre—. ¡Pero si fue ella la que intentó tirarme por las escaleras! ¡Miren, me golpeó contra el quicio de la puerta! —se señaló la sien—. Y no es mi mujer, no estoy casado con ella...

s —Eso se lo contará usted al juez. Tenemos orden de detenerlo, así que venga con nosotros y no monte líos.

r Le pusieron las esposas. Laro sintió una mezcla de vergüenza y humillación. Se dejó llevar como estaba, en zapatillas, con una gastada camiseta y un viejo pantalón de chándal, sin fuerza para resistirse. Ya en la comisaría, lo metieron en un calabozo con un toxicómano y un atracador.

s —¿Y tú qué has hecho, prenda? —le preguntó el segundo.

—Nada. No hice nada... —balbució.

, El otro se rio con ganas.

e —¡Como yo, mira! Si es que nos tienen manía...

é Se quedó de pie en una esquina, demasiado aturdido como para reaccionar. La celda estaba en un sótano solo iluminado por una bombilla desnuda que colgaba del techo del otro lado de las rejas.

Unas horas después vinieron a buscarlo.

a —Tira —le empujó un policía malencarado.

Lo hizo avanzar por un largo pasillo. Laro seguía aturdido, pero comenzaba a darse cuenta de que se había metido en un buen lío. El miedo lo paralizaba. Tomaron sus huellas dactilares y le hicieron fotos de frente y de perfil. De regreso a la celda, no conseguía dejar de mirarse las manchas de tinta de los dedos.

l Un poco después lo hicieron salir de nuevo y le presentaron a una mujer joven, de treinta o pocos años, que le dijo que iba a ser su abogada.

r —Lo tienes difícil, los maltratadores lo tenéis muy jodido —fueron sus primeras palabras a Laro no acertó a responder, así que ella continuó—. El lunes tendremos un juicio rápido, hasta entonces tómatelo con calma.

Ni siquiera le preguntó por lo que había sucedido. Se levantó, le dedicó una mirada de repulsión y se largó.

Era viernes.

e Se pasó el fin de semana en el calabozo, vestido con la misma escasa ropa, sin lavarse, sin dormir más que a ratos sueltos. Fue un tormento. Repasó una y mil veces la secuencia de los hechos hasta que estos se confundieron en su cerebro y comenzó a dudar y a preguntarse qué había pasado de verdad. Durante sesenta horas su cabeza no se detuvo. Una y otra vez alrededor de mismo clavo, preguntándose qué había pasado, cómo había terminado allí. Hundido, sin fuerza para levantar la cabeza. ¿Había tirado a Lilith por las escaleras? Recordaba la rabia que había

sentido al ver su sonrisita de burla. Jamás había sentido una furia tan intensa, eso sí que lo sabía. Se recordaba a sí mismo abriendo la puerta y agarrando a Lilith del brazo, pero a partir de ese instante todo se confundía en su memoria.

Cuando vinieron a buscarlo, tras dos días y medio encerrado con sus pensamientos, cuando ni sabía qué, sin lavarse ni apenas dormir, estaba desaliñado, ojeroso y sumido en un infierno de dudas. A primera hora de la mañana del lunes lo sacaron del calabozo y lo llevaron a los juzgados de la Plaza de Castilla, donde volvieron a tomarle las huellas dactilares y a fotografiarlo. Pasado el mediodía, tras varias horas en otra celda, lo llevaron esposado a los pasillos de los Juzgados de Violencia de Género, donde se encontró con su abogada de oficio. Ella se sentó en una silla a su lado, en medio del pasillo, y anotó algo en unos papeles que se puso sobre las piernas.

—Vas a tener un juicio rápido. La jueza te va a preguntar si has pegado a tu mujer. Puedes negarlo, pero ella tiene la pierna rota y un parte médico que confirma sus lesiones, así que lo más seguro es que la jueza no te crea y te condene.

Laro estaba agotado y avergonzado.

—Yo también tengo un parte médico —se señaló vagamente la frente. El dolor de cabeza era ríntenso.

La abogada le miró con algo parecido a la incredulidad.

—Si quieres mi opinión —siguió ella—, lo mejor que puedes hacer es declararte culpable. No tienes antecedentes ni denuncias previas, ya lo he comprobado, así que lo más probable es que consigas rebajar la condena, alegaremos enajenación mental transitoria y te caerán seis o siete meses. Firmarás una sentencia de conformidad y dentro de una hora estarás en la calle.

Laro luchaba por prestar atención. Culpable. Le parecía estar nadando en una melaza pegajosa, conteniendo la respiración mientras trataba de alcanzar la superficie y aspirar una bocanada de aire. Culpable. ¿De verdad había intentado tirar a Lilith por las escaleras? Todo se confundía en su cabeza. Solo recordaba la furia que lo había cegado, tan intensa que hasta a él mismo le dio miedo.

—¿No tendré que ir a la cárcel?

—Con una pena de seis o siete meses no ingresarás en prisión. Antes de que te des cuenta estarás fuera de aquí, de vuelta a tu vida.

Vio entrar a Lilith. Tenía la pierna derecha escayolada y caminaba con muletas, ayudada por Marcos y por un hombre que no conocía y que, supuso, debía de ser su abogado. Ninguno hizo el menor señal de reconocimiento. Se sentaron en unas sillas del otro lado del pasillo y se pusieron a hablar entre sí.

Muy nervioso, se obligó a apartar la vista. La abogada seguía comentándole sus opciones pero Laro ya no la escuchaba.

Culpable.

—¿Entonces, María? —Una mujer de unos cincuenta años apareció en el pasillo y se dirigió a su abogada.

Ella se levantó y se acercó a la mujer. Hablaron un instante y la abogada se le acercó de nuevo.

—Es la secretaria del juzgado. Tienes que decidirte. ¿Te declaras culpable? —Lo dijo en voz alta, sin preocuparse por si la oían o no. Lilith, Marcos y su abogado no le quitaban ojo.

—Juicio —carraspeó—. Quiero ir a juicio.

La abogada empezó a decir algo, pero se lo pensó mejor.

—Tú mismo —se encogió de hombros con indiferencia.



o Un poco después le hicieron entrar en una sala. Cuando vio el semblante altanero de la jueza  
e una señora de pelo rubio cardado con las muñecas y los dedos repletos de joyas, se le cayó e  
s alma a los pies.

o Todo sucedió muy rápido. Estaba tan nervioso que le costaba concentrarse. En varia  
s ocasiones le tuvieron que repetir las preguntas, hasta que la jueza le preguntó si le interesaba lo  
a que estaban haciendo allí. Marcos no declaró porque era menor de edad, pero cuando la jueza lo  
preguntó con quién prefería quedarse, su voz resonó en la sala con claridad.

s —Con mi madre. A ese no quiero verlo nunca más.

s Unos minutos después le ordenaron que se pusiera en pie. La jueza le echó una mirada po  
encima de sus gafas con montura de oro. Sus labios se fruncieron. Leyó la sentencia con vo  
monótona e indiferente. Laro no entendió lo que decía.

a —Te lo advertí —remachó la abogada, ya fuera de la sala, cuando se lo llevaban.

a Lo habían condenado a trece meses de cárcel. No iría a prisión, pero tenía una orden d  
alejamiento de Lilith. Durante veinticuatro meses no podría acercarse a menos de quinient  
o metros de ella. Si lo hacía, sería encarcelado de inmediato. La jueza, además, había asignado :  
e Lilith el ático como vivienda familiar y la guarda y custodia de Marcos, al que Laro debía pasa  
e una pensión de trescientos euros al mes. La mitad de su sueldo, que ni siquiera alcanzaba e  
mínimo legal.

a Lo volvieron a meter en los calabozos. Laro no atinaba a hilar pensamientos coherentes. A  
a media tarde lo sacaron y lo llevaron en un coche patrulla de vuelta a su casa. Subieron al ático e  
e silencio. Al llegar al último descansillo, uno de los policías señaló la mancha de sangre reseca.

l —Joder —dijo.

l Llamaron al timbre y Marcos les abrió.

l —¡Mamá! —llamó.

a —Tienes diez minutos —le indicó el otro policía mientras entraban en el recibidor. Con su  
a uniformes y sus gruesas botas, su presencia llenaba el pequeño ático.

r Recogió lo que pudo: un poco de ropa, unos libros, el cepillo de dientes, una foto de Marcos  
a Se movía espasmódicamente, sin acabar de creerse lo que estaba pasando.

a —¡Vamos! —le urgó uno de los policías.

o Cuando salió, antes de que se cerrara la puerta, vio a Lilith y a Marcos en el umbral. Ambo  
o tenían la misma expresión de triunfo en sus caras.

o Esa noche durmió en el coche. Al día siguiente desayunó y se aseó como pudo en un bar  
o Llevaba desde el viernes anterior sin ducharse, pero al menos pudo cambiarse de ropa. Cuando  
a llegó al trabajo, los compañeros lo observaron en silencio, como si lo vieran por primera vez,  
o Laro comprendió que ya se habían enterado de lo sucedido.

e —Te llama Fernando —le dijeron. Era el director. El mismo que se decía comunista y pagab  
e salarios de mierda. El mismo que compraba materiales de ínfima calidad para las instalacione  
e eléctricas y que, cuando los constructores se quejaban, echaba las culpas a sus trabajadores y le  
z imponía multas.

o —Estás despedido —le dijo, nada más entrar en su despacho.

o Algo hizo crac en el cerebro de Laro. Un segundo antes tenía los hombros hundidos y el pes  
o del mundo sobre sus piernas, pero al oír al empresario se irguió como si alguien hubiera soltado

el resorte que mantenía estirado un tenso muelle.

—Hijo de puta —masculló.

El otro sonrió despectivo.

↳ —¿Qué has dicho?

l Estalló. Comenzó a vomitar insultos y a dar patadas a las sillas que tenía delante completamente fuera de control.

s —¡Hijo de puta! ¡Explotador! ¡Eres un mierda, un desgraciado, cabrón!

o El director lo rodeó con cuidado, todavía sonriendo, y abrió la puerta. Llamó a los que pasaban por allí, que se habían detenido al oír los gritos, para que se acercaran a la puerta.

e —Gracias —le dijo a Laro muy tranquilo, sin apartar la sonrisita de los labios, cuando este consiguió controlarse—. Me has ahorrado la indemnización, ¿sabes? Ahora el despido es r procedente.

Z Tres días después, harto de dormir en el coche, Laro se decidió. Vacío el poco dinero que tenía en su cuenta, llenó el depósito de gasolina y comenzó a conducir. Hacia cualquier parte, que más daba un lugar que otro.

e Solo quería desaparecer.

s

a

r

l

Λ

n

s

l.

s

:

o

y

a

s

s

o

o

el resorte que mantenía estirado un tenso muelle.

—Hijo de puta —masculló.

El otro sonrió despectivo.

—¿Qué has dicho?

Estalló. Comenzó a vomitar insultos y a dar patadas a las sillas que tenía delante, completamente fuera de control.

—¡Hijo de puta! ¡Explotador! ¡Eres un mierda, un desgraciado, cabrón!

El director lo rodeó con cuidado, todavía sonriendo, y abrió la puerta. Llamó a los que pasaban por allí, que se habían detenido al oír los gritos, para que se acercaran a la puerta.

—Gracias —le dijo a Laro muy tranquilo, sin apartar la sonrisita de los labios, cuando este consiguió controlarse—. Me has ahorrado la indemnización, ¿sabes? Ahora el despido es procedente.

Tres días después, harto de dormir en el coche, Laro se decidió. Vacío el poco dinero que tenía en su cuenta, llenó el depósito de gasolina y comenzó a conducir. Hacia cualquier parte, qué más daba un lugar que otro.

Solo quería desaparecer.

## El Pequod

No había tirado a Lilith por las escaleras. No la había empujado. Podía notar cómo se liberaba la presión que durante meses se había acumulado en su vientre, en su cabeza, en su pecho. No era un maltratador, por mucho que la jueza lo hubiera condenado y por mucha orden de alejamiento que tuviera.

Sentado al sol en un murete del camino, a unos cientos de metros de su casa, con la masa de Cido frente a él, sonrió débilmente. Se sentía más ligero. Sin el peso del mundo sobre los hombros. Sin la duda de la culpabilidad.

La imagen de Alda se coló en sus pensamientos y le provocó una punzada de dolor. Se había marchado. La había perdido.

Repentinamente, se dio cuenta de lo que tenía que hacer. Desde la sentencia se había sentido como un marinero borracho en la cubierta de un maltrecho barco viendo acercarse a toda velocidad la inmensa cabeza de la ballena asesina. Pero ya no más. No era un marinero borracho.

Era Ismael. E iba a sobrevivir al monstruo.

Una corriente de energía barrió su cansancio. Había dado todo por perdido, pero estaba equivocado. No pensaba rendirse. Electrizado por la fuerza de sus pensamientos, permaneció inmóvil sobre el muro, completamente absorto, mientras decidía lo que iba a hacer.

Cuando lo hubo hecho no fue capaz de aguantar un minuto más de inactividad. Se levantó y se dirigió con paso vivo hacia Carbedo. Antes de llegar abandonó la senda y se internó en la espesura. Tuvo que detenerse unos segundos para controlar su excitación. Avanzó con precaución medio agachado, de tronco en tronco. Observó la vivienda de las Covas desde lejos, tratando de averiguar si estaban en casa. Distinguió la silueta de Aureana a través de la ventana de la cocina. Masculló una maldición.

Esperaría.

Dos horas después, cerca ya del mediodía, madre e hija salieron de la casa. Al ver a Xoana le sobrevino el recuerdo de la noche anterior, pero se dio cuenta de que no le guardaba rencor. Al contrario, le estaba agradecido, porque de alguna forma le había ayudado a despertar. Esperó a que las dos se alejaran hacia la carretera. Cuando las perdió de vista se obligó a seguir esperando unos minutos más. No quería arriesgarse a que volvieran de improviso y lo pillaran. Cuando oyó el ruido del motor de un coche al encenderse, salió de la espesura y se dirigió al edificio. Estaba nervioso, pero también resuelto.

Por más vueltas que le daba no acababa de entender que Alda se hubiera marchado así. No se resignaba a perderla. Tenía que hacer un último intento, hablar con ella, tratar de convencerla para que no se marchara. Para que volviera. Aureana y Xoana le habían dicho que no tenían su número de teléfono, pero no se lo creía. Aunque llevaran años alejadas, eran familia. Una familia que, si era verdad lo que le había dicho Alda, llevaba unida más de dos mil años. Una familia así no dejaba que uno de sus miembros se aleje sin más. Estaba seguro de que tenían su número de teléfono.

anotado en alguna parte, así que iba a entrar en la casa y buscarlo. Cuando lo hubiera encontrado la llamaría y le preguntaría por qué se había marchado. La convencería para volver.

Llegó a la puerta. Estaba cerrada, pero sabía dónde guardaban la llave. Como en la mayor parte de las casas de aldea, esta era un grueso pedazo de hierro de más de quince centímetros de largo, muy poco apropiada para transportar de aquí para allá, así que la dejaban escondida cerca de la puerta. Eso las veces en que la cerraban, algo que solo hacían si iban a estar fuera durante horas. La localizó en un agujero del muro y la introdujo en la cerradura. Echó un vistazo alrededor y abrió la puerta.

La casa estaba silenciosa. Era una vivienda confortable, con gruesos muebles de madera macizas oscurecidos por el tiempo y el uso y los mil detalles de un lugar permanentemente habitado. Siempre que entraba allí le invadía la misma sensación de hogar, de vida íntima y confortable. Vivir en un lugar así ayudaba a sentirse asentado en el mundo. El contraste con el sático en el que se había pasado la mayor parte de su vida adulta era abrumador.

Pero incluso eso se lo habían quitado.

Revolvió en los cajones del aparador del teléfono. Encontró un listín telefónico, una de esas libretas rayadas en las que cada página corresponde a una letra del alfabeto, y la abrió con alegría anticipación, convencido de que ya lo tenía.

No estaba. Contempló la página en la que debería hallarse anotado el número. Fue pasando hoja tras hoja, diciéndose que quizá lo habían anotado bajo otro epígrafe, en la C de Covas, en la F de familia, en la H de hermana. Nada. Allí no estaba.

Comenzó a ponerse nervioso. Estaba invadiendo un domicilio particular. Si lo pillaban terminaría encerrado. Debido a su condena a trece meses de cárcel, cualquier delito era un pasaporte a una celda. Frustrado, miró en derredor. No quería darse por vencido todavía. Aurean y Xoana se habían marchado en coche, lo más probable era que se hubieran acercado a Seoane así que tardarían un rato. Quizá hubiera un papel en alguna parte. Quizá Alda, antes de irse, anotara su número y lo dejó en algún lugar.

Inspeccionó la vivienda, abriendo cuanto cajón se cruzaba, hasta que se le ocurrió buscar en la habitación de Alda. El deseo de ver el lugar en el que ella había dormido fue demasiado poderoso y se dirigió al piso superior.

Acababa de entrar cuando oyó una voz.

—*Avoa? Mai?*

Maldijo su estupidez. Había dejado la puerta entreabierta. Bran soltó la mochila con los libros del colegio en el suelo del recibidor y volvió a llamar por su madre y su abuela. Procurando no hacer ruido, Laro cerró la puerta de la habitación para ganar unos segundos. No quería imaginar lo que pensaría Bran si lo encontraba allí.

Tenía que salir de la casa. Su mirada se dirigió a la ventana, de dos hojas de vidrio con marcos de madera. Estaba cerrada. Se acercó y comenzó a abrirla con cuidado. La madera se había hinchado por la humedad y la falta de uso. Las hojas estaban atascadas. Cada vez más nervioso, dio un tirón. Las hojas se abrieron con un crujido y un chirrido. Se quedó quieto, con el corazón a punto de estallar.

Aguzó el oído e intentó captar algún ruido del interior de la casa. Le pareció oír pasos que subían las escaleras. Se sentó en el alféizar y miró hacia abajo. No era demasiada altura, quizá tres metros, pero bastaba para torcerse un tobillo o algo peor. No tenía tiempo para pensárselo.

Se dio la vuelta y se descolgó por la pared. Se raspó las palmas de las manos. Una vez en el suelo, contempló con aprensión la ventana abierta, Bran podía asomarse en cualquier momento

oTenía que esconderse. A unos pasos se hallaba el amplio cobertizo que hacía las veces de garaje donde Xoana guardaba el coche. Entró en él y se apoyó en la pared respirando agitadamente.

r Se había librado. Se obligó a inspirar y espirar más lentamente para reducir las palpitaciones de su pecho. Solo tenía que esperar a que Bran se entretuviera con cualquier cosa para salir de allí.

e Pero no había conseguido el número de teléfono. No había ningún número. No se le ocurría ni qué otra forma podría ponerse en contacto con Alda. No quería darse por vencido.

Más tranquilo, pensando qué hacer a continuación, dejó vagar la vista por el interior del cobertizo.

e Al principio no reaccionó. Una alarma se encendió en su cerebro. Volvió a fijarse en lo que tenía delante. Un coche tapado con un plástico y con un montón de cajas y objetos apilados sobre él, casi oculto a pesar de que ocupaba la mayor parte del espacio. Pensó que era el de Xoana pero no podía ser porque acababa de irse en él.

La sospecha le abrió la boca. Comenzó a liberar el espacio para subir el plástico. Al cabo de un momento consiguió levantar la parte posterior, aunque antes de hacerlo ya no le quedaba ninguna duda: lo que tenía delante era el Peugeot 2008 de color granate de Alda.

No se había ido. Seguía allí, en el Courel. En alguna parte. Contempló el vehículo tratando de entender lo que veía. ¿Qué estaba pasando, dónde se había metido Alda? ¿Por qué había escondido su coche?

Salvo que no lo hubiera escondido ella.

b,

n



a

, Estaba comenzando a oscurecer cuando Sito Aguiar salió del piso de su hermano, en el que solía cenar. Se quedó un momento en el descansillo de las escaleras exteriores contemplando el panorama. Eran casi las diez y media de la noche pero todavía quedaba un resto de luz que iluminaba la cercana cumbre del monte de A Labradiña.

a

o Campelo se hallaba un poco más arriba de Liñariños, del otro lado de la carretera que subía a Alto do Couto. Envuelto en el aire calmo del anochecer, se hallaba sumido en un silencio intemporal. Solo aquí y allá, sobre las bostas recientes de las vacas, zumbaban enjambres de moscas azules. Una ligera brisa aliviaba el calor del inminente verano.

s

o Se estiró con indolencia. La perspectiva de una nueva noche bajo tierra explorando las cavidades de la Rogueira le resultaba muy poco apetecible. Por un momento sopesó la posibilidad de meterse en la cama, tomarse un descanso. Estaría bien dormir una noche entera, para variar.

o

o Pero sabía que no lo haría. Estaba demasiado cerca. El hallazgo de los torques le había permitido reducir considerablemente el área de búsqueda. Cada vez que pensaba que había sido el tarado aquel, el madrileño maltratador, el que la había encontrado, le daba coraje. ¡Por Dios, su familia!

e

s llevaba siglos buscando el maldito tesoro y el primer mamarracho que llegaba al Courel se tropezaba con él! Peor todavía, el tipo aseguraba que no recordaba dónde. Sito le había dejado en paz porque pensaba que con lo que le había contado le bastaría para encontrar él solo el maldito tesoro, pero comenzaba a pensar que no iba a ser tan fácil. Tanto el Cido como la Devesa de la Rogueira eran un puñetero colador de cuevas, cavidades y galerías, algunas naturales y otras excavadas por sabía Dios quién o cuándo.

l

, Bajó las escaleras exteriores y se dirigió al garaje, todavía sumido en sus reflexiones. Sus subordinados comenzaban a sospechar de sus repetidas ausencias. Era cuestión de tiempo que

empezaran a quejarse abiertamente o, peor todavía, a meterse en sus asuntos, así que tenía que encontrar el tesoro de una vez. Esa noche volvería a la *devesa* para hacer un último intento. Si no tenía suerte, al día siguiente iría a por Laro. Se dejaría de paños calientes con él, le apretaría la tuerca para que recordase y después, cuando por fin pusiera las manos en el tesoro... Bueno entonces tendría que tomar medidas más drásticas para que no se fuera de la lengua. Pero eso vendría después.

Satisfecho por la decisión adoptada, entró en el garaje y buscó la Deephunter. Apartó los cachivaches y la levantó con algo parecido al cariño. Era una máquina acojonantemente precisa. La cargó hasta el Nissan, que estaba aparcado fuera. Abrió la portezuela trasera y depositó el detector de metales en el interior. Cerró la puerta y se volvió para subir al vehículo.

—¡Hostias! —Se detuvo en seco, con el corazón latiendo descontrolado por la sorpresa. A diez metros de distancia, sentado en una roca del otro lado de la carretera, estaba Laro—. ¿Qué cojones...? ¿Qué haces tú aquí?

El madrileño no le respondió. Se limitó a seguir mirando para él, tan inmóvil como la misma roca. Con los ojos clavados en los suyos. Sito comprendió que llevaba allí el tiempo suficiente para darse cuenta de lo que estaba haciendo. Había visto la Deephunter. Mierda. Aquello lo complicaba todo.

O no. A fin de cuentas, acababa de decidir que al día siguiente iría a por él. Solo tenía que adelantar un día su determinación.

Compuso una sonrisa amistosa y se acercó a Laro. Antes de que dijera nada, este se le adelantó.

—Necesito tu ayuda.

—¿Para qué?

—Alda. Alda Covas. Ha desaparecido.

—Ya, ya. Peláez me dijo que habías ido a denunciar su desaparición, pero si no hay denuncia de los familiares... —lo interrumpió con un leve alzamiento de las palmas de las manos.

—¿Y si fueron sus familiares las que la han hecho desaparecer?

Sito lo escrutó. ¿Qué estaba diciendo aquel majadero, que Xoana y Aureana habían hecho desaparecer a...? Al pensar en Xoana, su corazón se saltó un latido. Maldita fuera su estampa. ¿Esa que nunca se iba a librar de aquella jodida comezón?

—¿Y a ti qué te va en ese...? ¡Te has colgado de la hermana! —exclamó al entender lo que pasaba allí. Aliviado. Y él que creía que estaba detrás de Xoana.

Laro no le hizo caso. Lo dominaba una nueva determinación, ya no tenía dudas sobre lo que debía hacer.

Estaba tomando las riendas de su vida. Por Alda, sí. Pero no solo por ella. Por él mismo. Fuera lo que fuese lo sucedido con Alda, hubiera desaparecido voluntariamente o no, quisiera estar con él o no, estaba haciendo exactamente lo que creía que debía hacer. Lo que quería hacer. Averiguar qué mierda estaba pasando. Estaba harto de mentiras. Hasta el gorro de mirar el mundo desde la barrera.

—Su coche está oculto bajo un plástico y un montón de cacharros en el cobertizo de la casa de Covas.

—Eso no quiere decir nada. ¿Quién te dice que no fue la propia Alda la que lo dejó ahí?

—¿Y se fue andando para coger el autobús?

—Quizá no quiere verte, sencillamente.

Laro asintió.

e —Puede ser. Pero de todas formas me vas a ayudar a encontrarla.

o Sito entrecerró los ojos. Algo había cambiado en la expresión de Laro.

s —¿Y por qué estás tan seguro?

, Laro dejó que una leve sonrisa asomara por la comisura de sus labios. Acababa de entender lo que Sito estaba haciendo en el Aula da Natureza cuando se encontró con él al bajar de la Rogueira. De noche, con el Nissan oculto tras unos matorrales. ¡Y pensar que había temido que Sito lo tomara por un buscador de tesoros! La ironía le dio ganas de soltar una carcajada. Alda tenía razón: Sito era un Aguiar. Obsesionado con la búsqueda del tesoro. Su padre lo buscaba con un libro mágico, el *Ciprianillo* de marras, y él con un detector de metales. No se podía negar que al menos era una evolución.

A —Lo sé todo —dijo con voz tranquila. No lo estaba por dentro, pero el guardiacivil no tenía por qué saberlo—. Lo de los louguei y los susarros, lo de los mouros, todo. Hasta lo de que un antepasado tuyo se cargó a una Covas y se perdió la pista del tesoro. Me vas a ayudar porque todo eso me importa un carajo, lo único que quiero es encontrar a Alda. Y porque es la única forma de que no te delate. Dudo mucho de que eso —señaló con la barbilla al Nissan— sea legal.

o —Pero, ¿qué cojones te has creído...?

Laro alzó una mano para interrumpirlo.

e —Tú me ayudas a encontrar a Alda y yo te ayudo a encontrar el tesoro.

Sito lo observó con asombro. ¿Qué le había pasado a aquel tipo? Parecía otra persona.

e —Ya. Pero primero querrás encontrar a Alda, y cuando la encontremos, ¿quién me dice que no vas a tangarme con el tesoro?

—Tendrás que confiar en mí.

Sito soltó una risa breve.

—En fin. Y dime, según tú, ¿por qué crees que la retiene su familia? Porque eso es lo que me interesa, ¿no? Que la retienen en alguna parte.

—Por Xoana.

Se le borró la sonrisa.

o —¿Qué pasa con ella?

s —Está desesperada. Supongo que ya sabes todo eso de las primogénitas. Pero ella solo ha tenido un hijo, Bran. Un varón. Creo que se le ha metido en la cabeza que debe tener una hija, y que ha de ser cuanto antes porque ya no es ninguna cría. Ayer estuvo en mi casa. Quiso... En fin yo la rechacé. Estaba fuera de sí. Enajenada... —El rostro de Sito se crispó. Fue algo tan evidente, tan evidente, que Laro cerró la boca. Escrutó la expresión del guardiacivil. La comprensión destelló como un letrero luminoso—. ¡Te importa Xoana! ¡Pese a ser una Covas, te importa!... —terminó, asombrado por el descubrimiento.

a —¿Y a ti qué cojones te va en eso? —Sito se giró y dio unos pasos alejándose de Laro sacudido por emociones encontradas. Xoana, su Xoana, rebajándose para follar con aquel mamarracho. La furia atravesaba su cuerpo. ¿Es que no le llegaba con haberle traicionado con esa mierda de Xocas Aguiño que ahora prefería tirarse a un puto maltratador antes que a él?

s Hizo un esfuerzo por contenerse, pero la rabia y el desprecio le atravesaban el cuerpo como flechas. En la diana. Joder, un puto maltratador. Inspiró profundamente para obligarse a calmarse. Era una furcia. Una maldita furcia, como las putas rumanas que se tiraba en Tenerife. Volvió a respirar profundamente.

Tenía que dejarse de estupideces. Tenía que concentrarse.

Laro vio la transformación del guardiacivil. Comprendió que su furia no iba dirigida contra él

sino contra Xoana. Lo observó. La expresión colérica, el pelo negro con entradas, los ojos oscuros, el ceño fruncido con una mezcla de rabia y dolor le trajeron a la memoria algo.

La boca se le abrió por la sorpresa. Maldita fuera su estampa, ¿cómo no lo había visto antes? No, no. ¿Sería posible?...

a —Sito... —comenzó a decir.

e Pero el otro no le dejó seguir. Ya había tomado su decisión.

a —De acuerdo. Te ayudaré y tú me ayudarás a mí. —Porque Sito iba a arreglar cuentas con el mundo de una vez por todas.

e

a

n

o

e

o

e

a

y

l,

n

a

e

l,

l

l

o

l.

a

,

sino contra Xoana. Lo observó. La expresión colérica, el pelo negro con entradas, los ojos oscuros, el ceño fruncido con una mezcla de rabia y dolor le trajeron a la memoria algo.

La boca se le abrió por la sorpresa. Maldita fuera su estampa, ¿cómo no lo había visto antes? No, no. ¿Sería posible?...

—Sito... —comenzó a decir.

Pero el otro no le dejó seguir. Ya había tomado su decisión.

—De acuerdo. Te ayudaré y tú me ayudarás a mí. —Porque Sito iba a arreglar cuentas con el mundo de una vez por todas.

## El Peñón de Bass

El aire frío de la madrugada lo espabiló. Sirviéndose de la pequeña linterna que le había dejado Sito, se dirigió a la casa de las Covas. Todavía no había amanecido y cuanto lo rodeaba era de una negrura rotunda que le trajo a la memoria sus pesadillas infantiles. Se recordó a sí mismo encogido bajo las sábanas, con una linterna como aquella iluminando las páginas de un libro, absorto en la historia de unos exploradores que se introducían en una profunda cueva. Recordaba la mezcla de maravilla y temor, el deseo de aventura y el miedo a los peligros que acechaban a la vuelta de cada página, incapaz de dejar de leer.

Un crujido le hizo dirigir el haz de luz hacia las copas de los árboles, a su derecha. Distinguió la sombra fantasmal de una lechuza en una rama. El animal aleteó molesto y salió volando perdiéndose en la oscuridad como una nube pálida. Laro siguió adelante. Una noche más casi no había dormido, pero le daba lo mismo. Desde la tarde anterior lo dominaba una intensa determinación.

Apenas se reconocía a sí mismo. Y eso le encantaba.

Sito había dicho que si Aureana y Xoana retenían a Alda en algún lugar, lo único que tenía que hacer para averiguarlo era vigilarlas, porque tarde o temprano tendrían que llevarle comida. Por eso se dirigió a Carbedo tan temprano.

El pueblo se hallaba sumido en la oscuridad. Todavía no se habían despertado. Veló el haz de luz con la mano para evitar que lo detectaran y se apostó tras unos arbustos en el mismo lugar que el día anterior. Aquello estaba convirtiéndose en una costumbre. Apagó la linterna y se dispuso a esperar.

Media hora después, a la frágil luz del alba, lo que un poco antes le había parecido coherente se le antojó una locura. ¿De verdad estaba acechando a dos mujeres porque pensaba que mantenían secuestrada a otra, su propia hija y hermana? ¿Que esas mujeres protegían a seres imaginarios y que eran las guardianas de un tesoro fabuloso?

Por un instante fue consciente de lo extraordinario que resultaba cuanto estaba sucediéndole. Si la jueza que lo condenó escuchaba aquello de sus labios, terminaría encerrado en un manicomio. Y con razón.

Y, sin embargo, tenía ganas de reír. Alba no se había marchado y él la iba a salvar.

Un ladrido a sus espaldas le provocó un vuelco del corazón.

—¡Pinto! ¡Silencio, Pinto! —Se volvió hacia el perro, que se acercaba corriendo y meneando la cola de contento.

Examinó la casa con aprensión. Seguía sin percibirse ningún movimiento en el interior. Más relajado, volvió a tumbarse tras el tronco del árbol mientras acariciaba al perro de forma distraída.

El tiempo pasó lentamente. El sol fue ganando fuerza y recorriendo el valle a medida que se alzaba sobre las montañas. Las crías de los pájaros piaban desde sus nidos, reclamando alimento.

El ruido de un motor en la carretera lo arrancó de su modorra. Consultó su reloj. Eran las ocho y media de la mañana. Debía de tratarse del autobús escolar. Sin embargo, no había movimiento en la casa.

Repentinamente alerta, se puso en pie. Pinto ladró, contento por la perspectiva de la acción. Laro examinó los edificios. Todo parecía normal. Sin embargo, ¿cómo era posible que no se percibiera movimiento a esas horas? ¿Se habrían quedado dormidas? Desechó la idea con un movimiento de la cabeza. Tenía que comprobar si estaban en casa o no. Se inventaría cualquier excusa.

Salió al camino y se dirigió a la puerta, seguido de cerca por Pinto. El estrépito del timbre resonó en el interior.

Nada se movió. Apretó la oreja contra la madera de la puerta. Rodeó la casa para examinarla desde diferentes ángulos. Estaba cerrada y en silencio.

Allí no había nadie. Dominado por una acuciante sensación de urgencia, buscó su teléfono y llamó a Sito, agradeciéndole mentalmente que la noche anterior hubiera insistido en darle su número.

—Han desaparecido.

—¿Quiénes?

—¡Las Covas! La casa está cerrada. Ni siquiera han dejado la llave donde siempre. Lleva aquí desde antes de amanecer y no ha salido nadie. Se han marchado, Sito, se han marchado...

—¿Quieres calmarte? ¿Dónde estás?

—¿Dónde voy a estar? ¡En la puerta de su casa!

—Pues sal de ahí, ponte donde no te vean si vuelven. No creo que lo hagan, pero más vale asegurarse. Dame media hora y te llamo.

Fueron tres cuartos de hora. Laro estaba a punto de volver a marcar el número de Sito cuando el teléfono comenzó a sonar y le provocó un respingo.

—Bran no está en el colegio.

—¿No te he dicho que no había salido nadie de casa?

—Tenía que comprobarlo, el chiquillo podía haberse quedado a dormir en casa de algún vecino.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—¿Está el coche?

—Los dos —lo había comprobado mientras esperaba la llamada—, el de Alda y el de Xoana.

—Eso quiere decir que no se han ido lejos. Están por aquí, en alguna parte. Tengo que descartar algunas posibilidades. Vete a casa y piensa dónde pueden haberse metido, y comprobaré si han cogido algún autobús. Cuando termine pasaré por allí.

Regresó a Liñariños. Sus pensamientos eran atropellados, como los columpios sin control de un tiovivo que cambia súbitamente de dirección. La angustia le agarrotaba la garganta. Todavía no sabía si creer en las historias de mouros y tesoros, pero daba lo mismo: las Covas sí se las creían. Y actuaban en consecuencia.

«¿Por qué te crees que Xoana quiere tener una hija contigo?». Las palabras de Alda resonaban en su mente. Xoana necesitaba dar a luz a una primogénita. Pero solo había una forma de que pudiera tenerla.

Recordó la escena de su casa, el destello de hielo en las pupilas de la mujer, su expresión enajenada. Capaz de cualquier cosa.

Demente.

o Bran. La imagen del chiquillo, con su pelo negro, la piel morena y la mirada traviesa de un intrépido David Balfour, le arrancó un gemido de angustia. Secuestrado. La magnitud del hecho lo desarbolaba. Tenía que encontrarlos, a él y a Alda. Antes de que fuera demasiado tarde.

l. Tras los cristales de una de las ventanas del primer piso, Aureana observó a Laro dar vuelta alrededor de la casa. «*Outro virá que a volta me dará*», pensó. Otro vendrá. Tenía que ser él. Venía de fuera, era de la edad adecuada, hasta su nombre coincidía: Laro, el guerrero temido por sus enemigos.

«¿Por qué te preocupas? ¿Es que no comprendes que el destino es más poderoso que nosotras?». Las palabras de su abuela, pronunciadas tantos años atrás, resonaban con fuerza en su cabeza. Pese a la verdad que encerraban, en ese momento hacían de todo menos reconfortarla. El destino podía ser inexorable, pero esa verdad no eximía a las criaturas humanas de la necesidad de decidir. Los dioses enviaban señales, los hombres tenían el deber de interpretarlas. Y los malos augurios no cesaban de acumularse. Durante toda la noche había oído el ulular de la ulechuzas. Tres urracas habían revoloteado alrededor de la casa y unas horas antes del amanecer tres estrellas errantes atravesaron el firmamento. Pocos presagios había tan funestos como aquellos, especialmente cuando se daban juntos.

Meneó la cabeza, moviéndose por primera vez en mucho tiempo. Tres cuervos en la rama del árbol. Laro seguía dando vueltas a la casa, acechando, buscando también él su destino. Como debía ser. Se había quedado esperando por él para comprobar si la diosa seguía moviendo los hilos. Así era: Maeve, la diosa de la fertilidad, enviaba a Laro tras su pista. Durante muchos meses, Aureana había rogado para que le fuera mostrado el camino... y allí estaba la confirmación. No se había equivocado.

El pensamiento la desgarró, aunque sabía que no tenían otra opción. Notó crecer la furia contra sus hijas. Contra Alda, la renegada, por haberse entrometido en el momento menos oportuno. Contra Xoana, la primogénita, por ser incapaz de controlarse. ¡Si tan solo le hubiera hecho caso y hubiera aguardado hasta el solsticio! Pero su estupidez al tratar de forzar las cosas con Laro las había dejado sin opciones.

n Las señales estaban claras. En solo unos días, la Luna estaría llena y embarazada y el Sol alcanzaría la cumbre de su virilidad. La tierra se hallaría en su momento de máxima fertilidad. Desde hacía setenta años no sucedía nada igual. Era la última oportunidad que les quedaba. Esa noche debía ser concebida la primogénita, la que volvería a equilibrar las fuerzas.

Por eso sabía que solo les quedaba una opción. Bran. Su nieto. La criatura más libre, salvaje y adorable que hubiera conocido. Su nieto primogénito. El que no debería haber nacido.

o Todo nuevo nacimiento llevaba aparejada una muerte. La semilla debía morir para que brotara la planta. Pese a saber que debían aceptar su destino, el dolor la desgarraba. Cuando se incurrió en el desagrado de los dioses era necesario hacer un sacrificio para aplacarlos. Un verdadero sacrificio implicaba una gran pérdida. Un sacrificio humano. El elegido para tal honor debía ser un joven hermoso y sano que aún no hubiese conocido mujer. En el solsticio de verano se celebraba desde tiempos inmemoriales el festival de Litha, pese a que ahora los cristianos lo hubieran adulterado y lo llamaran San Juan.

e Pero el poder de la diosa seguía allí: esa noche todo podía suceder. Las hierbas adquirían poderes que las hacían capaces de curar los males y de espantar a los espíritus dañinos, el amor tenía ataduras y los tesoros escondidos brillaban y podían ser descubiertos. Era la fecha idónea para conocer el futuro a través de un sacrificio. La noche perfecta para concebir una primogénita.

Todavía tras la ventana, vio que Laro se marchaba. Lo siguió con la mirada, consciente de que

nen él había prendido la necesidad de buscarlas. Como un perro de caza que ha olfateado el rastro de su presa.

Solo que la presa era él.

Así Aureana sonrió. El destino era inexorable.

.

r

e

u

l

d

s

s

r

o

l

o

s

s

a

a

s

a

s

l

l

a

y

e

a

o

r

e

o

n

r

a

e

en él había prendido la necesidad de buscarlas. Como un perro de caza que ha olfateado el rastro de su presa.

Solo que la presa era él.

Aureana sonrió. El destino era inexorable.

## El Buque Fantasma

A las nueve de la mañana del viernes 17 de junio, Laro se encontraba frente a la biblioteca de Folgoso, dentro del coche, aguardando a que abriera sus puertas.

Apenas había conseguido dormir a ratos sueltos, desvelado por pensamientos recurrente sobre los acontecimientos de los últimos días. La preocupación por la suerte de Bran y de Alda era un aguijón que le impedía relajarse. A las cinco de la mañana, consciente de que ya no conseguiría conciliar el sueño, se levantó y salió al exterior. Soplaba una brisa tibia, preludio de un verano inminente que se anunciaba caluroso. Se sentó en la parte superior del muro de cierre de una finca, a unos pasos de la vivienda, con una taza de café en la mano. Oyó el canto de un camachuelo madrugador. Frente a él, visible a través de un hueco entre los árboles del fondo, se alzaba la loma redonda y omnipresente del Cido. Iluminado por una luna casi llena parecía un promontorio entre muchos otros.

Trató de imaginárselo dos mil años atrás. En la cima arderían los fuegos de los miles de sitiados, debilitados por las privaciones y la falta de alimento pero firmes en su resolución de no capitular. Habrían oído hablar repetidas veces, al calor de las hogueras, sobre las brutalidades perpetradas por aquellos extranjeros conquistadores: las tribus exterminadas, los hombres y los ancianos asesinados, los miembros amputados, las mujeres y los jóvenes vendidos como esclavos, los pueblos arrasados por el fuego. Se imaginó las máquinas de guerra allí mismo, rodeando el Cido como un anillo de hierro, y los miles de legionarios que les impedían escapar. Imaginó el cansancio, la sed, el hedor de los cuerpos hacinados, la suciedad, la miseria y la resignación. Lo vio tomando la decisión de quitarse las vidas. La canción de reto y despedida entonada por miles de voces. El momento en que ingerían el veneno del tejo. No le costó hacerse una idea de cómo se sentirían, el miedo paralizándolo a los miembros y cerrando la garganta, el cuerpo negándose a acatar las órdenes de la mente. No necesitaba imaginárselo: lo recordaba demasiado bien.

Apretó los puños, sobrecogido por sus propios fantasmas. La realidad y la fantasía estaban entretejidas con finas hebras de plata lunar. No sabía si todo aquello había sucedido, si realmente los últimos galaicos se habían inmolado allí mismo, frente a él, y si antes de hacerlo había escondido sus tesoros y confiado su guarda a unas... ¿qué? ¿sacerdotisas, druidas, mouras meigas? Lo único que sabía era que la desaparición de Alda y de Bran era muy real. Y que tenía que encontrarlos cuanto antes si no quería... Apartó el pensamiento con un movimiento enérgico e inconsciente de la cabeza. Los encontraría, pero para eso necesitaba analizar con calma cuanto sabía. Organizar sus pensamientos. Buscar los datos que le faltaban.

Necesitaba investigar los rituales de celtas y galaicos. Quizá ahí encontraría alguna pista sobre el lugar en el que retenían a Alda y a Bran. Era un tiro al aire, pero era el único que podía disparar. Por eso, tras despertar a Sito para decirle que se encargara él de la búsqueda sobre el terreno, había conducido hasta Folgoso.



—¡Vaya! Me alegra verte de nuevo.

La sonrisa de la bibliotecaria era amplia y cercana, pero Laro no reparó en ella. Respondió a saludo con un movimiento mecánico de cabeza y le preguntó si tenían algún libro sobre la vida y las costumbres de los celtas. Cristina todavía estaba abriendo las persianas y encendiendo el ordenador. Tras una leve vacilación, reemplazó la cordialidad por una actitud más impersonal y le ayudó a localizar varios volúmenes. Laro se los llevó a una de las mesas de lectura y se puso a hojearlos.

Cuatro horas después había devorado miles de palabras en varios libros y un incontable número de páginas de internet y había llegado a la conclusión de que los celtas, sus ritos, su vida, sobre todo, sus dioses y sus creencias eran terrero fértil en el que pastaba una variada fauna de adivinos, embaucadores, farsantes y charlatanes que vendían elixires de curación universal o manuales para alcanzar la felicidad. Incluso había encontrado una religión que se decía heredera de la tradición druídica irlandesa y en cuya página web se podía comprobar que se hallaba formalmente inscrita como confesión religiosa. ¿De verdad habría alguien que profesara seriamente aquellas creencias?

Se acordó de Aureana y Xoana y no supo qué pensar. Sin embargo, extrayendo información con pinzas, unas hebras de aquí y otras de allá, comenzaba a tener algunas pistas.

Maeve. No tenía claro si se trataba de una diosa, un hada o una reina, pero una y otra vez aparecía su nombre, Maeve o Mebdh, cuyo nombre significaba «la que está ebria», o quizá «la que intoxica». La primera vez que lo leyó se le hizo evidente la relación con el veneno del tejo y eso lo indujo a seguir indagando. Lo desesperaba la mezcla de creencias, suposiciones, verdades y mentiras que se podía encontrar en internet, los lugares comunes y las copias descaradas entre unas y otras páginas, pero algo fue quedándole claro.

Al parecer, Maeve era una diosa o un espíritu protector de la fertilidad. Personificaba el reino y su continuidad, como madre, como hembra fértil y promiscua, poderosa y libre. Ella era la que rescogía a los hombres con los que yacía, y no al revés. Y era la defensora de la independencia de su pueblo.

La excitación se fue apoderando de Laro. Se daba cuenta de que estaba acariciando el filo del misterio. La relación con Xoana y su obsesión por quedarse preñada eran demasiado evidentes. Y con los romanos, la defensa frente a la conquista. Se obligó a refrenarse. Aunque así fuera, ¿qué relación podía haber entre Maeve y la desaparición de Alda y de Bran?

Levantó la mirada de la pantalla del ordenador. La sala de lectura estaba vacía. El sol entraba normalmente por las ventanas y hacía visibles las motas de polvo que flotaban en la atmósfera. Era ya pasado el mediodía. Miró hacia la calle. Más allá de las casas el bosque imponía su afuera, un universo verde y pujante. La carretera tenía muy poco tránsito. Vio pasar un camión cargado de madera en dirección a Quiroga. Aquello le trajo a la memoria la gran hoguera que estaban preparando en las afueras de Seoane para las fiestas de San Juan y que había visto a pasar esa madrugada con el coche.

¡Las fiestas de San Juan! El solsticio de verano. Alda le había contado algunas de las tradiciones de esas fiestas, una de las más importantes del calendario gallego. Las hogueras, por supuesto. Las hierbas depurativas. Tradiciones que parecían enraizadas en un pasado precristiano. Nuevamente agitado, buscó información sobre las festividades celtas.

La palabra saltó a sus ojos desde la pantalla del ordenador: Litha. El festival de Litha era equivalente al San Juan cristiano. Una festividad relacionada con el culto a la fecundidad y la purificación a través del fuego. En esa noche, los druidas encendían fuegos en lugares sagrados.

los mantenían vivos toda la noche, prendían ruedas que hacían rodar por pendientes para simbolizar el eterno retorno de las estaciones. Y ofrecían sacrificios a los dioses.

y Se levantó bruscamente, incapaz de contener su impaciencia. Cristina, desde su puesto de trabajo, levantó la mirada sorprendida.

o —¿Has encontrado lo que buscabas? —le preguntó con una sonrisa dubitativa.

a Asintió de forma casi inconsciente, alterado por lo que acababa de descubrir. El temor se infiltró en su sangre una vez más. ¿Estarían tan locas Aureana y Xoana como para ofrecer a sí mismo en sacrificio a los dioses? Recordó el rostro bonachón de Aureana, su imagen de abuela de acuerdo. El rostro amable de Xoana, siempre dispuesta a echarle una mano. Estaba a punto de rechazar aquella idea por absurda cuando se le cruzó el recuerdo de la mirada desquiciada de Xoana en su propia casa. Su lujuria torpe y ansiosa, la desesperación alucinada al sentir su rechazo. La obsesión por tener una hija. Una primogénita.

a —¿Necesitas algo más?

a Cristina lo contemplaba con el ceño fruncido. Se obligó a sonreír.

—Eh, no, creo que no, gracias...

n Ella asintió.

—Es muy interesante el mundo de los celtas, ¿verdad?, a mí también me apasiona. ¡Pensar que vivieron aquí durante cientos de años y que casi no sabemos nada de ellos! Pero claro, con los romanos y el cristianismo han quedado relegados...

y —Sí... —le siguió la corriente por no parecer descortés, aunque su cabeza estaba muy lejos.

s —Aunque en realidad muchas de sus costumbres siguen vivas, más o menos ocultas bajo el barniz de la cristianización.

Laro hizo un esfuerzo por dominar su impaciencia. Si ella supiera lo vivas que estaban... Tratando de no parecer demasiado brusco, se despidió y emprendió el regreso a Seoane. Solo había doce kilómetros, pero la carretera discurría por el angosto valle del río Lor y era una pesadilla de curvas con el asfalto en mal estado que contrastaba con el esplendor casi lujurioso de la vegetación. En dos ocasiones tuvo que frenar bruscamente, a punto de salirse de la calzada.

l Cuando llegó a Seoane pensó en acercarse hasta la casa cuartel de la Guardia Civil, pero desechó la idea porque no esperaba encontrar a Sito allí. Continuó hasta la desviación que llevaba a Carbedo y Liñariños, pero justo antes vio que el Nissan estaba aparcado delante del mismo bar en el que se había parado el día que llegó al Courel. Un vistazo al reloj le confirmó que era la hora de comer.

l. Sito estaba tomando un vino con otros dos guardias, el joven al que había denunciado la desaparición de Alda y otro mayor, con una gran barriga y una red de venillas en la nariz que delataban su afición. Tanto Sito como él tenían delante dos vasos de vino mientras el joven se tomaba un agua mineral.

l —¿Dónde te has metido? —le preguntó el sargento al verlo entrar.

Laro contuvo las ganas de preguntarle lo mismo. Se suponía que estaba buscando por su cuenta el posible escondite de las Covas, pero allí estaba, bebiendo y charlando como si no tuviera otra preocupación en el mundo.

l. —Necesito echarle un vistazo al *Ciprianillo*. —Durante el camino de vuelta se le había ocurrido que ese libro era la única pieza del rompecabezas que le faltaba por examinar. Lo más probable era que no hubiera nada de interés en él, ni siquiera apuntaba hacia la posible guarida de Aureana y Xoana sino a la búsqueda de tesoros, pero por probar no perdía nada. Si había un tesorero de verdad en aquella locura, las Covas llevaban casi dos mil años custodiando un tesoro

Lo más lógico sería pensar que cerca de ese escondrijo tuvieran un lugar, un santuario o algo así un templo en el que celebrar sus ritos. Si de verdad eran meigas, celebrarían ritos—. Creo que tu padre tiene un ejemplar, ¿podrías conseguírmelo?

Sito empalideció. Algunos parroquianos que estaban viendo la tele se volvieron hacia ellos. El guardiacivil de más edad apartó la vista como si algo lo quemase. El joven hizo lo contrario: le fijó en su jefe con el ceño fruncido.

El sargento estalló.

—¿Tú eres gilipollas o qué? ¡Fuera! ¡Lárgate de aquí, basura, mamón de mierda, antes de que te dé una somanta de hostias! ¡Vete a meterte con tu puta madre, cabrón! ¡Largo!

Laro se quedó desconcertado. Todo el mundo estaba pendiente de ellos. Sira, la camarera, le miraba con el susto dibujado en la cara. Igual que el día que le habían dado una paliza sus amigos. Se dio la vuelta y salió del bar.



Una hora después, ya en su casa, Sito lo llamó desde fuera.

—¿Tú estás tonto? ¿A cuento de qué viene preguntarme en medio del bar por el *Ciprianillo*? ¿Quieres que todo el mundo sepa que estamos buscando el maldito tesoro? Además, ¿qué cojones si ni siquiera estamos buscando el tesoro, joder, ¿si estamos buscando a las Covas!

—Ya, pero...

No le dejó continuar.

—Mi padre lleva años siendo el blanco de todas las burlas por su obsesión con el *Ciprianillo*. Solo me faltaba que ahora me pusieran a mí el sambenito. ¿Para qué cojones lo quieres?

—Se me ocurrió echarle un vistazo por si acaso, por si podía encontrar alguna pista.

—Mi padre lleva años buscándolas sin éxito.

—Ya. Pero tu padre solo busca el tesoro. Yo quiero encontrar alguna pista sobre un santuario de las Covas, un lugar ceremonial de los celtas, un templo en el que realizaran sus ritos o algo así... —Se le fue apagando la voz. Se daba cuenta de lo frágil que era el hilo del que quería tirar.

—¿Has encontrado algo en la biblioteca?

—Yo qué sé. Puede que sí. Creo que lo que sea que planeen será en San Juan. En el solsticio. Pero no sé dónde.

Sito le arrojó una bolsa de plástico que llevaba en la mano.

—Cúidalo. Es un ejemplar muy valioso. Y apresúrate con él, que como mi padre se entere se queda tieso.

Extrajo precipitadamente el libro. Tenía una portada clásica, propia de los libros antiguos: una estructura arquitectónica profusamente decorada que contenía en su interior, en rojo, el largo título y el subtítulo: «*El libro de san Cipriano y santa Justina. Milagros y oraciones de la S.S. Cruz de Caravaca. Tratado completo para ejercitar el poder oculto, magia de los campos, hechizos, pactos, responsos, novenas, oraciones, ligamientos, curaciones, etc., etc.*». Y, en el cuarto inferior, el autor: *Benedicamus domino. Jones Sufurino. 1510*. «Bendigamos al Señor. Jones Sufurino». Lo hojeó. Estaba repleto de dibujos y signos extraños: talismanes, puñales, símbolos cabalísticos...

—Gracias.

Sito se dio la vuelta.

—Mañana te vengo a buscar a primera hora. Espero que para entonces tengas alguna idea de dónde buscarlas, porque se nos está acabando el tiempo. Y quiero que me ayudes de una puta vez con el tesoro, ¿está claro?

Laro lo vio marchar. No podía dejar de pensar en Alda. Solo rogaba que no terminara como Amina Vanderdecken, ardiendo en la hoguera de una inhumana Inquisición.

e

o

i.

?

o

l

o

o

o

o.

e

n

o

e

;

o

s

s

—Mañana te vengo a buscar a primera hora. Espero que para entonces tengas alguna idea de dónde buscarlas, porque se nos está acabando el tiempo. Y quiero que me ayudes de una puta vez con el tesoro, ¿está claro?

Laro lo vio marchar. No podía dejar de pensar en Alda. Solo rogaba que no terminara como Amina Vanderdecken, ardiendo en la hoguera de una inhumana Inquisición.

## Fangorn

El todoterreno traqueteaba por la pista sin asfaltar. Sito iba al volante y Laro, hundido en el asiento del copiloto, guardaba silencio. Eran casi las ocho de la tarde del lunes y llevaban tres días dando vueltas por las montañas, agarrándose a un clavo ardiente tras otro. Habían inspeccionado más de una docena de castros, entre ellos los de Devesa do Rei, Santo Estevo Paderne y Froxán, el de A Torre e incluso, una vez más, el del Cido. Laro ni siquiera imaginaba que hubiera tantos castros en el Courel. Habían recorrido cuantos restos de la presencia romana fueron capaces de localizar, las minas de oro a cielo abierto de Toca, Toribio y Millares y el túnel de agua de Romeor.

Sin éxito. Por más vueltas que daban, no hallaban la menor pista del paradero de las Covas. Laro se había acercado varias veces hasta Carbedo e incluso había tendido una rudimentaria trampa pegando una brizna de paja entre la hoja y el marco de la puerta para comprobar si alguien entraba en su ausencia, pero la vivienda permanecía desierta, envuelta en un aire de doméstico abandono, como si sus habitantes se hubieran desvanecido en el aire sin previo aviso.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sito sin apartar la mirada del camino.

Laro no respondió. Ambos tenían el cuerpo molido por el continuo zarandeo. Estaban regresando a Seoane desde el castro de Brigo, situado más arriba del pueblo de Mercurín. En el último. Ya no sabía qué más hacer. Se había quedado sin ideas. Ni la información recogida en la biblioteca ni el *Ciprianillo*, que había devorado en una noche, le habían servido para nada. El libro no era más que un cúmulo de despropósitos, fórmulas mágicas para preparar talismanes o amuletos, oraciones y ritos que se debían seguir con precisión para encontrar tesoros. Había hallado una figura llamada «Triángulo para el desencanto de los tesoros», dos rectángulos unidos por uno de sus lados mayores en los que se habían trazado todas las diagonales posibles; en la parte exterior tenía ocho cruces y en el interior aparecía escrita la palabra AGLA, que tras buscar en el móvil había averiguado que era un acrónimo que respondía a las palabras latinas *Adai Gabor Leolam Adonai*, «Eres poderoso para siempre, Señor», pero no tenía ni la menor idea de si aquello servía para algo o cómo utilizarlo. El libro incluso indicaba el paradero de algunos tesoros y mencionaba lugares precisos en la comarca, como el castillo de Carbedo. Al leerlo sorprendido, Laro había recordado el día en que Bran y él vieron desde lo alto del Cido a Suso y Vello en los alrededores del castillo con el libro en la mano. Comprobando, supuso que no por primera vez, la referencia que aparecía en el *Ciprianillo*. Pero todas esas supuestas localizaciones eran puros trabalenguas o se enfrentaban a condiciones imposibles de cumplir: responder adecuadamente a las preguntas de un xigante o de un anano, esperar a que el sol se iluminase en el solsticio o en el equinoccio, o el primer rayo de una luna llena, o una luz de estrella una noche sin luna, la entrada que ocultaba el supuesto tesoro. Otras veces indicaba que había que recolectar una planta que llamaban *herba cabreira* o *herba peliqueira* y que solo crecía en el interior de las cuevas más profundas o en fosos donde no hubiera heladas ni diera el sol pues sus rayos hacían que perdiera sus propiedades mágicas, y que se debía cocer en agua de siete

presas y bebérsela durante doce días consecutivos, pasados los cuales un sueño desvelaba e escondrijo del tesoro. Un cúmulo de sinsentidos que, en vez de ayudar, lo desmoralizaron todavía más.

Los días iban cayéndose del calendario, inexorables como sentencias. Era ya 20 de junio, solo tres noches de la víspera de San Juan, y seguían sin tener la menor idea de dónde podrían retener a Alda y a Bran. Cada vez que pensaba en ellos percibía el agudo filo del péndulo descendiendo lenta e implacablemente sobre sus gargantas.

l —No tengo ni idea —se rindió—. No se me ocurre nada más.

s Sito le dedicó una mirada despectiva. El sargento se mostraba cada día más harto, estabundeseando reemprender la búsqueda del tesoro. No iba a aguantar mucho más.

, Acababan de dejar atrás Mercurín. Desde el pueblo la pista se convertía en una retorcida carretera asfaltada que descendía hasta el valle del Lor a través de un impresionante *souto* de castaños centenarios de troncos retorcidos y agujereados formaban un paisaje denso, salpicado de inmensas rocas y cárcavas. Incluso desde la carretera daba la sensación de que estaba atravesando un reino que viviera al margen del tiempo. La imagen mental hizo brotar la pregunta como un resorte.

a —¿Qué es esto?

n Sito le miró sin comprender.

o —¿De qué hablas?

—Esto, este bosque, esta zona —insistió con repentina impaciencia.

El sargento echó un vistazo indiferente en derredor.

n —El *souto* de Mercurín, qué va a ser. —Todos los pueblos tenían al menos un *souto* cerca de una zona de castaños. Decepcionado, Laro se hundió de nuevo en el asiento. Por un momento había tenido la sensación de que... Ni siquiera sabía de qué. Estaba agotado. Necesitaba descansar—. O Val das Mouras.

o Se incorporó como un resorte.

a —¿Qué has dicho?

s —O Val das Mouras. También le llaman así, el Valle de las Mouras. Dicen que aquí había un gran caverna, pero su techo se derrumbó. Por eso hay tanta piedra y tanta gruta, son restos de...

r —Para el coche. ¡Para, joder! ¡El Valle de las Mouras! ¿Es que no te das cuenta? ¡Piensa bien! ¿Quiénes son las mouras? ¿Quiénes tienen fama de meigas por aquí?

i Sito frenó en seco.

s —¿Estás seguro?

, —No estoy seguro de nada, pero, ¿por qué le llamaría la gente así a este sitio sino porque creían que aquí había mouras?

r El sargento miró sorprendido alrededor.

s —Es un sitio con mala fama. Ahora esas cosas ya no le importan a la gente, pero cuando era pequeño nadie quería acercarse por aquí. Las mouras te echaban un *meigallo* y te ponías enfermo —decían —explicó con una mueca insegura.

e Laro salió del coche y Sito le siguió.

e —¿Es muy grande?

a —Pequeño no es. Cuatro o cinco hectáreas.

, Se internaron entre los árboles. Los rodeó una vegetación espesa, de un verde brillante por la emiles de hojas nuevas de los castaños. Cárcavas, torcas y dolinas rompían el espacio y creaban un ambiente inquietante, envuelto en sombras pese a que el sol todavía brillaba en el cielo. All

Dentro la atmósfera se volvía sofocante y daba la impresión de que algo los vigilaba, como si los mismos árboles fueran conscientes de su paso. Una gruesa capa de musgo cubría las rocas. Los helechos, las hiedras y los líquenes abrazaban los troncos. Algunos aparecían retorcidos como ánimas torturadas. Fueron adentrándose en un laberinto de piedra caliza que formaba estrechos corredores, grutas y pasadizos atorados por la exuberante vegetación, con la sensación de que avanzaban por las retorcidas callejuelas desiertas de una ciudad encantada. Avanzaron en silencio dominados por una creciente aprensión. En varias ocasiones distinguieron lagartos y serpientes que escapaban a lo profundo.

A cada paso, Laro se convencía más de que se hallaban en el lugar adecuado. Todo parecía coincidir. En algún lugar de esa espesura debía hallarse el santuario donde las Covas celebraban sus ritos. «Y sus sacrificios», pensó, con un nudo en la garganta. ¿De dónde venía aquel nombre, sino? El hecho mismo de que fuera una antigua caverna hundida, como decía Sito, confirmaba sus sospechas. Las palabras de Alda resonaban en su cabeza: «¿Sabes que nos llaman As Serpes?».

Las serpientes vivían en cuevas. ¡Ellas mismas se apellidaban Covas! De refilón, miró para Site. Las águilas y las serpientes, los romanos y los galaicos, unos contra otros.

Dio un respingo al percibir de refilón un rostro en un claro. El tronco del castaño que tenía ante él era una reproducción casi perfecta del cuadro El grito, de Edvard Munch. Se retorcía y se abría marcando unos grandes ojos vacíos, los agujeros de la nariz y la boca abierta y sufriendo que emitía un grito inarticulado que parecía quedar por debajo del umbral del oído humano. Las líneas ásperas de la corteza incrementaban el efecto, como gruesas pinceladas expresionistas.



Una hora después, cuando ya desesperaban de hallar nada, Sito abrió la boca por primera vez en mucho tiempo.

—Han estado aquí. Alguien ha estado aquí, al menos. —Señaló con la mano un jersey granate que descansaba olvidado sobre una roca.

Muy cerca localizaron la entrada de una cueva. A cada paso que daban, Laro se sentía más excitado. Una gatera descendía hasta una galería larga y estrecha.

Encendieron unas ramas y descendieron con la ayuda de la oscilante luz de la antorcha improvisada. Encontraron los restos de una hoguera y señales inequívocas de una larga ocupación: restos de comida, huellas, varias mantas y, en una oquedad con forma de nicho, flores secas y velas, como si se tratara de algún tipo de santuario.

Era el lugar.

Habían permanecido ocultas allí durante varios días, pero ya se habían marchado. Aquello no tenía pinta de haber sido abandonado con precipitación, como sucedería si les hubieran oído acercarse. Había sido recogido con tiempo: las mantas estaban dobladas, la comida apilada en una esquina, el espacio limpio y arreglado.

Se habían marchado. Laro examinó la cueva, pendiente de cada indicio. ¿Por qué se habían ido? Y, sobre todo, ¿adónde? Faltaban tres días para el solsticio, ¿por qué abandonar su refugio antes de tiempo? ¿Por qué irse si este era el lugar del sacrificio?

—Esto es una pérdida de tiempo, vámonos de una vez —gruñó Sito cuando ya llevaban un buen rato hurgando entre los restos.

Laro aceptó por fin que no iban a encontrar nada más y emprendió el regreso al coche muy abatido. Caminaron en silencio a través de aquel bosque primitivo. Cuando llegaron al Nissan

seran ya cerca de las diez de la noche. El estómago gruñó una advertencia que Laro se esforzó por ignorar. Subió al vehículo y dejó que Sito condujera de vuelta a Seoane.

—Entra, echaremos un vistazo al mapa, quizás se nos haya escapado algo —le ordenó Sito cuando aparcó delante de la casa cuartel. En el despacho tenía un plano de la zona en el que habían ido señalando los lugares revisados.

Laro se encogió de hombros. El hallazgo del escondrijo abandonado lo desmoralizaba. No sabía qué le ocurría qué otra cosa podían hacer.



a

n

Andrés Peláez acababa de regresar de su servicio de correrías cotidiano y estaba redactando la papeleta del informe de la jornada mientras escuchaba de fondo la radio cuando vio entrar a su jefe con aquel sujeto del que no se separaba últimamente. Saludó como correspondía y los siguió con el ceño fruncido mientras ambos entraban en el despacho del comandante del puesto.

Estaba indeciso. Muy indeciso, a decir verdad. Era su primer destino y sabía que le faltaba experiencia. De hecho, todavía era eventual. Se hallaba en su año de prácticas tras terminar la formación en la Academia de Úbeda y dependía del informe del sargento para consolidar su empleo. De familia humilde de un pueblo de Toledo, llevaba años imaginándose a sí mismo como guardiacivil, pero unos pocos meses habían bastado para confundirlo. «La vida nunca es como la imaginamos», se decía una y otra vez. Sin embargo, no había esperado encontrarse, recién ingresado en el cuerpo, con una papeleta como la que tenía delante. De ahí su indecisión.

Mientras los dos hombres examinaban un mapa de la comarca que el sargento había fijado sobre un gran corcho en su despacho, Peláez trató de decidirse. En los últimos días él mismo había examinado aquel mapa con atención. Al principio estaba desconcertado, no entendía el motivo por el que el sargento y Laro estaban marcando las localizaciones de los yacimientos arqueológicos del Courel.

Pero el día anterior el misterio había quedado resuelto. Para su desgracia. Porque había visto un bulto extraño tapado con una manta sucia, con manchas de tierra y hierbas sueltas, en el Nissan del sargento. La curiosidad había sido más fuerte que él: un detector de metales. Al instante le vino a la cabeza el mapa de yacimientos y la extraña escena de ese viernes; Laro entrando en el bar cuando estaban con el sargento para pedirle el *Ciprianillo*. Un libro, se había informado y después, que indicaba el escondrijo de tesoros ocultos.

Solo hacía falta sumar dos más dos. Y a Peláez, para su desgracia, se le daban bien las matemáticas.

Desde la tarde anterior no había hecho otra cosa que tratar de decidir qué hacer. Su primer impulso había sido informar a sus compañeros, pero hacía tiempo que sabía que estos solo querían que los dejaran en paz y que no los metieran en líos. No los culpaba: no era fácil denunciar a un superior, y menos sin pruebas concluyentes. Ya era mala suerte dar en su primer destino con un caso así. Al final había comprendido que no tenía nada: un mapa con chinchetas y una máquina no demostraban nada. Necesitaba evidencias que delataran por sí mismas las actividades ilícitas del sargento. Necesitaba pillarlo con las manos en la masa.

Echó un vistazo al despacho. Los dos hombres seguían en el interior, enfrascados en la observación del mapa.

Se decidió. Salió al exterior y se dirigió al Nissan, uno de los modelos más antiguos. Afortunadamente, como había esperado, estaba abierto. Abrió la puerta delantera derecha y

Después la guantera. Sacó un objeto del bolsillo y lo introdujo en ella, fijándose en que quedara oculto. Con cierta precipitación, cerró la guantera y la puerta y regresó al interior. Cuando estaba entrando de nuevo se dio cuenta de que el sargento y Laro habían salido del despacho.

—¿Estás seguro? —preguntaba Sito, muy alterado. Ninguno de los dos reparó en su presencia.

—¡Lo acaban de decir! ¡Lo acaban de decir en la radio, el solsticio es el 21 de junio a las 00:34, es esta noche, dentro de dos horas!

—Pero todavía faltan tres días para San Juan...

—¡Mierda, mierda! —Laro daba pasos cortos de un lado a otro mientras se acariciaba la cabeza con las dos manos en un gesto inconsciente—. ¡Qué estúpido soy! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? ¡Es hoy! La fecha de la fiesta de San Juan es fija, pero el solsticio varía de un año a otro. Los celtas no celebraban San Juan, eso fue un invento cristiano, los celtas celebraban el festival de Litha en la noche más corta del año. ¡Hoy!

Ambos se miraron, Laro con los brazos en jarras y Sito de pie ante él con la boca entreabierta. Peláez no entendía lo que estaba pasando. Se dio cuenta de que los dos estaban tan absortos que

no lo habían visto entrar, pero no le costaba mucho suponer que no les gustaría verlo allí

Comenzó a retroceder hacia la puerta.

—¡Peláez! ¿Qué cojones hace, tanto entrar y salir? —le espetó el sargento. El guardiacivil se dio la vuelta para responder, pero Laro se le adelantó.

—No hay tiempo que perder. ¡Vámonos!

Sito se volvió hacia él.

—¿Adónde, cojones? ¿Dónde quieres ir, si hemos recorrido todo?

—Solo hay un sitio desde donde podemos verlo todo. ¡Vamos!

Peláez los observó arrancar y partir a toda velocidad. Se quedó un instante mirándolos tratando de comprender lo que estaba pasando. Después se decidió.

Solo tenía una forma de averiguarlo.

o

n

e

l

o

s

r

o

l

r

y

s

a

i.

y

después la guantera. Sacó un objeto del bolsillo y lo introdujo en ella, fijándose en que quedara oculto. Con cierta precipitación, cerró la guantera y la puerta y regresó al interior. Cuando estaba entrando de nuevo se dio cuenta de que el sargento y Laro habían salido del despacho.

—¿Estás seguro? —preguntaba Sito, muy alterado. Ninguno de los dos reparó en su presencia.

—¡Lo acaban de decir! ¡Lo acaban de decir en la radio, el solsticio es el 21 de junio a las 0:34, es esta noche, dentro de dos horas!

—Pero todavía faltan tres días para San Juan...

—¡Mierda, mierda! —Laro daba pasos cortos de un lado a otro mientras se acariciaba la cabeza con las dos manos en un gesto inconsciente—. ¡Qué estúpido soy! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? ¡Es hoy! La fecha de la fiesta de San Juan es fija, pero el solsticio varía de un año a otro. Los celtas no celebraban San Juan, eso fue un invento cristiano, los celtas celebraban el festival de Litha en la noche más corta del año. ¡Hoy!

Ambos se miraron, Laro con los brazos en jarras y Sito de pie ante él con la boca entreabierta. Peláez no entendía lo que estaba pasando. Se dio cuenta de que los dos estaban tan absortos que no lo habían visto entrar, pero no le costaba mucho suponer que no les gustaría verlo allí. Comenzó a retroceder hacia la puerta.

—¡Peláez! ¿Qué cojones hace, tanto entrar y salir? —le espetó el sargento. El guardiacivil se dio la vuelta para responder, pero Laro se le adelantó.

—No hay tiempo que perder. ¡Vámonos!

Sito se volvió hacia él.

—¿Adónde, cojones? ¿Dónde quieres ir, si hemos recorrido todo?

—Solo hay un sitio desde donde podemos verlo todo. ¡Vamos!

Peláez los observó arrancar y partir a toda velocidad. Se quedó un instante mirándolos, tratando de comprender lo que estaba pasando. Después se decidió.

Solo tenía una forma de averiguarlo.

## La Abadía de Hollywood

Una sensación de desastre inminente lo hacía ir volcado hacia el parabrisas con los ojos clavados en la carretera. Tenía que hacer un inmenso esfuerzo para no gritarle a Sito que acelerara. Al menos el sargento, tras varios intentos infructuosos, había desistido de preguntarle adónde iban y se limitaba a seguir sus indicaciones.

Apenas quedaba luz. Las montañas se sumían en la oscuridad, tan indiferentes como esfinges. La Devesa da Rogueira estaba envuelta en sombras. Era la hora de las brujas, el momento en que los animales nocturnos se desperezaban y se lanzaban a la caza. Alcanzaron el Alto do Couto donde se iniciaba la ruta que atravesaba la Rogueira transversalmente.

—Aquí, para —dijo.

Sito frenó bruscamente y detuvo el vehículo.

—¿Y bien? ¿Vas a decirme qué estamos haciendo aquí?

Laro salió del vehículo. Ojalá lo supiera. No era más que una corazonada, pero era lo único que se le ocurría. Cualquier cosa era mejor que quedarse de brazos cruzados.

—Coge los prismáticos y la linterna —le indicó. Sin esperar por él, se internó por el sendero de la *devesa*. Sabía que un poco más adelante se abrían claros en la espesura. Desde aquella altura tendrían una amplia panorámica del valle.

Nada más echar a andar se vieron rodeados por la vegetación. El sol ya se había puesto y la luna llena bañaba el cielo con una claridad lechosa, pero la vegetación difuminaba su luz, así que avanzaron a través de un túnel de negrura, rodeados por los sonidos del bosque. Llevaban unos diez minutos cuando a su derecha divisaron las luces lejanas de las casas de Moreda. A aquella distancia semejabán una reunión de luciérnagas. Se detuvo y se perdió en la contemplación de la espectral inmensidad.

—¿Me quieres explicar de una vez qué hacemos aquí?

La voz de Sito rompió el embrujo. Laro carraspeó y consultó la hora en su móvil. Las once y veinte de la noche. Todavía faltaba una hora para el solsticio. Sabía que debía darle unas cuantas explicaciones al sargento, pero temía su reacción. Temía la suya propia, convencido de que, si ponía en palabras su pálpito, este se convertiría en humo y le parecería absurdo.

Se obligó a hablar.

—El Vigía —dijo.

El rostro de Sito estaba envuelto en sombras, así que no pudo ver su reacción. Pero, cuando finalmente habló, en su tono no había ni rastro de enfado o de burla. Al contrario, creyó detectar un rastro de temor.

—¿A qué te refieres?

—El Vigía. Bran me dijo que así llamaban al bosque, a la *devesa*, el Vigía. Que vigilaban cuanto pasaba. El monte Cído y su castro.

—¿Cómo va a ayudarnos eso a encontrar a las Covas?

—La hoguera. Hoy es el solsticio, las Covas encenderán una hoguera para celebrar su... —tragó saliva, incapaz de pronunciar la palabra que le venía a la cabeza— su rito. El fuego es un elemento fundamental en muchas ceremonias, especialmente en el solsticio de verano. Han dejado el Val das Mouras para dirigirse a algún lugar. No tengo ni idea de cuál, quizá el castro del mont Cido, donde se inmolaron los defensores del Medulio, o cualquier otro con especial significación para los louguei. —La luna, un brillante círculo de plata, bañaba la atmósfera con un halo de irrealidad—. Tiene que verse desde aquí. La hoguera se verá desde aquí.

s —¿Por qué?

e —¿Porque la *devesa* es el Vigía! ¿No lo entiendes? —notó la desesperación en su voz—  
e Cualquier ceremonia tendría que realizarse bajo sus ojos vigilantes, como si fuera una... un  
deidad, o algo así —cerró la boca, cada vez más inseguro.

i. Contemplaron las siluetas del valle ante ellos, el gran circo de las montañas y la masa vegeta  
e que caía en pronunciada pendiente. Un universo antiguo que latía con vida propia, envuelto en un  
, atmósfera de hielo lunar.

—No es aquí. —La voz Sito sonó débil.

—¿Qué?

—No es aquí. Es en la cumbre del Formigueiros. El Vigía es el Gigante.

Laro recordó que Bran le había llamado así, también: «O Xigante». Le vinieron a la cabeza la  
leyendas sobre tesoros escondidos que había leído en la biblioteca. Los gigantes eran lo  
guardianes de los tesoros escondidos por los mouros, los encargados de vigilar las entradas de la  
ocuevas. Se dio la vuelta y buscó la masa enorme de la cima más alta del Courel, que se erguía  
ajusto a sus espaldas, hacia el sur. El Gigante. La luna llena iluminaba la cumbre. Recordó el día de  
su llegada, cuando subió a la Rogueira y escuchó el lamento de una gaita que venía de las alturas  
a La voz del Gigante, pensó, incongruentemente. Su presencia cuando había querido suicidarse en e  
mirador del Polín. Comprendió que lo que decía el sargento era cierto.

s —Desde allí se divisa una panorámica más amplia —añadió Sito.

a Laro consultó el móvil. La débil luz de la pantalla le confirmó que faltaba una hora para e  
solsticio. Calculó que tardarían diez minutos en volver al coche y otros diez en recorrer la senda  
de tierra que llevaba casi hasta la cima. Desde ahí tendrían que ascender un trecho a pie hasta la  
cumbre.

y —Mierda. ¡Mierda, mierda! Tenemos que darnos prisa.

s Echó a correr, deseando que Sito tuviera razón. Que el Vigía lo salvara otra vez.

i



Aureana examinó a su nieto. El chiquillo estaba preparado para la ceremonia. Vestía un  
túnica corta, botas de piel y una capa larga. Sus grandes ojos oscuros estaban fijos en su madre  
que se hallaba a poca distancia terminando de disponer la hoguera en el centro del círculo de  
r estacas. En el extremo de cada una colgaba una calavera. Eran las cabezas de los último  
defensores del Medulio, cuidadosamente conservadas por su familia desde hacía incontable  
generaciones. Los restos mortales de los héroes louguei.

a Bran ofrecía un aspecto espléndido, lleno de dignidad. No mostraba temor alguno por lo que  
se acercaba. Aureana sabía que su aplomo no era completamente suyo, sino inducido por la  
infusión de hierbas que le habían dado, que comenzaba a hacer efecto, pero aun así la anciana no  
pudo evitar que el pecho se le llenara de orgullo y de compasión.

Se esforzó por ahogar el desgarrador dolor que la atravesó. Lo que había de hacerse, había de hacerse. El destino era inexorable. No tenían opción. Los sacrificios rituales tradicionales constaban de tres pasos. Tras la última cena del héroe, este moría tres veces: la primera por un golpe de espada en la nuca, la segunda por estrangulación con una cuerda y la tercera al cortarle la cabeza con un cuchillo sagrado. Si el primer golpe se daba bien, el joven no sufría. En el caso de Bran, sin embargo, el ritual sería diferente porque también lo había sido el de los héroes de Medulio: bebería el veneno del tejo. El pobre chiquillo se retorcería de dolor antes de expirar.

Alzó la cabeza y su mirada se cruzó con la de Alda. Habían tenido que atarla y amordazarla, aun así no paraba de revolverse en un intento de liberarse. El dolor fue sustituido por una profunda aversión. ¡Su propia hija! Habían tenido que secuestrarla para quitarla de en medio, para que dejara de inmiscuirse en la relación de Laro y Xoana. Recordó los tres cuervos. La diosa le había anunciado tres muertes. Ella sería la segunda, aunque no la iban a sacrificar. El sacrificio estaba reservado para los jóvenes varones que tuvieran el valor de aceptarlo voluntariamente. Era el destino de los héroes, no el de las renegadas.

Alda las había traicionado. Solo había un pago para la traición: la muerte vil. Sería despeñada, sin honor ni dignidad, después de que presenciara el coraje de su sobrino. Quería que muriera sintiendo en su corazón el peso de la vergüenza y los remordimientos.

—Pero, ¿cuál sería la tercera muerte?

—Ya está lista, *mai* —oyó la voz de su hija.

El chiquillo la miraba con expresión un tanto desconcertada. Le acarició la mejilla con ternura y echó un vistazo a la luna redonda y hermosa que refulgía en el cielo.

Por un segundo la atravesó una sombra de duda. Se acercaba el momento, pero Laro todavía no daba señales de vida. ¿Se habría engañado al interpretar las señales de la diosa? Apartó la mirada con repentina furia. No podía caer en la trampa de la debilidad. Estaban en sus manos. Maeve les agradecería el sacrificio atrayendo a Laro en el momento adecuado para que yaciera con Xoana. Con la primogénita, para perpetuar la línea de las guardianas.

No podía dudar. Su nieto no se merecía sus dudas, aunque fuera hombre. Aunque fuera el causante de todos aquellos trastornos. Lo quería demasiado como para vacilar en el último momento.

—Prende el fuego. Deja que vaya medrando la hoguera.

Era medianoche. Faltaban treinta y cuatro minutos exactos para el solsticio, el momento en que se abrirían las puertas entre los mundos, pero antes debían ofrecer a Bran tortas de trigo y cebada y un vaso de vino sin fermentar.

La última cena de los héroes.

a



;

El sudor empapaba su cuerpo. El viento se colaba entre las ropas y lo hacía tiritar, pero Laro se obligó a seguir adelante. Eran ya pasadas las doce de la noche y la angustia le cerraba la garganta con una argolla de hierro. No conseguía sacarse de la cabeza la imagen de Alda. El tacto de sus labios y el calor de su cuerpo. Su sonrisa repleta de vitalidad. La misma sonrisa que Bran le había dado la voz alegre y confiada del chiquillo resonaba en sus oídos y, por un momento, la confundió con la voz de su propio hijo, una tarde en que los dos habían ido a pasear por el Retiro madrileño y, al ver un velero teledirigido en el estanque, le preguntó por qué flotaban los barcos. El recuerdo de la

eforma en que lo miraba mientras se lo explicaba, completamente entregado, le provocó un estremecimiento.

n El viento se intensificó cuando llegaron a la cima, una extensión plana casi circular de unos veinticinco o treinta metros de diámetro. La linterna de Sito iluminó una pequeña tabla de madera clavada en una estaca en la que estaba escrito el nombre de la cumbre, Formigueiros, y un número debajo: 1639 metros. Dio unos pasos vacilantes hacia la vertiente norte hasta que el vacío de la *devesa* se abrió a sus pies. Oyó a Sito jadear pesadamente por el esfuerzo.

y De día, desde aquella altura se divisaba medio mundo, un panorama de cordilleras, bosques, valles y pequeños pueblos diseminados cuyos tejados de pizarra destellaban bajo el sol como espejos de agua. En ese momento la luna envolvía el paisaje con un halo que hacía pensar en un país mágico. Distinguió las luces de Moreda y la loma oscura del Cido, que se elevaba tras la pequeña aldea como un gigantesco guardaespaldas. El Medulio.

a En su cima no había ninguna hoguera. Consultó la hora en el móvil y comprobó que eran las doce en punto. Habían apurado al máximo, pero seguía sin verse el menor rastro de fuego. Comenzó a preguntarse si no se habría dejado dominar por la fantasía. Aunque no fuera así, ¿realmente había alguna relación entre el Vigía y el sacrificio? ¿Se vería la hoguera desde allí? Se obligó a dejar a un lado las especulaciones y a seguir buscando el menor rastro de luz.

Distinguió un destello rojizo a su izquierda.

—¡Los prismáticos! —le urgió a Sito—. ¡Déjame los prismáticos!

a Con el corazón bombeando a toda velocidad, trató de localizar el punto. Los segundos vertían gotas de ácido en su estómago.

a Allí estaba. No era nada preciso, solo un pequeño resplandor oscilante muy lejano, más allá de la Rogueira, en dirección a Mercurín. Pensó que podría ser el Val das Mouras y temió haberse equivocado de nuevo. ¿Y si no se habían ido, y si sencillamente estaban escondidas en algún lugar aparte del *souto*?

—¿Qué es aquello? —Le pasó los prismáticos a Sito y le indicó dónde debía mirar—. ¿El Val das Mouras?

o El sargento tardó un mundo en responder. Laro daba saltos a su lado, dominado por el nerviosismo.

—No estoy seguro —dijo Sito al fin—. El Val das Mouras está en esa misma dirección pero más lejos. Las luces que se ven un poco antes deben de ser las de Parada. —Se refería a una pequeña aldea que Laro había visitado una vez—. Si es así, la hoguera debe de estar en... ¡Joder! ¡La Pena do Demo!

El nombre resonó en el cerebro de Laro como el badajo de una campana. Se acordó de algo que había leído en alguna web y que había dejado de lado sin prestarle atención, desechándolo como una más de las muchas fantasías que circulaban por la red. Esta en concreto decía que las galerías y túneles que había debajo del Cido formaban el «Camín do Real», un camino legendario que llevaba hasta el monte Vitureira. Lo había leído de pasada y se había centrado en las cuevas sin prestar atención al destino, pero ahora lo recordó con claridad. El Vitureira era el lugar en el que, durante el asedio, los romanos crucificaban a los enemigos que caían en sus manos.

l Pero había algo más. Los romanos habían elegido ese sitio porque era el lugar en el que los celtas rendían culto a sus dioses. Cuando lo leyó lo descartó porque le pareció demasiado vago pero en ese momento comprendió que tenía que ser el lugar que buscaban. Ahora lo llamaban Pena do Demo, quizás por lo que allí había sucedido, pero era el mismo lugar. El Vitureira. Que estúpido había sido. Al leer «culto a los dioses» su cabeza había imaginado un templo, un

nconstrucción, iglesia o similar. Pero los celtas rendían culto a sus dioses en plena naturaleza, en lugares de poder.

s Dejó las lamentaciones por su torpeza para más tarde y se obligó a concentrarse en lo práctico. Desde donde se encontraban hasta el Vitureira había un trecho. Debían bordear la roqueira hasta Moreda y desde ahí dirigirse en dirección a la Ferrería Vella, antes de Mercurín demasiado lejos. Pero tenían que intentarlo. «Recibiréis lo que es de razón, una flecha negra en vuestro negro corazón», pensó, confusamente, para darse ánimos.

, Descendieron el trayecto hasta el todoterreno, que habían dejado en una pista sin asfaltar a osur de la cumbre. El sargento se puso al volante y arrancó a toda velocidad... en sentido contrario

n —¿Qué haces? ¿Adónde vas?

a Sito no lo miró. Los potentes faros del Nissan iluminaban la irregular pista.

—Si regresamos a la carretera no llegaríamos nunca. Hay una senda que va desde aquí hasta la sPena do Demo y nos evita dar el rodeo. No tengo ni idea del estado en que se encuentra, hace siglos que no la recorro, pero es la única forma de llegar a tiempo.

, Laro se agarró al pasamanos de la puerta. El coche traqueteó salvajemente por la pista, dando ebotes como una pelota de goma arrojada por un chiquillo. Sito conducía con la mirada fija en la noche, con las mandíbulas prietas y las manos convertidas en puños sobre el volante. Su mirada tenía un brillo febril.

n

á

e

a

l

l

o

a

!

o

o

s

o

,

l

s

,

a

é

a

construcción, iglesia o similar. Pero los celtas rendían culto a sus dioses en plena naturaleza, en lugares de poder.

Dejó las lamentaciones por su torpeza para más tarde y se obligó a concentrarse en lo práctico. Desde donde se encontraban hasta el Vitureira había un trecho. Debían bordear la Rogueira hasta Moreda y desde ahí dirigirse en dirección a la Ferrería Vella, antes de Mercurín. Demasiado lejos. Pero tenían que intentarlo. «Recibiréis lo que es de razón, una flecha negra en vuestro negro corazón», pensó, confusamente, para darse ánimos.

Descendieron el trayecto hasta el todoterreno, que habían dejado en una pista sin asfaltar al sur de la cumbre. El sargento se puso al volante y arrancó a toda velocidad... en sentido contrario.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas?

Sito no lo miró. Los potentes faros del Nissan iluminaban la irregular pista.

—Si regresamos a la carretera no llegaríamos nunca. Hay una senda que va desde aquí hasta la Pena do Demo y nos evita dar el rodeo. No tengo ni idea del estado en que se encuentra, hace siglos que no la recorro, pero es la única forma de llegar a tiempo.

Laro se agarró al pasamanos de la puerta. El coche traqueteó salvajemente por la pista, dando botes como una pelota de goma arrojada por un chiquillo. Sito conducía con la mirada fija en la noche, con las mandíbulas prietas y las manos convertidas en puños sobre el volante. Su mirada tenía un brillo febril.

## El río Congo

«La verdad es una flecha de hielo que acierta en el blanco». El pensamiento resonaba en su cabeza mientras conducía como un suicida, con la destreza del que se ha pasado media vida : lomos de un todoterreno por sendas de montaña. También en Tenerife abundaban esas vías sin asfaltar en los alrededores del Teide. «La verdad es una flecha de hielo que acierta en el blanco» volvió a pensar. Cada vez que recordaba que Xoana había querido follarse a Laro le bullía la rabia. Una furia ácida le nublaba la visión.

La velocidad y los baches les hacían dar continuos botes sobre el asiento. Tenía los brazos y los hombros agarrotados por la tensión, pero no se percataba. Xoana. Cuando pensaba en ella le inundaba un odio profundo y, al mismo tiempo, un retortijón de añoranza en el vientre. La flecha era la traición de Xoana: no le llegaba con haberlo traicionado diez años atrás con el mierda de Xocas Aguiño, ahora prefería tirarse a un maltratador antes que a él. El blanco era su pecho. Todavía dolía. Y tanto que dolía. Joder, se había querido meter en la cama del mierda de Laro ¡De Laro! Hizo un esfuerzo por contenerse, pero la rabia y el despecho le atravesaron el cuerpo. Aquello no lo había visto venir.

Lo observó de reojo. Había cambiado. Se mostraba mucho más sólido, más decidido, pero cuando había llegado era poco más que una bosta de vaca humana. ¿Cómo podía Xoana habers colgado de un mierda así?

Inspiró profundamente para obligarse a calmarse. Tenía que dejarse de estupideces. Concentrarse. La pista seguía la línea de cumbres en dirección oeste un buen trecho, pero pasada la vertical del pueblo de Parada debían desviarse por un ramal a la derecha que los llevaría hasta la Pena do Demo. De noche no resultaba fácil localizarlo.

La traición de Xoana era un corte en la cara con un filo oxidado. Toda su vida era una mierda por su culpa. Se habían sentido atraídos el uno por el otro desde críos. Los dos sabían que era una historia imposible, una locura siendo él Aguiar y ella Covas, y durante años habían tratado de mantenerse separados. Un tormento de miradas, los celos como puñetazos en la boca del estómago cuando ella, con quince, veintidós o veintisiete años tonteaba con otros. Los años de soledad tanto más crueles cuanto la veía casi cada día. Había intentado olvidarse de ella tantas veces. Había comenzado otras relaciones con chicas de pueblos vecinos, pero una y otra vez terminaban en nada. En gritos, enfados y desprecios. Siempre las comparaba con Xoana. Con sus ojos verde inmensos. Con su pelo claro, que el sol convertía en una aureola. Con su cuerpo de músculo duros y elásticos. Con el deseo que veía brillar tras sus pupilas, el que él le despertaba. La demás siempre salían perdiendo.

Al final habían sucumbido a la mutua atracción. Una noche de solsticio de verano como aquella, cuando la brisa suave del inminente estío les calentaba la piel y el vino les hacía soñar con lo imposible. Habían saltado juntos la hoguera y después, borrachos de deseo, se perdieron en las sombras como chispas de luz llevadas por el viento.

Todavía recordaba el estallido de placer al tocar por primera vez su piel. El pozo de su boca sus labios húmedos, abiertos y entregados. Las pupilas fijas en las suyas, bebiendo de ellas devorándole con avidez. El vientre ciñéndose al suyo de forma tan natural que parecía que estuvieran hechos el uno para el otro, apretándose contra él con sed antigua mientras se desnudaban con precipitación. Sus pechos se habían recortado contra las estrellas cuando ella le cabalgó como una diosa.

En un momento de la noche recordaba haber pensado que lo que estaban haciendo había sido siempre tan inevitable como la fusión de la sal y del agua en el mar, como la luz y el calor, como el oxígeno y el nitrógeno en el aire. No habrían podido evitarlo ni aunque fueran titanes.

Pero su relación había sido breve. Un verano, eso fue todo lo que tuvieron. En el otoño, Xoana le rogó que no volvieran a verse. «Mi madre lo sabe», le dijo, destrozada, avergonzada de su propia debilidad. Los había visto. Había estallado en cólera. Xoana siempre había sido una buena hija, sumisa y obediente, dominada por su madre. Por eso las lágrimas manaban con abundancia por sus mejillas mientras le explicaba lo que los dos sabían de sobra: que él era Aguiar y ella Xocas, que las dos familias eran enemigas desde el principio de los tiempos, águilas y serpientes alouras y susos... Su madre había jurado matarla si no lo dejaba. Y Aureana, sospechaba Sito, era muy capaz de cumplir su amenaza.

Unas semanas después se enteró de que Xoana había empezado a verse con Xocas Aguiño, un hombre que se hallaba ya en la cuarentena y que tenía fama de bebedor. Fue como si la misma Xoana le diera un puñetazo en la nariz. Una patada en los testículos. El comienzo del invierno más duro de su vida.

«¡Cualquier mierda es mejor que un Aguiar! —le espetó Aureana meses después, un día en que ese la encontró en Seoane—. Si quieres culpar a alguien de que mi hija esté con ese borracho de Xocas, échatela a ti mismo. Aunque eso sí, tengo que darte las gracias. Al menos, Xocas sabe cómo embarazar a una mujer».

«Échatela a ti mismo». Aquellas palabras y la idea de que Xocas había embarazado a Xoana se le quedaron dando vueltas como un tiovivo siniestro que girara cada vez más rápido.

—¡Cuidado! —gritó Laro señalando un profundo bache justo ante ellos.

Las ruedas delanteras perdieron contacto con el suelo. Ambos notaron en la espina dorsal el golpe de los bajos del coche contra la pista. El motor rugió cuando Sito aceleró sin pretenderlo a caer hacia adelante. Por un momento pareció que el todoterreno iba a quedarse atascado, pero de pronto las ruedas traseras recobraron la tracción e impulsaron al vehículo tan violentamente que se inclinó de lado, a punto de volcar.

—¿Falta mucho? —le preguntó Laro, respirando agitadamente, tras unos instantes.

Sito señaló una pista que descendía hacia el norte cien metros por delante.

—Estamos llegando —dijo. Con un gesto inconsciente que le pasó desapercibido a Laro metió la mano izquierda en el bolsillo de su chaqueta y palpó la torques que este había encontrado unos días atrás. Era una joya digna de un jefe tribal. Por eso la llevaba siempre encima.



El ruido de un motor que se acercaba sobresaltó a Alda, que levantó la cabeza y prestó atención. Aureana se percató del gesto y apretó los dientes con una mueca de burla. Iba buena la arpía de su hija si pensaba que quien se acercaba la iba a ayudar. Era Laro, por supuesto. La diosa no las había abandonado. Le extrañó un poco que el sonido llegara de la línea de cumbres en ve-

de ascender desde el valle, pero solo podía ser él. El caballero andante dispuesto a salvar a su dama. Desde luego que lo iba a intentar, pero una cosa era intentarlo y otra conseguirlo. Se iba a llevar una sorpresa.

Echó un vistazo a la luna. Solo faltaban diez minutos para el solsticio. El fuego ardía con fuerza. Percibió la intensidad de las fuerzas cósmicas que se arremolinaban a su alrededor y la poderosísima energía que desprendía el santuario. ¿Cuántos de los suyos habían sido sacrificados allí mismo? Alzó los brazos como si se ofreciera al mundo. La túnica blanca que vestía refulgió con la luz de la luna y ondeó majestuosa a ambos lados de su cuerpo, agitada por la brisa nocturna. Desde donde estaban se podían ver las débiles luces de un puñado de pueblos: Seoane, Piñeira, Mostade, Parada, Moreda, Mercurín... En otro tiempo, desde ese mismo lugar se divisaban los fuegos de los castros. El Vitureira era el centro, el templo más sagrado, el lugar donde los dioses se dignaban a hablar con los seres humanos.

Bajó los brazos y se volvió hacia Xoana. También vestida con la túnica ceremonial, se hallaba arrodillada al lado de su hijo con la vasija que contenía el veneno del tejo en las manos, observándola nerviosa a la espera de su señal.

Todo estaba preparado. Bran ya había tomado la última cena. El muchacho aguardaba tumbado dócilmente en el centro del círculo sagrado de estacas, envuelto en las tinieblas de la droga. Su rostro se mostraba relajado, casi sonriente. Una nueva punzada de dolor sacudió su viejo pecho pero lo apartó de su mente con violencia.

Los faros de un todoterreno las deslumbraron. El motor rugió en la noche mientras el vehículo se acercaba a toda velocidad, dando violentos tumbos por el camino de la cumbre. Frenó en seco a treinta metros de donde se hallaban y una nube de polvo lo cubrió. Laro salió del lado de copiloto y se apresuró hacia ellas. En eso, Aureana vio a Sito. Su rostro se crispó.

—¡Alto! ¡Alto, Aureana, soy yo, Laro! ¡Por favor, deteneos!

La anciana hizo caso omiso de él. Solo tenía ojos para el sargento.

—¿Qué haces tú aquí? —le espetó con una mueca de desdén cuando este salió del coche— ¿Es que no aprendiste nada hace tantos años?

Sito se detuvo en seco. Su rostro ya tenso se ensombreció aún más. Sus ojos registraron la escena con la facilidad de la práctica: Xoana con una vasija en la mano arrodillada al lado de Bran, que yacía tumbado e inmóvil sobre la piedra del altar, Alda atada y amordazada, las estacas con calaveras, las ropas de ceremonia. Y Aureana. La maldita vieja.

Entonces lo entendió. Se dio cuenta de que no era Xoana. Nunca había sido ella. Solo era una víctima más de la insania de su madre. Era la vieja la que los había manipulado a su antojo. Le había jodido la vida a los dos.

Las imágenes de lo sucedido tantos años atrás volvieron en torrente. Lo comprendió todo: la burla insidiosa de Aureana, que se reía de él por haberse dejado desbancar por un borracho; sus palabras repletas de veneno, «Al menos, Xocas sabe cómo embarazar a una mujer. ¿Es que no te da vergüenza, Aguiar? ¿Es que no queda en ti nada de hombre que te dejas robar la mujer por el primer mierda que se te cruza en el camino?».

Lo había llevado hasta el límite a propósito. No para apartarlo de Xoana, eso ya lo había conseguido. Se asombró de lo ciego que había estado todos esos años. Lo había acosado hasta que consiguió lo que pretendía: que matara a Xocas Aguiño. Porque Xocas no se había despeñado por accidente en plena borrachera.

Él lo había empujado.

La furia lo quemó por dentro. Las Louras siempre vivían solas. Sin varones. De repente un

parecía embarazada y paría una hija, o se casaba y al poco el hombre fallecía por cualquier motivo, o desaparecía, o se marchaba para no volver. Siempre había sido así. Las Louras eran meigas y las meigas vivían sin hombres. El único varón de la familia era Bran.

La perfidia manipuladora de la vieja se le presentó en toda su crudeza. Para ella, Xocas ya había cumplido su función y necesitaba que un pardillo se lo quitara de enmedio. Y, de paso, se libró también de él, porque Sito, tras el asesinato, había decidido desaparecer. No había podido seguir viviendo allí, vigilado por la vieja y convertido en una piltrafa humana, desesperado por volver a Xoana. Por eso había decidido entrar en la Guardia Civil.

Vio la cara de Aureana, su expresión desdeñosa a unos metros. Todos lo miraban. Algo se rompió en su pecho. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo la torques. Hizo caso omiso de las exclamaciones de asombro, de la sorpresa en la mirada de la vieja. Lentamente, con movimientos repletos de dignidad, se la puso al cuello. Era su privilegio. Era el jefe de su tribu, el cabecilla de los susarros.

E iba a la guerra.

Sacó la pistola de su cartuchera y apuntó a Aureana.

—¡Espera! ¿Qué vas a hacer? —gritó Laro.

Sus palabras cabalgaron sobre las de Aureana. La vieja se irguió con el blanco cabello a viento bajo la luz de la luna, iluminada por los destellos rojizos de la hoguera. Parecía en verdad una antigua sacerdotisa.

—¿De dónde la has sacado? —le preguntó ella, y Sito se permitió una sonrisa de triunfo al percibir la sorpresa en su voz.

No bajó el arma.

—Tenías razón, Aureana: «Otro vendrá». Laro la ha encontrado. Lástima que para ti sea demasiado tarde. —La ponzoña del odio le quemaba las venas.

—¿Habéis encontrado el tesoro? —exclamó la anciana, desconcertada—. ¿Dónde? ¿Dónde está?

—Ya nunca lo sabrás.

Aureana vio la expresión de Sito y supo lo que iba a pasar. Por su mente atravesó fugaz e inmensa el mensaje de la diosa. Los pájaros de la muerte. Le invadió una sensación de alejamiento.

Quedaban tres minutos para el solsticio. Comenzó a girarse, alzando la mano para indicarle a Xoana que le diera la pócima a Bran.

El disparo resonó en la noche.

—¡No! —gritó Laro.

Aureana no llegó a completar el movimiento. De su pecho brotó una flor roja. La sangre manchó la túnica blanca y su rostro se crispó por el dolor. La anciana dio unos pasos vacilantes hacia atrás. Su mirada buscó a su hija Xoana, que la contemplaba con los ojos desorbitados. Cayó sobre sus rodillas. Su boca se abrió y expulsó un borbotón rojo. El cuerpo se desplomó hacia adelante. Quedó tendida con el rostro hundido en la tierra. Inerte.

Laro vio caer a Aureana. «¡El horror! ¡El horror!», pensó, mareado por la impresión. El sargento, con el rostro contraído en un rictus demencial, dio unos pasos hacia Xoana con la pistola todavía alzada.

—¡No lo hagas! —exclamó Laro—. ¡Es la madre de tu hijo! ¡Bran es tu hijo, Sito! ¡Xoana dile la verdad, dile que es el padre de Bran!

Las palabras alcanzaron al sargento a través de un túnel de oscuridad. Vio al niño tumbado sobre la piedra del altar. Registró el rostro moreno, el pelo negro, los ojos oscuros. La verdad se

rabrió paso a través de las brumas de su mente. Las Covas eran rubias, de piel clara y ojos verdes  
nAs Louras.

Boqueó como un pez fuera del agua, con el puño sujetando la Beretta con tal fuerza que lo  
anudillos se le tornaron blancos.

La revelación fue un puñetazo en el plexo solar. Qué estúpido había sido. Qué ingenuo  
Aureana no había sido la única en jugar con él. También Xoana lo había burlado. Ambas le habían  
robado a su hijo. Dejó caer el brazo con el arma a un costado y se quedó inmóvil, mirando :  
Xoana y a Bran.

A su hijo.

s

s

e



Andrés Peláez soltó una maldición cuando la rueda delantera derecha del coche se hundió en  
un socavón. El golpe de los bajos contra el suelo frenó el vehículo e impulsó al guardiacivi  
contra el parabrisas. El cinturón de seguridad se tensó y se incrustó en su pecho, arrancándole un  
gemido de dolor. Los faros se quedaron iluminando la pista de tierra y le permitieron ver la  
profundidad del hoyo. Había estado tan atento al marcador del GPS en su móvil que no lo vio  
venir. Tras unos instantes aceleró con cuidado, pero se dio cuenta de que tanto la rueda delantera  
derecha como la trasera izquierda giraban en el aire sin tracción, con el chasis contra el suelo.

Salió del vehículo y examinó la situación. No iba a poder sacarlo de allí. No inmediatamente  
al menos. No era un todoterreno, no estaba preparado para pistas como esa. Volvió a examinar el  
rastreador GPS del móvil. El vehículo del sargento se había detenido a no demasiada distancia de  
allí.

El eco de un disparo atravesó la noche. Aquello lo puso en movimiento. Abrió el maletero  
cogió la linterna y echó a correr.

l

a

e

s

ó

a

l

a

,

o

e

abrió paso a través de las brumas de su mente. Las Covas eran rubias, de piel clara y ojos verdes. As Louras.

Boqueó como un pez fuera del agua, con el puño sujetando la Beretta con tal fuerza que los nudillos se le tornaron blancos.

La revelación fue un puñetazo en el plexo solar. Qué estúpido había sido. Qué ingenuo. Aureana no había sido la única en jugar con él. También Xoana lo había burlado. Ambas le habían robado a su hijo. Dejó caer el brazo con el arma a un costado y se quedó inmóvil, mirando a Xoana y a Bran.

A su hijo.



Andrés Peláez soltó una maldición cuando la rueda delantera derecha del coche se hundió en un socavón. El golpe de los bajos contra el suelo frenó el vehículo e impulsó al guardiacivil contra el parabrisas. El cinturón de seguridad se tensó y se incrustó en su pecho, arrancándole un gemido de dolor. Los faros se quedaron iluminando la pista de tierra y le permitieron ver la profundidad del hoyo. Había estado tan atento al marcador del GPS en su móvil que no lo vio venir. Tras unos instantes aceleró con cuidado, pero se dio cuenta de que tanto la rueda delantera derecha como la trasera izquierda giraban en el aire sin tracción, con el chasis contra el suelo.

Salió del vehículo y examinó la situación. No iba a poder sacarlo de allí. No inmediatamente al menos. No era un todoterreno, no estaba preparado para pistas como esa. Volvió a examinar el rastreador GPS del móvil. El vehículo del sargento se había detenido a no demasiada distancia de allí.

El eco de un disparo atravesó la noche. Aquello lo puso en movimiento. Abrió el maletero, cogió la linterna y echó a correr.

## Kukuanalandia

Laro vio que Xoana se levantaba con el rostro demudado y daba unos pasos vacilantes hacia Sito, balbuciendo algo que no alcanzó a oír. El sargento la miró con expresión ausente y los hombros hundidos, como un balón desinflado.

Se forzó a reaccionar. Alda se retorció sentada en el suelo, con la espalda contra una roca tratando de liberarse de la mordaza y las ataduras. Su corazón se saltó un latido. Corrió hacia ella y se arrodilló a su lado.

—Espera, te ayudo... —murmuró.

Tras soltarle la mordaza, se inclinó sobre ella para desatarle las manos. El calor y el aroma de su cuerpo lo abrazaron. Tenía las muñecas ensangrentadas por el esfuerzo de liberarse.

—Mi madre, mi madre... —murmuraba una y otra vez, sin apartar los ojos del cuerpo de Aureana.

Laro forcejeó con la cuerda, procurando no dañarla. Los nudos estaban muy apretados, pero afortunadamente se trataba de una soga gruesa. Finalmente se aflojó. Ayudó a Alda a incorporarse mientras echaba un vistazo en derredor. La hoguera crepitaba con furia. Bran seguía tumbado sobre las piedras con la vista perdida en el cielo. Xoana y Sito bailaban una extraña danza vencidos el uno contra el otro, forcejeando y murmurando, no supo si abrazándose o tratando de separarse. La luna los envolvía con una luz espectral, fría e indiferente como la misma muerte.

—¡Bran! —gritó Alda.

Ambos corrieron hacia el chiquillo. Acababan de arrodillarse a su lado cuando el sargento rugió. Fue un sonido gutural que salió de lo más profundo de su cuerpo, un aullido de rabia y desesperación.

—¡Zorra! —gritó—. ¡Me has jodido la vida, zorra!

Xoana trató de aferrarse a él, pero Sito la empujó con violencia. El tiempo se ralentizó. El sargento se apartó, el rostro transfigurado por una mueca de dolor, los ojos alucinados. Laro se fijó en el uniforme arrugado, que se le antojó incongruente en aquel lugar perdido en el tiempo como si los siglos se hubieran plegado sobre sí mismos y por la zona de contacto se hubiera abierto un puente entre las épocas. Lo vio alzar la mano y reparó en el arma, negra, metálica indiferente. Vio el momento exacto en que el índice apretó el gatillo y se produjo el resplando mortífero del disparo.

Gritó.

Xoana recibió el impacto en la cabeza. En su frente apareció un orificio oscuro. El golpe la impulsó hacia atrás, convertida ya en cadáver antes de que tocara al suelo, el cuerpo desmadejado como una marioneta a la que le cortan abruptamente los hilos.

Laro apartó la mirada, sacudido por aquella muerte absurda. Al hacerlo se fijó en el reloj de pulsera de Alda. Eran las 12:34.

El solsticio de verano.

—¡Cuidado! —exclamó Alda.

El aviso lo sacó de su aturdimiento. El sargento avanzaba hacia ellos con el rostro desfigurado por la cólera. Laro levantó en vilo a Bran. El chiquillo no debía de pesar más de veinticinco kilos. De todas formas, la adrenalina que corría por las venas de Laro hizo que le pareciera muy ligero. Corrieron hacia la oscuridad.



Andrés Peláez llevaba un rato guiándose por el resplandor de una hoguera cuando oyó el segundo disparo. Se detuvo en seco. Había imaginado que pillaría al sargento y a Laro con las manos en la masa hurgando en algún yacimiento con el detector de metales, pero lo que quiera que estuviese sucediendo iba mucho más allá de un simple expolio.

Se hallaba a unos cientos de metros. Distinguió varias siluetas recortadas contra la luz oscilante de las llamas. Creyó reconocer al sargento, pero de noche y a esa distancia no podía estar seguro. Tragó saliva, preguntándose en qué berenjenal se había metido, y echó a correr.



La noche los envolvió como un manto lechoso. La luna los observaba con indiferencia desde las alturas. Su luz era tan intensa que, nada más comenzar a correr, Laro se dio cuenta de que constituían un blanco perfecto para el sargento. La locura asesina que acababa de presenciar no le permitió ser optimista: si les daba alcance, los mataría.

Como si se contemplara a sí mismo desde fuera, se vio correr por la ladera montañosa en mitad de la noche, en aquella tierra que parecía arrancada de las mismas entrañas del tiempo, en compañía de la mujer más hermosa que hubiera conocido y llevando consigo a un chiquillo al que quería, comprendió, como si de su propio hijo se tratara. Cuanto le había sucedido desde su llegada a aquellas montañas antiguas, conocer a las Covas, el Cido y la Devesa da Rogueira, el tesoro, las leyendas que flotaban sobre los valles como nieblas persistentes, las ruinas y las historias de tiempos pasados, el Medulio y el cerco romano, el sacrificio de miles de defensores, los seres mágicos que aleteaban alrededor de aquellas gentes como mariposas, los sucesos de esa noche, todo se mezcló en su mente y la atravesó mientras Alda y él se perdían corriendo en la oscuridad. Lo invadió una sensación de extrañeza tan poderosa que se creyó en manos de algún dios burlón, como tantos cuyas vidas había espiado en las páginas de los libros mientras contenía la respiración y anhelaba, devorando página tras página, que salieran con bien. Fue una percepción aguda e intensa que le hizo comprender que, aunque no lo veamos, lo extraordinario siempre halla siempre a un milímetro de distancia de nuestras pieles y que basta un simple arañazo para desgarrar el capullo de la rutina que nos protege.

—¡A la derecha! —jadeó Alda.

El sargento se acercaba. Corría tras ellos impulsado por una furia fanática. No tardaría en alcanzarlos. La loma del Vitureira estaba desnuda de árboles, solo ocupada por matorrales que le ofrecían escasa protección.

—¡Tenemos que escondernos!

Alda corría a su lado, casi hombro con hombro. Su cercanía le dio nuevas fuerzas.

—Ahí adelante están Os Penoucos, hay varias cuevas.

Laro distinguió unas grandes rocas cuyas siluetas destacaban contra la claridad lunar. El nombre despertó ecos confusos en su cerebro, pero no se paró a reflexionar. Se dejó guiar por

Alda hasta que alcanzaron la sombra de uno de los peñascos. Estaba jadeando. El sudor empapaba su espalda y se vertía en goterones por su frente, se le metía en los ojos y le provocaba una incómoda picazón. Bran gimio y se retorció en sus brazos.

—*Mai...*

Descendieron de piedra en piedra, penetrando en un laberinto de suelo irregular. Alda le acarició la frente al niño.

—Tranquilo, Bran, soy yo, Alda, tranquilo...

El haz de una linterna pasó muy cerca. El sargento había llegado a la zona de rocas. Lo oyeron gritar incoherencias a sus espaldas.

—Ahí hay una cueva. ¡Vamos! —Alda señaló una zona que destacaba a la luz lunar por su densa oscuridad.

Laro tragó saliva. Se paró en seco, dominado por la experiencia de la Rogueira, el infierno de la negrura, las rocas, el frío.... Se obligó a respirar hondo para calmarse.

—No tenemos luz.

—No tenemos opción —replicó Alda, poniéndole una mano en la cara—. La luz del teléfono nos ayudará un poco.

Entraron en la caverna. Notaron el frío y la humedad como una capa de aceite. Bran murmuró algo y se removió en sus brazos. El cansancio comenzaba a hacer mella en Laro, pero se obligó a seguir. Tropezando, golpeándose la cabeza contra la roca, se adentraron por un tubo de piedra. Tuvo que resistir el deseo de regresar a la entrada. Alda iba guiándoles e iluminando el camino con la luz del móvil. Debió de percibir su temor, porque se detuvo y le dio un beso fugaz en la mejilla.

—¿Has estado alguna vez aquí? ¿Es muy profunda? —preguntó, preocupado por si se estaban metiendo en un callejón sin salida.

—Es una de las entradas.

—¿De qué? —replicó, aunque antes de que respondiera ya sabía lo que iba a decir.

—Del Camín do Real.

Se le escapó un gemido. Hacía ya muchas horas que creía haber agotado su capacidad de asombro, pero allí estaba otra vez la leyenda. El Camino de los Reyes. El entramado de túneles y galerías que comunicaba el Cido con el Vitureira, el escenario de los sacrificios celtas y romanos. Pensó en que dos mil años después se habían producido nuevos sacrificios en ese lugar. La idea de que Aureana y Xoana estaban muertas le causó un hondo dolor. Pese al secuestro de Alda y la locura de pretender sacrificar a Bran, sus muertes lo quemaban como un atizador al rojo sobre la piel.

Oyeron un grito a sus espaldas. El sargento había entrado en la cueva. Alda apagó el móvil y los rodeó la oscuridad. Continuaron avanzando a tientas, tratando de esquivar las irregularidades de la roca. Se dio cuenta de que Bran estaba despierto y consciente y experimentó una oleada de alivio. El chiquillo se removía en sus brazos tratando de comprender qué estaba pasando. Le susurró palabras tranquilizadoras. De vez en cuando Alda encendía la pantalla por unos breves segundos para orientarse. Oían a sus espaldas los gritos del guardiacivil. Ayudado por su potente linterna, avanzaba más rápido que ellos.

Debían esconderse. Tenían que encontrar una desviación, un túnel disimulado y rogar para que el sargento no viese su entrada. Laro se dio cuenta de que estaban retrocediendo hacia el mismo Vitureira, hacia el lugar de los sacrificios. Tenía sentido, pues era el camino lógico para continuar hacia el Cido.

a —Para —le sobresaltó la voz clara y consciente de Bran.

a —¿Puedes ponerte en pie? —Le preguntó—. ¿Puedes intentarlo tú?  
El chiquillo asintió.

—Ahí, a la izquierda —señaló una gatera, un conducto estrecho e irregular al nivel del suelo del túnel. La boca del pasadizo se abría en un saliente de la roca en la parte opuesta a la dirección en que marchaban y por eso solo la había visto Bran, que tenía la cabeza vuelta hacia atrás gracias a que Alda encendió la luz de la pantalla para orientarse en el momento exacto. Este observó el pasadizo con desconfianza y Laro supo lo que estaba pensando: no sabían si aquello era un túnel o un simple agujero que terminaba uno o dos metros más adentro. Si se metían por ahí y no encontraban salida, estarían atrapados. El sargento se acercaba.

Depositó a Bran en el suelo y este titubeó, todavía débil. Sin embargo, su expresión era decidida. Se agachó y se deslizó por el estrecho espacio, ayudado por su tamaño. Era un pasadizo de estructura irregular, con charcos de agua en el suelo que brillaban a la luz del móvil como perlas de luz y pequeñas estalactitas en la parte superior, de apenas un metro de ancho y algo más de medio metro de alto, que giraba en ángulo nada más empezar. Cuando Bran hubo entrado, Alda se tumbó en el suelo y comenzó a introducirse en el agujero reptando.

ó Un rayo de luz iluminó la pared del túnel principal a unos metros de Laro. El sargento estaba alcanzándolos. Introdujo la cabeza en el pasadizo y comenzó a deslizarse hacia el interior. Oyó ruidos a sus espaldas, el golpe de unas botas pesadas contra el suelo, el bramido furioso de un sargento.

a Una mano lo agarró por el tobillo y dio un fuerte tirón de su pierna. Pateó con fuerza hacia atrás. Sus zapatillas chocaron contra algo blando y escuchó un grito. La zarpa liberó su tobillo Gateando como un animal acorralado, con el corazón golpeándole en el pecho, se deslizó por el estrecho túnel.

—¡El sargento está detrás, nos ha visto! —gritó para advertir a Alda y a Bran.

Unos metros más adelante la gatera desembocaba en un espacio amplio. Notó el frío del lugar y escuchó el eco de los pasos ante él. La oscuridad era tan intensa que hacía daño. Se puso en pie y avanzó con cuidado para no tropezar, llamando a Alda en voz baja para orientarse por su voz. Si tropezó con algo más blando que la roca. Algo rodó ante él. Intrigado, se agachó y palpó el suelo. Sus manos tocaron un objeto redondo con la consistencia del hueso. Sintió un espasmo de miedo en la boca del estómago. Sus dedos se introdujeron en los agujeros de las órbitas. Una calavera. Se puso en pie y dio un paso para alejarse, pero sus pies chocaron con algo que resonó como una matraca al rodar por el suelo.

El potente haz de una linterna iluminó la cavidad. La repentina claridad desveló una galería amplia, más o menos circular, cuyo techo formaba una bóveda natural. Localizó a Alda unos pasos por delante, más cerca de lo que había pensado. Un poco más allá Bran, también de pie, miraba a lo frente con extraña intensidad.

e En medio de la sala se alzaba una montaña de huesos. Calaveras, tibias, costillas, cientos de esqueletos que refulgían como espectros olvidados. Asombrado, completamente fascinado recorrió con la mirada aquel espectáculo dantesco. Se hallaban en un gran osario. El Lugar de la Muerte. El sepulcro de los reyes de los kukuanas.

e Un jadeo y el sonido de unos pasos lo sacaron de su asombro. Se giró y vio que el sargento estaba de pie tras él. Aunque tenía la linterna ante él, la luz que rebotaba contra las paredes creaba una luminosidad suficiente para ver su expresión: el desconcierto y el terror, el latigazo en lo

músculos de la cara. Y algo más: un brillo en las pupilas, un destello de codicia tan desnuda que lo obligó a volverse otra vez hacia el montón.

Entonces lo entendió. Al principio había pensado que la luz hacía brillar la humedad de la pestalagmitas que sobresalían entre los cadáveres, pero descubrió que no se trataba de eso.

Conmocionado, recorrió con la vista lo que tenía ante él. No eran piedras. Entremezclados con los huesos distinguió torques, arracadas, pendientes, aros, fíbulas, pulseras, brazaletes, collares, calderos, figuras votivas... Miles de piezas de orfebrería de oro, plata, bronce y hierro decorada con exquisitas filigranas, guirnaldas, hojas y flores... Como en un sueño, recordó de pronto por qué le había sonado el nombre de Os Penoucos cuando Alda lo había mencionado un rato antes: «*Nos Penoucos hai un tesouro escondido*». En los Penoucos hay un tesoro escondido. Lo había aprendido en el *Ciprianillo*. Era uno de los lugares del Courel donde se suponía que se escondía un tesoro guardado por los mouros. En su momento lo había desestimado porque su mal gallego lo había hecho pensar que «penoucos» era un término para referirse a piedras, a peñas, y había tantos lugares rocosos en aquellas montañas que no tenía sentido inspeccionarlos todos. Pero no era un nombre común. Era el topónimo de un lugar. De aquel lugar.

Por el rabillo del ojo vio que Sito daba unos pasos al frente, olvidado de ellos, apagada su ansia asesina ante la magnitud del hallazgo. Intentó imaginarse lo que debía de estar sintiendo: aquel era el final de una búsqueda que había durado milenios. Su familia había estado persiguiendo aquel tesoro desde el principio de la era cristiana. La inmensidad de aquella idea lo dejó paralizado.

Tambaleándose, en trance, el sargento comenzó a escalar la montaña. Trastabilló y cayó sobre el informe montón. Trató de ponerse en pie, pero sus pies resbalaron en una calavera que saliendo rodando hacia abajo y se quedó tumbado, con las manos enterradas en huesos y joyas, como si quisiera fundirse con el túmulo. Alda y Bran lo observaban en silencio, la mujer con el rostro desencajado y el chiquillo con una expresión indescifrable que a Laro le pareció tan vieja como el tiempo.

El sargento se estremeció. Soltó un grito y su cuerpo se tensó al tiempo que extraía la mano derecha del montón. Había dejado caer la linterna. Al principio, a la luz oblicua de su haz creyó que el brazo era mucho más largo de lo que debía, pero su parte final se retorció con un movimiento antinatural.

De pronto comprendió lo que tenía delante: era una víbora. Tenía los colmillos clavados en la palma de la mano. Su cuerpo sinuoso, de un color gris claro y con una banda longitudinal más oscura en zigzag, destacó en la penumbra de la cueva. Al agitarla para librarse de ella, Sito perdió el inestable equilibrio y volvió a caer de bruces.

La montaña comenzó a hervir. Por todas partes aparecieron cuerpos ondulantes que se desplazaban a gran velocidad, moviendo los huesos y las joyas como un mar agitado por un cardumen. Sito trató de librarse de aquella trampa mortal, pero cuantos más esfuerzos hacía más se hundía. Las víboras se echaron sobre él y cubrieron su cuerpo. Los gritos del sargento atronaron la galería hasta que un violento espasmo sacudió su cuerpo y su voz se quebró.

Todo sucedió en unos segundos. El cuerpo descoyuntado desapareció bajo la masa hirviente de las víboras, entre huesos y destellos de metales. Había cientos de serpientes, que se deslizaban por la montaña abajo hacia todos los rincones de la galería.

—¡Hay que salir de aquí! —gritó, al comprender el peligro que corrían.

Como si despertaran de un sueño, Alda y Bran lo miraron. Laro los empujó hacia la gatera y los obligó a entrar en ella. Las víboras infestaban el espacio. Cuando Alda desapareció en la

oscuridad, se introdujo en el agujero y comenzó a gatear.

Notó que algo viscoso se deslizaba por sus piernas. El susto le hizo levantar la cabeza y se golpeó con fuerza contra el techo. Con el corazón a punto de estallar, vio que varias víboras le rozaban, enredadas en sus pies, y retrocedían hacia la cámara. Sin morderlo.

En Todavía tuvo una última imagen de la galería. El cuerpo del sargento había desaparecido, sepultado bajo los restos humanos y el tesoro. La montaña parecía casi en calma, como un mar que recobra la tranquilidad cuando el cardumen se sumerge.

r

i.

a

n

e

s

n

u

:

o

o

e

ó

i

o

l

o

ó

n

a

s

ó

e

n

s

o

e

n

y

a

oscuridad, se introdujo en el agujero y comenzó a gatear.

Notó que algo viscoso se deslizaba por sus piernas. El susto le hizo levantar la cabeza y se golpeó con fuerza contra el techo. Con el corazón a punto de estallar, vio que varias víboras lo rozaban, enredadas en sus pies, y retrocedían hacia la cámara. Sin morderlo.

Todavía tuvo una última imagen de la galería. El cuerpo del sargento había desaparecido, sepultado bajo los restos humanos y el tesoro. La montaña parecía casi en calma, como un mar que recobra la tranquilidad cuando el cardumen se sumerge.

## O Courel

El sudor caía en gotas gruesas por su frente. Laro apagó la sierra mecánica con la que estaba cortando un tablón y se incorporó. El dolor provocado por la postura le hizo llevarse las manos a los riñones. Se estiró, notando cómo se distendían los músculos de su cuerpo, y después se pasó el brazo derecho por la frente para secársela. A su lado, Alda cepillaba otra tabla, concentrada en su labor.

La observó trabajar mientras una sonrisa afloraba a su rostro. No podía dejar de contemplarla. Le fascinaba su belleza, la forma en que la melena clara le enmarcaba el rostro, la luz de sus ojos y la solidez de su cuerpo, pero sobre todo le gustaban la limpieza de su mirada y la fuerza irresistible de su voluntad, siempre dispuesta a mirar hacia adelante, positiva y optimista.

Estaba enamorado de ella. Cada fibra de su ser estaba enamorada de ella. Un amor muy diferente al que una vez había sentido por Esther. A Esther la había querido con la pasión del que se entrega a una fantasía juvenil. La había idolatrado, anulándose a sí mismo. Con Alda era tan distinto... Mientras la observaba, se dio cuenta de que esa era la diferencia: no dependía de ella. La quería con todo su corazón, pero podría vivir sin ella si fuera preciso. Era un amor hecho de mutua comprensión y de silencios compartidos, de miradas cómplices y proyectos conjuntos. Alda no era un ídolo al que adorar. Era su compañera.

Se acercaba el mediodía. El verano había entrado con fuerza y el sol brillaba en un cielo limpio de nubes. Estaban haciendo reformas en la casa de Liñariños, acondicionándola a fondo para vivir en ella. Había servido para acogerlo a él, pero las necesidades de una familia eran diferentes.

Sin poder evitarlo, el pensamiento le ensanchó la sonrisa. Una familia. Alda, Bran y él. Por el momento vivían en Carbedo, pero Alda no quería seguir allí más tiempo del imprescindible. Había decidido venderla y empezar una nueva vida en Liñariños. Con Bran y con él.

Habían pasado dos semanas desde los sucesos del Vitureira. Dos semanas duras en las que habían enterrado a Aureana y a Xoana y respondido una y otra vez a las preguntas de la Guardia Civil. Su mirada se dirigió a la cumbre del Cido. Parecía una montaña más. Pero ahora conocía su secreto.

La imagen de la caverna volvió a su mente. Sito Aguiar. La locura asesina de su mirada. Le codicia al descubrir el brillo del oro. Su cuerpo retorciéndose espasmódicamente bajo cientos de víboras, hundiéndose en la montaña de huesos y joyas. «¿Sabes que nos llaman As Serpes?», le había dicho Alda.

Las víboras. Las guardianas del tesoro.

Una vez más, se asombró. Los defensores del Medulio habían escondido el tesoro en el lugar más insospechado: en el Vitureira, en la Pena do Demo. Era el santuario más sagrado de los lougueiros y se hallaba bajo la mirada protectora y vigilante de la Devesa da Rogueira y de Formigueiros. El lugar en el que rendían culto a sus dioses mediante sacrificios propiciatorios. Cuando los romanos invadieron aquella tierra y cercaron el Medulio se apropiaron del lugar y lo

utilizaron para ejecutar a los louguei que capturaban. Eligieron ese lugar para escarnio de los dioses celtas, pero nunca llegaron a imaginar que cuando los defensores del Medulio decidieron inmolarselo eligieron a los mejores para trasladar sus joyas hasta el Vitureira por la red de túneles y cavernas que las leyendas, mucho después, convirtieron en el Camín do Real. Se negaron a escapar todos porque sabían que serían capturados y vendidos como esclavos, pero no querían que los invasores se apoderaran de su tesoro. De todos los lugares donde podían haberlo escondido, eligieron aquel, el Vitureira, como última ofrenda a sus dioses. Y como última burla a los conquistadores, que ignoraban que las riquezas que tanto ambicionaban se ocultaban bajo sus propios pies.

1 Habían tardado una eternidad en salir de las cuevas. Vagaron por la montaña, ofuscados por cuanto acababan de vivir e incapaces de orientarse hasta que la luz de una linterna los deslumbró. Al principio pensaron que era el sargento, que de alguna milagrosa forma había conseguido sobrevivir y escapar, pero después reconocieron a Andrés Peláez. El joven guardiacivil ya había encontrado los cadáveres de Xoana y Aureana y temía que ellos hubieran sufrido la misma suerte. Cuando les preguntó por Sito, los tres intercambiaron miradas silenciosas, indecisos. Fue Bran el que respondió.

y —*Perdeuse na noite*— se encogió de hombros. Se perdió en la noche. Era cierto, aunque de una forma muy diferente a la que podía imaginar el guardiacivil.

n No necesitaron ponerse de acuerdo. Alda comenzó a hablar con voz cansada pero sin titubear, mirando a Peláez a la cara. Explicó que su familia había ido al Vitureira para celebrar el solsticio con una hoguera, como hacían siempre, y que en medio de la celebración apareció Sito con Laro. Su madre le habían pedido a Laro que lo llevara hasta allí sin que él supiera adónde iba, pero temían que de saberlo se negara. Solo querían hablar con él, convencerlo de la necesidad de dejar atrás de una vez por todas las viejas rencillas que enfrentaban a las dos familias. Sito acababa de regresar tras muchos años de ausencia, pero desde su nombramiento como comandante de puesto no paraba de hacerles la vida imposible, así que su madre, Aureana, había pensado que tenían que convencerlo de que desistiera de su actitud y se le había ocurrido que no había mejor ocasión que una celebración tradicional como aquella. Pero el sargento se había vuelto loco. Sacó su arma y disparó a Aureana y a Xoana. Ellos habían escapado. El sargento se lanzó en su persecución, pero no sabían dónde se había metido. No lo habían vuelto a ver.

e Peláez no se lo había creído. O no del todo. Sospechaba que no le decían toda la verdad, pero el guardiacivil era práctico y, después de todo, no tenía ninguna prueba que les incriminase. Los análisis de balística habían confirmado que las balas que mataron a Aureana y a Xoana eran la del arma del sargento, y él mismo había visto la escena al llegar. Desde entonces los vigilaba discretamente, pero, ¿qué más daba? No tenían nada que ocultar.

e Unos ladridos lo devolvieron a la realidad. Bran se revolcaba en el suelo en un campo cercano, enzarzado en alguna batalla imaginaria con Pinto. El chiquillo tenía una capacidad de recuperación admirable. Había sufrido y seguía sufriendo el dolor de la pérdida, pero su vitalidad le impedía quedarse anclado en el pasado. Como todos los niños, vivía intensamente en el presente. Pinto se había convertido en su compañero inseparable, hasta el punto de que el perro parecía haberse olvidado del propio Laro.

1 «*Outro virá que a volta me dará*». Durante un tiempo había llegado a pensar que él era ese otro que vendría. Aureana lo había creído así, estaba seguro, una creencia alimentada por su nombre, Laro, que era también el de afamados guerreros celtas. De ahí su obsesión por emparejarlo con Xoana. Otro vendrá.

s Pero no, no era él. Era Bran. Él había descubierto la gatera que llevaba a la cámara del tesoro  
nPero, sobre todo, era Bran el que le daba la vuelta a una historia de dos mil años: unía do  
ymundos, los Aguiar y las Covas, los susarros y los louguei. Él era el perdón por tanta matanza. L  
areconciliación. La familia de Suso ya sabía que Bran era hijo de Sito y comenzaban a hacerse a l  
nidea.

o —Mira quién viene —dijo Alda.

a El uniforme verde de Peláez apareció por el camino. Laro frunció el ceño, fastidiado. ¿Es qu  
sno iba a dejarlos nunca en paz?

Alda se levantó y le pasó la mano por la cintura. El calor de su cuerpo le produjo un  
rsensación de bienestar. Sin hablar, esperaron a que el guardiacivil se acercara. Tenía un expresió  
s. Sería, pero sonrió al saludarles.

o —Se acabó. Hemos decidido dejar de buscarlo por aquí —les informó—. Sigue en búsqueda  
ay captura, pero no hemos encontrado el menor rastro de él, así que solo podemos pensar que h  
s. escapado.

l Durante las dos últimas semanas, operativos de la Guardia Civil habían peinado las montaña  
tras la pista de Sito.

e Alda no dijo nada. Peláez se fijó en Bran, que los observaba con Pinto a su lado desde e  
prado.

s —Parece que se recupera bien. Me alegro, es un chiquillo estupendo.

o —Lo es.

i. Cuando el guardiacivil se fue, Laro abrazó a Alda con fuerza.

s —¿Qué vamos a hacer?

r Alda no necesitó que le explicara a qué se refería. Alzó la cabeza y él se hundió en sus ojo  
verde de mar.

o —Nada —dijo.

e Leer y desleer, decía el *Ciprianillo*. Encontrar el tesoro y dejarlo allí. Solo lo encontraría e  
e que fuera capaz de hacer eso.

y Y así había sido. Alzó la mirada hacia el Cido una vez más. Aquellas montañas eran u  
oparaiso en la tierra. Si desvelaban el escondrijo del tesoro se verían alteradas por hordas d  
periodistas, arqueólogos, buscadores de fortuna, turistas y curiosos.

o O Courel era único en el mundo. Un lugar rebotante de magia donde la naturaleza seguía s  
scurso inmutable a través de los siglos. No podían perturbarlo. Mejor todavía: no necesitaban u  
stesoro así para nada. Observó a Bran, que volvía a jugar con Pinto, y después se volvió haci  
aAlda. Él ya había encontrado su tesoro.

—Tienes razón.

o Alda sonrió.

e —Por supuesto que la tengo, Lázaro.

d Rio de puro gozo. Lázaro. Ella había descubierto su verdadero nombre durante lo  
linterrogatorios de la Guardia Civil y desde entonces lo llamaba así. Laro no era sino un apócop  
de Lázaro. Toda su vida lo habían llamado Laro, pero su verdadero nombre era Lázaro.

El resucitado.

e

u

r

l.  
s  
a  
a

e

a  
n

a  
a

s

l

s

l

n  
e

u  
n  
a

s  
e

## Unas cuantas aclaraciones quizá innecesarias

Esta novela ha ido creciendo en mi cabeza durante años, escondida en algún rincón hasta que alcanzó la madurez necesaria para salir a la luz. El germen fue una noticia que leí en la prensa. Contaba la historia de un hombre que, un día cualquiera, dejó su trabajo y a su mujer y desapareció, llevándose consigo a sus dos hijos pequeños. Durante años nadie supo dónde se habían metido, hasta que finalmente fueron encontrados en un lugar remoto de una zona montañosa de Francia. Los niños, ya jóvenes adultos, trabajaban de pastores y se sentían perfectamente felices con sus vidas, hasta el punto de que no quisieron regresar a la «civilización».

Ese fue el germen, aunque, como suele suceder, con el paso de los años la idea fue madurando y evolucionando, nutriéndose con otros aportes y con búsquedas y obsesiones personales.

Me atraía muchísimo la idea de un personaje que escapara del ajetreo urbano y se refugiara en plena naturaleza, buscando reconectar con el ritmo de las estaciones. ¿Quién no ha soñado alguna vez con huir del mundanal ruido? Al final, los personajes son el vehículo que utilizamos los escritores para explorar el mundo. A través de ellos experimentamos, indagamos y vivimos otras vidas. Una profesión sin duda privilegiada.

Pero continúo. Dándole vueltas a la noticia, no dejaba de preguntarme por los motivos que habrían llevado a aquel hombre a dejar a su mujer y su trabajo y refugiarse con sus hijos en una zona montañosa. ¿Qué nos mueve a huir de nuestras propias vidas?

Las posibles respuestas a esa pregunta me llevaron a explorar el proceso de autodestrucción de una persona cuando se conjugan dos elementos en mi experiencia nada infrecuentes: una fértil imaginación y un carácter soñador y poco práctico.

En ese momento me topé con Laro y con Lilith. Son personajes de ficción, pero también son de alguna forma, muy reales. Los he visto a mi alrededor durante años. He visto a Laro refugiarse en los libros y en los sueños para huir del mundo, yo mismo he sido Laro escondido en los libros para soportar realidades cotidianas frustrantes; he visto a Lilith persiguiendo con ansiedad su bienestar en sus relaciones, nunca en sí misma, desesperada por sentirse viva, dejándose llevar por la frustración hasta el grito y el insulto y acusando a los demás de sus propios errores: incapaz de reconocerse responsable de su vida. He visto a Laro y a Lilith dando palos de ciego haciéndose daño, destruyéndose mutuamente sin saber qué hacer para salir de sus círculos viciosos, ambos culpables y ambos víctimas de sí mismos. Ninguno de los dos existe, son un invento de mi imaginación, pero ambos están a nuestro alrededor en mayor o menor medida aquí un rasgo, allá un pedacito, en este la frustración, en el otro el miedo paralizante.

Cuando llegué a este punto comprendí que quería realizar este viaje. ¿Por qué huimos? Mejor ¿por qué queremos huir? Quería explorar este camino y tratar de comprender por qué soñamos tanto, tan a menudo, con llevar unas vidas más sencillas, rodeados por una naturaleza que se no escapa en las ciudades. Quería hundirme con Laro hasta el fondo y ver adónde me llevaba.

Lo que descubrí era quizá previsible, pero también de necesaria constatación: ¿cuántas veces depositamos nuestro bienestar en otras personas, en vez de buscarlo dentro de nosotros? Laro solo se salva cuando se da cuenta de que la única forma de vivir es tomar las riendas de su propia

destino. Cuando comprende que de nada vale culpar a los demás de nuestras desgracias y calamidades, pues, al final, somos los únicos responsables de la vida que vivimos.

Llegado a ese punto, me puse a buscar una localización, un escenario para esa vuelta a la naturaleza (o esa huida). Entonces apareció el Courel, que conocía bien y que durante años me ha atraído con la fuerza de lo inevitable.

Pero el Courel no vino solo. Con él aparecieron el Medulio, las mouras y las leyendas, la tésera de hospitalidad y el águila encontrada en el castillo de Carbedo. Todas historias tan ciertas como solo pueden serlo las creencias arraigadas durante siglos en el inconsciente colectivo. El *Ciprianillo* existe y dice lo que aquí se cuenta que dice, las localizaciones mencionadas existen (el Val das Mouras, el Cido, los pueblos, la Devesa de Rogueira, el mirador de Polín, las cuevas...), e incluso es posible que exista el Camín do Real, del que se oye hablar por las noches en el Courel, cuando el fuego crepita y el tiempo se llena de historias. La tésera y el águila, por cierto, se pueden ver en el museo provincial de Lugo.

En ese punto, la historia comenzó a mezclarse y a complicarse, como toda búsqueda que se precie...

n

a

s

s

e

a

n

l

l,

e

s

u

r

z

l,

s

a

:

:

s

s

s

o

o

destino. Cuando comprende que de nada vale culpar a los demás de nuestras desgracias y calamidades, pues, al final, somos los únicos responsables de la vida que vivimos.

Llegado a ese punto, me puse a buscar una localización, un escenario para esa vuelta a la naturaleza (o esa huida). Entonces apareció el Courel, que conocía bien y que durante años me ha atraído con la fuerza de lo inevitable.

Pero el Courel no vino solo. Con él aparecieron el Medulio, las mouras y las leyendas, la tésera de hospitalidad y el águila encontrada en el castillo de Carbedo. Todas historias tan ciertas como solo pueden serlo las creencias arraigadas durante siglos en el inconsciente colectivo. El *Ciprianillo* existe y dice lo que aquí se cuenta que dice, las localizaciones mencionadas existen (el Val das Mouras, el Cido, los pueblos, la Devesa de Rogueira, el mirador de Polín, las cuevas...), e incluso es posible que exista el Camín do Real, del que se oye hablar por las noches en el Courel, cuando el fuego crepita y el tiempo se llena de historias. La tésera y el águila, por cierto, se pueden ver en el museo provincial de Lugo.

En ese punto, la historia comenzó a mezclarse y a complicarse, como toda búsqueda que se precie...

# Agradecimientos

La aventura de escribir y publicar una novela siempre deja una larga relación de deudas.

Para localizar los lugares donde transcurre la trama y perseguir posibles historias visité e Courel y me pasé varios días recorriéndolo a fondo. Era el mes de junio, el mismo mes de junio del año en el que transcurre la acción de la novela, ese en el que el solsticio coincidió con la luna llena. Me alojé en un bungalow del Acampamento do Courel, un *camping* situado muy cerca de Carbedo y del Cido. Allí conocí a un joven que trabajaba en el *camping* y cuyo nombre, por desgracia, no recuerdo, pero al que esta novela debe mucho. Él fue el primero en hablarme de Camín do Real y de las cuevas que horadan aquellos montes, e incluso me pasó fotos y vídeos de algunas que él y su pareja habían visitado. También me puso en la pista de la tésera, del Medulio ; de todo lo demás, y me frustra no recordar su nombre. Si por casualidad lees esto, te ruego m disculpes. Esta novela no habría sido la misma sin ti.

Sigo. Quiero agradecer de forma muy especial la inestimable ayuda de Pío García, amigo ; compañero desde hace veinticinco años, que una vez más se echó a las espaldas la maquetación del libro y el diseño de su portada.

También quiero dar las gracias a mis lectores y lectoras cero, sin cuyos consejos y apuntes la novela sería mucho peor: Manu Sánchez, Pablo Castejón, Sofía Fontenla, Ángel Gallardo ; Gabriel Romero. Ángel, además, aguantó estoicamente mis repetidos asaltos en busca de información sobre la organización y los procedimientos de la Guardia Civil. Cualquier error que se haya podido deslizar al respecto es de mi entera responsabilidad.

Gracias también a mis lectores y seguidores por las redes sociales o mi propio blog. Quizá no lo sepáis, pero sois vosotros y son vuestros comentarios los que me animan a seguir escribiendo todas esas veces en que estoy a punto de tirar la toalla. Más de una vez, como si fuera un guiño de destino, me llega un mensaje vuestro comentándome lo mucho que habéis disfrutado tal o cual libro mío justo cuando más falta me hace. Escribir es una tarea solitaria. Por eso, saber que hay tantas lectoras y lectores que disfrutan con el resultado de tu esfuerzo es el mejor estímulo posible. Por todo ello, ¡muchísimas gracias!

## Agradecimientos

La aventura de escribir y publicar una novela siempre deja una larga relación de deudas.

Para localizar los lugares donde transcurre la trama y perseguir posibles historias visité el Courel y me pasé varios días recorriéndolo a fondo. Era el mes de junio, el mismo mes de junio del año en el que transcurre la acción de la novela, ese en el que el solsticio coincidió con la luna llena. Me alojé en un bungalow del Acampamento do Courel, un *camping* situado muy cerca de Carbedo y del Cido. Allí conocí a un joven que trabajaba en el *camping* y cuyo nombre, por desgracia, no recuerdo, pero al que esta novela debe mucho. Él fue el primero en hablarme del Camín do Real y de las cuevas que horadan aquellos montes, e incluso me pasó fotos y vídeos de algunas que él y su pareja habían visitado. También me puso en la pista de la tésera, del Medulio y de todo lo demás, y me frustra no recordar su nombre. Si por casualidad lees esto, te ruego me disculpes. Esta novela no habría sido la misma sin ti.

Sigo. Quiero agradecer de forma muy especial la inestimable ayuda de Pío García, amigo y compañero desde hace veinticinco años, que una vez más se echó a las espaldas la maquetación del libro y el diseño de su portada.

También quiero dar las gracias a mis lectores y lectoras cero, sin cuyos consejos y apuntes la novela sería mucho peor: Manu Sánchez, Pablo Castejón, Sofía Fontenla, Ángel Gallardo y Gabriel Romero. Ángel, además, aguantó estoicamente mis repetidos asaltos en busca de información sobre la organización y los procedimientos de la Guardia Civil. Cualquier error que se haya podido deslizar al respecto es de mi entera responsabilidad.

Gracias también a mis lectores y seguidores por las redes sociales o mi propio blog. Quizá no lo sepáis, pero sois vosotros y son vuestros comentarios los que me animan a seguir escribiendo todas esas veces en que estoy a punto de tirar la toalla. Más de una vez, como si fuera un guiño del destino, me llega un mensaje vuestro comentándome lo mucho que habéis disfrutado tal o cual libro mío justo cuando más falta me hace. Escribir es una tarea solitaria. Por eso, saber que hay tantas lectoras y lectores que disfrutan con el resultado de tu esfuerzo es el mejor estímulo posible. Por todo ello, ¡muchísimas gracias!

## Sobre mí

Apasionado por la historia, la literatura y los viajes, he sido profesor, librero, redactor, editor y guionista de documentales, entre otras muchas ocupaciones. Pero, sobre todo, me pasé la vida escribiendo y contemplando el mundo a través de los libros, hasta que me di cuenta de que la verdadera aventura está en el camino. Ahora procuro viajar lo más posible y sigo escribiendo todo lo que puedo.

Soy también el responsable del *Bloc de Fran*, un blog especializado en novela histórica y de aventuras y libros de viajes en el que podrás encontrar nuevas e interesantes lecturas y estar al tanto de lo que se cuece en este apasionante mundo de los libros.

Entre mis obras se encuentran novelas históricas como *La cruz de ceniza*, *Medievalario* o *El tiempo de halcones*. También he escrito libros de viajes, historia o divulgación como *99 libros para ser más culto*, *Viaje al interior. 80 días en furgó por la España olvidada* o *Historias para disfrutar con la historia*.

Si quieres saber más sobre mí o mi blog, visita [franzabaleta.com](http://franzabaleta.com)

## Sobre mí

Apasionado por la historia, la literatura y los viajes, he sido profesor, librero, redactor, editor y guionista de documentales, entre otras muchas ocupaciones. Pero, sobre todo, me pasé la vida escribiendo y contemplando el mundo a través de los libros, hasta que me di cuenta de que la verdadera aventura está en el camino. Ahora procuro viajar lo más posible y sigo escribiendo todo lo que puedo.

Soy también el responsable del *Bloc de Fran*, un blog especializado en novela histórica y de aventuras y libros de viajes en el que podrás encontrar nuevas e interesantes lecturas y estar al tanto de lo que se cuece en este apasionante mundo de los libros.

Entre mis obras se encuentran novelas históricas como *La cruz de ceniza*, *Medievalario* o *En tiempo de halcones*. También he escrito libros de viajes, historia o divulgación como *99 libros para ser más culto*, *Viaje al interior. 80 días en furgo por la España olvidada* o *Historias para disfrutar con la historia*.

Si quieres saber más sobre mí o mi blog, visita [franzabaleta.com](http://franzabaleta.com)

## **Antes de que te vayas**

Si te ha gustado este libro, te agradecería muchísimo que hicieras el esfuerzo de escribir tu comentario en Amazon. Es solo un momento para ti, pero tiene gran importancia para mí: gracias a tus palabras muchos otros lectores podrán descubrir y, espero, disfrutar este *Lo extraordinario*.

En un mundo en el que se publican miles de libros cada día, lo verdaderamente valioso es conseguir la atención y el interés del lector. Unas pocas palabras tuyas pueden marcar la diferencia y animar a otros lectores a adquirir el libro.

Y si quieres hacerme feliz, además, ¿por qué no compartes tu opinión en tus redes sociales? Con ello estarás contribuyendo a que pueda seguir escribiendo. ¡Muchísimas gracias!

## Antes de que te vayas

Si te ha gustado este libro, te agradecería muchísimo que hicieras el esfuerzo de escribir tus comentarios en Amazon. Es solo un momento para ti, pero tiene gran importancia para mí: gracias a tus palabras muchos otros lectores podrán descubrir y, espero, disfrutar este *Lo extraordinario*.

En un mundo en el que se publican miles de libros cada día, lo verdaderamente valioso es conseguir la atención y el interés del lector. Unas pocas palabras tuyas pueden marcar la diferencia y animar a otros lectores a adquirir el libro.

Y si quieres hacerme feliz, además, ¿por qué no compartes tu opinión en tus redes sociales? Con ello estarás contribuyendo a que pueda seguir escribiendo. ¡Muchísimas gracias!